

EDGAR RICE BURROUGHS

TANAR DE PELLUCIDAR



Lectulandia

Desde el norte de Pellucidar, comienzan a llegar unos extraños invasores que amenazan la paz y la seguridad del Imperio. Tanar, hijo de Ghal, es enviado por David Innes a parlamentar con ellos.

Tanar de Pellucidar es la tercera novela del Ciclo de Pellucidar, una serie de relatos que introducen al lector en uno de los mundos más imaginativos creados por Edgar Rice Burroughs. El Rastro Ediciones presenta un clásico de la literatura fantástica, imprescindible para cualquier aficionado, que combina con precisión el estilo romántico y aventurero que popularizó el género a principios del siglo XX.

www.edgarriceburroughs.com

Información bibliográfica

Ediciones en inglés

- Publicado en forma serializada en *Blue Book Magazine*, de Marzo a Agosto de 1929.
- La primera edición en libro es del 29 de mayo de 1930. Tenía aproximadamente 312 páginas y unas 78.000 palabras. La imagen que se adjunta corresponde a la reimpresión de Grosset & Dunlap (1931) del original de Metropolitan, obra de Paul F. Berdanier.



Para referencia exhaustivas de otras ediciones en inglés:
<http://www.erbzine.com/mag7/0743.html>

Ediciones en español

- No tenemos noticia de ninguna edición previa a la de Ediciones El Rastro.
- Fanección de Ediciones El Rastro en la que se basa este eBook, de diciembre de 1999, 116 páginas en formato DIN A4, compuestas en tipo Janson 11 (el tipo preferido por Burroughs para sus primeras ediciones). La cubierta utiliza la ilustración de Joe Jusko. No se pudieron incluir ilustraciones, como en el caso de las dos volúmenes anteriores, así que se incluyó una página a color al final del libro con las imágenes correspondientes a la edición de Ace Books (1963). También se incluía una Nota Informativa, en la que se anunciaba que, de la siguiente novela, solo se iban a publicar los ejemplares que se pidieran explícitamente al editor. La razón de esto era que la cuarta novela del ciclo es "Tarzán en el centro de la Tierra", una novela editada en numerosas ocasiones y relativamente fácil de conseguir.

- En el año 2006, la editorial ANS Ediciones publicó la novela "Amiocap", con el subtítulo "Tanar de Pellucidar 1", que, presumiblemente, constituye la primera mitad de la novela, aunque nunca llegó a aparecer una segunda. La traducción es de María Adela Gil Ramírez.

Para referencia exhaustivas de otras ediciones en español
:<http://www.tercerafundacion.net/biblioteca/ver/persona/632>

Lectulandia

Edgar Rice Burroughs

Tanar de Pellucidar

Ciclo de Pellucidar 3

ePUB v1.0

Jano Perplejo 18.11.11

más libros en lectulandia.com

Presentación:

En el centro de la Tierra

Muchos han sido los relatos ambientados en el Centro de la Tierra. Ya en la mitología antigua, el héroe sumerio Gilgamesh visitaba a su antepasado Utnaspishtin en las entrañas de la Tierra, y Orfeo intentaba rescatar a su amada Euridice de los infiernos del Hades.

Igualmente, en el mundo antiguo se creía en la existencia de las tierras subterráneas de Agharta y Shambhala, en las que se decía que habitaba una raza que gobernaba el mundo.

Superado el concepto medieval de que la Tierra era una superficie plana, y afirmado el carácter planetario de nuestro mundo, un nuevo espacio tridimensional y desconocido surgió a la imaginación del hombre, si bien el carácter fantástico del asunto no empezaría a explotarse hasta mediados del siglo XVIII, en el que la vena mítica de los pueblos germánicos y escandinavos inspiró al historiador y filósofo danés Ludvig Holberg para escribir una de las primeras obras que iba a tratar desde un punto de vista racionalista, a la vez que fantástico, el viaje al centro del planeta: *Nicolai Klimski iter subterraneum*. En ella, el protagonista descendía por un volcán al centro de la Tierra, y descubría que nuestro planeta era hueco y estaba poblado en su interior por una civilización de carácter liberal y anárquico, que finalmente le acababa desterrando al mundo exterior por ser sus maneras demasiado terrestres.

En 1820, el norteamericano John C. Symmes, que previamente había enviado un manifiesto a diversos institutos europeos y americanos declarando que la Tierra era hueca, proponiendo incluso al Congreso norteamericano el envío de una expedición para tomar posesión de tal territorio, publicó *Symzonia*, una novela en la que también se describe un mundo interior al que se accede a través de una abertura situada en el Polo Norte.

Más tarde, en 1838, Edgar Allan Poe, posiblemente tras haber leído las teorías de Symmes, publicaría la *Narración de Arthur Gordon Pym* con su misterioso y abierto final en la zona antártica.

Pero será en 1864 cuando Jules Verne dará luz a la obra que inmortalizaría el centro de la Tierra en la memoria de las generaciones venideras, *Vooyage au Centre de la Terre*. En ella, el profesor Otto Lindenbrock, su sobrino Axel y el guía Hans Bjekel, a través de un volcán islandés, penetraban en un mundo interior, siguiendo las huellas de un alquimista islandés del siglo XVI, encontrándose un océano inmenso y un verdadero mundo jurásico, en el que sobre todo una escena, en la que se narra el enfrentamiento entre un plesiosaurio y un ictiosaurio, ha quedado grabada en la mente de todo aquel que alguna vez ha querido imaginarse una pelea entre reptiles

jurásicos. Al menos así ocurría hasta el estreno cinematográfico de cierta película de Spielberg.

Otras obras ambientadas en el centro de la Tierra que merecen destacarse son también, *The coming race*, escrita por Sir Edward Bullwer-Lytton en 1871; *Ignis*, escrita en 1883 por Didier de Chousy; *The Goddess of Atvatabar* de William Bradshaw en 1891; *The Smoky God* en 1908 por George Emerson; o *Le voyage de l'Isabela au Centre de la Terre* de Leon Creux en 1911.

De todo esto, lo que queda patente es que las profundidades de la Tierra siempre han ejercido una extraña fascinación sobre la imaginación del hombre, y no es por tanto de extrañar que muchos de los autores que cultivaban el género fantástico a finales del XIX y principios del XX, situasen sus mundos imaginarios en tal entorno.

Edgar Rice Burroughs fue uno de los últimos continuadores del género fantástico ambientado en el centro de la Tierra, y lo comenzaría a plasmar en 1914, en los inicios de su carrera, con la novela *At the Earth's Core*, recogiendo los mundos prehistóricos y las aberturas polares descritas por sus antecesores, y combinándolos con el género romántico y aventurero que le habían dado a conocer como escritor apenas un par de años antes.

En *At the Earth's Core* (En el Corazón de la Tierra), Burroughs nos relata la historia que en la ficción le es narrada por David Innes en pleno desierto del Sahara. En ella, Innes le cuenta como gracias a un ingenio mecánico construido por el científico Abner Perry, viajó al centro de la Tierra, llegando a un mundo interior llamado Pellucidar por sus habitantes, con lo que, a semejanza de Holberg, mantiene que la Tierra es una esfera hueca dotada de un eterno sol de mediodía. En su superficie existen ríos, lagos, mares, montañas y todo un mundo en el que, a semejanza de Verne, la civilización se encuentra en una edad prehistórica, poblado por hombres, reptiles y demás animales propios de un mundo antediluviano.

Innes y Perry, tras ser capturados por los neanderthales sagoths, son llevados como esclavos ante sus amos reptiles, los mahars, a la ciudad subterránea de Phutra. En el viaje conoce a la que se convertirá en su compañera, Dian la Hermosa, una joven pellucidara del país de Amoz, a su principal aliado, Ghak el Velludo, y al villano al que se enfrentará en la segunda parte de la saga, Hooja el Astuto. Tras la huida de Phutra, David y Perry erigen una Federación entre las tribus humanas de Pellucidar, y comienzan a construir un Imperio, con David a su cabeza. Pero para hacerlo realidad, necesitan los adelantos del mundo exterior para acabar con el poder de los mahars, e Innes tendrá que regresar a la superficie.

La conclusión de la historia tiene lugar apenas un año después, en 1915, con *Pellucidar*. Allí, David regresa al mundo interior descubriendo como Hooja, aliado con los mahars, ha derrumbado todo lo que habían construido. Tras reafirmar su unión con los saris y los mezops, Innes y Perry comienzan a reconstruir la

Federación, y, finalmente, después de superar los obstáculos pertinentes, los mahars serán derrotados y expulsados de los límites del Imperio de Pellucidar, que va a abarcar una gran parte del hemisferio sur del País de la luz eterna.

Al final de la novela el planteamiento inicial quedaba solucionado, y daba la impresión de que la saga del mundo interior iba a quedar definitivamente aparcada por Burroughs.

Pero no fue así. En 1929, catorce años después, Burroughs, contra todo pronóstico, regresó al mundo interior para narrarnos la tercera entrega de la saga, *Tanar de Pellucidar*, la novela que aquí presentamos.

Tanar de Pellucidar (Tanar of Pellucidar) fue publicada originalmente en forma seriada en la revista *Blue Book Magazine*, en los meses de Marzo a Agosto de 1929, y posteriormente editada en forma de libro en 1930, apareciendo ilustrada por Berdanier, a diferencia de las dos primeras que lo habían sido por John Allen St. John, que luego también repetiría en la cuarta entrega.

En ella, vamos a descubrir que el Pellucidar presentado en las dos primeras novelas es tan sólo una pequeña parte del País de la Luz Eterna, de modo que al norte existen lejanos países que no tienen noción de que exista un imperio al sur, y será de esos lejanos países de donde empezarán a llegar unos extraños invasores, que nos introducirán en esta tercera entrega, y en las influencias de Symmes en el Centro de la Tierra burroughsiano.

Os quedáis pues ante la lectura de *Tanar de Pellucidar*, la, cuanto menos sorprendente, tercera parte de la saga del Centro de la Tierra.

EL RASTRO EDICIONES

Prólogo

Jason Gridley es un verdadero apasionado de la radio. Si él no hubiera existido esta historia jamás habría sido escrita. Jason tiene veintitrés años y es escandalosamente bien parecido, demasiado bien parecido para ser un apasionado de algo. De hecho, no parece un apasionado de nada; tan sólo parece un joven americano sano y normal, que entiende de muchas cosas además de la radio, como por ejemplo, la aeronáutica, el golf, el tenis o, incluso, el polo.

Pero ésta no es la historia de Jason. Él es sólo un incidente, un importante incidente en mi vida que ha hecho posible esta historia. Por eso, con unas palabras más a modo de explicación, vamos a dejar a Jason con sus cables, sus ondas y sus amplificadores, acerca de los cuales él lo sabe prácticamente todo, y yo absolutamente nada.

Jason es huérfano, aunque poseedor de una importante renta. Tras graduarse en Stanford, bajó hasta aquí y compró un par de acres en Tarzana, y de esta forma es cómo lo conocí.

Mientras construía su casa hizo de mi despacho su cuartel general. Tan a menudo se encontraba allí, que cuando la terminó decidí devolverle el cumplido, bien visitándole en su nuevo "labo", como él lo denominaba —una habitación bastante amplia en la parte trasera de su casa, una habitación tranquila y apacible, en una apacible casa de estilo hispanoamericano—, o bien cabalgando juntos por las montañas de Santa Mónica al aire fresco de la mañana.

Jason experimenta con unos principios de radio, sobre los que cuanto menos hable será mejor para mi reputación, ya que no sólo los desconozco por completo, sino que espero no llegar a conocerlos nunca. Tal vez sea demasiado viejo, o tal vez demasiado estúpido, o tal vez, simplemente, no me interesa. El caso es que prefiero imputar mi abismal y persistente ignorancia de todo aquello que tiene que ver con la radio a este último supuesto: no me interesa. Así, al menos, alivió mi orgullo.

No obstante, lo que sí sé, pues así me lo ha dicho el propio Jason, es que está trabajando con los fundamentos de una totalmente nueva e innovadora... bueno, llamémosle, Onda.

Dice que la idea le fue sugerida por los caprichos de la estática. Al intentar buscar algún modo de eliminarla, descubrió una tendencia en el éter que no operaba de acuerdo con las leyes científicas previamente establecidas.

Instaló una emisora en su hogar de Tarzana, y unas cuantas millas más lejos, a la espalda de mi rancho, otra. De camino entre las dos emisoras, solíamos charlar sobre aquel extraño y etéreo medio por el que parecían cruzar todas las demás ondas y todas las demás fuentes de emisión, tan insospechado como completamente inocuo; tan inocuo que no tenía el más ligero efecto en el resto del equipo de Jason, que

estaba situado en la misma sala y recibía por la misma antena.

Y todo esto, que no es muy interesante para nadie excepto para Jason, es el camino por el que comenzó la asombrosa narración de las aventuras de Tanar de Pellucidar.

Jason y yo nos hallábamos una tarde sentados en su "labo", discutiendo, como solíamos hacer a menudo, de innumerables cuestiones acerca de cualquier cosa imaginable, y que acabaron llegando, como Jason habitualmente procuraba, a la Onda Gridley, que es como la había denominado.

La mayor parte del tiempo Jason mantenía el oído pegado a los auriculares, lo que puede parecer desalentador para una buena conversación, pero que a mí no me molesta tanto como lo hacen la mayoría de las conversaciones que uno tiene que escuchar a lo largo de su vida. Lo cierto es que me gustan los largos silencios y el sonido de mis propios pensamientos.

De repente, Jason se quitó los auriculares.

—¡Esto es como para llevar a alguien a la bebida! —exclamó.

—¿Qué? —pregunté.

—Otra vez estoy volviendo a oír lo mismo —respondió—. Oigo voces, débiles, pero indudablemente humanas, que hablan en un lenguaje totalmente desconocido para el hombre.

—Tal vez se trate de Marte —sugerí—. O tal vez de Venus.

Sus pupilas empezaron a achicarse, para luego soltar una de sus fáciles sonrisas.

—O de Pellucidar.

Yo me encogí de hombros.

—Sabes, almirante —dijo, llamándome así a causa de una gorra de patrón de yate que suelo llevar en la playa—, que cuando era un chiquillo solía creerme en su totalidad aquellas enloquecidas historias tuyas sobre Marte y sobre Pellucidar. Aquel mundo interior en el corazón de la Tierra era tan real para mí como las Sierras Altas, el valle de San Joaquín o el Golden Gate, y me parecía conocer las ciudades gemelas de Helium mucho mejor de lo que conozco Los Angeles. No veía en absoluto nada improbable en aquel viaje de David Innes y el anciano Perry a través de la corteza terrestre hasta Pellucidar. Sí señor, cuando era un chiquillo para mí todo aquello era como el evangelio.

—Y como ahora tienes veintitrés años, estás seguro de que no puede ser cierto —repliqué con una sonrisa.

—¿No estarás intentando decirme que es verdad?— me preguntó riendo.

—Yo nunca le he dicho a nadie que sea verdad —contesté—. Dejo que la gente piense lo que quiera, pero me reservo el derecho a opinar de otra forma.

—Porque sabes perfectamente bien que hubiera sido imposible para aquel topo de hierro de Perry, haber penetrado quinientas millas en la corteza terrestre; porque

sabes que no hay ningún mundo interior poblado por extraños reptiles y hombres de la edad de piedra; y porque sabes que no existe ningún emperador de Pellucidar.

Jason se estaba acalorando por momentos, pero finalmente su sentido del humor acudió en nuestra ayuda, y se echó a reír.

—Me gusta pensar que existe una Dian la Hermosa —dije.

—Sí —convino—; pero siento que matases a Hooja el Astuto. Era un villano estupendo.

—Siempre hay multitud de villanos —le recordé.

—Ayudan a las chicas a mantener sus figuras y sus complexiones de colegialas —dijo.

—¿Cómo? —pregunté.

—Sí, hombre: el ejercicio que hacen al ser perseguidas.

—Te estás riendo a mi costa —le reproché—, pero recuerda, por favor, que sólo soy un simple historiador. Si las damiselas corren y los villanos las persiguen, yo debo registrar verazmente ese hecho.

—¡Tonterías! —exclamó en la más pura tradición de cualquier académico de las universidades americanas.

Jason se volvió a colocar los auriculares, y yo regresé a la atenta lectura de la narración efectuada por algún viejo embustero que debía haber hecho una fortuna, que no aparentaba tener, gracias a la credulidad de los lectores de libros. Así permanecimos sentados durante algún tiempo.

De pronto Jason se quitó los auriculares y se volvió hacia mí.

—He oído música —dijo—; una música rara y extraña, y luego repentinamente se han oído fuertes gritos, y lo que parecía ruido de golpes, chillidos y el sonido de disparos.

—Ya sabes que Perry estaba experimentando con pólvora ahí abajo, en Pellucidar —le recordé a Jason con un cierto matiz de burla.

Pero Jason estaba muy serio, y esta vez no me siguió la broma.

—Por supuesto que sabes —dijo—, que realmente han existido teorías acerca de un mundo interior durante muchos años.

—Sí —contesté—. He leído trabajos exponiendo y defendiendo semejantes teorías.

—Sostienen que existen aberturas polares que conducen al interior de la Tierra —dijo Jason.

—Y han sido substanciadas —le recordé—, por varios hechos científicos aparentemente irrefutables: mares polares abiertos, corrientes cálidas de agua en el lejano norte, vegetación tropical flotando al sur de las regiones polares, las luces norteñas, el polo magnético o las persistentes historias de los esquimales acerca de que descenden de una raza que llegó desde un país cálido que existía más al norte.

—Me gustaría intentar llegar hasta una de esas aberturas —musitó Jason, mientras volvía a ajustarse los auriculares.

De nuevo hubo un largo silencio, roto al fin por una aguda exclamación de Jason, que tendió hacia mí un juego suplementario de auriculares.

—¡Escucha! —exclamó.

Cuando me ajusté los auriculares, escuché algo que nunca antes habíamos recibido a través de la Onda Gridley: ¡Código Morse! No me hizo falta preguntarme por qué se hallaba Jason tan excitado, ya que no había ninguna otra emisora sobre la Tierra, aparte de la suya, sintonizada con la Onda Gridley.

¡Código Morse! ¿Qué significaba aquello? En aquel momento me encontraba dividido por emociones contradictorias: o arrojar lo más lejos posible aquellos auriculares y discutir aquel hecho asombroso con Jason, o permanecer con ellos puestos y escuchar.

Yo no soy lo que alguien podría entender por un experto en las peculiaridades del código morse, pero no tuve ninguna dificultad para entender aquel sencillo mensaje de dos letras, repetidas en grupos de tres, con una pausa después de cada grupo: D.I., D.I., D.I., pausa; D.I., D.I., D.I., pausa.

Miré a Jason de reojo. Sus ojos, llenos de asombro, se encontraron con los míos, preguntándonos ambos qué significaba aquello.

El mensaje cesó, y Jason empezó a pulsar su propia llave de emisión, enviando sus iniciales: J.G., J.G., J.G., con el mismo sistema con que habíamos recibido la señal D.I. Cuando terminó de transmitir, la emoción nos atenazaba.

—D.I., D.I., D.I., Pellucidar —repiqueteó de nuevo la señal contra nuestros auriculares con la fuerza de una ametralladora.

Jason y yo nos sentamos, mudos de asombro, mirándonos el uno al otro.

—¡Tiene que ser una broma! —exclamé, y Jason, leyendo mis labios, movió la cabeza negativamente.

—¿Cómo va a ser una broma? —preguntó—. No hay ninguna otra emisora en la Tierra equipada para enviar o recibir por la Onda Gridley. No hay ninguna posibilidad de perpetrar un engaño semejante.

Nuestra misteriosa emisora empezó a emitir de nuevo.

—Si lo ha recibido, repita mi mensaje —apuntó, cerrando con las siglas D.I., D.I., D.I.

—Podría ser David Innes —musitó Jason.

—Emperador de Pellucidar —añadí.

Jason envió el mensaje D.I., D.I., D.I., y a continuación preguntó:

—¿Qué emisora es ésa? ¿Quién está al aparato?

—Observatorio Imperial de Greenwich, en Pellucidar; Abner Perry al aparato. ¿Quién está al otro lado?

—Laboratorio experimental privado de Jason Gridley en Tarzana, California. Gridley al aparato —contestó Jason.

—Quiero ponerme en contacto con Edgar Rice Burroughs. ¿Le conoce?

—Está aquí sentado a mi lado, escuchando —repuso Jason.

—Gracias a Dios, si eso es cierto. ¿Pero cómo sé que lo es? —inquirió Perry.

Rápidamente escribí una nota a Jason: "Pregúntale si recuerda el incendio de su primera factoría de pólvora. El edificio hubiera quedado destruido si el fuego no se hubiera extinguido al echar paladas de su pólvora sobre él".

Jason sonrió al leer la nota y la envió.

—No fue muy considerado por parte de David el contar eso —contestó la replica —, pero ahora sí que estoy seguro de que Burroughs se encuentra efectivamente ahí, pues sólo él podía haber conocido aquel incidente. Tengo un largo mensaje para él. ¿Está preparado?

—Sí —contestó Jason.

—Entonces permanezca a la escucha.

Y éste es el mensaje que Abner Perry envió desde las entrañas de la Tierra, desde el Imperio de Pellucidar.

Introducción

Deben haber pasado unos quince años desde que David Innes y yo atravesamos la superficie interior de la corteza terrestre y emergimos en el salvaje Pellucidar. Pero cuando un sol estacionario cuelga eternamente en su cénit y no existe ni la inquieta luna ni las estrellas, el tiempo no se puede medir, y, por tanto, lo mismo pueden haber pasado cien años que uno solo. ¿Quién lo sabe?

Cierto que desde que David regresó de la Tierra y trajo consigo muchas de las bendiciones de la civilización, disponemos de medios para medir el tiempo, pero a los pellucidaros no les acabaron de gustar. Descubrimos que el poner límites y restricciones allí donde nunca antes habían existido, hacía que la gente llegara a odiarlos e ignorarlos, por lo que finalmente David, en la bondad de su corazón, decretó un edicto aboliendo el tiempo en Pellucidar.

A mí me pareció un paso atrás, pero hoy día estoy resignado a ello, y quizá así sea más feliz, ya que cuando todo se ha dicho y todo se ha hecho, el tiempo es un amo severo, como vosotros, los del mundo exterior, os veríais forzados a admitir si consideraseis la cuestión.

Aquí, en Pellucidar, comemos cuando tenemos hambre, dormimos cuando estamos cansados, emprendemos un viaje cuando partimos y llegamos a nuestro destino cuando estamos allí. No envejecemos aunque la Tierra haya girado setenta veces alrededor del sol desde nuestro nacimiento, porque no tenemos conciencia de que eso haya ocurrido.

Tal vez lleve aquí quince años, pero qué importa. Cuando llegué no sabía absolutamente nada de radio, pues mis estudios e investigaciones iban por otros campos, pero cuando David regresó del mundo exterior, trajo consigo varios tratados científicos, y de ellos aprendí todo lo que sé de radio, lo que me ha permitido levantar con éxito dos emisoras, una aquí en Greenwich y otra en la capital del Imperio de Pellucidar.

No obstante, a pesar de intentarlo repetidas veces, nunca recibí respuesta del mundo exterior, por lo que pasado un tiempo desistí, convencido de que la corteza terrestre era impermeable para la radio. De hecho, raras veces usamos nuestras emisoras, ya que, después de todo, Pellucidar sólo está comenzando a salir de la edad de piedra, y en una economía de la edad de piedra no parece haber ninguna necesidad de comunicación por radio.

Sin embargo, en algunas ocasiones me dedicaba a trabajar con ella, y varias veces me pareció oír voces y otros sonidos que no procedían de Pellucidar. Eran demasiado débiles para no ser sino vagas sugerencias o intrigantes posibilidades, pero a pesar de todo parecían sugerir algo más tentador, así que me senté a hacer los ajustes y modificaciones necesarias hasta que esta maravilla que ha ocurrido hoy se ha hecho

realidad.

Mi regocijo por ser capaz de comunicarme con vosotros, sólo es superado por el alivio que me produce el ser capaz de dirigirme a alguien para solicitar ayuda. David tiene problemas. Está cautivo en el Norte, o en lo que nosotros llamamos Norte, puesto que no existen puntos cardinales conocidos para los pellucidaros.

A pesar de todo, he conseguido tener noticias tuyas. Me ha enviado un mensaje en el que sugiere una sorprendente teoría que podía hacer viable el recibir ayuda del mundo exterior si... Pero, primero, dejadme contaros toda la historia, la historia del desastre que ha recaído sobre David Innes y lo que le condujo hasta él, y entonces estaréis en mejor posición para juzgar la posibilidad de enviar socorro a David desde el mundo exterior.

Todo data de nuestras victorias sobre los mahars, la antaño raza dominante de Pellucidar. Cuando con nuestros ejércitos perfectamente organizados, equipados con armas de fuego y otras armas desconocidas tanto para los mahars como para sus mercenarios gorilas, los sagoths, derrotamos a los monstruosos reptiles y expulsamos a sus viscosas hordas de los confines del Imperio, la raza humana del mundo interior ocupó por primera vez en su historia su lugar correcto en el orden de la creación.

Sin embargo, nuestras victorias significarían el origen del desastre que hoy se ha abatido sobre nosotros.

Durante algún tiempo no hubo ningún rastro de mahars dentro de las fronteras de los reinos que constituían el Imperio de Pellucidar; pero, de repente, otra vez comenzamos a tener noticias de ellos en varios puntos dispersos: pequeñas partidas que se asentaban en las costas de mares y lagos, lejos de los lugares frecuentados por los hombres.

La verdad es que no suponían un gran problema. Su viejo poder había sido destruido y sólo era un recuerdo; sus sagoths habían desertado o se habían alistado en los regimientos del Imperio. Los mahars ya no disponían de recursos para hacernos ningún daño, y, sin embargo, a pesar de todo, no les queríamos entre nosotros. Eran comedores de carne humana y no teníamos ninguna seguridad de que los cazadores solitarios estuvieran a salvo de sus apetitos voraces.

No les queríamos ver en nuestro territorio, así que David envió tropas contra ellos, aunque con ordenes de negociar primero e intentar persuadirles de que abandonasen el Imperio en paz, antes de entablar otra guerra que pudiera significar su completa exterminación.

Varios sagoths acompañaron a la expedición, pues sólo ellos, de entre todas las criaturas de Pellucidar, pueden entender el sexto sentido, el lenguaje de la cuarta dimensión que constituye el idioma de los mahars.

La historia que trajo de vuelta aquella expedición era bastante triste y lastimosa, y despertó la compasión de David, como siempre lo hacen las historias que hablan de

persecuciones e infelicidad.

Después de que los mahars hubieran sido expulsados del Imperio, buscaron un refugio en el que poder vivir en paz. Nos aseguraron que habían aceptado lo inevitable con filosofía, y que no albergaban pensamiento alguno de reanudar su guerra contra la raza humana o de intentar recobrar de alguna otra forma su perdida ascendencia.

Así, lejos, en las costas de un inmenso océano en el que no había ninguna señal del hombre, se asentaron en paz; pero aquella paz no duraría mucho.

Un día llegó un gran navío, recordando a los mahars los primeros navíos que habían visto, los barcos que David y yo habíamos construido, los primeros barcos, por lo que nosotros sabíamos, que alguna vez habían surcado los tranquilos mares de Pellucidar.

Obviamente, para nosotros constituyó una gran sorpresa descubrir que existía otra raza en el mundo interior lo suficientemente avanzada como para construir tales navíos. Pero además teníamos reservada otra sorpresa más. Los mahars nos aseguraban que aquel pueblo poseía armas de fuego, y que sus naves y sus armas de fuego eran tan formidables como las nuestras, aunque ellos eran mucho más feroces: mataban por el simple placer de matar.

Después de que se marchara aquel primer navío, los mahars pensaron que por fin les sería permitido vivir en paz; pero su sueño sería breve, ya que poco tiempo después aquel navío regresó, y con él muchos más, tripulados por miles de aquellos sanguinarios y brutales enemigos, contra cuyas armas los grandes reptiles tenían poca o ninguna defensa.

Buscando únicamente poder huir del hombre, los mahars abandonaron su nuevo hogar y empezaron a instalarse a corta distancia de las fronteras del Imperio. Pero ahora sus enemigos parecían resueltos a perseguirlos: salían en su caza, y cuando los encontraban, los mahars se veían forzados una y otra vez a caer ante la ferocidad de sus continuos ataques, por lo que finalmente buscaron refugio dentro de las fronteras del Imperio.

Apenas había regresado la expedición enviada por David con tales noticias, cuando tuvimos la prueba definitiva de la veracidad de aquel relato a través de los mensajes que nos llegaron desde las fronteras situadas más al norte, mensajes que hablaban de una invasión por parte de una extraña y salvaje raza de hombres blancos.

Frenético fue en este sentido el mensaje de Goork, el rey de Thuria, cuya extensa frontera discurría más allá de la Tierra de la Horrible Sombra.

Al parecer, algunos de sus cazadores habían sido sorprendidos, y, salvo unos cuantos, todos habían sido muertos o capturados por los invasores. Envió a continuación a sus guerreros contra ellos, pero también encontraron un destino similar al ser notablemente superados en número. Entonces envió un mensajero a

David suplicando al emperador que acudiese con sus tropas en su ayuda.

Apenas había llegado aquel primer mensajero, cuando llegó otro trayendo la noticia de la toma y el saqueo de la principal ciudad del reino de Thuria. A continuación llegó un tercero, enviado por el comandante de los invasores, exigiendo que David pagase un tributo o, en caso contrario, destruiría su país y mataría a los prisioneros que retenía como rehenes.

En respuesta, David despachó a Tanar, hijo de Ghak, exigiendo la liberación de todos los prisioneros y la marcha de los invasores. Inmediatamente después, se enviaron mensajeros a los reinos más cercanos del Imperio, y antes incluso de que Tanar hubiese llegado a la Tierra de la Horrible Sombra, diez mil guerreros ya recorrían su mismo camino para reforzar las exigencias del emperador y expulsar a aquel salvaje enemigo de Pellucidar.

Cuando David se aproximó a la Tierra de la Horrible Sombra, la cual se encuentra situada bajo el misterioso satélite de Pellucidar, observó una gran columna de humo en la distancia sin horizonte que había delante de él. No fue necesario urgir a los incansables guerreros a una mayor velocidad, pues todos los que la divisaron supusieron que los invasores estaban tomando otro pueblo e incendiándolo.

En breve, se encontraron con los refugiados que intentaban escapar—únicamente mujeres y niños— y tras ellos, una delgada hilera de guerreros que se esforzaba por contener a unos extranjeros morenos y barbudos que portaban unas extrañas armas, semejantes a antiguos arcabuces con la boca del cañón en forma de campana; unos armatostes enormes que escupían humo, fuego, piedras y trozos de metal.

Que los pellucidaros, sobrepasados en una proporción de diez a uno, fueran capaces de contener a sus salvajes enemigos, sólo se debía a las más modernas armas de fuego que David y yo les habíamos enseñado a fabricar y usar.

Tal vez la mitad de los guerreros thurios se hallaban armados con ellas, y éstas eran lo único que les salvaba de una derrota total, y, quizá, de una absoluta aniquilación.

Fuertes fueron los gritos de júbilo cuando los primeros refugiados descubrieron y reconocieron a las tropas que llegaban en su ayuda.

Goork y su pueblo no habían estado muy convencidos de aliarse al Imperio, al igual que varios otros reinos distantes, pero creo que aquella demostración práctica del valor de la Federación acabó para siempre con sus dudas, y dejó al pueblo de la Tierra de la Horrible Sombra y a su rey como los más leales súbditos que David poseía.

El efecto que tuvo sobre el enemigo la aparición de diez mil guerreros bien armados se hizo evidente con bastante rapidez. En efecto, se detuvieron, y mientras avanzábamos empezaron a retroceder; pero aunque se acabaron retirando, ofrecieron una buena pelea.

David supo por Goork que Tanar había sido cogido como rehén, y aunque realizó varios intentos para abrir negociaciones con el enemigo, con el propósito de intercambiar a los prisioneros que habían caído en nuestras manos por Tanar y otros pellucidaros, no lo pudo conseguir.

Nuestras fuerzas empujaron a los invasores más allá de los límites del Imperio, hasta las costas de un lejano mar, donde, con dificultades y soportando la pérdida de muchos de sus hombres, lograron por fin embarcar sus mermadas tropas en unos navíos tan arcaicos en diseño como antiguos eran sus arcabuces.

Aquellas naves se elevaban hasta una altura exagerada en la proa y en la popa. Las popas estaban armadas en varios pisos que semejaban altas camaretas, una encima de otra. Por todas partes por encima de la línea de flotación, mostraban numerosos grabados de intrincados diseños, y cada nave portaba en su proa, como balance del navío, un mascarón pintado en llamativos colores, habitualmente una figura heroica de una mujer desnuda o una sirena.

Los mismos invasores vestían igualmente de forma extravagante y colorida. Llevaban llamativos pañuelos sobre sus cabezas, amplios fajines de brillantes colores y enormes botas con estrechas calzas, o por lo menos así ocurría en aquellos que no iban medio desnudos y descalzos.

Además de los arcabuces, llevaban enormes pistolas y cuchillos introducidos bajo sus cinturones, y también portaban alfanjes a sus costados. En conjunto, con sus espesas barbas y sus fieros rostros, tenían un aspecto desaliñado y una apariencia pintoresca.

Por algunos de los prisioneros capturados durante las batallas en la costa, David supo que Tanar todavía estaba vivo y que el líder de los invasores había decidido llevarle a su morada con la esperanza de poder descubrir a través de él los secretos de nuestro superior armamento y de nuestra pólvora, pues a pesar de mis primeros fallos, y no sin algún precio, finalmente conseguí un tipo de pólvora que no sólo ardía, sino que se inflamaba con una fuerza bastante satisfactoria. De hecho, ahora estoy perfeccionando una pólvora que no produce humo ni ruido, aunque honestamente debo confesar que mis primeros experimentos no han sido todo lo satisfactorios que yo había esperado que fueran, ya que al detonar la primera muestra casi se me rompieron los tímpanos, y mis ojos se llenaron de tanto humo que creí haberme quedado ciego.

Cuando David vio a los navíos enemigos hacerse a la mar con Tanar a bordo, casi enfermó de pena, pues Tanar siempre había sido uno de los favoritos del emperador y de su graciosa emperatriz, Dian la Hermosa. Para ambos, Tanar era como un hijo.

No teníamos ninguna nave en aquel mar, por lo que David no podía seguirles con su ejército; pero, siendo como es David, tampoco podía abandonar al hijo de su mejor amigo a un salvaje enemigo sin haber agotado todos los medios a su disposición en

un esfuerzo por rescatarlo.

Además de los prisioneros que habían caído en sus manos, David había capturado uno de los pequeños botes que el enemigo había usado para embarcar sus fuerzas, y éste fue el que le sugirió el loco plan en el que se embarcó.

El bote tendría unos dieciséis pies de largo y estaba equipado con dos remos y una vela. Era amplio de manga y tenía todo el aspecto de ser recio y apto para navegar, aunque lastimosamente pequeño para afrontar los peligros de un mar desconocido y poblado, al igual que todos los mares de Pellucidar, por enormes monstruos poseedores de un carácter irascible y un apetito voraz.

De pie en la playa, observando las cada vez más diminutas líneas de la flota fugitiva, David tomó una decisión. A su alrededor se hallaban los reyes y los capitanes de los reinos federados de Pellucidar, y tras ellos diez mil guerreros descansaban sus armas. A un lado, los ceñudos prisioneros, fuertemente custodiados, observaban la partida de sus camaradas con toda la sensación de desesperación y envidia que uno se podía imaginar.

David se volvió hacia su gente.

—Aquellas naves que se alejan —dijo—, se llevan a Tanar, el hijo de Ghak, y tal vez a una veintena más de los jóvenes guerreros de Pellucidar. Está más allá de toda razón esperar que el enemigo nos devuelva alguna vez a nuestros camaradas, pero es fácil imaginar el tratamiento que recibirán en manos de esa raza salvaje y sanguinaria. No podemos abandonarlos mientras todavía exista una vía de persecución abierta ante nosotros. Aquí está esa vía.

David extendió su mano ante el inmenso océano.

—Y aquí están los medios para atravesarla —continuó señalando el pequeño bote.

—¡Apenas puede transportar a veinte hombres! —exclamó alguien cercano al emperador.

—No necesita llevar más que a tres —repuso David—, porque sólo navegará para intentar un rescate en el que no se utilizará la fuerza sino la estrategia, o tal vez únicamente para localizar la fortaleza del enemigo y luego regresar aquí para guiar una fuerza lo suficientemente numerosa como para conquistarla.

—¡Yo iré! —concluyó el emperador tras una pausa—. ¿Quién me acompañará?

Instantáneamente, todos los hombres que alcanzaban a oír su voz, exceptuando a los prisioneros, alzaron sus armas sobre sus cabezas y dieron un paso hacia delante ofreciendo sus servicios. David sonrió.

—Sabía que seríais demasiados —dijo—, pero no puedo llevaros a todos. Sólo necesitaré a uno, y ese será Ja de Anoroc, el mejor navegante de todo Pellucidar.

Un enorme griterío se alzó, ya que Ja, el rey de Anoroc, que además era el comandante en jefe de la armada de Pellucidar, era inmensamente conocido en todo el Imperio, y aunque todos estaban en desacuerdo por no haber sido elegidos, también

apreciaban la sabiduría de la decisión de David.

—Pero dos es un número demasiado pobre para esperar tener éxito —argumentó Ghak—, y yo, como padre de Tanar, debería acompañaros.

—Dos te parecen pocos —dijo David—. Sí; varios de nosotros podríamos embarcarnos en ese pequeño bote, pero no por ello mejoraría la situación. ¿Por qué arriesgar una vida más? Si veinte personas pudieran sortear los peligros desconocidos que yacen ante nosotros, dos también podrían conseguirlo, y, sin embargo, con unos cuantos hombres menos, podríamos llevar un mayor suministro de agua y de comida para afrontar la desconocida extensión de este mar, encarar los periodos de calma y hacer frente a lo que puede ser una larga búsqueda.

—Pero dos hombres son pocos para manejar el bote —apostilló otro—; y además Ghak tiene razón: el padre de Tanar debería estar entre quienes quieran rescatarlo.

—Ghak es necesario para el Imperio —replicó David—. Debe permanecer aquí para comandar los ejércitos de la emperatriz hasta que yo regrese. Pero, no obstante, habrá un tercero que se embarcará con nosotros.

—¿Quién? —preguntó Ghak.

—Uno de los prisioneros —contestó David— A cambio de su libertad, encontraremos fácilmente a alguno de ellos que quiera guiarnos hasta el país de nuestros enemigos.

En efecto, aquello no supuso ninguna dificultad, pues casi todos los prisioneros se ofrecieron voluntarios cuando se les hizo la proposición.

David eligió a un joven individuo que dijo llamarse Fitt, y que parecía poseer un semblante más franco y honesto que el resto de sus compañeros.

Después hubo que aprovisionar el bote. Se llenaron vejigas de animales con agua fresca, y una gran cantidad de cereales, pescado seco, tiras de carne, vegetales y frutas se empaquetaron en otras vejigas. Todo se instaló en el bote hasta que pareció que ya no entraba nada más en él. Para tres hombres aquella cantidad de provisiones habría sido suficiente para un viaje de un año en la corteza exterior, en la que el tiempo si hubiera podido ser calculado.

Fitt, el prisionero que acompañaría a David y Ja, aseguró a éstos que la cuarta parte de aquellas provisiones serían suficientes, y que a lo largo de la ruta que pensaban recorrer había puntos donde su provisión de agua podría ser renovada y en los que abundaría la caza, así como los frutos silvestres, los vegetales y las nueces. Pero David no recortó ni en una onza las provisiones que había decidido llevar.

Cuando los tres hombres estaban a punto de embarcar, David se dirigió por última vez a Ghak.

—Has visto el tamaño y el armamento de las naves enemigas, Ghak —dijo—. Mi último mandato, es que construyas lo más rápidamente que puedas una flota que pueda rivalizar con los grandes buques del enemigo. Mientras se construye esa flota

—lo que realizaréis en las costas de este mismo mar— enviarás expediciones en busca de un paso que comunique este océano con el nuestro. Si consigues encontrarlo, podremos disponer de todas nuestras naves y además aceleraremos la construcción de la nueva armada utilizando los astilleros de Anoroc. Cuando hayas construido y tengas dispuesta la tripulación de cincuenta naves, parte en nuestro rescate si no hemos regresado para entonces. No mates a los prisioneros. Manténlos con vida, porque sólo ellos pueden guiarte hasta su país.

Y así, David I, emperador de Pellucidar, Ja, rey de Anoroc, y el prisionero Fitt, se embarcaron en el pequeño bote. Muchas manos amigas les ayudaron a introducir la pequeña nave en el continuo pero tranquilo oleaje de aquel mar pellucidaro. Diez mil gargantas les vitorearon mientras partían, y diez mil pares de ojos les observaron hasta que se fundieron en la bruma de la ascendente perspectiva sin horizonte de Pellucidar.

David había partido en una vana, aunque gloriosa aventura, y en la lejana capital del Imperio, Dian la Hermosa iba a comenzar a derramar sus lágrimas.



Capítulo I

Stellara

El gran navío se estremeció con el retroceso de los cañones y el retumbar de los arcabuces. El rugido de las armas, tanto a bordo de sus navíos hermanos como de él mismo, era ensordecedor. Bajo la cubierta el aire estaba viciado por el humo de la pólvora quemada.

Tanar de Pellucidar, encadenado abajo junto a los demás prisioneros, oyó aquellos sonidos y olió aquel humo. Escuchó el ruido de la cadena del ancla al ser izada, y sintió tensarse el mástil al curvarse los pernos de enganche. La alteración del movimiento del casco le dijo que la nave estaba partiendo.

En breve cesó el fuego, y las regulares subidas y bajadas de la nave presagieron que ésta se había hecho a la mar. En la oscuridad de la bodega Tanar era incapaz de distinguir nada. Algunas veces los prisioneros hablaban entre sí, pero sus pensamientos no eran alegres, por lo que la mayor parte del tiempo permanecían en silencio, esperando. ¿Aunque qué había que esperar?

Se hallaban hambrientos y sedientos. Por ello suponían que el navío se había adentrado ya bastante lejos en el mar. No tenían noción del tiempo. Sólo sabían que tenían hambre y sed, y que la nave cada vez se hallaba más lejos; más lejos y en un mar desconocido, siguiendo su rumbo hacia un puerto ignorado.

De repente se alzó una portilla, y varios hombres bajaron con comida y agua; una comida pobre y un agua repulsiva que olía mal y que sabía peor; pero era agua y estaban sedientos.

—¿Dónde está el que llaman Tanar? —dijo uno de los hombres.

—Yo soy Tanar —contestó el hijo de Ghak.

—Te quieren en cubierta —dijo el hombre, y con una llave enorme abrió los macizos y pesados grilletes que mantenían a Tanar encadenado al mástil—. ¡Sígueme!

La brillante luz del perpetuo día de Pellucidar cegó al sari cuando éste subió desde la oscura bodega en la que había estado confinado hasta la cubierta. Pasó un largo rato antes de que sus ojos pudieran acostumbrarse de nuevo a la luz, pero su guardián le empujó rudamente y Tanar fue tropezando por las escaleras que llevaban hasta la cubierta superior de la popa del navío, hasta que por fin recuperó el uso de sus ojos.

Cuando llegó a la cubierta superior vio reunidos a los jefes de la horda korsar, y con ellos a dos mujeres. Una era mayor y no muy favorecida, pero la otra era joven y hermosa, aunque Tanar no tuvo una mirada para ninguna de las dos. Sólo estaba interesado en los enemigos varones, en aquellos con los que podía luchar, en aquellos

a los que podía matar, pues éste era el único interés que un enemigo podía despertar en Tanar el sari. Tanar no combatía con mujeres, aunque se tratase de mujeres enemigas; pero podía ignorarlas, y así lo hizo.

Le condujeron hasta un individuo enorme cuya espesa barba prácticamente le ocultaba el rostro; un individuo grande y desagradable con una tremenda cicatriz escarlata alrededor de su cabeza. Salvo por una bordada chaquetilla abierta y sin mangas, el hombre se hallaba desnudo por encima de la cintura, a cuyo alrededor la cruzaba un llamativo fajín en el que se introducían dos pistolas y varios cuchillos largos, mientras que a un costado le pendía un afilado sable cuya empuñadura estaba ricamente adornada con incrustaciones de perlas y piedras semipreciosas.

El Cid, caudillo de los korsars, era un hombre poderoso, un hombre corpulento, violento e intimidante, cuya posición entre los salvajes korsars sólo podía ser mantenida por alguien como él. Rodeándole, sobre la elevada popa de su navío, se hallaba una compañía de fornidos rufianes de similar molde al suyo, mientras que un poco más abajo, en las falcas del bajel, una caterva de degolladores de baja estofa, los marineros comunes, olvidaban los peligros y las exigencias de una ardua campaña, relajándose de acuerdo con sus diversos gustos.

La mayoría de ellos eran unas auténticas bestias, desnudos salvajes salvo por los pantalones y los inevitables y llamativos fajines; una chusma despreciable, aunque pintoresca.

Al lado del Cid, se hallaba un hombre más joven que bien podía vanagloriarse de tener un semblante tan espantoso, que habría hecho esconderse al mismo sol, pues cruzando un rostro que podría haber abrumado incluso el amor de una madre, discurría una repulsiva cicatriz desde la parte superior del ojo izquierdo hasta la comisura derecha de la boca, hendiendo la nariz con una profunda y roja herida. El ojo izquierdo carecía de párpado y miraba perpetuamente hacia arriba y hacia fuera, de forma similar a como lo haría el ojo de un cadáver, mientras que el labio superior estaba permanentemente vuelto hacia arriba, en una mueca sardónica que dejaba entrever un único diente a modo de colmillo. No, Bohar el Sanguinario no era ni mucho menos hermoso.

Ante el Cid y el Sanguinario fue rudamente arrastrado Tanar.

—¿Te llaman Tanar? —bramó el Cid.

Tanar asintió.

—¿Y tú eres el hijo de un rey? —dijo riéndose estruendosamente—. Con una escuadra de mis naves podría destruir la totalidad del reino de tu padre y hacer de él un esclavo, como he hecho con su hijo.

—¡Tú y tus naves! —replicó Tanar—. No vi a ninguna de ellas destruir el reino de Sari. Más bien todo lo contrario. El ejército que les fue dando caza hasta el océano iba comandado por mi padre y estaba bajo el mando del emperador.

El Cid frunció el ceño.

—He hecho caminar a hombres por la plancha por menos que eso —gruñó.

—No sé qué quieres decir —dijo Tanar.

—Lo sabrás —ladró el Cid—, y entonces, por la barba del dios del mar que aprenderás a contener tu lengua.

—¡Eh! —gritó a continuación a uno de sus oficiales—. ¡Ve a buscar un prisionero y haz que preparen la plancha! Vamos a enseñar a este hijo de un rey quién es el Cid, y quién es ahora él entre hombres de verdad.

—¿Por qué traer a otro? —preguntó Bohar el Sanguinario—. Este tipo podría pasear y aprender la lección al mismo tiempo.

—Pero entonces no sacaría ningún provecho de ella —repuso el Cid.

—¿Desde cuando se ha convertido el Cid en la niñera de un enemigo? —preguntó Bohar con tono de burla.

Sin más palabras, el Cid se giró y lanzó un feroz puñetazo a la mandíbula de Bohar. Mientras el hombre caía al suelo, el jefe korsar extrajo una enorme pistola de su fajín y se plantó ante él, apuntando el cañón del arma a la cabeza de Bohar.

—¡Tal vez esto enderece tu torcida cara o cree algún cerebro en tu estúpida cabeza! —rugió el Cid.

Bohar permaneció tendido sobre su espalda mirando fijamente a su caudillo.

—¿Quién es tu amo? —demandó el Cid.

—Tú —gruñó Bohar.

—Entonces lárgate y aprende a mantener la boca cerrada —ordenó el Cid.

Cuando Bohar se levantó miró a Tanar con mal gesto. Fue como si su único ojo sano hubiera reunido todo el odio, la rabia y el veneno del perverso corazón de aquel hombre, y lo hubiera concentrado en el sari que indirectamente era el motivo de su humillación. Desde aquel instante, Tanar supo que Bohar el Sanguinario le odiaba con una aversión personal, distinta de cualquier antipatía que pudiera haber sentido por un enemigo o por un extraño.

En la cubierta inferior varios hombres estaban deslizando con avidez una larga tabla por la barandilla de estribor. A continuación, la sujetaron por un extremo a varios listones situados dentro del casco y la reforzaron con firmes cuerdas.

Desde una trampilla abierta, otros arrastraban a un robusto prisionero del reino de Thuria que había sido capturado en las primeras escaramuzas en la Tierra de la Horrible Sombra. El primitivo guerrero mantenía su cabeza erguida y no mostraba terror en presencia de sus captores. Tanar, mirándole desde la cubierta superior, estuvo orgulloso de aquel compañero del Imperio. El Cid también lo observó.

—Esta tribu necesita que la domen —dijo.

La más joven de las dos mujeres, las cuales habían avanzado hasta el extremo de la cubierta y observaban la escena que se desarrollaba en las falcas, se volvió hacia el

Cid.

—Todos parecen hombres bravos —dijo—. Es una lástima matar a uno de ellos sin necesidad.

—¡Qué dices, muchacha! —exclamó el Cid— ¿Qué sabrás tú de esto? Es la sangre de tu madre la que habla. ¡Por las barbas de los dioses, tendrías que tener más sangre de tu padre en las venas!

—Es una sangre brava la de mi madre —replicó la muchacha—, pues no teme mostrarse ante ningún hombre. La sangre de mi padre no se atreve a revelar su bondad ante los ojos de sus hombres porque teme quedar en ridículo. Alardea de su coraje para ocultar su cobardía.

El Cid aferró con más fuerza la empuñadura de su sable y lanzó un poderoso juramento.

—Abusas de nuestra relación, Stellara —dijo—, pero no olvides que hay un límite que ni siquiera tú puedes traspasar con el Cid: yo no tolero los insultos de nadie.

La muchacha se echó a reír.

—Guarda tus amenazas para aquellos que te teman —dijo.

Durante aquella conversación, Tanar, que se encontraba cerca, tuvo la oportunidad de examinar más detenidamente a la muchacha. Le impulsó a hacerlo la naturaleza de sus observaciones y el tranquilo coraje que demostraba su comportamiento. Por primera vez se fijó en su cabello, que relucía como el oro al exponerse a la cálida luz del sol; quizá, debido a que todas las mujeres de su país tenían el cabello oscuro, aquel color de pelo le impresionó. Pensó en ello con simpatía, y cuanto más se fijó en sus rasgos se dio cuenta de que también ellos eran adorables. Poseía una resplandeciente y radiante hermosura que parecía reflejar cualidades de buen corazón y carácter. Había además en ella una cierta dulzura femenina que a veces se perdía en las fuertes, primitivas y seguras de sí mismas mujeres de su propia raza. No era, sin embargo, una sensación de debilidad, como se había evidenciado en su temeraria actitud hacia el Cid y en el coraje que brillaba en sus bravos ojos. También se reflejaba la inteligencia en aquella mirada. La inteligencia, la valentía y la hermosura.

Pero el interés de Tanar cesó ante el sentimiento de repulsión que sintió al pensar que aquella mujer pertenecía a aquel zafio rufián que gobernaba con mano de hierro a las barbudas bestias que formaban la gran flota, ya que la referencia del Cid a la relación que les unía no dejó ninguna duda en la mente del sari de que la mujer era su compañera.

Ahora, la atención de todos se hallaba enfocada en los actores de la tragedia que se desarrollaba abajo. Varios hombres habían atado las muñecas del prisionero a su espalda y le habían vendado los ojos.

—Mira abajo, hijo de un rey —dijo el Cid a Tanar—, y sabrás lo que significa caminar por la plancha.

—Lo estoy viendo —respondió Tanar—, y lo único que veo es que se necesitan muchos de los vuestros para obligar a uno de los míos a hacer esa cosa, sea lo que sea.

La joven se echó a reír, pero el Cid se enfureció todavía más, mientras que Bohar lanzaba una venenosa mirada hacia Tanar.

Varios hombres, con picas y afilados cuchillos, se alinearon junto a la barandilla del buque, a uno y otro lado de la plancha, mientras que otros alzaron al prisionero hasta el extremo interior, de forma que pudiera encarar el extremo opuesto de la plancha que sobresalía por encima del mar, en el que los grandes monstruos de las profundidades, siguiendo un curso paralelo al rumbo de la nave, cortaban las olas con sus gigantescas espaldas, enormes saurios extinguidos mucho tiempo atrás en la corteza exterior.

Espoleando al indefenso prisionero con las picas y los cuchillos, los korsars le obligaban a avanzar hacia delante, a lo largo de la estrecha plancha, con el acompañamiento de fuertes juramentos, bromas soeces y roncadas risotadas.

Erguido y orgulloso, el thurio avanzó sin miedo hacia su destino. No profirió ninguna queja, y cuando alcanzó el otro extremo de la plancha y sus pies no encontraron más apoyo, no lanzó ningún grito. Luego, en silencio, saltó hacia delante y, girándose, se arrojó de cabeza al mar.

Tanar apartó la vista, y quiso el destino que volviese los ojos en dirección a la muchacha. Para su sorpresa, vio que ella también había rehusado ver el último acto, y en su rostro, vuelto hacia el suyo, descubrió una expresión de sufrimiento.

¿Sería posible que aquella mujer que pertenecía a la brutal raza del Cid, pudiera sentir simpatía y pesar por el sufrimiento de un enemigo? Tanar lo dudó. Lo más probable es que aquel día hubiera comido algo que le había sentado mal.

—Ahora —exclamó el Cid—, has visto a un hombre caminar sobre la plancha. Ya sabes lo que puedo hacer contigo si me apetece.

Tanar se encogió de hombros.

—Espero poder ser tan indiferente a mi destino como lo ha sido mi camarada —respondió—, porque ciertamente no os habéis divertido mucho a su costa.

—Si te entrego a Bohar tendremos diversión suficiente —contestó el Cid—. Él posee otros medios para animar un día insulso; medios que superan con mucho el aburrido ejercicio de la plancha.

La muchacha se giró enfurecida hacia el Cid.

—¡No lo harás! —gritó—. ¡Me juraste que no torturarías a ningún prisionero mientras yo estuviera con la flota!

—Si se comporta, no lo haré —dijo el Cid—; pero si no lo hace lo entregaré a

Bohar el Sanguinario. No olvides que soy el líder de los korsars y que incluso tú puedes ser severamente castigada si interfieres.

Una vez más la muchacha se echó a reír.

—Puedes atemorizar a los demás, líder de los korsars —dijo—, pero no a mí.

—Si fueras mía... —murmuró Bohar en tono amenazador.

—Pero no lo soy, ni nunca lo seré —dijo la muchacha interrumpiéndole.

—No estés tan segura de ello —gruñó el Cid—. Puedo entregarte a quien me plazca; pero mejor que cambiemos de asunto.

Entonces se volvió hacia el prisionero sari.

—¿Cuál es tu nombre, hijo de un rey? —preguntó.

—Tanar.

—Escúchame bien, Tanar —dijo el Cid en un tono muy serio—. Nuestros prisioneros no viven más tiempo de aquél que nos son útiles. Algunos de vosotros conservaréis la vida para ser exhibidos ante el pueblo de Korsar, después de lo cual me seréis de poca utilidad; pero tú puedes conservar tu vida y, tal vez, tu libertad.

—¿Cómo? —preguntó Tanar.

—Tu pueblo iba armado con armas bastante mejores que las nuestras —explicó el Cid—. Vuestra pólvora es más potente y digna de confianza. La nuestra fallaba la mitad de las veces al tratar de encenderse al primer intento.

—Debió ser embarazoso —sonrió Tanar.

—Fue decisivo —repuso el Cid.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó el prisionero.

—Si nos enseñas a mejorar nuestras armas y a conseguir una pólvora como la vuestra, se te perdonará la vida y obtendrás tu libertad.

Tanar no contestó. Estaba pensando; pensando en la supremacía que le proporcionaba a su pueblo su superior armamento; pensando en el destino que le aguardaba a él y a los pobres diablos que se hallaban en el oscuro y hediondo agujero de la cubierta inferior.

—¿Y bien? —exigió el Cid.

—¿Perdonarás también a los demás? —preguntó.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Necesitaré su ayuda —contestó Tanar—. No sé todo lo necesario para fabricar armas y pólvora.

De hecho, no sabía absolutamente nada acerca de la fabricación de ninguna de las dos cosas, pero allí existía una posibilidad de salvar a sus camaradas prisioneros, o al menos de impedir su muerte y ganar tiempo con el que encontrar algún medio de escape. Por tanto no vaciló en mentir al Cid, pues ¿acaso no valía todo en la guerra?

—De acuerdo —respondió el jefe korsar—. Si ni tú ni los otros me dais problemas, viviréis todos; a condición, claro está, de que nos enseñéis a fabricar

armas y pólvora como las vuestras.

—No podemos vivir en el inmundo agujero en el que nos habéis encerrado —replicó mordazmente Tanar—, y tampoco podremos subsistir sin comida. En poco tiempo enfermaremos y moriremos todos. Somos gente de espacios abiertos, no podemos vivir asfixiados en un oscuro agujero lleno de basura y muertos de hambre.

—No regresarás al agujero —dijo el Cid—. No hay ningún peligro de que puedas escapar.

—¿Y los demás? —preguntó Tanar.

—¡Permanecerán donde están!

—Morirán, y sin ellos no podré conseguir la pólvora —le recordó Tanar.

El Cid torció el gesto.

—¿Pretendes que inunde mi barco de enemigos? —gruñó el Cid.

—Están desarmados.

—Entonces ten por seguro que serían asesinados. Nadie sobrevive mucho tiempo entre mi tripulación si no va armado —señaló el Cid extendiendo la mano despectivamente hacia la medio desnuda caterva que había abajo.

—Entonces deja las portillas abiertas y proporcionales algo de aire decente y una comida mejor.

—¡Trato hecho! —dijo el Cid—. ¡Bohar! ¡Haz que levanten las portillas delanteras, y pon allí un centinela con orden de matar a cualquier prisionero que intente subir a cubierta o a cualquiera de nuestros hombres que intente ir abajo! ¡Y haz también que se les den a los prisioneros las mismas raciones que a la tripulación!

Con un sentimiento de alivio que casi rozó la felicidad, Tanar vio partir a Bohar para cumplir las órdenes del Cid. Sabía que sus compañeros no hubieran sobrevivido mucho tiempo al espantoso y desacostumbrado confinamiento y a la vil comida que había constituido su ración desde que habían sido llevados a bordo del navío korsar.

Poco tiempo después el Cid se marchó a su cabina, y a Tanar le fue permitido moverse con libertad por el buque. Caminó hasta la popa y, apoyándose en la barandilla, observó la brumosa distancia ascendente en la que se encontraba la tierra de los saris, su país, situado más allá de aquella bruma.

Lejos, a popa, un pequeño bote se alzaba y volvía a caer con las fuertes ondulaciones del oleaje. Los feroces habitantes de las profundidades lo amenazaban constantemente, las tormentas parecían querer hundirlo, pero, avanzando en pos de la gran flota, se hacía fuerte y poderoso por la voluntad de tres hombres.

Pero Tanar no era capaz de verlo porque la bruma se lo impedía. Se hubiera sentido reconfortado si hubiera sabido que su emperador estaba arriesgando su vida por salvarle.

Mientras soñaba y observaba el mar, fue consciente de una presencia cerca de él, pero no se volvió. ¿Quién en aquel barco que pudiera tener acceso a la cubierta

superior, podía preocuparle que quisiera verle o hablarle?

De repente escuchó una voz a su lado, una voz suave y aterciopelada que le hizo volverse para encarar a su propietaria. Era la muchacha.

—¿Estás mirando hacia donde se encuentra tu país? —preguntó.

—Sí.

—Nunca lo volverás a ver —dijo con una nota de tristeza en la voz, como si comprendiera sus sentimientos y simpatizara con ellos.

—Tal vez no; pero, ¿por qué te preocupa? Soy tu enemigo.

—No sé por qué debería preocuparme —repuso la muchacha—. ¿Cuál es tu nombre?

—Tanar.

—¿Sólo Tanar?

—Me llaman Tanar el Veloz.

—¿Por qué?

—Porque en todo Sari nadie puede distanciarme.

—Sari... ¿Es el nombre de tu país?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Es una meseta situada entre montañas. Es un país muy hermoso, con quebrados ríos y grandes árboles. Está repleto de caza. Nosotros cazamos al gran ryth y al tarag, tanto para comer como para divertirnos, y hay innumerables animales más que nos proporcionan ropa y comida.

—¿No tenéis enemigos? Vosotros no sois un pueblo guerrero como los korsars.

—Nosotros derrotamos a los guerreros korsars —le recordó él.

—No deberías hablar de ello demasiado a menudo. El temperamento de los korsars es fiero y les gusta matar.

—¿Por qué no me matas entonces? —preguntó—. Tienes una pistola y un cuchillo en tu fajín, como los demás.

La muchacha se limitó a sonreír.

—¡Tú no eres korsar! —exclamó Tanar—. ¡Fuiste capturada, igual que yo, y eres una prisionera!

—No soy ninguna prisionera —contestó ella.

—Pero no eres korsar —insistió Tanar.

—Pregúntaselo al Cid. Sin duda te acuchillará por tu impertinencia. ¿Pero por qué crees que no soy korsar?

—Eres demasiado hermosa y agradable —contestó Tanar—. Has demostrado tener simpatía, y ese es un sentimiento hermoso que está más allá de su capacidad mental. Ellos son...

—Ten cuidado, enemigo. ¡Tal vez sí sea korsar!

—No lo creo —dijo Tanar.

—Entonces guarda tus pensamientos para ti mismo, prisionero —replicó la muchacha en tono arrogante.

—¿Qué ocurre? —preguntó una áspera voz a espaldas de Tanar—. ¿Qué te está diciendo este animal, Stellara?

Tanar se volvió para encarar a Bohar el Sanguinario.

—le preguntaba si era de la misma raza que tú —soltó Tanar antes de que la muchacha pudiera responder—. Es inconcebible que una mujer tan hermosa haya podido ser tocada por sangre korsar.

Con el rostro congestionado por la rabia, Bohar llevó su mano a uno de sus cuchillos y avanzó ferozmente hacia el sari.

—¡La muerte es el castigo por insultar a la hija del Cid! —gritó extrayendo el cuchillo de su fajín y lanzando un malvado tajo en dirección a Tanar.

El sari, veloz de movimientos, entrenado desde su niñez tanto en el uso ofensivo como defensivo de armas afiladas, se echó rápidamente a un lado, y luego, con un puñetazo bien dirigido, volvió a dejar a Bohar el Sanguinario despatarrado sobre la cubierta.

Bohar lanzaba espumarajos por la boca de la rabia que sentía, y entonces, desde la cubierta en la que se encontraba tendido, tiró de la pesada pistola de su fajín, apuntó al corazón de Tanar y apretó el gatillo. En el mismo instante, la muchacha saltó hacia delante como si tratara de evitar el asesinato del prisionero.

Todo ocurrió tan rápido que Tanar apenas tuvo noción de la cadena de acontecimientos. Lo único que supo fue que la pólvora falló al encenderse. Entonces se echó a reír.

—Harás mejor en esperar a que os haya enseñado a fabricar una pólvora que arda antes de intentar matarme, Bohar —dijo.

El Sanguinario se levantó de un salto. Tanar permaneció en pie, listo para recibir la esperada acometida de su rival; pero la muchacha se interpuso entre ambos con un gesto imperioso.

—¡Basta! —exclamó—. Es deseo del Cid que este hombre viva. ¿Te gustaría que el Cid supiera que has intentado matarle de un pistoletazo, Bohar?

El Sanguinario permaneció mirando fijamente a Tanar durante varios segundos. Luego, sin una palabra, se dio la vuelta y se alejó.

—Me parece que no le caigo muy bien a Bohar —dijo Tanar sonriendo.

—A él no le cae bien prácticamente nadie —dijo Stellara—, pero, además, a ti ahora te odia.

—Porque lo he derribado, supongo. No puedo censurárselo.

—Esa no es la verdadera razón —dijo la muchacha.

—Entonces, ¿cuál es?

Ella vaciló y luego se echó a reír.

—Está celoso. Bohar me quiere como esposa.

—¿Pero por qué iba a estar celoso de mí?

Stellara miró a Tanar de arriba abajo y de nuevo se echó a reír.

—No lo sé —dijo—. No tienes mucho de hombre al lado de nuestros gigantescos korsars, con ese rostro barbilampiño y esa cintura tan pequeña. Se necesitarían dos como tú para hacer uno de ellos.

Para Tanar aquel tono implicaba un velado desprecio, y eso le irritó; aunque, ¿por qué ella no iba a hacerlo así, si sabía que ello le molestaría? ¿Qué era ella sino la salvaje hija de un salvaje y rudo korsar?

Cuando supo por la boca de Bohar que ella era la hija y no la compañera del Cid, había sentido un inexplicable alivio y no había tenido tiempo todavía de intentar analizar su reacción.

Quizás había sido la belleza de la muchacha el motivo que le había hecho parecer repulsiva semejante relación con el Cid. Quizás había sido su menor crueldad, que parecía extrema delicadeza al contrastar con la brutalidad del Cid y de Bohar. Pero ahora ella sí parecía capaz de una refinada crueldad, lo que, después de todo, era lo que tenía que esperar haber encontrado de una forma u otra en la hija del líder de los korsars.

Como haría cualquiera cuando está picado, arrojó un dardo al azar, esperando poder herirla.

—Bohar te conoce mejor que yo —dijo—. Quizás él sabía que tenía motivos para estar celoso.

—Quizá —contestó ella enigmáticamente—. Pero nadie lo sabrá nunca, porque Bohar te matará. Yo también le conozco lo bastante bien para saberlo.



Capítulo II

Desastre

En los eternos mares de Pellucidar, un viaje puede durar una hora o un año. Ello depende no de su duración, sino de los acontecimientos importantes que marquen su curso.

Curvándose hacia lo alto, a lo largo del interior del arco de un gran círculo, la flota korsar surcaba el inquieto mar. Los vientos favorables empujaban los navíos hacia delante. El sol de mediodía colgaba eternamente en su cenit. Los hombres comían cuando tenían hambre, descansaban cuando estaban cansados, o dormían a contratiempo cuando el sueño les debería estar negado, ya que la gente de Pellucidar parece estar dotada de una facultad que les permite acumular el sueño, por decirlo así, en periodos de tranquilidad, frente a otros periodos más activos de guerra o de caza en los que no hay oportunidades para dormir. Del mismo modo, comen con una irregularidad increíble.

Tanar había comido y dormido varias veces desde su enfrentamiento con Bohar, al que había visto en varias ocasiones desde entonces en algún encuentro casual. El Sanguinario parecía estar aguardando su momento.

Stellara había permanecido en su cabina junto a la otra mujer que Tanar suponía como su madre. Se preguntó si Stellara se parecería a su madre o al Cid cuando fuese más mayor, y se estremeció al considerar tal eventualidad.

Mientras se ocupaba en tales meditaciones, su atención se fijó en el comportamiento de los hombres que se hallaban en la cubierta inferior. Les veía como miraban por el arco de babor hacia lo alto, y, siguiendo la dirección de su mirada, descubrió el extraño fenómeno de una nube en el resplandeciente cielo.

Alguno de los marineros debía de habérselo notificado al Cid casi al mismo tiempo, ya que éste salió de su cabina y examinó minuciosamente los cielos.

Con su vozarrón, el Cid bramó las oportunas órdenes a su salvaje tripulación, quienes se dirigieron como monos a sus puestos, trepando como hormigas a los mástiles del barco o permaneciendo en cubierta dispuestos a cumplir las órdenes encomendadas.

Se arriaron las grandes velas y se aflojaron las más pequeñas, y a lo largo de toda la flota, dispersa por la superficie del brillante mar, se siguió el ejemplo de la nave capitana.

La nube se incrementó en tamaño y se acercó rápidamente. Ya no era la pequeña nube blanca que había llamado su atención al principio, sino una masa negra, grande, protuberante y ominosa que descendía sobre el océano, volviéndolo de un tétrico color gris allá donde alcanzaba su sombra.

El viento, que había estado soplando suavemente, cesó de repente. El navío se inclinó y se bamboleó en el seno del mar. El silencio que siguió a continuación arrojó un hechizo de terror sobre la tripulación de la nave.

Tanar, que lo observaba todo, se dio cuenta del cambio. Si aquellos rudos hombres, hechos a la mar, se acobardaban ante la amenaza de la gran nube, el peligro, en efecto, debía de ser grande.

Los saris eran un pueblo montaños. Tanar sabía muy poco del mar, y si temía a algo en Pellucidar, ese algo era el mar. Además, la visión de aquellos salvajes marineros korsars estremecidos por el terror, estaba lejos de tranquilizarle.

Alguien se acercó entonces a la barandilla y se situó a su lado.

—Cuando esto haya pasado —dijo una voz—, habrá unos cuantos barcos menos en la flota korsar y muchos hombres que no regresarán a casa con sus mujeres.

Se volvió y vio a Stellara mirando hacia la nube.

—Tú no pareces tener miedo —dijo.

—Ni tú —contestó la muchacha—. Parece que somos los únicos a bordo que no estamos asustados.

—Mira a los prisioneros —dijo él—. Tampoco muestran ningún miedo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Son pellucidaros —respondió él con orgullo.

—Todos somos de Pellucidar —le recordó ella.

—Me refería al Imperio —contestó Tanar.

—¿Por qué no tienes miedo? —preguntó ella—. ¿Acaso eres más valiente que los korsars?

Ahora no había ningún sarcasmo en su voz.

—Tengo bastante miedo —repuso Tanar—. El mío es un pueblo montaños. Sabemos muy poco del mar y de lo que a él se refiere.

—Pues no aparentas tenerlo —insistió Stellara.

—Es el resultado de la herencia y el aprendizaje —contestó él.

—Los korsars sí muestran su miedo —musitó ella como si hablase de alguien que fuese de distinta raza.

—Alardean de su bravura —continuó como si hablase consigo misma—, pero cuando desciende el cielo muestran su miedo.

En su voz parecía haber un ligero tono de desprecio.

—¡Mira! —exclamó la muchacha—. ¡Ahí viene!

La nube rompió encima de ellos y el mar fue azotado furiosamente. Los fragmentos de la nube remolinearon y se retorcieron en los extremos de la gran masa nubosa. Porciones de espuma se retorcían y se arremolinaban por encima del furioso oleaje. Y entonces la tormenta golpeó la nave, escorándola hacia uno de sus lados.

Lo que vino a continuación apabulló al montaños desacostumbrado al mar: el

caos de las montañas de agua que zarandeaban, empujaban y azotaban la estremecida nave, el aullante viento, la enloquecida y cegadora espuma y la aterrorizada tripulación, totalmente acobardada, que ya no parecían los envalentonados rufianes de antes.

Tambaleándose, tropezando, agarrándose a la barandilla, Bohar el Sanguinario se acercó hasta donde se encontraba Tanar, que se aferraba con un brazo a uno de los mástiles y con el otro sostenía a Stellara, que habría sido arrancada de la cubierta si no hubiera sido por la rápida acción del sari.

El rostro de Bohar era una máscara cenicienta, contra la cual, la roja cuchillada de su cicatriz producía un marcado contraste. Miró hacia Tanar y Stellara, pero se limitó a pasar a su lado hablando consigo mismo.

Más allá de donde ellos se encontraban se hallaba el Cid, gritando órdenes que nadie alcanzaba a oír. Hacia él se dirigió Bohar. Por encima de la tormenta, Tanar escuchó al Sanguinario gritar a su caudillo:

—¡Hay que salvarse! ¡Hay que salvarse! ¡A los botes! ¡Que arríen los botes! ¡La nave está perdida!

Era evidente, incluso para un hombre de tierra, que ningún bote de pequeño tamaño podría sobrevivir en un mar semejante, aún en el supuesto de que se hubiera podido descender un bote. El Cid no prestó atención a su lugarteniente, sino que permaneció agarrado a donde estaba, bramando órdenes.

Una poderosa ola se alzó repentinamente por encima de la proa. Se mantuvo allí durante un instante, y luego descargó sobre la cubierta inferior. Toneladas de abrumadora, despiadada e insensata agua, se abatieron sobre los confusos y vociferantes marinos. Nada salvo la elevada proa y la alzada popa sobresalía por encima de las enfurecidas olas. Durante un momento, el gran navío se retorció y se estremeció batallando por su vida.

—¡Es el fin! —gritó Stellara.

Bohar gritaba como un cordero degollado. El Cid se arrojó sobre cubierta con la cabeza enterrada entre sus brazos. Tanar permaneció en pie, fascinado por el terrorífico poder de los elementos, viendo al hombre como una diminuta insignificancia encogida ante el capricho del viento, y una leve sonrisa cruzó su rostro.

La ola retrocedió, y la nave, forcejeando, se tambaleó hacia la superficie con un gemido. La sonrisa de Tanar abandonó sus labios cuando sus ojos se posaron sobre la cubierta inferior. Ahora se hallaba prácticamente vacía. Unas cuantas formas destrozadas yacían amontonadas en los imbornales; apenas una docena de hombres, agarrados a donde podían, mostraban signos de vida. Los demás, salvo aquellos que habían alcanzado un lugar seguro bajo cubierta, habían desaparecido.

La muchacha permanecía agarrada firmemente al hombre.

—No creí que la nave lo soportase —dijo.

—Ni yo —contestó Tanar.

—Pero no tuviste miedo —repuso ella—. Parecías el único que no estaba asustado.

—¿De qué le ha servido gritar a Bohar? —preguntó él—. ¿Acaso le ha salvado?

—¿Entonces tenías miedo y lo ocultabas?

Tanar se encogió de hombros.

—Tal vez —dijo—. No sé lo que entiendes por miedo. No quería morir, si es a eso a lo que te refieres.

—¡Viene otra! —gritó Stellara, estremeciéndose y apretándose más a él.

El brazo de Tanar se enlazó con más fuerza sobre la delgada figura de la muchacha, en un instintivo gesto de protección.

—¡No tengas miedo! —dijo.

—¡No lo tengo! —contestó ella.

En el instante en que la poderosa y encrespada ola engulló la nave, el enfurecido huracán golpeó repentinamente con renovada rabia desde un ángulo distinto. Los mástiles, ya forzados con el mínimo de vela que se requería para que el barco avanzara y mantuviera su proa hacia la tormenta, se partieron como si fueran huesos secos y cayeron sobre la borda envueltos en el cordaje. La proa se inclinó y la nave se hundió en el seno de las olas como un cascarón abandonado a su suerte.

Por encima del rugido del viento se oían los gritos de Bohar.

—¡Los botes! ¡Los botes! —repetía una y otra vez como un loro amaestrado enloquecido por el terror.

Como si se hubiera saciado por el momento y agotado por sus propios esfuerzos, la tormenta pareció amainar y el viento cesó momentáneamente. Pero las enormes olas todavía se alzaban y caían, y la gran nave navegaba indefensa a la deriva. En el lecho de cada garganta acuática parecía que iba a ser engullida por la escollera gris verdosa que se cernía sobre ella, y en la cresta de cada montaña líquida, una destrucción segura se vislumbraba como inevitable.

Bohar, sin dejar de gritar, se arrastró hasta la cubierta inferior. Allí encontró a varios hombres, milagrosamente todavía vivos, al descubierto y a otros encogidos de terror bajo la cubierta. A fuerza de golpes y juramentos, y bajo la amenaza de sus pistolas, consiguió reunirlos, y, a pesar de sus gemidos de pánico, les obligó a preparar un bote.

Serían unos veinte, y sus dioses o sus demonios debieron estar con ellos, porque consiguieron arriar un bote y salir con bien de la confusa montonera en que cayeron sobre él, sin perder ni un solo hombre.

El Cid, al ver lo que pretendía Bohar, intentó evitar aquel aparente acto suicida rugiendo órdenes desde el barco, pero no tuvieron ningún efecto, y cuando por fin

consiguió descender a la cubierta inferior para reforzar sus órdenes, llegó demasiado tarde. Permaneció mirando incrédulamente al pequeño bote cabalgando sobre las grandes olas en aparente seguridad, mientras que el desarbolado barco, golpeado por los troncos de sus mástiles, parecía destinado a su destrucción.

Desde los rincones en los que se habían refugiado, comenzaron a aparecer el resto de los supervivientes de la nave, que al ver el bote de Bohar y la, aparentemente, relativa seguridad de su tripulación, empezaron a clamar por la huida en los demás botes. Una vez que la idea se implantó en sus mentes, fue seguida por un enloquecido pánico cuando aquellas semibestias se enzarzaron en una lucha sin cuartel por las plazas de los restantes botes.

—¡Vamos! —gritó Stellara—. Hay que apresurarse o se irán sin nosotros.

Pero Tanar la retuvo cuando comenzaba a dirigirse hacia la escalera.

—Míralos —dijo—. Estaremos más seguros a merced del mar y de la tormenta.

Stellara retrocedió volviendo a acercarse a él. Vio hombres acuchillándose unos a otros, los que iban detrás a los que marchaban delante. Vio a hombres que sacaban a rastras a otros de los botes y los mataban, o eran muertos, en cubierta. Vio al Cid disparar por la espalda a otro marinero y saltar a ocupar su puesto en el primer bote que fue descendido. Vio a hombres arrojándose desde la barandilla, en un loco esfuerzo por alcanzar aquel bote, para acabar ahogándose en el mar, o siendo arrojados a él si conseguían abordar el agitado esquife.

Vio descender a los demás botes y a los hombres ser aplastados entre ellos y el costado de la nave. Vio también las bajezas a las que el miedo arrojaba a los pendencieros y a los rufianes, cuando los últimos miembros de la tripulación eran deliberadamente engañados para que saltasen al mar, bajo el pretexto de coger sitio en el bote, para luego ser ahogados por sus propios compañeros.

Permaneciendo en la popa del bamboleante cascaron, Tanar y Stellara observaban los frenéticos esfuerzos de los remeros en los sobrecargados botes. Vieron como uno de los botes chocaba con otro y ambos se iban a pique. Vieron a los que se ahogaban luchar por sobrevivir. Oyeron sus roncros juramentos y sus gritos por encima del rugido del mar y el aullido del viento, mientras regresaba la tormenta, como si temiese que alguien pudiera escapar a su furia.

—Estamos solos —dijo Stellara—. Se han ido todos.

—Déjalos que se vayan —contestó Tanar—. No me cambiaría por ellos.

—Pero aquí no tenemos ninguna esperanza —dijo la muchacha.

—Tenemos las mismas que ellos —repuso el sari—, y al menos no estamos hacinados en un bote repleto de asesinos.

—Temes más a los hombres que al mar, ¿no es verdad? —dijo ella.

—Por ti, sí —contestó él.

—¿Por qué temes por mí? —preguntó ella—. ¿Acaso no soy también tu enemigo?

Tanar volvió sus ojos rápidamente hacia ella, y en ellos se reflejó la sorpresa.

—Tienes razón —dijo—, pero, de algún modo, lo había olvidado. A diferencia de ellos, tú no me pareces un enemigo. Creo que ni siquiera te pareces a ellos.

Agarrado a la barandilla y sosteniendo a la muchacha sobre la inestable cubierta, los labios de Tanar se acercaban al oído de Stellara al tratar de hacerse oír por encima de la tormenta. Sintió el suave aroma de un delicado perfume que a partir de entonces iba a formar parte para siempre de sus recuerdos de Stellara.

Entonces una ola golpeó a la estremecida nave, empujando a Tanar hacia delante de forma que su mejilla tocó la mejilla de la muchacha, y al girar ella su cabeza, los labios de Tanar se rozaron con los de ella. Ambos fueron conscientes de que había sido un accidente, pero el efecto no fue menos sorprendente. Tanar, por vez primera, sintió el cuerpo de la muchacha contra el suyo, y la conciencia de aquel contacto se debió reflejar en sus ojos, ya que Stellara retrocedió con una expresión de temor en los suyos.

Tanar vio el miedo reflejado en los ojos de un enemigo, pero esta vez no sintió ningún placer. Intentó pensar en el tratamiento que habría recibido una mujer de su tribu si alguna vez se hallase a merced de los korsars, pero aquello tampoco le satisfizo, pues de hacerlo tendría que admitir que pertenecía a la misma clase innoble que los hombres de Korsar.

Pero cualesquiera que fuesen los pensamientos que se agitaban en las mentes de Tanar y Stellara, quedaron sumergidos por la siniestra tragedia que ocurrió unos momentos después, cuando una tremenda ola, la más gigantesca que hasta entonces había azotado la destrozada nave, lanzó incontables toneladas de agua sobre su quebrantada cubierta.

A Tanar le pareció que aquello era en verdad el fin, puesto que era inconcebible que el ingobernable armazón pudiera emerger de nuevo de la masa de agua que lo sumergía por completo, casi hasta la cubierta más alta de la torre de popa en la que ambos se agarraban para resistir el desgarrador viento y el espantoso balanceo del barco.

Pero cuando la ola retrocedió, la nave, lenta, perezosamente, forcejeó hasta la superficie, como un nadador exhausto que, ahogándose, lucha débilmente contra la inevitabilidad de su destino y pugna por subir hacia la superficie en busca de un último soplo de aire que, como mucho, no hará sino prolongar la agonía de la muerte.

Cuando la cubierta principal emergió lentamente de las aguas, Tanar quedó horrorizado al descubrir que la portilla delantera había quedado destrozada. Que en la nave debía haber entrado una considerable cantidad de agua, y que cada nueva ola que rompiese contra ella aumentaría aquella cantidad, afectó menos al sari que la certeza del hecho de que bajo aquella portilla se encontraban confinados sus camaradas prisioneros.

A través de la negra amenaza de su angustiada situación había brillado un único rayo de esperanza: que, si el barco soportaba la tormenta, hubiera a bordo una veintena de sus compañeros pellucidaros, y que juntos pudieran encontrar los medios para aparejar una vela provisional con la que realizar el camino de vuelta al continente en el que habían sido embarcados. Pero con la portilla destrozada, y la inevitable conclusión de que todos se habían ahogado, comprendió que, en verdad, sería un milagro si había alguien vivo a bordo que no fueran Stellara y él mismo.

La muchacha también miraba al caos que se había desencadenado abajo. Luego giró su rostro hacia el de él.

—Deben haberse ahogado todos —dijo—. Eran tu gente. Lo siento mucho.

—Quizás lo hubieran preferido así, en lugar de lo que les esperaba en Korsar —repuso él.

—Han conseguido su libertad un poco antes de lo que la obtendremos nosotros —continuó ella—. ¿Te has dado cuenta de lo hundida que está la nave y cómo se escora? La bodega debe estar llena de agua. Otra ola como la anterior la echará a pique.

Durante un rato permanecieron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. El armazón se balanceaba, y por momentos parecía que no se iba a enderezar a tiempo para impedir el desastre de la siguiente ola amenazadora, pero, tambaleándose como un marinero borracho, conseguía una y otra vez oponer su costado más elevado a las hambrientas aguas.

—Creo que la tormenta ha pasado —dijo Tanar.

—Ahora no hace tanto viento, y ya no hay olas del tamaño de la que destrozó la portilla delantera —dijo Stellara esperanzada.

El sol de mediodía apareció por detrás de la negra nube que por fin comenzaba a desaparecer, y el mar resplandeció con un fogonazo de belleza azul y plata. La tormenta había terminado. El oleaje disminuía. La destrozada nave se deslizaba pesadamente sobre las olas, aunque, de vez en cuando, todavía revelaba la amenaza de un inmediato desastre.

Tanar descendió por la escalera de popa hasta la cubierta inferior y se aproximó hasta la portilla delantera. Un simple vistazo bastó para revelar lo que ya había supuesto: cuerpos flotando al vaivén del destrozado navío. Todos estaban muertos. Con un suspiro se dio la vuelta y regresó a la cubierta superior.

La muchacha no necesitó preguntar; en el rostro de Tanar pudo leer la tragedia que sus ojos habían presenciado.

—Tú y yo somos los únicos seres vivos que quedan a bordo —dijo.

Ella extendió la mano en un amplio gesto que abarcó la totalidad del mar.

—Sin duda somos los únicos supervivientes de toda la flota —dijo—. No se divisa ningún otro navío ni ninguno de los botes.

Tanar extendió la vista en todas direcciones.

—No— dijo—, pero quizá algunos de ellos hayan conseguido escapar de la tormenta.

Ella denegó con la cabeza.

—Lo dudo —contestó.

—La tuya también ha sido una gran pérdida —dijo el sari con pesar—. Además de muchos de los tuyos, has perdido a tu padre y a tu madre.

Stellara le miró con viveza a los ojos.

—No eran los míos —dijo.

—¿Qué? —exclamó Tanar—. ¿No eran tu gente? ¿Acaso no era tu padre el Cid, el líder de los korsars?

—Él no era mi padre —contestó la muchacha.

—¿Y la mujer no era tu madre?

—¡No lo hubieran querido los dioses! —exclamó ella.

—¡Pero el Cid te trataba como su hija!

—Él pensaba que era su hija, pero no lo era.

—No lo entiendo —repuso Tanar—, pero prefiero que no lo seas. No podía comprender como tú, siendo tan distinta de ellos, podías ser una korsar.

—Mi madre era una nativa de la isla de Amiocap; allí la capturó el Cid al hacer una incursión en busca de mujeres. Mi madre me habló de ello muchas veces antes de morir. Su compañero se hallaba ausente cazando tandors y ella nunca le volvió a ver. Cuando nació el Cid creyó que yo era su hija, aunque mi madre estaba segura de que no era así, ya que en mi hombro izquierdo tengo una pequeña marca de nacimiento, roja, idéntica a la que tenía en el hombro izquierdo su compañero, mi padre. Mi madre nunca le dijo la verdad al Cid porque temía que me matase, de acuerdo con la costumbre de los korsars de matar a los hijos de sus cautivos si un korsar no es el padre.

—¿Y la mujer que estaba contigo a bordo no era tu madre?

—No; era la esposa del Cid, pero no era mi madre. Ella murió.

Tanar experimentó un cierto sentimiento de alivio porque Stellara no fuera korsar, aunque no sabía el porqué, ni tampoco quería analizar sus sentimientos en aquel momento.

—Prefiero que sea así —dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque ahora no tenemos por qué ser enemigos —contestó él.

—¿Lo éramos antes?

Tanar vaciló y luego se echó a reír.

—Yo no te consideraba un enemigo —dijo—, pero tú no dejabas de recordármelo a cada instante.

—Llevo toda mi vida acostumbrada a pensar en mí como una korsar, aunque era consciente de no serlo —repuso ella sonriendo—. La verdad es que no sentía ninguna enemistad hacia ti.

—Cualquier cosa que sea lo que hayamos sentido antes, ahora necesitamos ser amigos —dijo Tanar.

—Eso dependerá de ti —contestó Stellara.



Capítulo III

Amiocap

Las azules aguas del mar conocido como Korsar Az bañan las costas de una isla verde alejada del continente; una isla larga y estrecha cubierta de verdosas llanuras y colinas, cuya línea costera está plagada de calas y diminutas bahías: Amiocap, una romántica isla plagada de misterios.

En la distancia, y cuando la bruma se alza sobre las aguas, aparenta ser dos islas dado lo baja y estrecha que es en uno de sus puntos, en el que las numerosas calas discurren de uno a otro lado y el mar prácticamente llega a encontrarse.

De este modo se apareció ante los dos supervivientes que se hallaban en la cubierta del navío korsar, mientras éste derivaba indefenso ante la perezosa corriente de un océano en calma y el capricho de los errantes vientos.

El tiempo ni siquiera es una palabra para las gentes de Pellucidar, así que Tanar no le había dedicado ni el más mínimo pensamiento a tal cuestión. Habían comido muchas veces, pero ya que todavía quedaba un amplio suministro de provisiones, suficientes incluso para sostener a toda una flota, no sentía ningún interés a ese respecto. Sin embargo, sí estaba preocupado por el agotamiento de sus reservas de agua, ya que el contenido de la mayoría de los barriles que había examinado era imbebible.

Habían dormido bastante, pues a esto es a lo que se dedican los pellucidaros cuando no hay otra cosa mejor que hacer, almacenando energías para los posibles futuros periodos de largos y continuados esfuerzos.

Después de dormir, aunque quién puede decir cuánto en el sempiterno presente de Pellucidar, Stellara fue la primera en salir a cubierta desde la cabina que había ocupado, próxima a la del Cid. Miró a su alrededor buscando a Tanar, pero al no verlo dejó que sus ojos vagasen por la ascendente extensión de agua que en todas direcciones se fundía con la abovedada cúpula azul del brillante cielo, en cuyo centro exacto colgaba el inmenso sol de mediodía.

Pero repentinamente su mirada se detuvo y se posó en algo más que las infinitas aguas y el incesante sol. En voz alta mostró su sorpresa lanzando un grito de júbilo y, girándose, corrió a través de la cubierta en dirección a la cabina en que dormía Tanar.

—¡Tanar! ¡Tanar! —gritó, llamando a la puerta—. ¡Tierra, Tanar, tierra!

La puerta se abrió de golpe y el sari avanzó por la cubierta hacia donde ahora se encontraba Stellara, que indicaba a un punto desde la barandilla de estribor del naufragado navío.

Muy cerca se alzaban las verdes laderas de una larga línea costera que se extendía muchas millas en ambas direcciones, pero si aquello era una isla o el continente

ninguno de los dos lo sabía.

—¡Tierra! —suspiró Tanar—. ¡Qué hermosa parece!

—El apacible verdor del suave follaje a menudo esconde terribles bestias y salvajes seres humanos —le recordó ella.

—Esos son los peligros que conozco. Son los desconocidos peligros del mar los que no me atraen. Yo no pertenezco al mar.

—¿Odias el mar?

—No —repuso—, no lo odio. No lo entiendo, eso es todo. Pero aquello otro sí que lo entiendo.

Y al decir esto último señaló un punto en la costa. Había algo en el tono de Tanar que hizo que Stellara mirase rápidamente en la dirección que éste indicaba.

—¡Hombres! —exclamó.

—Guerreros —dijo Tanar.

—Debe haber al menos veinte en aquella canoa —dijo ella.

—Y tras ellos viene otra.

En efecto, desde la boca de una estrecha cala, las canoas remaban hacia el mar abierto.

—¡Mira! —gritó Stellara—. ¡Hay muchas más!

Una tras otra, veinte canoas se movían en una larga columna sobre las tranquilas aguas, y mientras se dirigían invariablemente hacia la nave, los dos supervivientes observaron que cada una de ellas iba repleta de guerreros semidesnudos. Sus lanzas cortas y pesadas, con puntas fabricadas de piedra, se erizaban amenazadoramente. Los cuchillos de piedra se destacaban en todos los costados, y las hachas de piedra pendían en todas las caderas.

Mientras la flotilla se aproximaba, Tanar fue a una cabina y regresó con dos de las pesadas pistolas dejadas atrás por alguno de los huidos korsars al abandonar la nave.

—¿Esperas rechazar a cuatrocientos guerreros con eso? —preguntó la muchacha.

Tanar se encogió de hombros.

—Si nunca han oído la detonación de un arma de fuego, unos cuantos disparos pueden bastar para atemorizarlos, al menos por algún tiempo —explicó—, y si no vamos hacia la costa, la corriente nos alejará de ellos en poco tiempo.

—Pero supón que no se asustan tan fácilmente —apuntó ella.

—Entonces sólo podré hacerlo lo mejor que pueda con las deficientes armas y la inútil pólvora de los korsars —repuso él con la inconsciente superioridad de quien, junto a su pueblo, ha emergido tan recientemente de la edad de piedra que le es igual agarrar instintivamente una pistola por el cañón y usarla como una maza de guerra, en caso de una repentina emergencia.

—Tal vez no sean hostiles —sugirió Stellara.

Tanar se echó a reír.

—Entonces no son de Pellucidar —dijo—, sino de alguno de esos maravillosos países habitados por lo que Perry llama ángeles.

—¿Quién es Perry? —preguntó ella—. Nunca oí hablar de él.

—Un loco que dice que Pellucidar está en el interior de una cueva de piedra que es tan redonda como el extraño mundo que siempre cuelga por encima de la Tierra de la Horrible Sombra, y que en su parte exterior tiene mares, montañas, llanuras, incontables personas y un gran país del que él procede.

—Debe de estar bastante loco —dijo la muchacha.

—Pero él y David, nuestro emperador, nos han traído muchas maravillas que antes eran desconocidas en Pellucidar. Ahora podemos matar más guerreros en una sola batalla, que los que antes podíamos matar en el transcurso de toda una guerra. Perry llama a eso civilización, y es, en verdad, una cosa maravillosa.

—Tal vez vino del helado mundo del que proceden los korsars —sugirió la chica—. Ellos dicen que ese mundo está fuera de Pellucidar.

—Aquí llega el enemigo —dijo Tanar—. ¿Disparo a ese tipo grande que va de pie en la proa de la primera canoa?

Tanar alzó una de las pesadas pistolas y le apuntó, pero la muchacha tendió una mano sobre su arma.

—Espera —le dijo—. Puede que sean amistosos. No dispires a menos que tengas que hacerlo. No me gusta matar sin necesidad.

—Estoy absolutamente seguro de que no eres una korsar —dijo él, bajando el cañón del arma.

A continuación una voz se dirigió a ellos desde la primera canoa.

—¡Estamos preparados para recibirlos, korsars! —gritó el alto guerrero que iba de pie en la proa—. Vosotros sois pocos. Nosotros muchos. Vuestra gran canoa es una ruina inútil; las nuestras están tripuladas por veinte guerreros cada una. Estáis indefensos y nosotros somos fuertes. No siempre es así, y esta vez no somos nosotros quienes seremos hechos prisioneros, sino vosotros si intentáis desembarcar. Pero no somos como vosotros, korsars. No queremos mataros ni capturaros. Marchaos y no se os hará daño.

—No podemos irnos —contestó Tanar—. Nuestro barco está inutilizado. Sólo somos dos y nuestra agua y nuestra comida están casi agotadas. Dejados desembarcar y permanecer aquí hasta que podamos prepararnos para regresar a nuestros propios países.

El guerrero se dio la vuelta y conversó con los otros que iban en la canoa. En breve, se volvió de nuevo hacia Tanar.

—No —dijo—. Mi pueblo no permitirá a ningún korsar venir con nosotros. No confían en los korsars; ni yo tampoco. Si no os alejáis de aquí, os tomaremos como prisioneros y vuestro destino estará en manos del Consejo de los Jefes.

—Pero nosotros no somos korsars —explicó Tanar.

El guerrero se echó a reír.

—Estás mintiendo —dijo—. ¿Acaso crees que no conocemos las naves de los korsars?

—Esta es una nave korsar —repuso Tanar—, pero nosotros no somos korsars. Eramos prisioneros suyos, pero abandonaron el barco durante una gran tormenta y nos dejaron a bordo.

De nuevo los guerreros volvieron a conferenciar. Las demás canoas que habían permanecido junto a la primera también se unieron a la discusión.

—¿Quiénes sois entonces? —preguntó el portavoz.

—Me llamo Tanar de Pellucidar. Mi padre es el rey de Sari.

—Todos somos de Pellucidar —repuso el guerrero—, y jamás hemos oído hablar de ningún país llamado Sari. ¿Y la mujer? ¿Es tu compañera?

—¡No! —exclamó Stellara altivamente—. No soy su compañera.

—¿Quién eres? ¿También eres de Sari?

—No soy sari. Mi padre y mi madre eran de Amiocap.

Una vez más los guerreros volvieron a hablar entre ellos. Algunos parecían a favor de una idea y otros de otra.

—¿Sabes dónde te encuentras? —preguntó finalmente el guerrero dirigiéndose a Stellara.

—No —contestó ella.

—Estábamos a punto de hacerte esa misma pregunta —dijo Tanar.

—¡Y la mujer dice ser de Amiocap! —exclamó otro guerrero.

—Ninguna otra sangre fluye por mis venas —dijo Stellara con orgullo.

—¡Entonces es un poco extraño que no reconozcas a tu propia tierra y a tu propio pueblo! —exclamó el primer guerrero—. ¡Esta isla es Amiocap!

Stellara lanzó una exclamación de asombro y de júbilo.

—¡Amiocap! —suspiró para sí misma.

En su voz había un tono de cariño, pero los guerreros de las canoas estaban demasiado lejos para percibirlo. Por el contrario, creyeron que permanecía en silencio y desconcertada al ser descubierto su engaño.

—¡Marchaos! —les volvieron a ordenar.

—¡No me expulsaréis de la tierra de mis padres! —exclamó Stellara enfurecida.

—Nos has mentado —replicó el alto guerrero—. No eres de Amiocap. Ni tú nos conoces ni nosotros te conocemos a ti.

—¡Escuchadme! —exclamó Tanar—. Yo era un prisionero a bordo de esta nave y, a pesar de no ser un korsar, la muchacha me contó su historia mucho antes de que avistásemos esta tierra. Ella no podía saber que nos encontrábamos cerca de vuestra isla. No sé si ni tan siquiera conocía su localización, pero en cualquier caso creo que

su historia es cierta. Nunca dijo que fuera de Amiocap, sino que sus padres lo eran. Jamás vio esta isla antes de ahora. Su madre fue capturada por los korsars antes de que naciera.

De nuevo los guerreros conferenciaron entre ellos en voz baja durante un rato, y, después, una vez más el portavoz se dirigió a Stellara.

—¿Cuál era nombre de tu madre? —preguntó—. ¿Quién era tu padre?

—Mi madre se llamaba Allara —contestó la muchacha—. Nunca conocí a mi padre, pero mi madre me dijo que era un gran jefe y un gran cazador de tandors que se llamaba Fedol.

A una orden del alto guerrero que permanecía de pie en la proa de la canoa, los demás guerreros remaron lentamente acercándose al naufragado navío. Mientras se aproximaban a las falcas del barco, Tanar y Stellara descendieron a la cubierta principal, que ahora se encontraba prácticamente inundada debido a lo hundida que se hallaba la nave por la cantidad de agua que había entrado en la bodega. Cuando la canoa se situó a su costado, los guerreros, a excepción de un par de ellos, dejaron los remos y se pusieron en pie con sus lanzas de punta de piedra preparadas.

Ahora los dos náufragos y el alto guerrero de la canoa se hallaban prácticamente a la misma altura y frente a frente. Este último era un hombre de rostro afable, de rasgos finamente moldeados y unos ojos de un gris claro que expresaban inteligencia y coraje. Observaba intensamente a Stellara, como si estuviese buscando en su misma alma la prueba de la veracidad o la falsedad de sus aseveraciones. Finalmente habló.

—Bien podías ser su hija —dijo—. El parecido es evidente.

—¿Conocías a mi madre? —exclamó Stellara.

—Me llamo Vulhan. ¿Has oído hablar de mí?

—¡El hermano de mi madre! —exclamó Stellara con profunda emoción, aunque no hubo ninguna respuesta emotiva por parte del guerrero de Amiocap—. ¿Dónde está mi padre? ¿Vive todavía?

—Esa es la cuestión —dijo Vulhan con seriedad—. ¿Quién es tu padre? Tu madre fue raptada por un korsar, y si ese korsar es tu padre, tú eres una korsar.

—¡Él no fue mi padre! —exclamó Stellara con enfado en su voz—. Llévame hasta mi propio padre. Aunque no me haya visto nunca, él me reconocerá y yo le reconoceré a él.

—No nos causará ningún daño hacerlo así —dijo uno de los guerreros que estaba al lado de Vulhan—. Si la chica es korsar, sabremos lo que hay que hacer con ella.

—Si es el engendro del korsar que se llevó a Allara, Vulhan y Fedol sabrán cómo tratarla —dijo Vulhan con ferocidad.

—No os tengo ningún miedo —dijo Stellara.

—¿Y éste? —dijo Vulhan, señalando a Tanar—. ¿Qué pasa con él?

—Era un prisionero de guerra que los korsars llevaban a Korsar. Dejad que vaya

con vosotros. Su pueblo no está habituado al mar. No podría sobrevivir solo en él.

—¿Estás segura de que no es korsar? —preguntó Vulhan.

—¡Mírale! —exclamó la muchacha—. Los hombres de Amiocap deben de reconocer a la gente de Korsar sólo con verlos. ¿Se parece a un korsar?

Vulhan tuvo que admitir que no.

—Muy bien —dijo—. Puede venir con nosotros, pero cualquiera que sea tu destino, él lo compartirá.

—Con placer —dijo conforme Tanar.

Los dos abandonaron la cubierta del naufragado navío, mientras se les hacía sitio en una canoa. Cuando las pequeñas naves comenzaron a remar rápidamente hacia la costa, ninguno de ellos sintió ningún pesar por alejarse del navío a la deriva que había sido su hogar durante tanto tiempo. Lo último que vieron de él, justo mientras entraban a la cala de la que habían visto surgir por primera vez a las canoas, es que navegaba lentamente a la deriva con la corriente del océano, paralelamente a la verde costa de Amiocap.

Las canoas fueron varadas en el extremo superior de la cala, y luego fueron arrastradas bajo el frondoso follaje de la lujuriosa vegetación. Allí se les dio la vuelta, con el casco vuelto hacia arriba, y fueron abandonadas hasta que una nueva ocasión demandara su uso.

Los guerreros de Amiocap condujeron a sus dos prisioneros hacia la jungla. Al principio no vieron señal de senda alguna, y la avanzada de los guerreros forzó su camino a través de la frondosa vegetación que afortunadamente se hallaba libre de espinos y zarzas; pero, en breve, llegaron a un pequeño sendero que se abría a una amplia y bien marcada senda por la que la partida avanzó en silencio.

Durante la marcha, Tanar tuvo oportunidad de estudiar más detenidamente a los hombres de Amiocap, y observó que, casi sin excepción, todos estaban simétricamente contruidos, con músculos sueltos y redondeados que sugerían una combinación de fuerza y agilidad. Sus rasgos eran correctos, y no había entre ellos ninguno que pudiera ser tachado de feo. En conjunto, sus expresiones eran más francas que taimadas y más benévolas que feroces, aunque las cicatrices sobre los cuerpos de muchos de ellos y el aspecto gastado, pero eficiente, de sus toscas armas, sugería que se les podía considerar como temerarios cazadores y feroces guerreros. Había una marcada dignidad en su porte y en su comportamiento que agradó a Tanar, como también lo hizo su carácter taciturno, pues los saris tampoco eran dados a hablar sin necesidad.

Stellara, que caminaba a su lado, parecía inusitadamente feliz. Había una expresión de satisfacción en su rostro que el sari no había visto con anterioridad. Lo había estado observando tanto a él como a los guerreros de Amiocap; entonces se dirigió a él en un susurro.

—¿Qué piensas de mi gente? —le preguntó con orgullo—. ¿No son maravillosos?

—Son una hermosa raza —contestó él—, y, por tu bien, espero que te acepten como una de ellos.

—Es como siempre había soñado —dijo con un suspiro de felicidad—. Siempre supe que algún día conseguiría llegar a Amiocap, y que sería como me lo había contado mi madre: los inmensos árboles, los gigantescos helechos, las suntuosas enredaderas llenas de flores y la abundante maleza. Aquí no hay tantas bestias salvajes como en otras partes de Pellucidar y sus pueblos raramente hacen la guerra entre sí, de modo que la mayoría de ellos viven en paz y armonía, rotas tan solo por las incursiones de los korsars o por algún ataque ocasional a sus campos y poblados de los grandes tandors. ¿Sabes qué son los tandors, Tanar? ¿Existen en tu país?

—He oído hablar de ellos en Amoz —asintió Tanar—, aunque son raros en Sari.

—En la isla de Amiocap hay miles de ellos —dijo la muchacha—, y los hombres de mi pueblo son los mejores cazadores de tandors de todo Pellucidar.

De nuevo caminaron en silencio. Tanar se preguntó cuál sería la actitud de los amiocapios hacia ellos, y, en caso de que fuera amistosa, si serían capaces de ayudarle a regresar al lejano continente en donde se encontraba Sari. Para el primitivo montañés parecía poco menos que imposible incluso el soñar con regresar a su tierra nativa. El mar le causaba espanto, y, además, tampoco tenía idea de cómo seguir un rumbo en su salvaje seno o cómo manejar cualquier nave que más tarde pudiera encontrar a su disposición. Con todo, tan poderoso es el instinto del hogar en los pellucidaros, que en su mente no existía ninguna duda de que, durante tanto tiempo como viviera, siempre buscaría una manera de volver a Sari.

Se sentía aliviado por no tener que preocuparse por Stellara, ya que si era cierto que se hallaba entre los suyos, ella podría permanecer en Amiocap y no pesaría sobre él ningún sentido de responsabilidad por su regreso a Korsar. Pero si no la aceptaban... aquello sería otra cuestión. Entonces Tanar tendría que buscar los medios para escapar de una isla poblada de enemigos, y tendría que llevarse a Stellara con él.

Pero aquel hilo de pensamientos fue interrumpido por una repentina exclamación de Stellara.

—¡Mira! —dijo—. ¡Ahí hay un poblado! Tal vez sea el mismo en el que vivía mi madre.

—¿Qué has dicho? —preguntó un guerrero que caminaba cerca de ellos.

—He dicho que tal vez sea este el poblado en el que vivía mi madre antes de que la capturasen los korsars.

—¿Dijiste que tu madre era Allara? —preguntó el guerrero.

—Sí.

—Este era, en efecto, el poblado en el que vivía Allara —dijo el guerrero—. Pero no tengas demasiadas esperanzas de ser recibida como uno de los nuestros,

muchacha, porque a menos que tu padre también fuera de Amiocap, no eres amiocapia. Será difícil convencer a alguien de que no eres la hija de un korsar, y por tanto korsar y no amiocapia.

—¿Pero cómo podéis estar seguros de que mi padre era un korsar? —inquirió Stellara.

—No tenemos que estar seguros —repuso el guerrero—. Simplemente es cuestión de que lo creamos, y eso lo tendrá que decidir Zural, el jefe del poblado de Lar.

—Lar —repitió Stellara—. ¡Ese era el pueblo de mi madre! Le oí hablar muchas veces de él. Entonces, ¿esto es Lar?

—Lo es —contestó el guerrero—, y en breve veréis a Zural.

El poblado de Lar consistía en unas cien chozas de paja, cada una de las cuales, como regla general, se hallaba dividida en dos habitaciones; una de estas habitaciones, de forma invariable, consistía en una sala de estar sin paredes, en cuyo centro había un hogar de piedra. La otra habitación, normalmente, se hallaba completamente cerrada y carecía de ventanas, proporcionando así la necesaria oscuridad cuando los amiocapios deseaban dormir.

Todo el claro en el que se hallaba el poblado, aparecía rodeado por la más extraña empalizada que Tanar hubiera visto nunca. Los postes, en lugar de estar asentados en el suelo, estaban suspendidos por una gruesa cuerda que discurría de árbol en árbol, colgando los extremos inferiores de los postes al menos a cuatro pies por encima del suelo. En los postes se habían realizado unos agujeros a intervalos de doce o dieciocho pulgadas, y en ellos se habían insertado unas recias estacas de madera, de unos cuatro o cinco pies de longitud y afiladas en sus extremos. Estas estacas sobresalían entre los postes y en todas las direcciones, de forma paralela al suelo, y los postes colgaban a tal distancia uno de otro, que las puntas de las estacas sobresalían de los postes contiguos dejando unos intervalos de dos o cuatro pies entre ellas. Como defensa contra un ataque enemigo a Tanar le pareció inútil, ya que al entrar la partida en el poblado había pasado por los espacios abiertos entre los postes sin que se lo impidiera la barrera.

Pero las conjeturas sobre el propósito de aquella extraña barrera, fueron alejadas de sus pensamientos por otras ocurrencias más interesantes, puesto que apenas entraron al poblado fueron rodeados por una horda de hombres, mujeres y niños.

—¿Quiénes son? —preguntaron algunos.

—Dicen ser amigos —contestó Vulhan—, pero creemos que proceden de Korsar.

—¡Korsars! —gritaron los habitantes del poblado.

—¡No soy korsar! —exclamó Stellara con furia—. Soy la hija de Allara, la hermana de Vulhan.

—Dejadla que se lo cuente a Zural. A él le corresponde escucharla, no a nosotros —exclamó uno—. Zural sabrá cómo tratar a los korsars. ¿Acaso no se llevaron a su

hija y mataron a su hijo?

—¡Sí, llevadlos ante Zural! —exclamó otro.

—Es ante Zural adonde los llevamos —repuso Vulhan.

Los habitantes del poblado abrieron camino a los guerreros y a sus prisioneros, y cuando estos últimos atravesaron el pasillo que se había formado, muchas fueron las malévolas miradas que les dirigieron y muchas las expresiones de odio que les alcanzaron pero ninguna violencia les fue inferida y, en breve, fueron conducidos a una gran choza situada en el centro de la aldea.

Al igual que otras moradas del poblado de Lar, el piso de la casa del jefe se alzaba a unas dieciocho pulgadas o un pie por encima del suelo. El techo de paja de la amplia sala de estar a la que fueron llevados, estaba sostenido por enormes colmillos de gigantescos tandors. El suelo, que parecía estar construido de baldosas sin vidriar, se hallaba cubierto casi en su totalidad por las pieles de varios animales salvajes. Había varios asientos bajos de madera alrededor de la habitación y otro, más alto que los demás, del que se podía decir que había alcanzado la dignidad de una silla.

En aquel asiento más elevado se sentaba un hombre de rostro severo, que les escrutó cuidadosamente y en silencio cuando se detuvieron ante él. Durante unos segundos nadie pronunció palabra, pero finalmente el hombre de la silla se dirigió a Vulhan.

—¿Quiénes son? —preguntó—. ¿Qué hacen en el poblado de Lar?

—Les capturamos en un navío korsar que iba a la deriva —respondió Vulhan—, y les traemos ante Zural, jefe del poblado de Lar, para que escuche su historia y juzgue si son los amigos que alegan ser o los enemigos korsar que creemos que son.

—Ésta —continuó Vulhan, indicando a Stellara— dice ser la hija de Allara.

—Soy la hija de Allara —puntualizó Stellara.

—¿Y quién fue tu padre? —preguntó Zural.

—Su nombre es Fedol —contestó Stellara.

—¿Cómo lo sabes? —volvió a preguntar Zural.

—Me lo dijo mi madre.

—¿Dónde naciste? —inquirió entonces Zural.

—En la ciudad korsar de Allaban —respondió Stellara.

—Entonces eres korsar —concluyó Zural, que a continuación se volvió hacia Tanar—. ¿Y este otro qué tiene que decir?

—Alega que era un prisionero de los korsars y que procede de un lejano reino llamado Sari.

—Nunca he oído hablar de tal reino. ¿Hay aquí algún guerrero que lo haya oído nombrar alguna vez? —preguntó—. Si lo hay, que hable en justicia del prisionero.

Pero los amiocaprios se limitaron a negar con sus cabezas, ya que ninguno de ellos había oído hablar jamás del reino de Sari.

—Está bastante claro —concluyó Zural—, que son enemigos que utilizan la mentira para ganar nuestra confianza. Si hay alguna gota de sangre de Amiocap en uno de ellos, lo sentimos por esa gota. Llévatelos, Vulhan. Manténlos bajo guardia hasta que decidamos como han de morir.

—Mi madre me dijo que los amiocapios eran un pueblo justo y benévolo —señaló Stellara—, pero no es justo ni benévolo matar a este hombre, que no es enemigo vuestro, simplemente porque nunca habéis oído nombrar el país del que viene. Os he dicho que no es korsar. Yo estaba en uno de los barcos de la flota cuando trajeron a los prisioneros a bordo. Oí al Cid y a Bohar el Sanguinario interrogar a este hombre, y sé con toda seguridad que no es korsar y que procede de un reino llamado Sari. Ellos jamás dudaron de su palabra; ¿por qué lo ibais a hacer vosotros? Si sois un pueblo justo y benévolo, cómo podéis matarnos sin darme la oportunidad de hablar con Fedol, mi padre. Él me creerá. Él sabrá que soy su hija.

—Los dioses desapueban que alberguemos a nuestros enemigos en nuestro poblado —contestó Zural—. Tendríamos mala suerte, como todo Amiocap sabe. Las bestias salvajes matarían a nuestros cazadores; los tandors pisotearían nuestros campos y destruirían nuestros poblados. Peor todavía: llegarían los korsars y os rescatarían. En cuanto a Fedol, ningún hombre sabe dónde está. Él no vivía aquí, y la gente de su propio poblado ha comido y ha dormido muchas veces desde que vieron a Fedol por última vez. Han comido y han dormido muchas veces desde que Fedol partió en su última cacería de tandors. Tal vez finalmente los tandors consiguieron vengar la muerte de tantos y tantos de los suyos, o tal vez cayó en las garras del pueblo escondido. No lo sabemos. Lo único que sabemos es que Fedol partió a cazar tandors y nunca regresó. Llévatelos, Vulhan; celebraremos un consejo de jefes, y entonces decidiremos qué hacer con ellos.

—Eres un hombre cruel y malvado, Zural —afirmó Stellara—, y no eres mejor que los korsars.

—Es inútil, Stellara —dijo Tanar, poniendo su mano sobre el hombro de la muchacha—. Vayámonos pacíficamente con Vulhan.

Inmediatamente a continuación volvió a dirigirse a ella en un susurro.

—No los enfurezcas. Todavía puede haber alguna esperanza para nosotros en el consejo de los jefes si no nos enemistamos con ellos.

Y así, sin más palabras, Stellara y Tanar fueron conducidos fuera de la casa de Zural, el jefe de Lar, rodeados por una docena de fornidos guerreros.



Capítulo IV

Letari

Tanar y Stellara fueron llevados a una pequeña choza situada en las afueras del poblado. La construcción consistía en apenas dos habitaciones: la abierta sala de estar con el hogar en su centro y un departamento pequeño y oscuro para dormir. Los dos prisioneros fueron introducidos en este último, y un único guerrero quedó de guardia en la sala contigua para impedir su fuga.

En un mundo en el que el sol permanece eternamente en su cenit, no hay oscuridad, y sin oscuridad pocas oportunidades hay para escapar de las garras de un enemigo atento. A pesar de ello, no había un solo momento en el que la idea de huir no estuviera presente en la mente del sari. Estudió a los centinelas, y cuando uno de ellos era relevado intentaba entablar alguna conversación con su sucesor, pero sin resultado: los guerreros no querían dirigirles la palabra. Algunas veces los guardias dormitaban, pero el poblado y el claro que lo rodeaba siempre se encontraban llenos de gente, de modo que parecía poco probable el que pudiera presentárseles una oportunidad de fuga.

Los centinelas eran relevados, la comida les era llevada regularmente y cuando se sentían inclinados a hacerlo, dormían. Sólo de esta forma podían medir el transcurso del tiempo, si es que tal cosa pasaba alguna vez por su cabeza, lo que sin duda no ocurrió. Hablaban entre ellos y en algunas ocasiones Stellara cantaba; cantaba las canciones de Amiocap que le había enseñado su madre y ambos se sentían alegres y felices, aunque eran conscientes de que el espectro de la muerte revoloteaba permanentemente sobre ellos. En breve golpearía, pero mientras tanto eran felices.

—Cuando era muy joven —dijo Tanar—, fui capturado por el pueblo negro con cola. Ellos construyen sus poblados en las ramas más altas de los grandes árboles, y al principio me dejaron en una pequeña choza tan oscura como ésta, aunque más sucia. Me sentí infeliz y desgraciado puesto que siempre había sido libre y amaba la libertad. Ahora vuelvo a estar prisionero en una oscura choza y además sé que voy a morir, y sin embargo no me siento desgraciado. ¿Por qué, Stellara? ¿Por qué me siento así?

—A mí me ocurre lo mismo —repuso la joven—. Me parece que no he sido tan feliz en mi vida, pero no sé la razón.

Estaban sentados el uno al lado del otro, en una esterilla de hilo que habían colocado cerca de la puerta para así obtener tanta luz y aire como fuera posible. Los dulces ojos de Stellara miraban pensativamente el pequeño mundo limitado por la puerta de su prisión. Una de sus manos descansaba con indiferencia sobre la esterilla, entre ambos. Los ojos de Tanar se posaron en su perfil, y lentamente movió su mano

hasta situarla encima de la de ella.

—Quizá —dijo—, no sería tan feliz si no estuvieras aquí.

La muchacha volvió sus ojos, un poco contrariados, hacia él y retiró su mano.

—No hagas eso —dijo.

—¿Por qué? —preguntó él.

—No lo sé; me pone un poco nerviosa.

Tanar estaba a punto de decir algo, cuando una figura oscureció la abertura de la puerta. Una muchacha les traía la comida. Hasta entonces la había traído un hombre, un hombre taciturno que no había contestado ninguna de las preguntas que le había hecho Tanar. Pero ahora no había ningún rastro de taciturnidad en el hermoso y sonriente semblante de aquella muchacha.

—Os traigo comida —dijo—. ¿Estáis hambrientos?

—Cuando no hay otra cosa que hacer salvo comer, yo siempre tengo hambre —dijo Tanar—. ¿Dónde está el hombre que nos traía la comida?

—Era mi padre —contestó la muchacha—. Ha salido a cazar y os traigo la comida en su lugar.

—Espero que nunca regrese de cazar —dijo Tanar.

—¿Por qué? —preguntó la chica—. Es un buen padre. ¿Por qué le deseas algún daño?

—No le deseo ningún daño —contestó riendo Tanar—. Sólo deseo que su hija continúe trayéndonos la comida. Es mucho más agradable y más guapa.

La muchacha se ruborizó, pero era evidente que aquello la había agradado.

—Quise venir antes —dijo—, pero mi padre no me lo permitió. Te vi cuando os trajeron al poblado, y he intentado volver a verte después. Nunca antes había visto un hombre como tú. Eres diferente a los amiocapios. ¿Todos los hombres de Sari son tan guapos como tú?

Tanar se echó a reír.

—Me temo que nunca me he fijado mucho en eso —contestó—. En Sari juzgamos a los hombres por lo que hacen y no por lo que parecen.

—Pero tú debes de ser un gran cazador —dijo la chica—. A mí me pareces un gran cazador.

—¿Y a qué se parecen los grandes cazadores? —preguntó Stellara con tirantez.

—Pues no sé —repuso la muchacha—. Se parecen a él.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Tanar riendo.

—Letari —contestó la chica.

—Letari —repitió Tanar—. Es un bonito nombre. Espero, Letari, que nos traigas a menudo la comida.

—No creo que os la vuelva a traer —dijo la muchacha con tristeza.

—¿Por qué? —preguntó Tanar.

—Porque nadie os la volverá a traer —dijo.

—¿Y eso? ¿Es que quieren matarnos de hambre?

—No. El consejo de los jefes ha decidido que ambos sois korsars y que debéis morir.

—¿Y eso cuando ocurrirá? —preguntó Stellara.

—Tan pronto como los cazadores regresen con comida. Celebraremos un gran festín y danzaremos, pero yo no me divertiré con los demás. Me sentiré muy desgraciada porque no deseo que muera Tanar.

—¿Cómo piensan acabar con nosotros? —preguntó Tanar.

—Mirad allí —dijo la muchacha, señalando a través de la puerta que ahora se hallaba abierta.

A lo lejos, los dos prisioneros distinguieron a varios hombres clavando dos postes en el suelo.

—Muchos querían entregaros al pueblo escondido —dijo Letari—, pero Zural dijo que había transcurrido mucho tiempo desde que habíamos danzado y celebrado un festín, y que era mejor festejar la muerte de dos korsars que dejar aquel placer al pueblo escondido, así que van a ataros a aquellos postes, apilarán madera seca y maleza a vuestro alrededor y luego os quemarán hasta morir.

Stellara se estremeció.

—¡Y decía mi madre que era un pueblo benévolo! —dijo apretando los puños.

—¡No somos un pueblo despiadado! —protestó Letari—, pero los korsars han sido muy crueles con nosotros y Zural cree que los dioses les contarán a los korsars que fuisteis quemados hasta morir, y que eso les aterrorizará y les mantendrá alejados de Amiocap.

Tanar se puso en pie y permaneció muy recto y erguido. El horror de la situación le abrumó. Miró hacia abajo, hacia la dorada cabeza de Stellara, y se estremeció.

—¿Quieres decir que los hombres de Amiocap pretenden quemar viva a esta muchacha?

—Sí —contestó Letari—. No sería bueno matarla antes, porque entonces su espíritu no podría contarle a los dioses que fue quemada y éstos no se lo podrían decir a los korsars.

—Es espantoso —repuso Tanar—. ¿Y tú, una mujer también, no tienes sentimientos? ¿No tienes corazón?

—Siento muchísimo que te vayan a quemar también a ti —dijo Letari—, pero, en cuanto a ella, es una korsar y no siento sino odio y asco hacia su pueblo. Sin embargo, tú eres distinto. Yo sé que no eres korsar y desearía poder salvarte.

—¿Lo harías si pudieras? —preguntó Tanar.

—¡Oh, sí! Pero no puedo hacerlo.

La parte de la conversación relativa a la huida la habían realizado en susurros, de

forma que el centinela no la pudo oír, pero evidentemente había despertado sus sospechas, ya que en ese momento se levantó y se acercó hasta la puerta de la choza.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó—. ¿Qué es lo que haces tanto tiempo aquí, Letari, hablando con los korsars? ¿Acaso estás enamorada de este hombre?

—¿Y qué si lo estoy? —exclamó la muchacha—. ¿No nos exigen nuestros dioses que amemos? ¿Para qué vivimos en Amiocap sino para el amor?

—Los dioses no dicen que debemos amar a nuestros enemigos.

—Tampoco dicen que no debemos hacerlo —replicó Letari—. Si quiero amar a Tanar es asunto mío.

—¡Vete! —estalló el guerrero—. ¡Hay otros muchos hombres en Lar para que los ames!

—¡Ah! —suspiró la muchacha, mientras atravesaba la puerta—, pero ninguno es como Tanar.

—¡Pequeña y odiosa buscona! —exclamó Stellara, después que la muchacha se hubiera marchado.

—No vaciló en revelar lo que había en su corazón —dijo Tanar—. Las chicas de Sari no son así. Morirían antes que descubrir su amor si el hombre no les ha declarado primero el suyo. Pero tal vez no sea más que una chiquilla y no se da cuenta de lo que ha dicho.

—¿Qué no es más que una chiquilla! —estalló Stellara—. ¡Sabía perfectamente bien lo que estaba diciendo, y además era evidente que a ti te agradaba! ¡Muy bien, cuando venga a salvarte, márchate con ella!

—¿No creerás que intentaría escaparme yo solo, aunque se me presentase la oportunidad de huir gracias a ella, verdad? —preguntó Tanar.

—Ella te dijo que a mí no me ayudaría a escapar —le recordó Stellara.

—Lo sé; pero sería sólo con la esperanza de ayudarte a escapar, por lo que llegaría a aprovecharme de su ayuda.

—Preferiría ser quemada viva una docena de veces, antes que escapar gracias a ella.

En el tono de Stellara había un rencor que Tanar jamás había oído antes en la voz de la muchacha y la miró con sorpresa.

—No te entiendo, Stellara —le dijo.

—No me entiendo a mí misma —respondió la muchacha, que escondió su rostro entre las manos y rompió a llorar.

Tanar se arrodilló rápidamente a su lado y puso su brazo sobre ella.

—No hagas eso —le pidió—, por favor, no lo hagas.

Pero Stellara le apartó de un empujón.

—¡Márchate! —exclamó—. No me toques. Te odio.

Tanar estaba a punto de decir algo, cuando fue interrumpido por una gran

conmoción en el extremo más alejado del poblado. Las voces y los gritos de los hombres se mezclaban con un sonido atronador que estremecía visiblemente el suelo y con el retumbar de tambores.

Al instante, los hombres que estaban clavando en el suelo los postes en los que Tanar y Stellara iban a ser quemados, abandonaron su tarea, tomaron sus armas y se precipitaron en la dirección de la que provenía el tumulto.

Los dos prisioneros vieron como hombres, mujeres y niños salían corriendo de sus chozas y dirigían sus pasos hacia un mismo punto. El guardia que se hallaba ante su puerta se levantó de un salto y permaneció durante un momento viendo correr a los habitantes del poblado. Luego, sin más palabras y sin echar una mirada atrás, se lanzó a la carrera tras ellos.

Tanar, comprendiendo que por fin había llegado el momento que habían esperado, salió de la oscura celda al abierto compartimento contiguo y miró en la dirección hacia la que corría todo el poblado. Entonces vio la causa de aquel disturbio, y también halló la explicación del propósito al que respondía la extraña barrera.

Más allá de la empalizada asomaban dos gigantescos mamuts, dos enormes tandors, que se alzaban hasta más de dieciséis pies de altura, con sus malévolos ojos enrojecidos por el odio y la rabia, sus colmillos relampagueando al sol y con sus poderosas trompas intentando abatir la afilada barrera de estacas ante la que su carne se veía obligada a retroceder. Enfrentándose a los mamuts se hallaba una aullante horda de guerreros, mujeres y niños, y por encima de todos ellos se elevaba el atronador estrépito de los tambores.

Cada vez que los tandors intentaban forzar su avance a través de la barrera o apartar a un lado los postes, éstos se balanceaban a su alrededor, amenazando sus ojos o clavándose en la delicada carne de su trompa, a la vez que los aullantes guerreros les hacían frente bravamente, arrojando sus lanzas con punta de piedra.

Pero, a pesar de lo interesante o lo asombrosa que pudiera ser aquella visión, Tanar no podía perder el tiempo siguiendo el curso de los acontecimientos. Volviéndose hacia Stellara, la tomó de la mano.

—¡Vámonos! —exclamó—. ¡Ahora es nuestra oportunidad!

Y así, mientras los habitantes del poblado se encontraban absortos por la batalla con los tandors en el extremo más alejado de la aldea, Tanar y Stellara corrieron velozmente por el claro y entraron en la frondosa vegetación de la selva que se extendía al otro lado.

No había ninguna senda. Avanzaron con grandes dificultades a través de la maleza, hasta que tras recorrer una corta distancia Tanar por fin se detuvo.

—Nunca conseguiremos escapar de esta manera —dijo—. Nuestro rastro es tan claro como las huellas de un dyryth tras la lluvia.

—¿Y de qué otra forma podemos escapar? —preguntó Stellara.

Tanar miró hacia lo alto, examinando los árboles detenidamente.

—Cuando fui prisionero del pueblo negro con cola —dijo—, tuve que aprender a viajar a través de los árboles. Esa habilidad me ha sido de gran ayuda desde entonces, y creo que ahora también puede ser nuestra salvación.

—Entonces vete —dijo Stellara—, y sálvate tú, porque con toda seguridad yo no soy capaz de viajar por los árboles, y no hay ninguna razón por la que los dos volvámos a ser capturados cuando al menos uno puede escapar.

—Sabes que nunca haría eso —repuso Tanar con una sonrisa.

—¿Y qué otra cosa puedes hacer? —preguntó Stellara—. Seguirán nuestro rastro y nos volverán a capturar antes de que nos hallemos fuera del alcance del poblado.

—No dejaremos ningún rastro —dijo Tanar—. Ven.

Y saltando ágilmente a la rama más baja, se colgó del árbol que se encontraba sobre ellos.

—Dame la mano —dijo tendiendo la suya a Stellara.

Un momento después había alzado a la muchacha hasta su lado. Luego se irguió y sostuvo a la chica mientras ella subía a lo alto. Ante ellos, un laberinto de ramas se estrechaba hasta perderse en el follaje.

—Por aquí no nos podrán seguir —dijo Tanar.

—Esto no me gusta —dijo Stellara—. Sujétame fuerte.

—Pronto te acostumbrarás —dijo Tanar—, y entonces dejarás de tener miedo. Al principio yo también lo tenía, pero finalmente conseguí moverme por entre los árboles casi tan rápido como los hombres negros.

—No puedo dar ni un paso —dijo Stellara—. Estoy segura de que me voy a caer.

—No tienes que dar ningún paso —dijo Tanar—. Pon tus brazos sobre mi cuello y sujétate bien.

A continuación empezó a avanzar, sosteniéndola con su brazo izquierdo, mientras ella se sujetaba firmemente a él, rodeando su cuello con sus suaves brazos.

—¡Qué fácilmente me llevas! —exclamó ella—. No aparentas ser tan fuerte, pero ningún hombre podría llevar mi peso entre estos árboles sin caerse.

Tanar no contestó. En su lugar, se movió entre las ramas buscando asideros y apoyos para seguir adelante. El suave cuerpo de la muchacha presionaba contra el suyo, y en su olfato sentía el delicado aroma que había percibido en su primer contacto con Stellara a bordo del navío korsar y que ahora ya parecía formar parte de ella.

Mientras Tanar se movía por la selva, la muchacha se maravillaba de la fuerza del hombre. Lo había considerado débil en comparación con los fornidos korsars, pero ahora se daba cuenta de que en aquellos músculos suaves y ondulados se concentraba la fuerza de un superhombre.

A ella le fascinaba observarlo. Se movía con facilidad y no aparentaba cansarse.

En una ocasión sus labios descendieron hasta tocar su tupido cabello negro, y entonces, sólo un poco, casi imperceptiblemente, apretó con más fuerza sus brazos alrededor de su cuello.

Stellara se sentía feliz, pero entonces, repentinamente, se acordó de Letari y se enderezó, aflojando su abrazo.

—¡La muy descarada! —dijo.

—¿Qué? —preguntó Tanar—. ¿De qué estás hablando?

—De esa muchacha, Letari —contestó Stellara.

—A mí no me pareció descarada —señaló Tanar—. Creo que era muy simpática y ciertamente hermosa.

—Me parece que te has enamorado de ella— apuntó Stellara con brusquedad.

—No sería muy difícil —repuso Tanar—. Parecía bastante adorable.

—¿La quieres? —preguntó ella.

—¿A ti que más te da si lo hago? —preguntó a su vez Tanar.

—Ciertamente no me importa mucho —dijo Stellara.

—¿Entonces por qué preguntas tanto?

—No he preguntado nada —dijo Stellara—. Me da lo mismo.

—Ya. Habré entendido mal —dijo Tanar, que continuó avanzando en silencio, puesto que los hombres de Sari no acostumbraban a ser muy habladores.

Stellara no sabía qué era lo que pasaba por la mente de Tanar, pues su rostro no reflejaba el hecho de que por dentro estaba riéndose, y, además, Stellara no podía verle el rostro.

Tanar avanzaba siempre en la misma dirección. Su instinto le decía que en aquella dirección se hallaba Sari. Mientras se encontrase en tierra, se dirigiría invariablemente hacia el lugar de Pellucidar en el que había nacido. Todos los pellucidaros son capaces de hacerlo. Pero si los situas en el mar, sin tierra a la vista, su instinto les abandona y no tienen más noción de la dirección que la que tendríais vosotros o yo si nos transportasen de repente a un mundo en el que no existiesen los puntos cardinales, sino que el sol permaneciese eternamente en su cénit y no existiesen ni la luna ni las estrellas.

El único deseo de Tanar en aquel momento era alejarse todo lo posible del poblado de Lar. Viajarían hasta alcanzar la costa, aunque, sabiendo que Amiocap era una isla, era evidente que acabarían llegando hasta el océano. Lo que harían entonces estaba bastante nebuloso en su mente. Tenía vagas nociones de que debía construir un bote y embarcarse en él, aunque era plenamente consciente de que aquello sería una locura para un habitante de las montañas como era él.

Al cabo de un rato sintió hambre, por lo que comprendió que debían haber recorrido una distancia considerable.

Tanar llevaba la cuenta de las distancias que recorría computando el número de

pasos que daba, ya que con la práctica había aprendido a llevar la cuenta de forma casi mecánica, dejando su mente libre a otros pensamientos y percepciones. Pero ahora, entre las ramas de los árboles, donde sus pasos no tenían una longitud uniforme, no había hecho el esfuerzo de contarlos, y, por tanto, sólo acudiendo al hambre que sentía podía decir que había cubierto una distancia considerable desde que abandonaran el poblado de Lar.

Durante su huida a través de la jungla, habían visto numerosas aves, monos u otros animales, y, en varias ocasiones, habían cruzado o atravesado senderos de caza; pero como los amiocapios les habían arrebatado sus armas, ahora no tenía medios con los que procurarse carne hasta que pudieran detenerse el tiempo suficiente como para fabricarse un arco, algunas flechas y una lanza.

¡Cómo echaba de menos su lanza! Desde la niñez había sido su compañera constante, y durante mucho tiempo se había sentido prácticamente indefenso sin ella. Nunca se había acostumbrado del todo a llevar armas de fuego, sintiendo en lo más profundo de su primitivo y salvaje corazón que no había nada más digno de confianza que una recia lanza de afilada punta de piedra.

Le gustaban bastante el arco y las flechas que Innes y Perry le habían enseñado a fabricar y usar, ya que las flechas se asemejaban a pequeñas lanzas. Al menos se podían ver, mientras que con las extrañas y ruidosas armas que escupían humo y fuego no se podía ver el proyectil que se disparaba. Era de lo más imposible y antinatural.

Pero en aquella ocasión, la mente de Tanar no se hallaba ocupada con tales pensamientos. La comida era la cuestión dominante.

En breve llegaron a un pequeño claro natural situado cerca de un cristalino arroyo y Tanar se deslizó suavemente al suelo.

—Nos detendremos aquí hasta que pueda fabricarme unas armas y conseguir algo de comida —dijo.

Al sentir de nuevo el suelo bajo sus pies, Stellara volvió a sentirse más independiente.

—No tengo hambre —dijo.

—Pues yo sí —dijo Tanar.

—Por aquí hay bayas, nueces y frutos en abundancia —insistió ella—. No deberíamos quedarnos aquí a esperar que nos atrapen los guerreros de Lar.

—Esperaremos aquí hasta que me haya podido hacer unas armas —dijo Tanar con determinación—. Entonces estaré no sólo en mejor posición de cazar algo, sino que seré capaz de defenderte mejor contra los guerreros de Zural.

—Quiero irme. No deseo permanecer aquí —dijo Stellara dando una patada al suelo.

Tanar la miró sorprendido.

—¿Qué ocurre Stellara? Hasta ahora no te habías comportado así —dijo.

—No sé qué es lo que ocurre —dijo la muchacha—. Sólo sé que preferiría regresar a Korsar, a la casa del Cid. Por lo menos allí tenía algunos amigos. Aquí sólo estoy rodeada de enemigos.

—Entonces tendrías a Bohar el Sanguinario como esposo, si es que sobrevivió a la tormenta, o si no, a otro como él —le recordó Tanar.

—Por lo menos él me quería —dijo Stellara.

—¿Y tú lo querías a él? —preguntó Tanar.

—Tal vez —repuso Stellara.

Había algo peculiar en la mirada de Tanar cuando sus ojos se posaron en la muchacha. No la comprendía, pero parecía intentarlo. Ella miraba por encima de él, con una expresión extraña en su rostro, cuando, de repente, lanzó una exclamación de espanto y señaló detrás de él.

—¡Mira! —gritó—. ¡Oh, Dios, mira!



Capítulo V

El cazador de tandors

Había tanto miedo en la voz de Stellara que Tanar sintió como se erizaba el cabello de su nuca al girarse para hacer frente a lo que había hecho gritar de terror a la muchacha. Pero aunque hubiera tenido tiempo para conjurar en su imaginación una imagen digna de tal horror, no se podría haber imaginado una cosa más espantosa y repulsiva que la que ahora avanzaba hacia ellos.

Su figura era básicamente humana, pero ahí acababa toda similitud. Tenía brazos y piernas y caminaba erguido sobre sus dos pies. ¡Pero qué pies! Eran dos cosas enormes, aplastadas, con dedos sin uñas; unos dedos cortos y rechonchos entre los que había rastros de telarañas. Sus brazos eran cortos, y, en lugar de dedos, sus manos estaban dotadas de tres afiladas garras. Tendría alrededor de unos cinco pies de altura y no había vestigio alguno de vello en su cuerpo desnudo. Su piel tenía la palidez enfermiza de un cadáver.

Pero estos atributos no aumentaban sino en una pequeña fracción su aspecto repulsivo. Su cabeza y su rostro eran espantosos. No tenía oídos externos; sólo dos pequeños orificios en ambos lados de su cabeza, allí donde normalmente se localizan tales órganos. Su boca era muy grande, con holgados y gruesos labios que se distendían hacia arriba en una mueca que exponía dos hileras de afilados colmillos. Dos pequeñas aberturas, por encima del centro de su boca, marcaban el lugar donde debía haberse situado una nariz y, para aumentar lo horroroso de su aspecto, no tenía ojos, a menos que unas protuberancias bulbosas, que forzaban la piel allí donde debían haberse encontrado, pudieran llamarse ojos. Aquí, la piel que había sobre la cara se movía como si unos ojos grandes y redondos parpadearan debajo de ella. Lo pavoroso de su descolorido rostro, sin párpados ni pestañas ni pupilas, conmocionó incluso los templados y firmes nervios de Tanar.

La criatura no llevaba armas, pero ¿para qué necesitaba armas, equipado como estaba con aquellos formidables colmillos y garras? Bajo su pálida piel asomaban enormes músculos que atestiguaban su fuerza de gigante, y en su blanco rostro sólo el gesto de la boca era suficiente para sugerir su diabólica ferocidad.

—¡Huye Tanar! —gritó Stellara—. ¡Sube a los árboles! ¡Es uno de los seres del pueblo escondido!

Pero la cosa estaba demasiado cerca de él como para poder escapar, incluso si Tanar hubiese tenido en mente abandonar a Stellara, de modo que permaneció donde se encontraba, esperando con calma el inevitable enfrentamiento. Entonces, de repente, como si todavía fuera posible aumentar el horror de la situación, el ser habló. De sus gruesos y babeantes labios surgieron sonidos, unos sonidos farfullantes y

lúgubres que apenas semejaban un lenguaje, aunque se hicieron retorcidamente inteligibles para Tanar y Stellara.

—Es la mujer de cabello dorado lo que quiero —farfulló la criatura—. Dame a la mujer y el hombre puede irse.

Para la conmocionada sensibilidad de Tanar era como si un gigantesco y mutilado cadáver hubiera salido de la tumba y le hablase, así que dio un paso atrás con una sensación tan horrorosa como nunca había experimentado.

—No toques a la mujer —le advirtió Tanar— Máchate o morirás.

Un aullido imposible, mezcla de risa y gruñido, surgió de los labios de la criatura.

—¡Entonces, muere! —rugió mientras se arrojaba sobre el sari.

Al aproximarse, golpeó hacia arriba con sus garras en un intento por destripar a su antagonista, pero Tanar eludió aquella primera acometida saltando ágilmente hacia un lado y luego, volviéndose rápidamente, se arrojó sobre su repugnante cuerpo; rodeando su cuello con uno de sus poderosos brazos, Tanar se giró repentinamente y, doblándose hacia abajo y hacia delante, lanzó pesadamente a la criatura por encima de su cabeza al suelo.

Pero, al instante, ésta se volvió a levantar y se arrojó contra él. Gritando de rabia y lanzando espumarajos por la boca, golpeó de nuevo salvajemente con sus afiladas garras. Pero Tanar había aprendido, gracias a David Innes, algunas cosas que los hombres de la edad de piedra normalmente desconocían. David le había enseñado, tanto a él como a otros jóvenes pellucidaros, el arte de la autodefensa, incluyendo nociones de boxeo, lucha libre y jiu-jitsu, y ahora, al igual que había sucedido en otras ocasiones desde que las aprendió, vinieron nuevamente en su auxilio. Una vez más, dio gracias a la afortunada circunstancia que había conducido a David Innes desde la corteza exterior hasta Pellucidar, para guiar los destinos de la raza humana como su primer emperador.

Junto al conocimiento, entrenamiento y agilidad se hallaba la gran fuerza que Tanar poseía, sin la que aquellos otros complementos habrían sido de menor valía. Así, cuando la criatura golpeaba, Tanar paraba sus golpes apartando las malévolas garras de su carne, y con una fortaleza que sorprendía a su antagonista, puesto que casi era tan potente como la suya.

Pero lo que más sorprendía al monstruo era la frecuencia con la que Tanar era capaz de adelantarse y lanzar golpes directos a su cabeza y a su cuerpo, y que, debido a su torpeza y falta de habilidad, era incapaz de proteger adecuadamente.

A un lado, observando la batalla que por ella se había entablado, permanecía Stellara. Hubiera podido salir huyendo y esconderse. Hubiera logrado escapar. Pero semejantes pensamientos no cabían en su pequeña y valiente cabeza. Para ella hubiera sido imposible abandonar a un compañero en su mayor momento de necesidad, al igual que lo había sido para él abandonarla a su destino. Así que se

quedó allí, sin poder hacer nada salvo esperar el desenlace.

De un lado a otro, a través del claro, se movían los contendientes pisoteando la frondosa vegetación, que a veces era tan tupida que dificultaba sus movimientos. Ahora, por la fatigada respiración de la criatura, se hacía evidente para Tanar y Stellara que ésta se agotaba por momentos al faltarle la resistencia del sari. A pesar de ello, probablemente porque también se daba cuenta, la criatura redobló sus esfuerzos y la ferocidad de su ataque. Al mismo tiempo, Tanar descubrió un punto vulnerable al que dirigir sus golpes.

Al golpearle en el rostro, había alcanzado accidentalmente una de las bulbosas protuberancias que tenía bajo la piel, allí donde debían haberse hallado los ojos. Con el impacto del golpe, aunque leve, la criatura soltó un grito y retrocedió, alzando instintivamente una de sus garras hacia el órgano herido. A partir de ese momento, Tanar dirigió todos sus esfuerzos hacia aquel punto y situó sus más fuertes golpes en aquellas zonas bulbosas.

Golpeaba una y otra vez, hasta que por fin consiguió un impacto directo en una de ellas. Con un aullido de dolor, la criatura retrocedió y se llevó ambas garras a la zona herida.

Ahora peleaban cerca de donde se encontraba Stellara. La espalda de la criatura estaba vuelta hacia ella, y tan próxima que podría haberla tocado. Vio como Tanar volvía a abalanzarse hacia delante para golpear de nuevo. La criatura se dejó caer hacia atrás, casi enfrente de ella, y entonces, de repente, alzó su cabeza, y, dando salida a un horrendo rugido, cargó contra el sari con toda la espantosa ferocidad que pudo reunir.

Parecía como si hubiera hecho acopio de toda la vitalidad que le quedaba y la soltase en una última y enloquecida carga. Tanar, con sus músculos perfectamente coordinados, rápido en ver huecos y en aprovecharse de ellos e igualmente rápido en comprender las ventajas de retroceder cuando era necesario, saltó hacia atrás para evitar la enloquecida acometida de las afiladas garras. Pero al hacerlo, uno de sus tobillos tropezó con un pequeño arbusto y cayó pesadamente de espaldas al suelo.

Durante un momento quedó indefenso, y en aquel breve instante la criatura podía perfectamente caer sobre él con sus horribles colmillos y sus potentes garras.

Tanar lo sabía. La cosa, que arremetía ya contra él, lo sabía. Pero Stellara, que se hallaba cerca de ellos, también lo sabía. Tan rápidamente actuó la muchacha que apenas había tocado el suelo Tanar, se arrojó desde atrás contra el monstruo lanzando un grito para atraer su atención.

Al igual que un jugador de fútbol americano se impulsa a sí mismo para placar a un contrincante, así se arrojó Stellara contra la criatura. Sus brazos se agarraron a sus rodillas y luego se deslizó hasta el suelo mientras la criatura pataleaba y forcejeaba ferozmente para deshacerse de ella. Pero Stellara había conseguido aferrarse a uno de

sus enjutos tobillos, justo por encima de su enorme pie, y, haciendo palanca en el suelo, empleó todas sus fuerzas en intentar retenerlo a muy corta distancia de donde se encontraba Tanar. Con un aullido de rabia, alzó una de sus garras para hacer pedazos a la muchacha. Pero aquel breve instante de respiro fue suficiente para que Tanar pudiera ponerse en pie, y antes de que sus garras pudieran caer sobre la suave carne de Stellara, Tanar ya estaba sobre la espalda de la criatura. Sus dedos de acero se clavaron en la garganta del monstruo, y aunque éste forcejeó e intentó golpearle con sus afiladas garras, por fin se hallaba indefenso ante la presa del sari.

Lenta, inexorablemente, Tanar estranguló al monstruo. Luego, con una expresión de repugnancia, empujó el cadáver a un lado y se dirigió hacia donde se encontraba Stellara, que apenas podía sostenerse en pie.

Puso su brazo sobre ella y, durante un instante, Stellara hundió su rostro en su hombro y dejó escapar un sollozo.

—No tengas miedo —dijo—. El monstruo está muerto.

—Vámonos de aquí —dijo ella, alzando su rostro hacia el de él—. Estoy asustada. Puede haber más gente del pueblo escondido a nuestro alrededor. Debe haber una entrada a su mundo subterráneo cerca de aquí. Jamás se alejan mucho de ellas.

—Sí —convino él—. Hasta que tenga armas no quiero volver a encontrarme con ninguna de esas cosas.

—Son horribles —dijo Stellara—. Si hubiera habido dos de ellos, habiéramos estado perdidos.

—¿Qué son? —preguntó Tanar—. Tú parece conocerlos. ¿Dónde los habías visto antes?

—Hasta hoy no había visto a ninguno —contestó ella—, pero mi madre me habló mucho de ellos. Son temidos y odiados por todos los amiocapios. Se llaman a sí mismos coripis, y habitan en oscuros túneles y cavernas bajo la superficie del suelo. Por eso los llaman el pueblo escondido. Comen carne y vagabundean por la jungla, recogiendo los despojos de las cacerías o devorando los cadáveres de las bestias salvajes que se encuentran muertas en la selva; pero tienen miedo de las lanzas de los guerreros y por eso no se aventuran lejos de las aberturas que conducen a su tenebroso mundo. De vez en cuando atacan a algún cazador solitario y también, ocasionalmente, aunque con menos frecuencia, se acercan a los poblados a capturar alguna mujer o algún niño. Nadie ha entrado jamás en su mundo y ha escapado para contarlo, así que lo que mi madre me contó sobre ellos es lo que los amiocapios se imaginan del inframundo en el que vive el pueblo escondido, pues no ha habido ningún guerrero de Amiocap lo suficientemente valiente como para aventurarse en los oscuros nichos que conforman sus túneles, o si lo ha habido no ha regresado para hablar de ello.

—¿Y los benévolos amiocapios nos hubieran entregado al pueblo escondido, si no hubieran decidido quemarnos vivos? —ironizó Tanar.

—Sí. Nos hubieran atado a alguno de los árboles cercanos a las entradas a su mundo subterráneo. Pero no acuses al pueblo de mis padres, porque sólo hicieron lo que creían justo y adecuado.

—Tal vez sean un pueblo benévolo —respondió Tanar con una mueca—, porque ciertamente demuestra más bondad quemarnos vivos en una pira que entregarnos a las horrorosas atenciones de los coripis. Está bien, volvamos otra vez a los árboles. Este lugar ya no me parece tan tranquilo como la primera vez que lo vi.

De nuevo volvieron a encaramarse a las ramas de los árboles. Comenzaban a sentir las urgencias del sueño, cuando Tanar descubrió un pequeño ciervo en un sendero de caza que pasaba por debajo de ellos. Después de matarlo y de haber satisfecho su hambre, Tanar construyó con pequeñas ramas y grandes hojas una plataforma en uno de los gigantescos árboles; un estrecho lecho en el que Stellara se tendió a dormir mientras él permanecía de guardia. Después de que ella hubiera descansado, fue él el que se echó a dormir y luego, una vez más, siguieron su camino.

Mientras Stellara dormía, Tanar se había ocupado de fabricarse unas toscas armas, esperando que llegase una mejor ocasión para encontrar materiales adecuados con los que confeccionarse otras más apropiadas. Una delgada rama de recia y fuerte madera, roída con sus fuertes y sanos dientes hasta hacerle una punta, le servía de lanza. Su arco consistía en otra rama, a la que había encordado con los tendones del ciervo que había cazado, mientras que sus flechas consistían en las delgadas ramas que había cortado de uno de los flexibles arbustos que crecían abundantemente por toda la selva. Hizo otra segunda y más ligera lanza para Stellara y armados de esta forma sintieron una mayor seguridad que la que habían sentido hasta entonces.

Avanzaron continuamente. Comieron tres veces y durmieron otra más, pero todavía no alcanzaron la costa. El inmenso sol colgaba sobre sus cabezas y una suave y refrescante brisa corría por la selva. Pájaros de fastuosos plumajes y pequeños monos, desconocidos para los habitantes del mundo exterior, volaban o huían precipitadamente, cantando los unos y parloteando los otros, ante el hombre y la mujer que les molestaban con su avance. Era un mundo pacífico y a Tanar, acostumbrado a las salvajes y carnívoras bestias que abarrotaban el gran continente en el que había nacido, aquello le parecía un lugar seguro y colorido. Además, se sentía satisfecho de que no hubiera nada que interfiriese en sus proyectos de huida.

Stellara no había vuelto a comentar nada sobre su deseo de regresar a Korsar y el plan que siempre había albergado en su pensamiento incluía llevar a Stellara de vuelta a Sari con él.

El tranquilo curso de los pensamientos de Tanar fue repentinamente interrumpido por el estridente sonido del barritar de un tandor. Sonaba tan cercano que

prácticamente debía encontrarse debajo de ellos. En un instante, apartó el follaje que había a su alrededor y descubrió la causa de aquel alboroto.

La jungla se acababa allí, en el borde de una abierta pradera que daba cobijo a pequeños grupos de árboles. En primer termino se veían dos figuras: un guerrero corriendo por su vida y un enorme tador que, a pesar de apoyarse sólo sobre tres de sus cuatro patas, con toda seguridad le iba a dar alcance.

Tanar abarcó toda la escena de un solo vistazo y comprendió que se encontraba ante un cazador solitario que había fallado en su intento por lisiar a su presa en las patas traseras.

Era raro que un hombre cazase solo al gran tador, pues únicamente los más bravos, o los más temerarios, se atrevían a intentarlo. Normalmente eran varios los cazadores, dos de los cuales iban armados con pesadas hachas de piedra, mientras los demás hacían ruido para atraer la atención de la bestia y ocultar el sonido de la aproximación de los otros. Estos últimos, los armados con hachas, se arrastraban cautelosamente a través de la maleza, a espaldas del animal, hasta que cada uno de ellos estaba a suficiente distancia como para alcanzar las patas traseras. Luego, simultáneamente, ambos lisiaban al monstruo que, al caer indefenso, moría por las afiladas lanzas y flechas.

Aquel que pretendiera lisiar en solitario a un tador tenía que estar dotado no sólo de una gran fuerza y coraje, sino que debía ser capaz de realizar dos certeros golpes con su hacha, en tan rápida sucesión que la bestia cayese herida antes de darse cuenta que estaba siendo atacada.

Para Tanar era evidente que aquel cazador había fallado al intentar realizar su segundo disparo lo suficientemente rápido, y ahora se hallaba a merced de la gran bestia.

Desde la primera vez que habían viajado a través de los árboles, Stellara había acabado venciendo su inicial temor y ahora era perfectamente capaz de ir sola, aunque con alguna ayuda ocasional de Tanar. Había marchado por detrás del sari, pero en ese momento llegó a su lado y observó la tragedia que se desarrollaba por debajo de ellos.

—Va a morir —dijo—. ¿No podemos hacer nada por ayudarle?

Tal pensamiento no se le había pasado por la cabeza al sari, ya que veía al hombre como un amiocapio y, por tanto, un enemigo; pero había algo en el tono de la muchacha que acabó empujando al sari a la acción. Quizá fue el instinto del macho por exhibir su valentía ante la hembra. Quizá se debió a que el corazón de Tanar era bravo y magnánimo. O quizá, sencillamente, fue porque de todas las mujeres del mundo, la que se lo había pedido era Stellara. ¿Quién lo puede saber? Quizá ni el mismo Tanar supo lo que le empujó a sus siguientes actos.

Gritando una palabra familiar a todos los cazadores de tadors, cuya traducción

más aproximada a nuestro idioma sería algo así como "¡invierte!", saltó al suelo, prácticamente al lado del tador, y simultáneamente llevó la mano con la que portaba la lanza hacia atrás y clavó el afilado dardo en el costado de la bestia, justo detrás de su brazuelo izquierdo. Luego retrocedió hacia la selva esperando que el tador hiciera lo que hizo: con un bramido de dolor se volvió hacia su nuevo torturador.

El amiocapio, que todavía sostenía su pesada hacha, había escuchado, cual si fuera un milagro de los dioses, la familiar señal que había surgido de repente de los labios de Tanar. Le decía lo que el otro iba a intentar y le avisaba para que él estuviera preparado, lo que hizo que se girase hacia la bestia en el instante en que ésta se volvía hacia Tanar. Así, cuando el tador arremetió violentamente a través de los matorrales de la jungla en persecución del sari, el amiocapio acometió contra él. La gran hacha se movió con la velocidad del rayo, y la enorme bestia, bramando de rabia, cayó indefensa al suelo y resbaló sobre su costado.

—¡Abatido! —gritó el amiocapio para advertir a Tanar que su ataque había tenido éxito.

Entonces, el sari regresó y, juntos, ambos guerreros acabaron con la gran bestia. Mientras, por encima de ellos, Stellara permanecía oculta entre el verdor de los árboles, ya que las mujeres de Pellucidar no se arriesgan imprudentemente a ser vistas por los guerreros enemigos. En aquel momento, ella era consciente que sería más seguro esperar a descubrir la actitud del guerrero hacia Tanar. Tal vez estuviera agradecido y fuese amistoso, pero también existía la posibilidad de que no fuera así.

Muerta la bestia, los dos hombres se situaron frente a frente.

—¿Quién eres que acudes tan valientemente a ayudar a un extraño? —preguntó el hombre— No te conozco. Tú no eres de Amiocap.

—Me llamo Tanar y soy del reino de Sari, que se halla muy lejos, en el lejano continente. Fui capturado por los korsars cuando estos invadieron el Imperio del que forma parte Sari. Me llevaban a mí y a otros compañeros a Korsar, cuando la flota se vio sorprendida por una terrorífica tormenta y la nave en la que estaba confinado se desarbó y fue abandonada por su tripulación. Navegando a la deriva con las corrientes y el viento, llegó finalmente hasta las costas de Amiocap, donde fuimos capturados por los guerreros del poblado de Lar. No creyeron nuestra historia, sino que nos tomaron por korsars y estuvieron a punto de acabar con nosotros, pero conseguimos escapar. Si no me crees, entonces uno de nosotros tendrá que morir, porque bajo ninguna circunstancia volveremos a Lar para ser quemados vivos en una hoguera.

—Tanto si te creo como si no —contestó el amiocapio—, sería despreciado por todos los hombres si permitiera que recayera algún daño sobre aquel que acaba de salvar mi vida con riesgo de la suya.

—Bien —dijo Tanar—. Entonces seguiremos nuestro camino, confiando que no

revelarás nuestro paradero a los hombres de Lar.

—Hablas de "nosotros" —repuso el amiocapio—. ¿No estás solo?

—No, hay alguien más conmigo —contestó Tanar.

—Quizá pueda ayudaros —dijo el amiocapio—. Es mi deber hacerlo así. ¿En qué dirección vais y cómo planeáis huir de Amiocap?

—Vamos buscando la costa. En ella esperamos poder construir una embarcación que nos permita cruzar el océano hasta el continente.

El amiocapio movió su cabeza dubitativamente.

—Será difícil, si no imposible —dijo.

—Lo sé, pero tenemos que intentarlo —dijo Tanar—, puesto que es evidente que no podemos permanecer aquí, entre la gente de Amiocap, ya que nos creen korsars.

—No me pareces un korsar —dijo el guerrero—. ¿Dónde está tu compañero? ¿Acaso lo parece él?

—Mi compañero es una mujer —contestó Tanar.

—Si ella no parece más korsar que tú, entonces será fácil creer vuestra historia. Yo, al menos, quiero creerla y quiero ayudaros. Hay otros pueblos en Amiocap además de Lar, y otros jefes además de Zural. Todos sentimos lo mismo por los korsars, pero no todos estamos cegados por el odio como Zural. Trae a tu compañera, y si ella no aparenta ser korsar os llevaré a mi propio poblado y veré que seáis bien tratados. Si tengo alguna duda, os permitiré seguir vuestro camino y no mencionaré a nadie que os he visto.

—Eso es suficiente —dijo Tanar.

A continuación, volviéndose, llamó a la muchacha.

—¡Stellara! Puedes acercarte; este guerrero quiere comprobar si eres korsar.

La muchacha se dejó caer ágilmente al suelo desde las ramas del árbol que se hallaba sobre los dos hombres.

Cuando los ojos del amiocapio se posaron en ella, retrocedió con una exclamación de asombro y sorpresa.

—¡Dioses de Amiocap! —exclamó—. ¡Allara!

Los dos miraron al amiocapio asombrados.

—No, no es Allara —dijo Tanar—, sino su hija, Stellara. Pero, ¿quién eres tú, que has reconocido tan rápidamente el parecido?

—Me llamo Fedol —dijo el hombre—, y Allara era mi esposa.

—Entonces está es tu hija, Fedol —dijo Tanar.

El guerrero denegó tristemente con su cabeza.

—No —dijo—. Puedo creer que sea la hija de Allara, pero su padre debió ser un korsar, porque su madre me fue robada por los hombres de Korsar. Ella es una korsar, y, aunque mi corazón me urge a aceptarla como mi hija, las costumbres de Amiocap me lo prohíben. Seguir vuestro camino en paz. Si puedo protegeros lo haré, pero no

puedo aceptaros ni llevaros a mi pueblo.

Stellara se acercó a Fedol, buscando con su mirada la marca en la piel del hombro izquierdo.

—Tú eres Fedol —dijo ella, señalando la roja marca sobre su piel—, y aquí está la prueba que me dio mi madre, transmitida a través de tu sangre, de que soy la hija de Fedol.

Entonces giró su hombro izquierdo hacia él, mostrando sobre su blanca piel una pequeña y redondeada marca roja, idéntica a la que había sobre el hombro izquierdo del amiocapio.

Durante un momento, Fedol permaneció hechizado, con sus ojos fijos en el hombro de Stellara. Luego la tomó en sus brazos y la estrechó fuertemente contra él.

—¡Mi hija! —murmuró—. ¡Allara ha vuelto a mí en la carne de nuestra carne y en la sangre de nuestra sangre!



Capítulo VI

La isla del amor

El sol de mediodía de Pellucidar resplandecía sobre el feliz trío mientras Fedol guiaba a Tanar y Stellara hacia el poblado de Parath, en el que él gobernaba como jefe.

—¿Nos recibirán como amigos, o querrán acabar con nosotros como los hombres de Lar? —preguntó Stellara.

—Yo soy el jefe —respondió Fedol—. Aunque duden de vosotros, harán lo que yo ordene. Pero no habrá discusiones, porque la prueba de la veracidad de tu historia está más allá de toda cuestión, y te aceptarán como hija de Fedol y Allara igual que te he aceptado yo.

—¿Y Tanar? —preguntó Stellara—. ¿También le protegerás?

—Tu palabra de que no es korsar es suficiente —repuso Fedol—. Permanecerá con nosotros tanto tiempo como él desee.

—¿Y qué pensará Zural de todo esto? —preguntó Tanar—. Él nos condenó a muerte. ¿No insistirá en que se cumpla la sentencia?

—No es frecuente que los habitantes de Amiocap hagan la guerra entre ellos —contestó Fedol—, pero si Zural desea la guerra, la tendrá antes que abandonaros a ti o a mi hija a la hoguera de Lar.

Hubo un gran regocijo entre la gente de Parath cuando vieron regresar a su jefe, al que ya daban perdido para siempre. Se apiñaron a su alrededor con alegres gritos de bienvenida que, de repente, fueron acallados por otro clamor.

—¡Los korsars! ¡Los korsars! —gritó alguien, y todos los ojos del poblado se posaron en Stellara y Tanar.

—¿Quién les llama korsars? —demandó Fedol—. ¿Qué sabes tú sobre quiénes son estas personas?

—Los conozco —contestó el alto guerrero al que se dirigía Fedol—. Soy de Lar. Conmigo hay seis guerreros más, y hemos venido en busca de estos korsars que consiguieron escapar antes de que los quemásemos en la hoguera. Nos los llevaremos con nosotros y Zural se alegrará por su captura.

—No os los llevaréis a ningún sitio. No son korsars. Ésta —dijo, tocando con su mano el hombro de Stellara—, es mi hija, y el hombre que la acompaña es un guerrero de las lejanas tierras de Sari. Es hijo del rey de aquel país, que se encuentra muy lejos de aquí, en el desconocido continente.

—A Zural le contaron la misma historia —dijo el guerrero de Lar—, pero no les creyó. Ninguno de nosotros lo hicimos. Yo estaba con Vulhan y su partida cuando los capturamos en la nave korsar que los trajo a Amiocap.

—Al principio yo tampoco les creí —repuso Fedol—, pero ella me ha demostrado que es mi hija, de la misma forma que yo os puedo demostrar la veracidad de su relato.

—¿Cómo?—inquirió el guerrero.

—Por la marca de nacimiento que tengo en mi hombro izquierdo —contestó Fedol—. Mírala y luego compárala con la que ella tiene en su hombro izquierdo. Nadie que conociera a Allara puede dudar que Stellara sea su hija, dado el parecido que la muchacha tiene con su madre, y siendo la hija de Allara, ¿cómo pudo heredar la marca de su hombro si yo no fuera su padre?

Los guerreros de Lar se miraron confundidos.

—Parece la mejor de las pruebas posibles —contestó el portavoz de los guerreros.

—Es la mejor prueba —dijo Fedol—. Es todo lo que yo necesito, y es todo lo que necesita el pueblo de Parath. Lleva a Zural y a la gente de Lar el mensaje de que acepten a mi hija y a Tanar como nosotros los hemos aceptado, y que los protejan como nosotros los intentaremos proteger de todos sus enemigos, ya sean de Amiocap o de cualquier otro lugar.

—Llevaré tu mensaje a Zural —contestó el guerrero, que poco después partía junto a sus compañeros camino de Lar.

Fedol preparó una habitación en su misma casa para Stellara y asignó a Tanar a una edificación ocupada únicamente por solteros. Se hicieron los preparativos para llevar a cabo un gran festín en honor a la llegada de Stellara y enviaron un centenar de guerreros para recoger la carne y el marfil del tador que Tanar y Fedol habían cazado.

Fedol cubrió a Stellara de adornos de marfil, trabajados huesos y oro. La vistió de suaves y delicadas pieles y la cubrió con fastuosos plumajes de raras y exóticas aves. La gente de Parath la admiró y la adoró y Stellara se sintió feliz. Tanar fue aceptado al principio con algunas reservas no exentas de sospecha. Era su invitado por mandato de su jefe y lo trataron como tal, pero, en breve, cuando llegaron a conocerlo y, sobre todo, cuando cazaron a su lado, lo aceptaron por su valía y lo hicieron uno de los suyos.

En un primer momento, los amiocapios fueron un enigma para Tanar. Su vida tribal y sus costumbres estaban basadas, fundamentalmente, en el amor y en la bondad. Las palabras agrias, las riñas y las enemistades prácticamente eran desconocidas entre ellos. Aquellos atributos propios del lado más amable del hombre, al principio le parecieron débiles y afeminados al sari, pero cuando los vio combinados con su fuerza y su extraordinario coraje, su admiración por los amiocapios no encontró trabas y pronto descubrió en su actitud, tanto hacia la vida como en sus relaciones entre ellos, una filosofía que esperó poder enseñar algún día a su propio pueblo.

Los amiocapios consideraban al amor como el regalo más sagrado de los dioses y el mayor poder para hacer el bien, por lo que lo practicaban libremente y sin ataduras. De este modo, no se veían esclavizados por las leyes sin sentido autoimpuestas por el hombre que negaban las leyes de Dios y de la naturaleza, y, además, eran puros y virtuosos en un grado mayor que el que Tanar hubiera conocido en cualquier otro pueblo.

Gracias a los festines, danzas y cacerías y a base de competiciones de fuerza y destreza en las que todos los hombres de Amiocap competían en amistosa rivalidad, la vida para Tanar y Stellara era idílicamente feliz.

El sari pensaba cada vez con menos frecuencia en su país. Algún día construiría una embarcación con la que poder regresar a su hogar, aunque no sentía ninguna prisa; podía esperar. Pero, gradualmente, incluso aquel pensamiento a veces desaparecía por completo de su mente. A menudo Stellara y él pasaban el tiempo juntos. Encontraban una especie de alegría, no exenta de felicidad, en la sociedad del uno con el otro que no hallaban cuando estaban con otra gente. Tanar nunca había hablado a Stellara de amor. Tal vez no pensaba en el amor, ya que siempre estaba ocupado en alguna cacería o compitiendo en alguno de los juegos o deportes que practicaban los hombres. Su mente y su cuerpo estaban atareados, condición que en ocasiones excluye a los pensamientos relativos al amor; pero dondequiera que fuera o cualquier cosa que hiciese, el rostro y la figura de Stellara se hallaban siempre en el fondo de su mente.

Sin darse cuenta, todos sus pensamientos, todos sus actos, estaban influenciados por la dulce belleza de la hija del jefe. Él daba su amistad por otorgada y ello le producía una sensación de felicidad, aunque todavía no había hablado de amor. Pero Stellara era una mujer, y las mujeres viven del amor.

En el poblado de Parath veía a las muchachas declarar abiertamente su amor a los jóvenes guerreros, pero a ella le resultaba imposible dirigirse a un hombre diciéndole que lo amaba hasta que éste no le hubiera declarado primero su amor; y así, al no oír ninguna palabra de amor por parte de Tanar, se contentaba con su amistad; o quizá fuera que tampoco le dedicaba a las cuestiones del amor más pensamientos que él.

Pero sí existía alguien que albergaba pensamientos de amor en Parath. Se llamaba Doval y era un verdadero adonis. En todo Amiocap no existía un joven más hermoso que Doval. Muchas eran las muchachas que le habían declarado su amor, pero su corazón había permanecido inalterable hasta que se fijó en Stellara.

Doval acudía a menudo a la casa del jefe Fedol. Llevaba regalos de marfil, hueso y pieles a Stellara y pasaban mucho tiempo juntos. Tanar lo veía y se sentía confuso, pero no comprendía por qué se sentía así.

El pueblo de Parath había comido y dormido muchas veces desde la llegada de Tanar y Stellara y todavía no habían recibido ninguna contestación de Zural o del

poblado de Lar en respuesta al mensaje que había enviado Fedol. Pero al fin llegó al poblado una partida de guerreros de Lar y Fedol, sentado en la silla del jefe, los recibió en la embaldosada sala de estar de su hogar.

—Bienvenidos, hombres de Lar —dijo el jefe—. Fedol os da la bienvenida al poblado de Parath y espera con impaciencia el mensaje que le traéis de su amigo, el jefe Zural.

—Venimos como emisarios de Zural y el pueblo de Lar —dijo el portavoz—, con un mensaje de amistad para Fedol y Parath. Zural, nuestro jefe, nos ha ordenado que te expresemos su profundo pesar por la desafortunada equivocación que cometió con tu hija y el guerrero de Sari. Está convencido de que Stellara es tu hija y de que el hombre no es korsar si tú estás convencido de la verdad de tales hechos, y os envía estos regalos a ellos y a ti, junto con una invitación para que lo visites en el pueblo de Lar y lleves contigo a Stellara y Tanar para que así Zural y su pueblo puedan enmendar la equivocación que involuntariamente cometieron.

Fedol, Tanar y Stellara aceptaron la proferida amistad de Zural y su pueblo y se celebró un festín en honor de los visitantes.

Mientras se realizaban los preparativos necesarios, una muchacha llegó al poblado procedente de la jungla. Era una joven de oscuro cabello y de extraordinaria belleza. Su suave piel se veía sucia y arañada como consecuencia de su largo viaje. Su pelo estaba enmarañado pero sus ojos brillaban de felicidad y sus blancos dientes resplandecían entre sus labios que se veían surcados por una sonrisa de triunfo y expectación. Caminó directamente hacia la casa de Fedol y cuando la descubrieron los guerreros de Lar lanzaron una exclamación de asombro.

—¡Letari! —exclamó uno de ellos—. ¿De dónde vienes? ¿Qué estás haciendo en Parath?

Pero Letari no le respondió. En su lugar se encaminó directamente hacia donde se encontraba Tanar y se detuvo ante él.

—He venido por ti —dijo—. He muerto muchas veces de soledad y de pesar desde que te fugaste del poblado de Lar. Cuando regresaron los guerreros y dijeron que te hallabas a salvo en Parath, me decidí a venir hasta aquí. Así, cuando Zural envió a estos guerreros a traer su mensaje a Fedol, los seguí. El camino ha sido duro y, aunque siempre me mantuve cerca de ellos, hubo muchas ocasiones en que me amenazaron las bestias salvajes. Temí que nunca consiguiera llegar hasta ti, pero al fin estoy aquí.

—¿Pero por qué has venido? —preguntó Tanar.

—Porque te quiero —contestó Letari—. Ante los hombres de Lar y ante todo el pueblo de Parath, proclamo mi amor.

Tanar se ruborizó. Jamás en toda su vida se había encontrado en una situación tan embarazosa. Todas las miradas estaban vueltas hacia él, y entre ellas la de Stellara.

—¿Y bien? —preguntó Fedol, mirando a Tanar.

—Está loca —repuso el sari—. No puede amarme porque apenas me conoce. Nunca antes habló conmigo salvo en una ocasión en que nos llevó la comida a Stellara y a mí cuando estábamos prisioneros en Lar.

—No estoy loca —dijo Letari—. Le quiero.

—¿Tú la quieres a ella? —preguntó Fedol.

—No —respondió Tanar.

—Entonces nos la llevaremos con nosotros cuando regresemos a Lar —señaló uno de los guerreros.

—No iré —dijo Letari con firmeza—. Le quiero y me quedaré aquí para siempre.

La declaración de amor de la muchacha no pareció sorprender a nadie salvo al sari. Levantó algunos comentarios, pero ningún ridículo. Los amiocapios, con la posible excepción de Stellara, lo tomaron como una cosa natural. Para los habitantes de aquella isla donde se rendía culto al amor era la cosa más natural del mundo declararse públicamente las cuestiones relativas a sus corazones y a sus pasiones.

Que las consecuencias de semejante costumbre no fueran nunca en perjuicio de aquel pueblo, evidenciaba su elevada inteligencia como raza, su perfección física, su gran belleza y su incuestionable coraje. La costumbre opuesta, que ha prevalecido durante siglos entre la mayoría de las razas de la corteza exterior, quizá sea la responsable de la infelicidad de incontables millones de seres humanos, a los que ha retorcido mental, física y moralmente.

Pero tales asuntos no incumbían a la mente de Letari, a la que no le preocupaba ninguna consideración sobre la posteridad. Lo único que le interesaba era que amaba al apuesto extranjero de Sari y que quería estar a su lado. Así que se acercó más a él y le miró a los ojos.

—¿Por qué no me quieres? —le preguntó—. ¿Acaso no soy hermosa?

—Sí, eres muy hermosa —respondió él—, pero nadie puede explicar el amor y yo menos que nadie. Tal vez sea porque existen cualidades en la mente y en el carácter, cosas que no se pueden ver ni oír ni sentir, que atraen para siempre el corazón de una persona hacia otra.

—Pero tú me atraes a mí —dijo la joven—. ¿Por qué tú no te sientes atraído por mí?

Tanar movió la cabeza sin saber que decir. Deseaba que la muchacha se marchase y le dejase solo, pues todo aquello le hacía sentirse cada vez más nervioso, intranquilo y totalmente incomodo; pero Letari no tenía ninguna intención de dejarlo solo. Estaba a su lado y allí quería quedarse hasta que la separasen de él y la llevasen de vuelta a Lar, si es que lo conseguían, porque en su pequeña cabeza ya había decidido que se escaparía a la primera oportunidad y se escondería en la jungla hasta que pudiera regresar a Parath junto a Tanar.

—¿Quieres hablar conmigo? —le preguntó— Quizá si hablastes conmigo llegarías a amarme.

—Hablaré contigo todo lo que quieras —dijo Tanar—, pero no te amaré.

—Alejémonos de ellos y vayamos a un sitio donde podamos hablar —dijo ella.

—De acuerdo—convino Tanar, que estaba ansioso por poder marcharse a otro lugar en el que poder ocultar su embarazo de las miradas de los demás.

Letari iba delante, bajando por una de las calles del poblado, con su suave brazo rozando en ocasiones el de Tanar.

—Sería una buena esposa —dijo—; sólo te amaría a ti y si después de algún tiempo ya no me quieres, podrías alejarme de tu lado pues así es costumbre en Amiocap: cuando uno de los dos deja de amar al otro, no se puede seguir siendo esposos durante más tiempo.

—Pero tampoco se unen como esposos si no se aman —insistió Tanar.

—Es cierto —admitió Letari—; pero tú me amarías en poco tiempo. Estoy segura de ello, porque todos los hombres me quieren. Si quisiera podría tener como esposo a cualquier hombre de Lar.

—¿No crees que estás demasiado segura de ti misma?—apuntó Tanar con una sonrisa.

—¿Por qué? —preguntó Letari—. ¿Acaso no soy joven y hermosa?

Stellara vio como Tanar y Letari desaparecían calle abajo. Le pareció que caminaban demasiado juntos el uno al otro y que Tanar parecía muy interesado en lo que le decía Letari. Doval se encontraba a su lado y Stellara se dirigió hacia él.

—Aquí hace demasiado ruido y hay demasiada gente —dijo—. Acompañame hasta el final del poblado.

Era la primera vez que Stellara mostraba algún deseo de estar a solas con él, así que Doval sintió una sensación de júbilo.

—Iré contigo hasta el final del poblado o hasta el final de Pellucidar, Stellara, pues ya sabes que te quiero —dijo.

La muchacha dejó escapar un suspiro de resignación y movió su cabeza en actitud de cansancio.

—No me hables de amor —le pidió—. Sólo quiero andar un poco y eras el más cercano para acompañarme.

—¿Por qué no quieres amarme? —preguntó Doval, cuando hubieron abandonado la casa del jefe y entrado en la principal avenida de Parath—. ¿Es porque quieres a otro?

—No —dijo Stellara con vehemencia—. No amo a nadie. Odio a todos los hombres.

Doval movió su cabeza con perplejidad.

—No lo entiendo —dijo—. Muchas mujeres me han dicho que me amaban. Creo

que podría tener a cualquier mujer de Amiocap como esposa si se lo pidiera, pero tú, la única a la que quiero, no me amas.

Durante unos momentos Stellara permaneció en silencio, y luego, con una sonrisa, se volvió hacia el hermoso joven que iba a su lado.

—Estás muy seguro de ti mismo, Doval —dijo—, pero no creo que sea verdad lo que dices. Estoy segura de poder nombrar a una muchacha a la que no serías capaz de conseguir, a la que no le importaría lo mucho que te esforzases en amarla porque ella no te amaría.

—Si te refieres a ti misma, entonces tienes razón —contestó él—, pero no existe ninguna otra.

—Oh, sí que existe —insistió Stellara.

—¿Quién? —preguntó intrigado Doval.

—Letari, la chica de Lar —respondió Stellara.

Doval se echó a reír.

—Letari entrega su amor al primer extranjero que llega a Amiocap. Sería demasiado fácil.

—A pesar de todo, no conseguirías que te amase —insistió Stellara.

—Ni yo lo intentaría —repuso Doval—. No la quiero. Sólo te quiero a ti. Si consiguiera que me amase, ¿de qué me valdría para conseguir tu amor? No, prefiero ocupar mi tiempo en conseguir que me ames.

—Tienes miedo —afirmó Stellara—. Sabía que no te atreverías.

—No conseguiría nada si lo lograra —insistió Doval.

—Conseguirías que te apreciase bastante más de lo que te aprecio ahora —dijo Stellara.

—¿Seguro? —preguntó Doval.

—Por supuesto que sí —contestó Stellara.

—Entonces, haré que esa muchacha me ame —afirmó Doval—. Si lo consigo, ¿prometes que me querrás?

—Yo no he hablado de nada de eso —dijo Stellara—. Lo único que he dicho es que te apreciaría bastante más de lo que te aprecio ahora.

—Bueno, algo es algo —dijo Doval—. Si me vas a apreciar más de lo que lo haces ahora, al menos es un paso en la dirección correcta.

—De todas formas, no hay nada de que preocuparse —repuso Stellara—, porque no podrás conseguir que Letari te quiera.

—Espera y verás —contestó Doval.

Mientras Tanar y Letari regresaban de vuelta, se cruzaron con Doval y Stellara. Tanar observó que iban muy juntos y que se hablaban en susurros. El sari frunció el ceño y de repente se dio cuenta de que no le gustaba Doval, aunque no sabía muy bien el porqué, ya que siempre había considerado a Doval como un buen camarada.

Entonces se le ocurrió que la razón era que Doval no era lo suficientemente bueno para Stellara; pero si Stellara le quería, entonces no había más que decir. Sin embargo, el pensamiento de que tal vez Stellara lo amase, hizo que Tanar se sintiera enfadado con Stellara. Se preguntó qué veía ella en Doval y qué derecho tenía Doval para caminar con ella a solas por el poblado. ¿Acaso él, Tanar, no había estado siempre al lado de Stellara? Nunca antes se había interferido nadie entre ellos, a pesar de que Stellara le gustase a todos los hombres. Bien, si a Stellara le gustaba Doval mejor para ella. Él, Tanar el sari, hijo de Ghak, rey de Sari, no dejaría que ninguna mujer le hiciese quedar como un idiota; así que, ostentosamente, puso su brazo alrededor de los esbeltos hombros de Letari, y de este modo caminó a lo largo de toda la calle. Stellara no pudo dejar de darse cuenta.

Y así, en el festín que se dio en honor de los mensajeros enviados por Zural, Stellara se sentó junto a Doval y Tanar tuvo a su lado a Letari, y Doval y Letari fueron felices.

Cuando acabó el festín, la mayoría de los habitantes de Parath regresaron a sus hogares para dormir, pero Tanar se sentía desasosegado e infeliz y no podía conciliar el sueño, así que recogió sus armas, su pesada lanza con punta de piedra, su arco y flechas y el cuchillo de piedra con mango de marfil que le había regalado el jefe Fedol, y se fue a la selva a cazar.

Si los habitantes del poblado durmieron una hora o un día, no es cuestión que nos interese en este momento, ya que no existe forma de medir el tiempo en Pellucidar. Cuando se despertaron —ya fuera más tarde o más temprano— se dirigieron a realizar las distintas tareas que a cada uno le correspondían. Letari fue a buscar a Tanar, pero no le encontró; en su lugar se topó con Doval.

—Eres realmente hermosa —dijo el hombre.

—Ya lo sé —contestó Letari.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —insistió Doval.

Letari le observó fijamente.

—Nunca te había visto antes —dijo—. Eres muy apuesto. De hecho, creo que eres el hombre más apuesto que he visto jamás.

—Eso es lo que todas dicen —repuso Doval—. Muchas jóvenes me han dicho que me amaban, pero todavía no tengo compañera.

—Una mujer quiere algo más que un rostro bonito como compañero —dijo Letari.

—Yo soy valiente y, además, soy un gran cazador —respondió Doval—. Me gustas mucho. Ven, caminemos un poco juntos.

Doval pasó su brazo por encima de los hombros de la muchacha y juntos caminaron por la calle del poblado, mientras desde la puerta de la habitación que ocupaba en la casa de su padre, Stellara les observaba, y, mientras les observaba, una

sonrisa curvaba sus labios.

En el poblado de Parath reposaba la paz de Amiocap y la calma del eterno mediodía. Los niños practicaban diversos juegos bajo la sombra de los árboles que aquí y allí poblaban el claro en el que se situaba la aldea. Las mujeres curtían pieles, ensartaban cuentas o preparaban la comida. Los hombres revisaban sus armas para la próxima cacería o se recostaban perezosamente sobre las pieles que se hallaban colocadas en las abiertas salas de sus hogares, o por lo menos así lo hacían aquellos que no se encontraban todavía durmiendo bajo los efectos del pesado banquete. Fedol se hallaba despidiendo a los mensajeros de Zural, entregándoles algunos presentes para el gobernante de Lar, cuando, de repente, la paz y la tranquilidad se hicieron añicos por roncós gritos y un atronador fuego de fusilería.

Al instante, todo se convirtió en un pandemónium. Los hombres y las mujeres se precipitaron fuera de sus casas. Las voces, gritos y maldiciones hendieron el aire.

—¡Korsars! ¡Korsars! —se anunciaba por todo el poblado, mientras los barbudos rufianes, aprovechándose de la sorpresa y la confusión de sus habitantes, se abalanzaban rápidamente sobre ellos para sacar partido de la ventaja que habían obtenido.



Capítulo VII

¡Korsars!

Tanar el sari cazaba a través de las primigenias selvas de Amiocap. Su reputación como cazador ya era grande entre los hombres de Parath, pero ahora no cazaba para aumentar su fama. Lo hacía para calmar un extraño desasosiego que no le dejaba dormir; un desasosiego y una angustia que rozaba la infelicidad. Sin embargo, sus pensamientos no estaban en la caza. La visión de Stellara, con la dorada luminosidad de su cabello, a menudo se cruzaba ante él; pero también, a su lado, veía al apuesto Doval con su brazo sobre su hombro. Cerró los ojos y sacudió la cabeza para expulsar aquella visión, pero persistía. Entonces intentó pensar en Letari, la hermosa doncella de Lar. Sí, Letari era muy hermosa. ¡Qué ojos más bellos tenía! Y además lo amaba. Quizás, después de todo, no sería tan malo unirse a ella como esposo y quedarse para siempre en Amiocap. Pero enseguida se encontró comparando a Letari con Stellara y deseó que Letari se pareciera más a ella. Letari no poseía el carácter ni la inteligencia de la hija de Fedol. No le ofrecía la sosegada camaradería que había hecho que su asociación con Stellara fuera tan infinitamente feliz.

Se preguntó si Stellara amaba a Doval y si Doval amaba a Stellara y, de pronto, mientras meditaba sobre estas cuestiones, se detuvo con los ojos tremendamente abiertos al comprender por primera vez lo que ardía en su subconsciente.

—¡Dios! —exclamó en voz alta—. ¡Qué estúpido he sido! La he amado siempre y no me he dado cuenta.

Y girando sobre sí mismo, emprendió un veloz trote hacia Parath. Toda idea de caza se había evaporado por completo de su mente.

Tanar se había alejado mucho; mucho más de lo que había pensado. Pero, por fin, regresó al poblado de Fedol. Al cruzar la colgante barrera de Parath, las primeras personas con las que se encontró fueron Letari y Doval. Caminaban juntos, el uno al lado del otro, y el brazo del joven se posaba sobre los esbeltos hombros de la muchacha.

Letari miró con asombro a Tanar cuando le reconoció.

—Pensábamos que los korsars te habían capturado —dijo.

—¡Korsars! —exclamó Tanar—. ¿Qué korsars?

—Estuvieron aquí —le explicó Doval—. Atacaron el poblado, pero conseguimos rechazarlos sin sufrir muchas bajas. No eran muchos. ¿Dónde estabas?

—Después del festín fui a la selva a cazar —contestó Tanar—. No sabía que hubiera ningún korsar en la isla de Amiocap.

—Menos mal que no te hallabas aquí —dijo Letari—, aunque mientras estuviste ausente he descubierto que amaba a Doval.

—¿Dónde está Stellara? —preguntó Tanar.

—Se la han llevado los korsars —dijo tristemente Doval, que deteniéndose besó suavemente los labios de Letari—. ¡Gracias a los dioses que pudiste salvarte, Letari!

Con un grito de rabia y angustia, Tanar corrió velozmente hacia la casa de Fedol.

—¿Dónde está? —demandó, irrumpiendo sin ninguna clase de ceremonias en el centro de la habitación.

Una anciana le miró desde donde se hallaba sentada con el rostro escondido entre sus manos.

—Se la llevaron los korsars —dijo.

—¿Y dónde está Fedol? —exigió Tanar.

—Ha salido con sus mejores guerreros para intentar rescatarla —respondió la anciana—. Pero será inútil. Aquellos a quienes se llevan los korsars, no regresan jamás.

—¿Por dónde se marcharon? —preguntó Tanar.

Con un sollozo de angustia, la anciana le indicó la dirección tomada por los korsars, y de nuevo volvió a esconder su rostro entre las manos, lamentándose por la desgracia que se había abatido sobre la casa del jefe Fedol.

De inmediato Tanar encontró el rastro de los korsars, al que identificó por las huellas de sus botas con tacón, pero también observó que Fedol y sus guerreros no habían seguido la misma dirección, lo que evidenciaba que iban en un camino erróneo para socorrer a Stellara.

Angustiado por el dolor y enloquecido por el odio, el sari se sumergió en la selva. Ante sus ojos se desplegaba con toda claridad el rastro de su presa y en su corazón existía una rabia que le proporcionaba la fuerza de muchos hombres.

En un pequeño claro parcialmente rodeado por unos riscos de piedra caliza, una reducida compañía de hombres barbudos y harapientos se había detenido a descansar. En aquel lugar, un pequeño arroyo surgía de la base de un risco y vertía su serpenteante caudal durante un corto tramo, para luego vaciarse en una abertura natural de forma circular que existía en la superficie del terreno. En las profundidades de aquel pozo podía oírse como el agua que caía desde su borde chapoteaba en el agua que había en su fondo. Allí abajo reinaba la oscuridad, una oscuridad tétrica y misteriosa. Pero los barbudos rufianes no prestaban ninguna atención ni a la belleza ni al misterio del lugar.

Un individuo grande y de fiero aspecto, con su rostro desfigurado por una repulsiva cicatriz, se hallaba frente a una esbelta muchacha que se encontraba sentada en la hierba con la espalda apoyada en un árbol y el rostro escondido entre las manos.

—¿Me creías muerto, verdad? —exclamó—. ¿Pensabas que Bohar el Sanguinario estaba muerto? Bien, pues no lo está. Nuestro bote resistió la tormenta y llegó hasta Amiocap, donde vimos el navío del Cid encallado en la arena. Al saber que los

prisioneros y tú permanecisteis a bordo cuando abandonamos la nave, supuse que tal vez te hallarías en algún sitio de Amiocap y no me equivoqué, Stellara. Bohar el Sanguinario rara vez se equivoca. Nos escondimos cerca de una aldea llamada Lar, y a la primera oportunidad que se nos presentó capturamos a uno de los nativos, una mujer, y por ella averiguamos que, en efecto, habías logrado llegar a tierra, pero que estabas en el poblado de tu "padre", así que hicimos que nos guiase hasta allí. El resto ya lo sabes. Y ahora alégrate, que por fin vas a ser la esposa de Bohar el Sanguinario y vas a regresar a Korsar.

—¡Antes que eso me mataré! —exclamó la muchacha.

—¿Cómo? —dijo Bohar entre risas—. No tienes ningún arma. Aunque si lo intentas tal vez consigas estrangularte tú misma.

Bohar se rió estrepitosamente de su propio chiste.

—Hay otra manera —replicó ella, y antes de que Bohar pudiera adivinar lo que se proponía e intentase detenerla, le eludió y echó a correr rápidamente hacia el pozo que había situado unos cuantos pies más allá.

—¡Rápido! —gritó Bohar—. ¡Cogedla!

Al instante los veinte hombres se lanzaron en su persecución. Pero Stellara era veloz, y existían grandes posibilidades de que no la atrapasen antes de recorrer la corta distancia que la separaba del borde del abismo.

Sin embargo, la fortuna estaba aquel día del lado de Bohar el Sanguinario, porque el pie de Stellara se enganchó en un matorral de hierbas y la muchacha cayó de bruces al suelo, atrapándola el korsar más cercano antes de que pudiera volver a ponerse en pie. Bohar corrió rápidamente a su lado y, arrebatándosela al otro korsar, la sacudió con violencia.

—¡Pequeña tarag! —gritó—. Después de esto me aseguraré de que no vuelvas a escapar otra vez. Cuando alcancemos la costa te cortaré uno de tus pies y así estaré seguro de que no volverás a huir de mi lado.

Irrumpiendo repentina e inesperadamente desde la densa jungla en el claro, un guerrero entró a formar parte de la escena que se desarrollaba al borde del pozo. Pensó que Stellara estaba a punto de ser asesinada, y en ese momento enloqueció de ira. El reconocer a Bohar el Sanguinario como autor no contribuyó a disminuir su cólera.

Con un rugido de furia avanzó velozmente hacia ellos con su lanza en la mano. ¿Qué le importaba enfrentarse a veinte hombres provistos de armas de fuego? Lo único que veía era a Stellara en las crueles garras de Bohar.

Al oír su voz, el korsar levantó la vista y al instante reconoció al sari.

—Mira, Stellara —dijo con una sonrisa—. Ha venido tu amante. Es lo mejor que me podía ocurrir, porque con un solo pie y sin amante, no te quedará ninguna excusa para volver a escapar.

Una docena de arcabuces se habían levantado en un instante. Todos los hombres miraban de reojo a Bohar esperando su orden. Tanar ya se encontraba en el extremo del pozo y se encontraba tan sólo a unas cuantas yardas de ellos cuando Bohar asintió con la cabeza. Un rugido de fuego de fusilería y un fogonazo de llamas, acompañado de una densa nube de negro humo, hizo que por un momento la figura del sari desapareciera por completo de la vista.

Stellara, temblando de ira y con los ojos tremendamente abiertos por el horror y el dolor, intentó penetrar con su mirada en la nube de humo. Pero cuando ésta se levantó, no había ningún rastro de Tanar.

—¡Bien hecho! —gritó Bohar a sus hombres—. O le habéis hecho pedazos o su cuerpo ha caído al pozo.

Aproximándose al borde de la abertura, miró hacia el fondo, pero estaba demasiado oscuro y no se veía absolutamente nada.

—Dondequiera que esté, al menos está muerto —dijo Bohar—. Me hubiera gustado haberle quitado la vida con mis propias manos, pero al menos la orden que ha significado su muerte ha sido mía. El golpe que me dio está saldado.

Cuando los korsars volvieron a emprender la marcha en dirección al mar, Stellara caminó a su lado con la cabeza hundida y la húmeda mirada perdida. Tropezaba a menudo, y cada vez que lo hacía era vuelta a poner en pie con rudeza y empujada hacia delante, a la vez que se le advertía con bruscos tonos que vigilase donde ponía el pie.

Cuando por fin alcanzaron la costa Stellara cayó enferma con una fiebre muy alta. Permaneció tendida en el campamento de los korsars lo que pudo ser un día o un mes, demasiado débil para moverse, mientras Bohar y sus hombres talaban árboles, cortaban planchas y empezaban a construir una embarcación capaz de llevarles de vuelta a las lejanas playas de Korsar.

Al abalanzarse hacia delante para rescatar a Stellara de las garras de Bohar, la mente y los ojos de Tanar no se habían fijado en nada salvo en la figura de la muchacha. No había visto el orificio en el suelo, y en el instante en que los korsars abrieron fuego con sus arcabuces sobre él, avanzó ciegamente sobre el pozo y cayó al agua que había en su fondo.

La caída no le causó daño alguno y ni siquiera perdió el conocimiento. Manteniéndose a flote en el agua, vio ante él un tranquilo arroyo que se introducía mansamente en una abertura de la pared de piedra caliza que se extendía a su alrededor. Más allá de la abertura se divisaba una luminosa caverna y hacia ella nadó Tanar, ascendiendo a su rocoso suelo en el momento en que consiguió encontrar un punto bajo en la orilla del arroyo. Observando lo que había a su alrededor, se encontró en una inmensa caverna cuyos muros brillaban luminosamente debido a la considerable cantidad de fósforo que contenían.

Había una gran cantidad de desperdicios en el suelo de la caverna: huesos de animales y hombres, armas rotas y trozos de piel. Parecía el vertedero de algún espantoso osario.

El sari retrocedió hasta la abertura por la que el pequeño arroyo discurría hasta aquella gruta, pero tras una cuidadosa investigación no descubrió ninguna vía de escape en aquella dirección, así que volvió a introducirse en el arroyo y nadó hasta el lecho del pozo, pero descubrió que las paredes estaban tan desgastadas por la larga y continuada acción del agua al caer que no le ofrecían el más mínimo asidero por el que intentar ascender a la superficie.

Luego recorrió lentamente las demás paredes de la gruta, pero sólo allí por donde continuaba el arroyo, en su extremo más alejado, se divisaba otra abertura: un tosco paso abovedado que se alzaba a unos seis pies por encima del arroyo subterráneo. A lo largo de uno de sus lados había una estrecha repisa y a través de la abertura se divisaba un sombrío corredor que se perdía en la distancia y en la oscuridad.

No habiendo otro camino por el que buscar la libertad, Tanar se encaminó por la estrecha repisa de la abovedada arcada, hasta que se encontró en un túnel por el que seguía discurriendo el arroyuelo.

Aquí y allí, pequeños trozos de la roca que formaba las paredes y el techo del corredor, desprendían una luminosidad que apenas bastaba para disipar la negra oscuridad del lugar, aunque al menos lo hacía lo suficiente como para estar seguro de donde ponía los pies, si bien, en algunos puntos en los que el corredor abría sus muros la oscuridad era totalmente impenetrable.

Tanar no supo durante cuánto tiempo recorrió aquel túnel, pero por fin llegó ante un paso bajo y estrecho que se vio obligado a cruzar a gatas. Al otro lado parecía divisarse una cámara mucho más iluminada y Tanar se introdujo en ella. Todavía estaba agachado cuando un pesado cuerpo cayó desde lo alto sobre su espalda. A continuación cayeron otros dos más a ambos lados y sintió como unas garras frías y viscosas atenazaban sus brazos y sus piernas, y como unas manos se aferraban su cuello, unas manos que cuando tocaron su carne le parecieron las de un cadáver.

Intentó liberarse, pero sus enemigos eran demasiados para él. Un momento más tarde era desarmado y sus tobillos y muñecas firmemente asegurados con correosas ligaduras de cuero. Cuando le dieron la vuelta se encontró frente a los horribles rostros de los coripis, el pueblo escondido de Amiocap.

Aquellos pálidos rostros, la cadavérica piel, las bulbosas protuberancias en el lugar en que deberían haberse encontrado los ojos, los cuerpos sin vello y las manos semejantes a garras conferían un aspecto tan espantoso a aquellos monstruos que era capaz de intimidar al más firme de los corazones.

¡Y cuando hablaban! Las farfullantes bocas revelaban unos amarillentos colmillos que encogían el corazón en el pecho del sari. Aquel era en verdad un espantoso final

porque sabía que, en efecto, aquello era el final, ya que jamás, en los numerosos relatos que los amiocapios le habían contado sobre el pueblo escondido, había recuerdo alguno de que ningún ser humano hubiera escapado de sus garras.

Entonces se dirigieron a él en un cavernoso maullido que a Tanar le costó reconocer como palabras.

—¿Cómo has entrado en la tierra de los coripis? —preguntó uno.

—Me caí en un pozo que había en el suelo —contestó Tanar—. No pretendía entrar aquí. Ayudadme a salir y os recompensaré.

—¿Y qué es lo que puedes ofrecer a los coripis, además de tu carne? —preguntó otro.

—No pienses en volver a salir de aquí —dijo un tercero.

Luego dos de ellos lo levantaron en vilo y lo colocaron en la espalda de su otro compañero. La criatura lo llevaba con tanta facilidad que Tanar se maravilló de que hubiera podido derrotar al coripi que se había encontrado en la superficie.

A través de largos corredores, algunos muy oscuros y otros parcialmente iluminados por el afloramiento de rocas fosforescentes, las criaturas transportaron a Tanar. A veces atravesaban grandes grutas, hermosamente esculpidas por los diseños de la naturaleza, o ascendían por escalones excavados en la piedra caliza, posiblemente por los mismos coripis, sólo para volver a descender por otros y continuar por tortuosos túneles que se hacían interminables.

Por fin, el viaje finalizó en una enorme caverna cuyo techo se alzaba al menos a doscientos pies por encima de ellos. Aquella inmensa gruta se hallaba mucho mejor iluminada que cualquier otra sección del mundo subterráneo que Tanar hubiera atravesado antes. En las paredes de piedra caliza se habían tallado unos senderos que zigzagueaban de un lado a otro, ascendiendo hasta el techo, y toda la superficie del muro que le rodeaba se hallaba horadada por una serie de agujeros de varios pies de diámetro que aparentaban ser las entradas a otras cavernas.

Acuclillados en el suelo de la gruta había varios cientos de coripis de todas las edades y de ambos sexos.

En un extremo de la caverna, en una enorme abertura a unos cuantos pies por encima del suelo, se hallaba acuclillado un único pero gigantesco coripi. Su piel estaba moteada por un matiz purpúreo que sugería la de un cadáver en el que la descomposición hubiera avanzado en un grado considerable. Las protuberancias que se asemejaban a enormes globos oculares bajo la piel sobresalían mucho más y eran mucho más grandes que las de cualquier otro coripi que Tanar hubiera visto antes. La criatura era con mucho la más repulsiva de la horrible horda.

En el suelo de la inmensa gruta, justo ante donde se hallaba situada aquella criatura, se encontraban reunidos varios coripis y hacia aquella congregación llevaron sus captos a Tanar.

Desde el primer momento en que habían entrado en aquella caverna fue evidente para Tanar que aquellas criaturas podían ver, algo que ya había empezado a sospechar poco después de su captura, puesto que al verle comenzaron a gritar y a emitir extraños sonidos sibilantes y desde las entradas de muchas de las cuevas desperdigadas por las paredes de la gruta comenzaron a asomar muchas cabezas cuyos espantosos semblantes sin ojos parecían dirigir sus miradas hacia él.

Un grito prevalecía sobre todos los demás y se dirigía hacia la criatura que se sentaba en el nicho. Era el de "¡carne! ¡carne!" y sugería algo espantoso y horrible.

¡Carne! Sí, aquellas criaturas comían carne humana y daba la sensación que sólo esperaban una señal para saltar sobre él y devorarlo vivo, para despedazarle con sus afiladas garras. Una de ellas llegó a precipitarse hacia él, pero la criatura del nicho lanzó un horrible grito que hizo que el monstruo desistiera de su propósito e incluso que uno de sus captores se volviera para defenderlo.

Una vez que cruzaron la caverna, Tanar fue depositado frente a la criatura acuclillada en el nicho. El sari pudo observar como se movían los globos oculares bajo la pulsante piel de aquellas protuberancias y, aunque era incapaz de distinguir ninguna clase de ojos debajo de ellas, fue consciente de que estaba siendo examinado fría y calculadoramente.

—¿Dónde lo cogisteis? —preguntó finalmente la criatura, dirigiéndose a los captores de Tanar.

—Se cayó en el Pozo del Agua Sonora —contestó uno.

—¿Cómo lo sabéis?

—Nos lo dijo él.

—¿Y le habéis creído?

—No hay otra forma por la que pudiera entrar en la tierra de los coripis —repuso otro de sus captores.

—Tal vez estuviera conduciendo una partida para destruirnos —dijo la criatura del nicho—. Que vayan unos cuantos de vosotros y busquen por todos los túneles que rodean el Pozo del Agua Sonora.

Luego la criatura se volvió a dirigir a los captores de Tanar.

—Llévaoslo y ponedlo junto a los otros. Todavía no hay bastantes.

Tanar fue una vez más colocado sobre la espalda del coripi y lo transportaron a través de la gruta. Luego lo izaron hasta uno de los senderos excavados en la pared de piedra caliza, y, después de ascender una corta distancia por aquel camino, el sari se encontró de nuevo en un oscuro y estrecho túnel serpenteante.

Los túneles y corredores por los que era conducido impresionaban a Tanar por la enorme antigüedad que irradiaba aquel laberíntico mundo subterráneo, dado que todo apuntaba a que la mayoría de ellos habían sido excavados en la roca caliza, o más bien agrandados para dar cabida en ellos a los coripis, y toda vez que aquellas

criaturas no parecían disponer de otras herramientas más que sus afiladas garras de tres dedos, la construcción de aquellos túneles debía haber representado la labor de incontables miles de individuos a lo largo de muchas generaciones.

Naturalmente, Tanar sólo tuvo una vaga percepción de lo que aquí hemos descrito con la palpable perspectiva de la duración del tiempo. Su consideración sobre este aspecto comprendía los incontables millones de veces que aquellas criaturas debían haber comido y dormido durante el transcurso de aquella extraordinaria tarea.

Pero la mente del cautivo también se ocupaba de otros asuntos, como el de saber adónde le llevaba el coripi a través de aquel largo túnel. Pensaba en la aseveración de la criatura del nicho cuando había ordenado su encierro, en el sentido de aquella frase de que "todavía no había bastantes".

¿Qué quería decir? ¿Bastantes qué? ¿Bastantes prisioneros? Y cuando hubiera bastantes, ¿a qué propósito eran destinados?

Pero por encima de todo, su mente estaba preocupada por Stellara: en el temor por su seguridad y en el inútil remordimiento de que había sido incapaz de rescatarla.

Desde el momento en que se había visto tan inesperadamente precipitado al mundo subterráneo del pueblo escondido su único pensamiento era, por supuesto, el de escapar. Pero cuanto más adentro de las entrañas de la tierra era transportado, más desesperado parecía el buen éxito de cualquier tentativa en esa dirección. A pesar de todo no iba a dejar de intentarlo, aunque era consciente que tendría que esperar a llegar al lugar de su definitivo confinamiento antes de poder considerar mínimamente cualquier plan en ese sentido.

Tanar no sabía cuánto más lejos lo iba a llevar el incansable coripi, pero por fin salieron a una gruta tenuemente iluminada ante cuya estrecha entrada se acucillaban una docena de coripis. Dentro de la cámara habría otros veinte coripis más y un ser humano: un hombre de cabello arenoso, ojos semicerrados y una cierta expresión astuta y mezquina en su semblante que repelió de inmediato al sari.

—Aquí hay otro —dijo el coripi que había llevado a Tanar hasta la caverna, arrojando sin contemplaciones al sari sobre el suelo de piedra, a los pies de los coripis que hacían guardia ante la entrada.

Éstos cortaron con sus dientes y con sus garras las ataduras que aseguraban sus muñecas y sus tobillos.

—Tardan mucho en llegar —gruñó uno de los guardias—. ¿Cuánto más tendremos que esperar?

—El viejo Xax quiere tener el mayor número que jamás hayamos tenido —señaló otro de los coripis.

—Pero nos estamos impacientando —dijo el que primero había hablado—. Si nos hace esperar mucho más, puede que sea él el que acabe aumentando ese número.

—¡Ten cuidado! —le advirtió uno de sus compañeros—. Si Xax te oyera decir

algo así, también se incrementaría el número de prisioneros.

Cuando Tanar se puso en pie, después de que sus ataduras fueran cortadas, fue empujado rudamente junto con los demás ocupantes de la estancia, a los que pronto descubrió como prisioneros, igual que él. Como era lógico, el primero en aproximarse fue el humano cautivo.

—Otro —dijo el extraño—. Nuestro número se incrementa aunque lentamente, y cada uno más que llega nos acerca inevitablemente a nuestro destino, así que no sé si siento verte aquí o si alegrarme de poder tener compañía humana. He comido y dormido muchas veces desde que me arrojaron a esta maldita cueva y no he tenido desde entonces más que a estas cosas espantosas y farfullantes por compañía. Dioses, como los detesto y aborrezco aunque se encuentren en la misma situación que nosotros y estén condenados al mismo destino.

—¿Y cuál es ese destino? —preguntó Tanar.

—¿No lo sabes?

—Sólo puedo suponerlo —contestó el sari.

—Estas cosas rara vez consiguen carne con sangre caliente en ella. Subsisten fundamentalmente gracias a los peces de sus ríos subterráneos y a los renacuajos y lagartos que habitan en sus cuevas. Sus expediciones a la superficie normalmente no les reportan más que la carroña de algunas bestias muertas y por eso ansían la carne y la sangre caliente. Hasta ahora mataban uno a uno los prisioneros que cogían para conseguirla, pero ese sistema apenas proporcionaba un bocado de carne para unos cuantos coripis. Entonces Xax concibió la idea de conservar a los suyos que fueran condenados y a los humanos capturados del mundo exterior, hasta acumular la cantidad suficiente como para dar un festín a todos los que habitan las cavernas que él gobierna. No sé cuántos necesitará, pero el número aumenta invariablemente y tal vez ya no falte mucho para que seamos los suficientes para satisfacer los estómagos de la tribu de Xax.

—¡Xax! —repitió Tanar—. ¿Era la criatura que se sentaba en el nicho de la inmensa caverna a la que me llevaron al principio?

—Ése era Xax. Es el gobernante de estas cavernas. En el mundo subterráneo del pueblo escondido existen varias tribus. Cada una de ellas ocupa una gran caverna, similar a aquélla en la que vistes a Xax. Estas tribus no siempre viven en paz y la mayoría de los prisioneros que ves aquí son miembros de otras tribus, aunque también hay algunos que pertenecen a la propia tribu de Xax y que, por una u otra razón, han sido condenados a muerte.

—¿No hay posibilidad de escapar? —preguntó Tanar.

—Ninguna —contestó el hombre—. Absolutamente ninguna. Pero dime, ¿quién eres y de qué país vienes? No pareces nativo de Amiocap.

—No soy de Amiocap —contestó Tanar—. Soy de Sari, un lejano país del

continente.

—¿Sari? Nunca oí hablar de semejante país —repuso el otro—. ¿Cuál es tu nombre?

—Tanar. ¿Y el tuyo?

—Me llamo Jude y soy de Hime —contestó el hombre—. Hime es una isla que no está muy lejos de Amiocap. Quizá hayas oído hablar de ella.

—No —contestó Tanar.

—Estaba pescando en mi canoa, lejos de la costa de Hime —continuó Jude—, cuando se levantó una gran tormenta que me arrojó sobre las costas de Amiocap. Fui a la selva a cazar algo para comer y tres de estas criaturas cayeron sobre mí y me arrastraron a su mundo subterráneo.

—¿Y estás completamente seguro de que no hay ninguna forma de escapar? —preguntó Tanar.

—No la hay; no hay absolutamente ninguna —contestó Jude.



Capítulo VIII

Mow

El confinamiento en aquella oscura, débilmente iluminada y pobremente ventilada caverna, agobiaba pesadamente a Tanar de Pellucidar. Sabía que hacía mucho que no había comido y que había dormido muchas veces, y aunque nuevos prisioneros coripis eran traídos ocasionalmente, no parecía haber bastantes para satisfacer la sanguinaria ansia de carne de Xax.

Tanar se sentía aliviado con la camaradería de Jude, aunque no conseguía entender del todo a aquel hombre, cuyo carácter agrio y taciturno era tan distinto al suyo. Jude aparentemente odiaba y desconfiaba de todo el mundo, ya que ni siquiera al hablar del pueblo de su propia isla mencionaba a alguien sino era en términos de amargura y aversión. Tanar, comprensivamente, atribuía aquello al efecto que tenía sobre la mente del himeo su largo y terrible encarcelamiento entre las criaturas del mundo subterráneo, una experiencia que estaba seguro de que perfectamente podía afectar y desequilibrar a una mente débil.

Tanar intentaba, incluso en los corazones de algunos de los coripis prisioneros, levantar algunos sentimientos parecidos de alguna manera a la amistad.

Entre éstos había un joven llamado Mow, nacido en la gruta de Ictl, que odiaba a todos los coripis de la gruta de Xax y que también parecía sospechar de aquellos que eran de otras grutas.

Aunque aquellas criaturas no parecían dotadas de muchas características y atributos humanos, Tanar se dio cuenta, sin embargo, de que daban un cierto valor a la camaradería y, al serle ésta denegada entre las criaturas de su propia especie, Mow se acercó gradualmente hacia Tanar, cuyo valeroso y optimista espíritu no había sido totalmente abatido por su dura suerte.

Jude no quería ningún trato con Mow o con cualquier otro coripi, y le reprochaba a Tanar que les tratase de un modo tan amistoso.

—Estamos todos prisioneros —le recordaba Tanar—, y ellos van a sufrir el mismo destino que nosotros. El enemistarnos con los demás prisioneros no disminuirá el peligro en que nos hallamos ni añadirá más paz a nuestros espíritus, así que, por mi parte, encuentro más interesante el aprender de ellos más cosas sobre este extraño mundo en el que habitan.

Y, en efecto, Tanar aprendió muchas cosas sobre los coripis. Gracias a su asociación con Mow descubrió que aquellas criaturas no distinguían los colores, sino que todo lo veían en tonos blancos y grises a través de la piel que cubría sus globos oculares. También averiguó que, debido a la escasa cantidad de comida de que disponían, había sido necesario restringir su número y de ello derivó la costumbre de

matar a las hembras que daban a luz a demasiados hijos. Tener un tercer hijo equivalía a una sentencia de muerte para la madre.

También descubrió que entre aquellas desgraciadas criaturas no existían ningún tipo de diversiones y no tenían ningún otro propósito en la vida más que el comer. Tan escasa e invariable era su dieta de pescado, renacuajos y lagartos que la promesa de carne caliente era el único gran evento en la tediosa monotonía de su terrible existencia.

Igualmente, Mow no tenía palabras para expresar el amor ni ninguna idea sobre su significado, por lo que Tanar fue capaz de deducir de sus comentarios que aquel sentimiento no existía entre el pueblo escondido. Una madre veía a cada uno de sus hijos como una amenaza para su existencia y como una profecía de muerte, lo que hacía que los odiaran desde su nacimiento. Esto, además, no era de extrañar si consideramos que los hombres elegían como madres de sus hijos a las mujeres que más odiaban y aborrecían, ya que la costumbre de matar a las mujeres que tenían más de tres hijos les disuadía de emparejarse con cualquier hembra por la que sintieran algún grado de simpatía.

Cuando no se dedicaban a cazar o a pescar permanecían acucillados ante sus cuevas, mirando hosca y estúpidamente al suelo de sus cavernas.

—Supongo —le dijo Tanar a Mow—, que enfrentarte a semejante vida te induce a dar la bienvenida a cualquier clase de muerte.

El coripi denegó con la cabeza.

—Yo no quiero morir —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Tanar.

—No lo sé —repuso Mow—. Simplemente deseo vivir.

—Entonces, me figuro que, si pudieras hacerlo, te gustaría escapar de esta caverna —sugirió Tanar.

—Claro que me gustaría escapar —dijo Mow—, pero si lo intentase y me cogiesen, me matarían.

—Te van a matar de todas formas —le recordó Tanar.

—Sí; nunca había pensado en eso —dijo Mow—. Tienes bastante razón. Me van a matar de todos modos.

—¿Acaso crees que podrías escapar? —preguntó Tanar.

—Podría hacerlo si alguien me ayudase —respondió Mow.

—Esta cueva está llena de gente que te ayudaría —dijo Tanar.

—Los coripis de la gruta de Xax no me ayudarían —dijo Mow—, porque aunque escapasen no tendrían ningún sitio adonde ir. Si Xax los volviera a capturar morirían, y lo mismo sucedería si les capturase el gobernante de cualquier otra gruta.

—Pero aquí hay coripis de otras grutas —insistió Tanar—, y además estamos Jude y yo.

Mow denegó otra vez con la cabeza.

—No ayudaría a salvarse a ningún otro coripi. Los odio a todos. Son enemigos de mi tribu.

—A mí no me odias —dijo Tanar—. Yo podría ayudarte, y Jude también.

—Sólo hace falta uno —repuso Mow—, pero tendría que ser muy fuerte, más fuerte que tú, más fuerte que Jude.

—¿Cómo de fuerte? —preguntó Tanar.

—Tendría que ser capaz de levantar mi peso —contestó el coripi.

—Entonces mira —dijo Tanar, y, cogiendo a Mow, lo alzó por encima de su cabeza.

Cuando lo volvió a dejar en el suelo, el coripi se quedó observando fijamente a Tanar durante un rato.

—Sí, eres fuerte —dijo.

—Entonces, vamos a preparar nuestro plan de fuga —propuso Tanar.

—Sólo tú y yo —dijo el coripi.

—Tenemos que llevar a Jude con nosotros —insistió Tanar.

Después de pensarlo durante un momento, Mow se encogió de hombros.

—Me da igual —dijo—. No es un coripi y si tenemos hambre y no encontramos otra cosa que comer, nos lo comemos a él.

Tanar no respondió nada porque pensó que sería mejor no expresar su discrepancia con aquella proposición. Además, estaba seguro que Jude y él podrían evitar que el coripi sucumbiera a su ansia de carne.

—¿Te has fijado que en el otro extremo de la caverna las sombras son tan densas que nadie distinguiría a una figura moviéndose por allí? —preguntó Mow.

—Sí —contestó Tanar.

—En aquella zona, las sombras ocultan las paredes de roca y el techo está envuelto en una oscuridad total; pero en el techo hay un agujero que da a un estrecho pozo que conduce hasta un túnel muy oscuro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tanar.

—Lo descubrí una vez cuando estaba cazando. Me topé con un túnel extraño que se cruzaba con el que estaba siguiendo para ir al mundo de arriba. Lo seguí para ver a dónde llevaba y llegué hasta ese agujero del techo. Desde allí pude ver todo lo que había aquí abajo sin que nadie me viera. Cuando me trajeron prisionero, reconocí el lugar inmediatamente. Por eso sé que si tengo la ayuda adecuada puedo escapar de aquí.

—Explícame cómo —dijo Tanar.

—La pared que hay bajo el agujero, como he descubierto ahora, se inclina hacia atrás desde el suelo, y es tan quebrada que puede escalarse fácilmente hasta una pequeña repisa que hay bajo el agujero, pero éste todavía queda lejos y no se puede

alcanzar sin ayuda. Sin embargo, yo podría alzarte hasta él, si tú, a cambio, me ayudaras luego a subir.

—Pero, ¿cómo podemos escalar la pared sin que nos vean los guardias? —preguntó Tanar.

—Ese es el único riesgo de captura que tendríamos que afrontar —repuso Mow—. Pero allí está muy oscuro y si esperamos a que traigan otro prisionero entonces su atención estará distraída y podemos alcanzar el agujero antes de que nos descubran. Una vez que lo alcancemos no nos cogerán.

Tanar expuso el plan a Jude, que se emocionó tanto con la perspectiva de huir que estuvo a punto de revelar un asomo de felicidad.

Comenzó entonces la interminable espera del momento en que trajeran un nuevo prisionero a la caverna. Los tres conspiradores empezaron a pasar la mayor parte del tiempo posible en las sombras del extremo más alejado de la cueva, a fin de que los guardias se acostumbraran a verlos allí, y ya que nadie, salvo ellos mismos, era consciente del agujero del techo, no se levantó ningún tipo de sospechas, toda vez que el lugar elegido se encontraba en el punto más alejado de la entrada de la cueva, que, por lo que los guardias sabían, era el único acceso a la misma.

Tanar, Jude y Mow comieron y durmieron varias veces, hasta que les dio la sensación de que ningún prisionero iba a volver a ser introducido en la cueva.

Pero, si bien no llegaba ningún nuevo prisionero, las noticias sí que iban llegando poco a poco, y una de ellas les infundió tal estado de alarma que decidieron arriesgarlo todo a la suerte y dar un temerario golpe por la libertad. Algunos de los coripis que habían llegado para relevar a parte de los que estaban de guardia comunicaron a los otros que Xax había tenido dificultades para reprimir un alzamiento entre los enfurecidos miembros de su tribu, muchos de los cuales tenían el convencimiento de que Xax se estaba reservando a los prisioneros para él. Todo ello había finalizado en la demanda a Xax de un inmediato festín de carne. Quizás incluso ya se hallaban de camino los coripis encargados de conducir a los infortunados prisioneros hasta la gran caverna de Xax, donde serían hechos pedazos por la feroz muchedumbre enloquecida por el hambre.

Y, efectivamente, había llegado la hora, porque apenas un momento después llegaba la partida encargada de conducirlos hasta la principal caverna de la tribu.

—Tiene que ser ahora —susurró Tanar a Jude y a Mow al ver que sus guardianes estaban conversando con los recién llegados.

De acuerdo con el plan establecido, los tres comenzaron a escalar sin vacilaciones por el extremo más alejado de la caverna.

Tanar se detuvo al llegar a la pequeña repisa situada a unos veinticinco pies del suelo. Al instante, Jude y Mow se detuvieron a su lado. Sin más palabras, el coripi alzó a Tanar sobre sus hombros y, tanteando en la oscuridad, éste buscó algún

asidero.

Enseguida encontró el agujero del pozo que conducía al túnel superior, y, además, descubrió unos excelentes puntos de apoyo para encaramarse hasta él, así que un momento después se arrastraba hasta la abertura y se sentaba en una pequeña repisa que la rodeaba.

Afirmándose en el lugar en el que se encontraba, se agachó y cogió la mano de Jude, que estaba ya sobre los hombros de Mow, tirando del himeo hasta que éste llegó a su lado.

En ese momento se elevó un enorme griterío por debajo de ellos. Al mirar de reojo, Tanar descubrió que uno de los guardias los había visto y ahora una avalancha general, tanto de guardias como de prisioneros, se dirigía en su dirección.

Mientras Tanar se esforzaba por ayudar a Mow a alcanzar la seguridad de la boca del pozo, varios de los coripis ya estaban subiendo por la pared situada por debajo de ellos. Mow vaciló y se volvió a mirar como los enemigos se aproximaban rápidamente hacia él. La repisa en la que se encontraba era estrecha y el asidero para sus pies precario. La sorpresa y la conmoción de verse descubiertos tal vez lo puso nervioso o quizás al volverse a mirar hacia abajo perdió el equilibrio. El caso es que Tanar vio como se tambaleaba y caía sobre los coripis que estaban subiendo, arrastrando a tres de ellos en su caída y golpeando pesadamente con su cabeza en el suelo de piedra donde quedó sin sentido.

—¡Es imposible ayudarlo! —dijo Tanar volviéndose hacia Jude—. ¡Vámonos! ¡Tenemos que salir de aquí tan rápido como nos sea posible!

Comprobando cada asidero, los dos ascendieron lentamente por el pequeño pozo, y enseguida se encontraron en el túnel que Mow les había descrito. La oscuridad era absoluta.

—¿Sabes cuál es el camino hasta la superficie? —preguntó Jude.

—No —contestó Tanar—. Mow era el que tenía que guiarnos.

—Entonces mejor haríamos en regresar a la caverna —dijo Jude con pesimismo.

—No seré yo el que vuelva —repuso Tanar—. Al menos ahora los coripis no me devorarán vivo, si es que al final me devoran.

Palpando su camino a través de las tinieblas, y seguido de cerca por Jude, Tanar se arrastró lentamente por la oscuridad estigia. El túnel daba la impresión de ser interminable. Estaban muy hambrientos y no tenían comida. Habrían devorado incluso los asquerosos pedazos de pescado podrido que les arrojaban los coripis cuando se hallaban prisioneros.

—Me comería hasta un renacuajo —dijo Tanar.

Se encontraban exhaustos y se echaron a dormir. Luego siguieron avanzando a trompicones hacia delante. El interminable corredor no parecía tener fin. Durante largos tramos el suelo del túnel estaba bastante nivelado, pero luego caía en

profundos declives, a veces tan empinados que tenían dificultades para sostenerse sobre el inclinado suelo. Otras veces se giraba y se retorció, como si sus originales constructores no hubieran tenido la misma idea sobre la dirección en que querían seguir.

Avanzaban continuamente. A veces dormían, aunque si ello se debía a que habían cubierto una gran distancia o a lo debilitados que estaban a causa del hambre, no lo sabían.

Cuando se despertaban volvían a caminar durante mucho tiempo y en silencio, pero el sueño no parecía descansarles, especialmente a Jude que cada vez estaba más agotado.

—No puedo avanzar más —dijo—. ¿Por qué me metiste en esta loca huida?

—No estabas obligado a venir —le recordó Tanar—, aunque si no lo hubieras hecho ya se habrían acabado tus miserias, porque sin duda a estas alturas todos los prisioneros habrán sido ya despedazados y devorados por los coripis de la gruta de Xax.

Jude se encogió de hombros.

—No me hubiera importado morir —dijo—, pero odiaba el hecho de ser hecho pedazos por esas horribles criaturas.

—Esta muerte es más agradable —dijo Tanar—. Cuando estemos completamente exhaustos, simplemente nos echaremos a dormir y ya no volveremos a despertar.

—No quiero morir —gimió Jude.

—Nunca estás contento —dijo Tanar—. Me parece que alguien tan desgraciado como tú debería alegrarse de morir.

—Me gusta sentirme desgraciado —contestó Jude—. Además, prefiero sentirme vivo y desgraciado, que muerto e incapaz de saber que fui feliz.

—Recupera el aliento —dijo Tanar—. No puede faltar mucho para que acabe este pasadizo. Mow vino por él y no dijo que fuera tan largo que se hubiera sentido exhausto o hambriento; y no sólo lo atravesó de extremo a extremo en una misma dirección, sino que tuvo que darse la vuelta y volver sobre sus pasos después de llegar al agujero de la caverna de la que nos hemos fugado.

—Los coripis no comen mucho; están acostumbrados a ayunar —dijo Jude—, y además duermen menos que nosotros.

—Quizá tengas razón —dijo Tanar—, pero estoy seguro de que estamos cerca del final.

—Yo lo estoy —señaló Jude—, pero no del final que hubiera deseado.

Mientras hablaban habían seguido avanzando lentamente, cuando de repente, a lo lejos, por encima de ellos, Tanar distinguió una débil luminosidad.

—¡Mira! —dijo—. ¡Allí hay luz! ¡Estamos cerca del final!

Aquel descubrimiento dio nuevas fuerzas a los dos hombres que con apresurados

pasos se precipitaron por el túnel en dirección a la prometedora vía de escape. A medida que avanzaban la luz se hizo más fuerte hasta que finalmente llegaron a un tramo en el que el túnel que habían estado atravesando se abría a un amplio corredor iluminado por la amortiguada luz de los ocasionales pedazos de roca fosforescente que poblaban las paredes y el techo. Pero ni a la izquierda ni a la derecha se divisaba la luz del día.

—¿Y ahora por dónde? —preguntó Jude.

—No lo sé —respondió Tanar, moviendo la cabeza en signo negativo.

—Al menos no moriré en esa espantosa negrura —gimió Jude.

Tal vez aquel factor de su aparentemente inevitable destino era el que más pesaba sobre los dos pellucidaros, ya que, al vivir como ellos lo hacían bajo los perpetuos y brillantes rayos del eterno sol de mediodía, aquella oscuridad les parecía algo espantoso y aborrecible por no estar acostumbrados a ella.

—Con esta luz, por débil que sea —dijo Tanar—, no podemos permitirnos el estar más tiempo deprimidos. Estoy convencido de que vamos a conseguir salir de aquí.

—¿Pero en qué dirección? —volvió a preguntar Jude.

—Yo iría por la derecha —dijo Tanar.

Jude denegó con la cabeza.

—Probablemente esa sea la dirección equivocada —dijo.

—Si tú crees que la dirección correcta es la de la izquierda, entonces vamos por la izquierda —dijo Tanar.

—Yo no lo sé —dijo Jude—. Cualquiera de las dos direcciones puede ser la incorrecta.

—De acuerdo —repuso Tanar con una sonrisa—. Entonces iremos por la derecha. Al volverse sintió una ligera brisa que recorría el corredor.

—¿No notas algo, Jude? —preguntó Tanar.

—No. ¿Por qué lo preguntas? —respondió el himeo.

—Porque me parece notar el aire fresco del mundo exterior —dijo Tanar—, y si tengo razón, es que tenemos que estar cerca de la boca del túnel.

Tanar ahora casi corría. El agotamiento había desaparecido ante la insospechada esperanza de la inmediata salvación. ¡Salir al aire libre y a la luz del día! ¡Libres de aquella oscuridad espantosa y de la constante amenaza de volver a ser capturados por los repulsivos monstruos del mundo subterráneo! Pero también, junto a aquella brillante esperanza, existía, como una siniestra sombra, el angustioso temor de la decepción.

¿Qué pasaría si después de todo aquella brisa de aire puro, que ahora llegaba clara y fresca a sus fosas nasales, entraba al corredor por algún pozo imposible de escalar, como había ocurrido con el Pozo del Agua Sonora, por el que al caer se había introducido en el mundo del pueblo escondido? ¿O qué ocurriría si en el momento de

escapar se topaban con un grupo de coripis?

Tanto pesaban aquellas cuestiones sobre la mente de Tanar, que le hicieron reducir su velocidad hasta hacerlo caminar a un paso lento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jude—. Hace un momento corrías y ahora casi te arrastras. No me digas que estabas equivocado y que después de todo no nos estamos aproximando a la salida del túnel.

—No lo sé —contestó Tanar—. Podemos estar a punto de llevarnos una terrible decepción, y si va a ser así, quiero retrasarla tanto como sea posible. Sería algo terrible para las esperanzas que hemos albergado.

—Me lo suponía —dijo Jude—. Es precisamente lo que me esperaba.

—Presumo que debes encontrar algún placer en la frustración —dijo Tanar.

—Supongo que sí —contestó Jude—. Está en mi naturaleza.

—¡Entonces prepárate para sentirte desgraciado! —gritó repentinamente Tanar—. ¡Allí está la boca del túnel!

Había dicho esto justo después de dar la vuelta a un recodo del túnel, y, cuando Jude llegó a su lado, los dos vieron como la luz del día se precipitaba en el corredor a través de una abertura situada justo enfrente de ellos; una abertura por la que se divisaba la abundante vegetación y el cielo azul de Pellucidar.

Al salir de nuevo a la luz del día después de su largo confinamiento en las profundidades de la tierra, los dos hombres se vieron obligados a cubrirse los ojos con las manos mientras se volvían a acostumbrar a la brillante luz del eterno sol de mediodía de Pellucidar.

Cuando consiguió recuperar la visión y pudo echar un vistazo a su alrededor, Tanar descubrió que la boca del túnel se encontraba en lo alto de una escarpada y elevada montaña. Por debajo de ellos gargantas cubiertas de árboles discurrían hasta la selva y un poco más allá se veían las espumosas aguas del gran océano que, curvándose hacia lo alto, se fundían con la bruma en la distancia.

Apenas discernible en la lejanía, una isla se alzaba sobre las aguas del océano.

—Aquella es Hime —dijo Jude señalando hacia ella.

—Ojalá también yo pudiera ver mi hogar desde aquí —suspiró Tanar—. Entonces mi felicidad sería casi completa. Te envidio, Jude.

—No me produce ninguna felicidad volver a ver Hime —dijo Jude—. Odio esa isla.

—¿No vas a intentar regresar a ella? —preguntó Tanar.

—Sí, seguro que sí —respondió Jude.

—¿Pero por qué? —preguntó Tanar.

—Porque no tengo ningún otro sitio a donde ir —refunfuñó Jude—. Al menos en Hime no querrán acabar conmigo por cualquier cosa, como me ocurrirá en cualquier otro sitio.

De repente, la atención de Jude fue atraída por algo situado en un pequeño claro de la garganta que comenzaba un poco más abajo de la boca del túnel.

—¡Mira! —exclamó—. Allí hay gente.

Tanar miró en la dirección que le indicaba Jude. Cuando sus ojos distinguieron las figuras que había más abajo primero se abrieron de la incredulidad y luego se encogieron de rabia.

—¡Dios! —exclamó y, mientras lanzaba esta única exclamación, saltó velozmente hacia abajo en dirección a las figuras del claro.



Capítulo IX

Amor y traición

Stellara, tendida sobre un jergón de hierba bajo la sombra de un gran árbol, cerca de la playa en la que los korsars terminaban el bote en el que esperaban embarcarse para Korsar, era consciente de que la fiebre la había abandonado y de que sus fuerzas volvían rápidamente a ella. Pero al descubrir que su enfermedad, ya fuera real o imaginaria, la protegía de las atenciones de Bohar, continuó permitiendo que los korsars la creyeran muy enferma. En su mente bullían constantemente planes de fuga, pero era preferible retrasar cualquier intento tanto como le fuera posible, no sólo porque así podría acumular la mayor cantidad de energías que pudiera disponer, sino porque además estaba segura de que si esperaba a que la embarcación de los korsars estuviera concluida, la mayoría de ellos no estarían dispuestos a retrasar más su marcha por satisfacer cualquier deseo de Bohar por perseguirla y volverla a capturar.

También era necesario elegir un momento en que ninguno de los korsars se hallara en el campamento y ya que al menos uno o dos, los que se ocupaban de preparar la comida y hacer la guardia, permanecían invariablemente allí, no parecía que de momento se le presentase la oportunidad que estaba esperando, aunque en cualquier caso ya había decidido que aquella circunstancia no le impediría intentar la fuga.

Todas sus esperanzas se centraban en un acontecimiento que sus conocimientos náuticos hacían prever como algo seguro en un futuro no muy lejano: el hecho de que la botadura de la nave requeriría de las fuerzas de todos los miembros de la partida.

Sabía, por las discusiones y conversaciones que había alcanzado a oír, que la intención de Bohar era botar la embarcación en el momento que estuviera finalizado el casco y, luego, concluir el resto de la tarea a realizar una vez que se encontrase a flote en la pequeña cala de la playa sobre la que la habían construido. Estas tareas no requerirían una gran cantidad de tiempo o esfuerzo, puesto que el mástil, las perchas, el aparejo y la vela ya los tenían preparados. Calabazas huecas y vejigas de animales estaban dispuestas para ser llenadas de agua fresca y las provisiones de comida para el viaje, acumuladas por los cazadores que se habían designado a tal propósito, ya habían sido cuidadosamente envueltas en pieles y almacenadas en un lugar frío y recubierto de tierra.

Y así, desde su lecho de hierba bajo el gran árbol, Stellara observaba como avanzaban los trabajos en el casco de la barcaza que iba a llevar a Bohar y a sus hombres hasta Korsar y, mientras observaba, planeaba su fuga.

Por encima del campamento se alzaban las selváticas laderas de las colinas que

debería atravesar en su regreso a Parath. Durante algún tramo los árboles eran dispersos pero después comenzaba la densa selva. Si lograba llegar a ésta sin que la descubrieran, sus posibilidades de éxito serían considerablemente mayores, ya que una vez que alcanzase el terreno en que la vegetación era más espesa tomaría ventaja de la habilidad y la experiencia adquirida bajo la tutela de Tanar y proseguiría su viaje por las frondosas sendas de los árboles sin dejar ningún rastro que Bohar pudiera seguir, protegiéndose al mismo tiempo de las mayores y más peligrosas bestias de la selva, pues, aunque escasas, también existían peligrosas bestias en Amiocap. Quizá la más terrible era el tarag, el gigantesco tigre de dientes de sable que antaño vagaba por las colinas de la corteza exterior. Por el tándor sentía menos preocupación ya que rara vez atacaba a un único individuo a no ser que se viera molestado por éste. Pero en las colinas que debía cruzar, el mayor peligro lo suponía no sólo la presencia del tarag sino también la del ryth, el enorme oso de las cavernas, el *ursus stelaeus*, largo tiempo atrás extinguido en la corteza exterior. Por los hombres de Amiocap con los que se pudiera encontrar sentía poco o ningún temor, incluso aunque pertenecieran a otras tribus que no fueran la suya. Sin embargo, sí se estremeció al pensar que pudiera caer en manos de los coripis, pues aquellos monstruos grotescos engendraban en ella más temor que cualesquiera otros peligros que pudiera hallar en su camino.

El regocijo de la proyectada fuga y las dichosas expectativas que albergaba en el esperado y feliz regreso junto a su padre y sus amigos, se desvanecieron al darse cuenta de que Tanar no estaría allí para recibirla. La supuesta muerte del sari había arrojado una negra nube sobre su felicidad que nada conseguiría disipar jamás. Su pena tal vez era todavía más profunda porque ninguna palabra de amor se había cruzado entre ellos y, por tanto, no tenía el consuelo de unos recuerdos felices que pudieran suavizar la angustiosa tristeza que la consumía.

Los trabajos en el casco de la embarcación por fin habían concluido y los hombres, al regresar al campamento para comer, hablaban entusiasmados de su inminente partida hacia Korsar. Bohar se aproximó al lecho de Stellara y permaneció allí observándola, con su repulsivo semblante ensombrecido por una maligna mueca.

—¿Cuánto tiempo más pretendes engañarme? —preguntó—. Comes y duermes, y el calor de la fiebre ya ha abandonado tu piel. Creo que finges tu enfermedad para eludir tus deberes como mi esposa, y si eso es verdad, pagarás por ello. ¡Levántate!

—Estoy demasiado débil —respondió Stellara—. No puedo levantarme.

—Eso puedo arreglarlo—gruñó Bohar, y agarrándola bruscamente del pelo la sacó a rastras del lecho y la puso en pie.

Cuando Bohar aflojó su presa, Stellara se tambaleó, sus piernas temblaron y sus rodillas cedieron cayendo de nuevo sobre el lecho. Tan convincente fue el modo en que llevó a cabo su impostura que consiguió engañar a Bohar.

—Está enferma y moribunda—gruñó uno de los korsars—. ¿Por qué tenemos que llevarla con nosotros en un bote atestado, para que coma la comida y beba el agua que tal vez alguno de nosotros necesite para llegar a Korsar?

—Cierto —dijo otro—. Deberíamos dejarla atrás.

—Clávale un cuchillo —dijo un tercero—. Ya no nos sirve para nada.

—¡Callaos!—ordenó Bohar—. Va a ser mi esposa y vendrá con nosotros. El que tenga algo que objetar se quedará aquí con una bala en las tripas. ¡Ahora comed, perros sarnosos, y hacedlo rápido porque voy a necesitar de todas vuestras manos y de todas vuestras fuerzas para botar la barcaza cuando hayáis comido!

¡Iban a botar la barcaza! Stellara se estremeció por la excitación, pues su oportunidad de conseguir la libertad se hallaba cerca. Observó con impaciencia como los korsars engullían la comida como si fueran lobos hambrientos. Vio que algunos de ellos se tendían a dormir después de comer, pero Bohar los levantó a puntapiés y a punta de pistola los condujo hasta la playa, llevándose a todos los hombres disponibles y dejando sola y sin vigilancia a Stellara, por primera vez desde su captura en el poblado de Fedol.

Stellara los vio descender hasta donde se encontraba varada la barcaza y esperó hasta que estuvieran totalmente ocupados en empujar la pesada embarcación hasta el mar. Entonces se levantó de su jergón y se escurrió veloz como un ciervo en dirección a la selva que rodeaba las laderas del campamento.

Los azares del destino que escapan a nuestro control son los factores en la vida que más suelen influir en el éxito o fracaso de nuestras más importantes venturas. De ellos depende el buen éxito de nuestras esperanzas más queridas. Sólo Dios, en verdad, sabe en qué descansa nuestro futuro y fue sólo por el más mero azar por lo que Bohar el Sanguinario miró de reojo hacia el campamento en el mismo instante en que Stellara se levantaba de su lecho en su intento por obtener la libertad.

Lanzando un juramento abandonó la tarea de botar la barcaza y, llamando a sus hombres para que le siguieran, corrió apresuradamente por la ladera en pos de Stellara.

Sus compañeros valoraron la situación tras un vistazo y vacilaron sin saber qué hacer.

—Déjalo que persiga a su propia mujer—gruñó uno—. ¿Qué tenemos nosotros que ver con ello? Lo que tenemos que hacer es botar la barcaza y prepararla para navegar hasta Korsar.

—Cierto —dijo otro—. Y si no ha regresado para cuando la tengamos preparada, nos marchamos sin ese perro.

—¡De acuerdo! —exclamó un tercero—. Apresurémonos entonces, con la esperanza de que estemos listos para hacernos a la mar antes de que vuelva.

Y así, Bohar el Sanguinario, abandonado por sus hombres, persiguió en solitario a

Stellara, lo que favoreció a la joven porque, en verdad, había muchos entre los korsars más rápidos que el fornido Bohar.

La muchacha fue enseguida consciente de que su intento de fuga había sido descubierto ya que Bohar le gritó en tono perentorio que se detuviera, pero sus voces sólo la hicieron correr más rápido hasta que por fin se introdujo en la selva y se perdió de su vista.

Una vez allí se subió a los árboles esperando eludirlo de aquel modo, aunque era consciente de que así se reduciría su velocidad. Escuchó el ruido de su avance al aplastarse la maleza y comprendió que le estaba ganando terreno, si bien no le preocupó al estar segura de que él no podía sospechar que se encontraba entre las ramas de los árboles y, durante tanto tiempo como se mantuviera entre el tupido follaje, podría pasar por debajo de ella sin advertir su presencia. Y precisamente eso fue lo que ocurrió cuando Bohar, maldiciendo y resoplando, pasó a su lado subiendo como un toro por la empinada ladera de la colina.

Stellara dejó que se alejara en su persecución y luego continuó su huida dirigiéndose en sentido contrario a la dirección que seguía Bohar hasta que finalmente el sonido de sus pasos se perdió en la distancia. Después se giró hacia las alturas que debía atravesar en su viaje hasta Parath.

Bohar ascendía trabajosamente hasta que por fin, casi al borde de la extenuación, tuvo que obligarse a descansar. Se hallaba en un pequeño claro y allí se tendió, bajo un arbusto que no sólo lo protegía de los rayos del sol, sino que también lo escondía de la vista, pues en el salvaje Pellucidar siempre es mejor descansar oculto.

La mente de Bohar estaba llena de cólera. Se maldijo a sí mismo por haber dejado sola a la muchacha en el campamento, maldijo a la muchacha por haberse escapado, maldijo al destino que le había obligado a subir hasta la ladera de aquella colina en una misión inútil y, sobre todo, maldijo a sus ausentes compañeros, puesto que ahora se daba cuenta de que habían decidido abandonarlo. Era consciente de que había perdido a la muchacha y que sería como buscar una aguja en un pajar el volver a dar con ella. Así, después de reponer sus fuerzas, decidió regresar al campamento. Pero, de repente, su atención fue atraída por un ruido que procedía de la parte inferior del claro. Instintivamente intentó coger una de sus pistolas, pero para su pesar descubrió que ya no tenía ninguna de ellas. Evidentemente, se le habían soltado del fajín o se le habían caído al arrastrarse por la maleza.

Bohar, a pesar de su jactancia y su fanfarronería, distaba mucho de ser valiente. Sin sus armas sólo era un consumado cobarde y por ello se hundió en su escondrijo mientras esforzaba la vista para descubrir al autor del ruido que había percibido y, mientras observaba, una maliciosa sonrisa de triunfo retorció su espantosa boca, pues ante él, en el extremo más alejado del claro, vio como Stellara descendía de un árbol y cruzaba el claro en dirección a donde él se encontraba.

Cuando la muchacha llegó junto a su escondite, Bohar el Sanguinario se levantó de un salto y se plantó ante ella. Con una ahogada exclamación de asombro, Stellara se dio la vuelta e intentó escapar, pero el korsar estaba demasiado cerca y era demasiado rápido y, alcanzándola, la agarró sin miramientos por el cabello.

—¿Nunca aprenderás que nadie puede escapar de Bohar el Sanguinario? —preguntó—. Eres mía, y por esto te cortaré los pies por los tobillos cuando lleguemos al bote. Así no volverá a haber otra ocasión para que huyas de mi lado, aunque, no obstante, si te entregas voluntariamente a mí, seré benévolo contigo.

Y diciendo esto, apretó su delgada figura entre sus brazos.

—¡Jamás! —gritó Stellara dándole un puñetazo en el rostro.

Con un juramento, Bohar aferró con sus manos la garganta de la muchacha y empezó a apretar su presa.

—¡Tú, cachorro de ryth! —gritó—. ¡Si no te desease tanto te mataría, y por los dioses de Korsar que si me vuelves a golpear te mataré!

—¡Entonces mátame —exclamó Stellara—, porque prefiero morir antes que unirte a ti!

Y de nuevo le golpeó con todas sus fuerzas en plena cara.

Bohar echaba espumarajos de rabia por la boca, y cerró sus dedos con más fuerza sobre el cuello de la muchacha.

—Entonces muere...

Las palabras se extinguieron en sus labios cuando se giró al escuchar un grito de rabia procedente de una garganta humana.

Al volverse, vacilando y mirando en la dirección de la que procedía el sonido, vio como la maleza de la parte superior del claro se apartaba y de ella surgía un guerrero, que saltando al claro corría velozmente hacia él.

Bohar palideció como si hubiera visto a un fantasma, y, luego, arrojando bruscamente a la muchacha al suelo, se encaró al solitario guerrero. El korsar habría huido si no se hubiera dado cuenta de la inutilidad de tal acción. ¿Qué oportunidades podía tener en una carrera frente a aquel flexible guerrero que saltaba hacia él con la velocidad y la gracia de un ciervo?

—¡Apártate! —gritó Bohar—. ¡Apártate y déjanos solos! ¡Ahora es mi esposa!

—¡Mientes!—rugió Tanar de Pellucidar abalanzándose sobre el korsar.

Los dos hombres cayeron al suelo, el sari encima del korsar, mientras cada uno de ellos intentaba aferrar la garganta del otro. Al no conseguirlo, comenzaron a golpearse ciegamente en el rostro.

Tanar estaba enloquecido por la rabia. Peleaba como un animal salvaje, olvidando todo aquello que David Innes le había enseñado. Su único pensamiento era matar y no le importaba cómo mientras lo consiguiese. Bohar por su parte, manteniéndose a la defensiva, luchaba por su vida como una rata acorralada. Su ventaja radicaba en su

mayor peso y envergadura. Pero tanto en fuerza como en coraje Tanar era superior a él.

Stellara abrió lentamente los ojos a medida que se recobraba del desmayo que había sufrido bajo los férreos dedos de Bohar el Sanguinario. Al principio no reconoció a Tanar, viendo sólo a dos guerreros que luchaban a muerte sobre la hierba del claro y se limitó a suponer que ella iba a ser la presa de aquel que saliera victorioso. Pero, de repente, durante el transcurso del mortal duelo, el rostro del sari quedó vuelto hacia ella.

—¡Tanar! —exclamó—. ¡Dios misericordioso! ¡No estás muerto! ¡Él te ha devuelto a mí!

Al oír aquellas palabras el sari redobló sus esfuerzos por derrotar a su antagonista, pero Bohar consiguió alcanzar con sus dedos la garganta de Tanar.

Horrorizada, Stellara buscó a su alrededor una piedra o un palo con el que ayudar a su salvador; pero antes de que lo pudiera encontrar comprendió que éste no iba a necesitar ninguna ayuda. Con un movimiento hercúleo se separó violentamente de Bohar y se puso en pie de un salto. Al instante, el korsar también se levantó y cargó como un toro enloquecido contra el sari.

Ahora Tanar luchaba con una frialdad calculadora. El ansia de sangre de los primeros momentos que siguieron a la visión de Stellara estrangulada por los dedos del korsar había pasado. Esperó la carga de Bohar y cuando éste llegó hasta él, atrapó con su brazo la cabeza del korsar y, girándose bruscamente, lo lanzó pesadamente por encima de su hombro contra el suelo. Luego esperó a que se levántase.

Bohar, moviendo el cuello, tambaleándose, volvió a ponerse en pie. De nuevo cargó contra el sari y, una vez más, el mortífero abrazo de éste se cerró sobre su cabeza y lo volvió a lanzar violentamente contra el suelo. Esta vez, ya no se levantó tan rápidamente. Cuando lo consiguió, tambaleándose, se palpó la cabeza y el cuello.

—Prepárate a morir—gruñó Tanar—. Por el sufrimiento que le has infligido a Stellara vas a morir.

Con un rugido de miedo y de rabia, Bohar, completamente fuera de sí, cargó de nuevo contra el sari y por tercera vez su corpachón voló por los aires para volver a estrellarse contra el duro suelo, pero en esta ocasión no se levantó; ni siquiera se movió, porque esta vez Bohar el Sanguinario yacía muerto con el cuello roto.

Durante un momento, Tanar de Pellucidar permaneció de pie ante el cuerpo de su enemigo, pero cuando comprendió que Bohar no volvería a levantarse más se dio la vuelta con un gesto de disgusto.

Ante él se hallaba Stellara, con sus hermosos ojos henchidos de incredulidad y alegría.

—¡Tanar!

Sólo fue un susurro, pero lo transportó a un mundo de sentimientos que enviaban

una emoción tras otra a su cuerpo.

—¡Stellara! —contestó, tomando a la muchacha entre sus brazos—. ¡Te amo, Stellara!

Los brazos de ella rodearon su cuello y su rostro se acercó al suyo. Los labios de él cubrieron los de ella en un largo beso, y, luego, cuando alzó su rostro para mirar el de ella, de los entreabiertos labios de Stellara sólo brotó una única exclamación.

—¡Oh, Dios!

Y en lo más profundo de sus ojos semicerrados ardió un amor más allá de cualquier entendimiento.

—Mi esposa —dijo Tanar estrechándola contra sí.

—Mi esposo —suspiró Stellara—; mientras la vida aliente en mi cuerpo y después de la vida, incluso en la muerte. ¡Para siempre!

De repente alzó la vista y dio un paso atrás.

—¿Quién es ése, Tanar? —preguntó.

Tanar volvió su mirada en la dirección indicada por la muchacha y vio asomar a Jude que salía de la selva por la parte superior del claro.

—Es Jude —contestó Tanar a Stellara—. Escapamos juntos de la tierra del pueblo escondido.

Jude se aproximó hasta ellos. Su adusto semblante estaba ensombrecido por su habitual mueca de disgusto.

—Me asusta un poco —dijo Stellara acercándose más a Tanar.

—No tienes por qué asustarte —repuso el sari—. Siempre está con el ceño fruncido y no parece muy contento, pero es amigo mío y, además, aunque no lo fuera, es inofensivo.

—No me gusta—susurró Stellara.

Jude se acercó y se detuvo ante ellos. Sus ojos se posaron durante un instante en el cuerpo de Bohar y luego se apartaron y se volvieron hacia Stellara, mirándola fijamente de pies a cabeza. Había un taimado descaro en su mirada que disgustó a Stellara, incluso más de lo que ya lo había hecho su adusto gesto.

—¿Quién es la mujer? —preguntó sin apartar los ojos de su rostro.

—Mi compañera —repuso Tanar.

—¿Entonces viene con nosotros? —preguntó Jude.

—Por supuesto —contestó el sari.

—¿Y adónde vamos? —preguntó Jude.

—Stellara y yo regresaremos a Parath, donde su padre, Fedol, es el jefe —contestó Tanar—. Puedes venir con nosotros si lo deseas. Haremos que te reciban como amigo y serás bien tratado hasta que encuentres los medios con los que poder regresar a Hime.

—¿Es de Hime? —preguntó Stellara, y Tanar sintió como un estremecimiento

recorría el cuerpo de la muchacha.

—Sí, soy de Hime —respondió Jude—, pero no me importaría no regresar más allá, si vuestro pueblo me permite vivir entre ellos.

—Eso es algo que tendrán que decidir Fedol y su gente —dijo Tanar—, pero puedo prometerte que te dejarán permanecer con ellos, si no permanentemente, al menos hasta que encuentres la forma de regresar a Hime. Ahora, antes de partir hacia Parath, vamos a reponer fuerzas con comida y descanso.

Sin armas no fue fácil obtener caza y tuvieron que recorrer las laderas de las montañas durante un cierto tiempo antes de que los dos hombres consiguieran abatir un par de aves con sendas pedradas bien dirigidas. Las aves se asemejaban bastante a los pavos salvajes, siendo sin duda los ancestros de tales especies de nuestra corteza exterior. La cacería los llevó hasta una amplia meseta situada bajo la cumbre de las colinas. Se trataba de una altiplanicie ondulada, con profundas gargantas, abundante hierba y, dispersos por ella, algún que otro árbol gigantesco y diversos grupos de árboles que ofrecían su sombra frente a los perpendiculares rayos del sol de mediodía.

Se detuvieron a comer y a dormir junto a un pequeño arroyo que discurría alegremente hacia el mar. Jude recogió leña y Tanar encendió un fuego por el primitivo sistema de hacer girar rápidamente un palo de punta afilada en un agujero relleno de yesca, en el interior de un gran trozo de madera seca. Mientras los hombres llevaban a cabo estas tareas, Stellara preparó las aves y no pasó mucho tiempo antes de que los pavos se estuvieran asando en un acogedor fuego.

Calmada su hambre, la urgencia de dormir se apoderó de ellos. Jude insistió en hacer la primera guardia argumentando que él no había soportado la fatiga de la batalla que había sostenido el sari. Así, Stellara y Tanar se tendieron bajo la sombra de un gran árbol mientras el ceñudo himeo permanecía de guardia.

Incluso en la relativa seguridad de Amiocap, el peligro siempre puede acechar bajo la forma de bestias carnívoras o de hombres; pero el centinela no prestaba atención a los lindes del campamento. En su lugar se arrodilló sobre el suelo devorando a Stellara con la mirada. Ni una sola vez apartó sus ojos de la hermosa figura de la muchacha salvo ocasionalmente para mirar de reojo a Tanar, pero la regular subida y bajada del pecho del sari denotaba un sueño apacible y tranquilo.

Cualesquiera que fueran los pensamientos que la belleza de la dormida muchacha engendraba en la mente del himeo sólo se reflejaban en la constante mueca que nunca desaparecía de las oscuras facciones del hombre.

Al poco tiempo, se levantó sin hacer ruido y reunió un manojito de suaves hierbas con las que amasó una pequeña bola. Luego se arrastró furtivamente hacia donde estaba Stellara y se arrodilló a su lado.

De repente saltó sobre ella y la sujetó por la garganta al tiempo que le ponía su

otra mano, en cuya palma se encontraba la bola de hierba, sobre la boca.

Al ser despertada de una manera tan brusca de su profundo sueño y descubrir con su primera mirada los ceñudos rasgos del himeo, Stellara abrió su boca para pedir ayuda. Al hacerlo, Jude metió la bola de hierba entre sus dientes y se la introdujo todo lo posible dentro de la boca. A continuación la levantó y, cargándosela sobre los hombros, se alejó velozmente con ella meseta abajo.

Stellara forcejeó y luchó por liberarse, pero Jude era un hombre fornido y sus esfuerzos no sirvieron de nada contra su fuerza. La sujetaba de tal forma que tenía inmovilizados sus brazos. La bola de hierba se había expandido en su boca y era incapaz de expulsarla con la lengua. Un solo grito hubiera despertado a Tanar que acudiría en su ayuda, pero era incapaz de gritar.

Descendiendo de la ondulada meseta, el himeo llevó a Stellara hasta el borde de un escarpado risco que se levantaba sobre el mar, en el extremo superior de una profunda cala que cortaba la isla en aquel punto. Allí Jude descendió a Stellara al suelo, pero todavía la mantuvo firmemente aferrada por las muñecas.

—Escúchame, mujer—gruñó—. Vas a venir a Hime y ser la compañera de Jude. Si vienes pacíficamente no te causaré ningún daño, y si prometes no gritar te quitaré la mordaza de la boca. ¿Lo prometes?

Stellara movió con determinación la cabeza en signo negativo y, al mismo tiempo, forcejeó intentando librarse de la presa de Jude.

Con un gruñido de furia el hombre golpeó a Stellara que cayó inconsciente al suelo. Luego recogió algunas hierbas de la longitud adecuada y las entrelazó formando una cuerda con la que ató sus muñecas y tobillos. Después se la volvió a echar sobre sus hombros y comenzó a descender del risco por un estrecho sendero apenas discernible. Era evidente que Jude conocía aquel sendero, ya que había llegado hasta él de un modo infalible, y, además, la facilidad y la seguridad con que lo descendía fortalecían aquella convicción.

El descenso apenas llegó a cubrir unos cien pies hasta alcanzar una pequeña repisa casi al borde del océano. Fue aquí donde Stellara recobró el conocimiento. Cuando abrió los ojos, vio ante ella una pequeña cueva erosionada por el agua que se extendía por debajo del risco.

Una vez en ella, a través de la estrecha cornisa, Jude la transportó hasta el extremo más alejado de la caverna donde, en una diminuta playa poblada de guijarros, se hallaban atracadas media docena de piraguas, las ligeras y bien construidas canoas de los himeos.

Jude colocó en una de ellas a la muchacha y, empujándola hasta el agua, saltó a su interior. Luego cogió un remo y puso rumbo a mar abierto.



Capítulo X

Persecución

Despertando de su profundo y reparador sueño, Tanar abrió los ojos y permaneció tendido observando el follaje de los árboles que había sobre él. Los pensamientos felices poblaban su mente. Una sonrisa afloró a sus labios y, luego, siguiendo el curso de sus pensamientos, volvió su mirada para recrearse en la amada figura de su esposa.

Sin embargo ella no se encontraba allí, en el lugar donde la había visto por última vez, descansando plácidamente en su lecho de hierba; pero no sintió ninguna preocupación. Simplemente pensó que se habría despertado antes que él y se había levantado.

Su mirada vagó perezosamente por el campamento, y entonces, con una exclamación de sorpresa, se levantó de inmediato al darse cuenta de que ni Stellara ni Jude se hallaban allí. Una vez más volvió a mirar a su alrededor, esta vez abarcando todo el lugar con su mirada inquisitiva, pero por ninguna parte se veía señal alguna de la mujer o del hombre que buscaba.

Les llamó en voz alta, pero no obtuvo ninguna respuesta. Entonces empezó a examinar el suelo alrededor del campamento. Observó el lugar donde había estado durmiendo Stellara, y sus agudos ojos le revelaron las huellas del himeo mientras se aproximaba al lecho de la muchacha. Descubrió otras huellas que se alejaban, pero pertenecían únicamente a Jude. Sin embargo, fue en la aplastada hierba donde el sari leyó la verdadera historia de lo ocurrido, toda vez que ésta le indicaba que había sido un peso mayor al de un solo hombre lo que la había doblado y aplastado de aquella manera: le decía que Jude transportaba a Stellara y Tanar sabía que ello sólo podía haber ocurrido por la fuerza.

Velozmente siguió aquel claro rastro a través de la tupida hierba, ajeno a cualquier otra cosa que no fuera la búsqueda de Stellara y el castigo de Jude. Por ello no fue consciente de la siniestra figura que se arrastraba por el sendero tras él.

Ambos descendieron la meseta —el hombre y la gran bestia que seguía sigilosamente su rastro— mientras las huellas lo llevaban hasta un risco que se asomaba sobre el mar. Allí Tanar se detuvo un instante para otear el océano y, en la distancia, divisó una canoa en la que se distinguían dos figuras, pero de quiénes se trataba sólo podía suponerlo ya que se encontraban demasiado lejos para reconocerlas.

Mientras se hallaba allí, aturdido, un leve ruido a su espalda llamó su atención, despertándole al instante de la obsesión por el pesar y la rabia que le envolvía. Al girarse, una rápida y ceñuda mirada en la dirección de la que procedía aquella

interrupción, le reveló, a apenas diez pasos de él, la enmarañada faz de un tarag.

Los colmillos del tigre de dientes de sable relucieron a la luz del sol. El peludo hocico se arrugó en un gesto de furia y la inquieta cola de repente se quedó inmóvil, salvo por un ligero movimiento convulsivo en su extremo. Entonces la bestia se agachó, y Tanar supo que estaba a punto de cargar.

Desarmado, sin ayuda, el hombre parecía una presa fácil para el gigantesco carnívoro; ni a su izquierda ni a su derecha se veía ninguna vía de escape.

Todo aquello pasó como un relámpago por la mente del sari, aunque sin conseguir apartar por completo de su memoria a las dos figuras de la canoa que se alejaban en el mar que se encontraba a sus espaldas, ni tampoco al risco que se alzaba sobre las aguas de la cala que se encontraba debajo de él. Entonces cargó el tarag.

Un espantoso rugido brotó de la salvaje garganta cuando la enorme bestia se abalanzó hacia delante con la velocidad del rayo. Apenas le llevó un par de saltos llegar al lugar en el que se encontraba el sari, pero a la mitad del segundo, Tanar ya se había girado y arrojado de cabeza por encima del risco, ya que la única otra alternativa posible era perecer bajo los desgarradores colmillos y garras del dientes de sable.

Era consciente de que bajo la superficie del agua podía haber escarpadas y afiladas rocas, pero también existía la posibilidad de que fuera una zona de aguas profundas, mientras que permanecer en la cumbre del risco equivalía a una muerte segura.

Al no encontrar el cuerpo de su esperada presa, el impulso de su propio salto también precipitó al gigantesco felino por encima del borde del risco, y así, hombre y bestia, cayeron prácticamente cuerpo con cuerpo hacia las lejanas aguas del fondo.

Tanar atravesó limpiamente el agua con las manos extendidas sobre su cabeza y, girándose rápidamente, ascendió hasta la superficie apenas a una yarda de donde había caído el tarag.

Los dos se quedaron frente a frente. Al descubrir al hombre, la bestia irrumpió de nuevo en espantosos rugidos y se dirigió velozmente hacia él. Tanar sabía que era capaz de distanciar al tarag en el agua, pero en el momento en que llegasen a la playa se encontraría a merced del gran carnívoro. La arrugada faz se hallaba ahora muy cerca de su rostro, las enormes garras apunto de alcanzarlo, y entonces, Tanar de Pellucidar, sin pensárselo dos veces, se sumergió por debajo de la bestia.

Unas cuantas y rápidas brazadas le llevaron justo bajo el felino, y un instante después había alcanzado y aferrado su peluda piel. El tarag se giró velozmente para golpearle con sus zarpas, pero el hombre se hallaba ya sobre sus hombros y lo arrastraba bajo la superficie.

Forcejeando, ahogándose, el enloquecido animal intentaba alcanzar la blanda carne del hombre con sus afiladas garras, pero en aquel líquido elemento sus

habituales métodos ofensivos y defensivos eran ineficaces. Comprendiendo que la muerte rondaba a su alrededor si no superaba ese obstáculo, el tarag empleó todos sus músculos en intentar alcanzar el sólido asentamiento que significaba la tierra firme, mientras Tanar, por su parte, intentaba evitarlo. Ahora sus dedos habían soltado su presa de los peludos hombros para dirigirse a la blanca garganta, y como garras de acero se clavaban en los tensos músculos.

La bestia ya no hacía ningún intento por rugir, y el hombre por su parte luchaba en silencio.

Era un duelo siniestro, terrible, un salvaje enfrentamiento que sólo podía tener lugar en un mundo todavía muy joven y entre criaturas primitivas que jamás retrocederían en una batalla por la vida hasta que la guadaña del siniestro segador se hubiera abatido sobre uno de ellos.

En el seno de la oscura caverna bajo el risco, el tarag luchaba por alcanzar la diminuta franja de playa que se divisaba en su lejano extremo, mientras que, inflexiblemente, el hombre se esforzaba por hacerle retroceder y por introducir su cabeza bajo el agua. Tanar notaba como se debilitaban las fuerzas de la bestia, pero cada vez se hallaban más cerca de la playa. En cualquier momento las enormes garras podían tocar el fondo, y el sari sabía que todavía existía en aquel gigantesco cuerpo vitalidad suficiente como para hacerle pedazos si el tarag posaba sus cuatro patas en tierra firme y su cabeza se hallaba por encima del agua.

Con un último y supremo esfuerzo, apretó todavía más con sus dedos la garganta del tarag y se deslizó sobre su espalda intentando apartarlo de su rumbo. El animal, por su parte, hizo un último y supremo esfuerzo por salvar su vida, alzándose sobre el agua y girándose para golpear al hombre. Las afiladas zarpas rozaron su carne, y entonces el sari hizo retroceder los gigantesco hombros, forzando a la cabeza del animal a hundirse una vez más bajo la superficie del mar. Finalmente sintió como un espasmo recorría la enorme figura de la bestia que se encontraba debajo de él. Sus músculos se relajaron y el tarag flotó inerte.

Un momento más tarde, Tanar se arrastraba hasta la playa sembrada de guijarros y permanecía allí tendido, jadeando por el esfuerzo.

No tardó mucho tiempo en recuperarse dada la urgencia que le exigía la persecución en la que estaba envuelto. Se levantó y miró a su alrededor. Ante él se hallaban varias canoas de un tipo que jamás había visto antes, varadas en la estrecha franja de playa. En cada una de ellas había un par de remos, como si estuvieran esperando el pronto regreso de sus propietarios. Tanar no sabía de dónde procedían ni qué estaban haciendo allí, en aquella solitaria caverna. Eran diferentes de las canoas de los amiocapios, lo que le indicó que debían pertenecer a un pueblo de otra isla o tal vez del mismísimo continente. Pero aquellas cuestiones no le preocuparon demasiado en aquel momento. Allí había varias canoas. Allí se hallaban los medios

para perseguir a los dos fugitivos que había divisado en el mar y que estaba seguro que no eran otros sino Stellara y Jude.

Cogiendo una de las embarcaciones, la arrastró hasta el borde del agua y la introdujo en ella. Luego, saltando a su interior, remó velozmente saliendo de la cala al mar abierto. Mientras remaba tuvo la oportunidad de examinarla más detenidamente.

Evidentemente estaba fabricada con un único tronco de una madera muy ligera, y era toda de una sola pieza, excepto por una especie de mamparo en cada extremo de la cubierta que era lo bastante grande como para albergar a tres hombres.

Al golpear con su remo tanto en la superficie de la cubierta como sobre la de los mamparos, se convenció de que el tronco había sido completamente ahuecado, y ya que los mismos mamparos tenían todo el aspecto de haber sido cuidadosamente encajados para ser así impermeables al agua, Tanar supuso que la canoa era insumergible.

Su atención fue a continuación atraída por una curtida y gastada piel que yacía sobre el fondo de la cubierta. Un cordón recorría toda la periferia de la piel, y cuando intentó averiguar el propósito por el que todo aquello había sido dispuesto así, sus ojos se posaron en una serie de abrazaderas que se extendían por la totalidad del borde de la cubierta. Entonces se le ocurrió que la piel estaba pensada para cubrir algo. Examinándola más detenidamente descubrió una abertura en el centro de la piel, aproximadamente del tamaño del cuerpo de un hombre. Inmediatamente su propósito se hizo evidente para Tanar. Situada la envoltura de piel en su sitio, y atada firmemente alrededor de la cubierta y alrededor del cuerpo del hombre, en la canoa no podía entrar agua, resultando así una nave apta para navegar aún incluso en las peores tormentas.

Ya que el sari era plenamente consciente de sus limitaciones como hombre de mar, no perdió tiempo en aprovecharse de aquella protección contra los elementos. Cuando la hubo ajustado y asegurado firmemente alrededor de la cubierta, se ató el cordón que discurría alrededor de la abertura sobre su propio cuerpo. Entonces experimentó una sensación de seguridad que nunca antes había sentido cuando se había visto obligado a plegarse ante los desconocidos peligros del mar.

Remó con fuerza en la dirección en la que por última vez había visto a la canoa con sus dos ocupantes. Una vez fuera de la cala y ya en mar abierto, volvió a otear el horizonte, pero en esta ocasión la pequeña nave se hallaba tan lejos que tanto ella como sus ocupantes sólo eran un punto en el inmenso océano. Sin embargo, más allá de ella, se perfilaba vagamente el contorno de la isla que Jude le había señalado como Hime, y ello hizo cristalizar en Tanar la convicción de que la canoa que iba por delante de él era guiada por Jude hacia la isla en la que vivía su propio pueblo.

Los vastos mares de Pellucidar presentan obstáculos para la navegación de una

pequeña embarcación que serían insalvables para los navegantes de la corteza exterior. Sus aguas a menudo están vivas con monstruosos saurios de anteriores eras geológicas, y eran los encuentros con tales bestias lo que más temía el montañés de todo lo concerniente al mar, incluso más que los vientos adversos o las tempestades que podían levantarse en su interior.

Se apercibió de que uno de los extremos del largo remo que estaba utilizando tenía en su punta una puntiaguda pieza de marfil procedente del afilado colmillo de un tandor, pero aquello le pareció un arma completamente inútil para combatir a un tandoraz o a un azdyryth, dos de los más poderosos y más temibles habitantes de las profundidades; pero al menos, tan lejos como podía alcanzar a ver en la distancia, las tranquilas aguas de un océano en calma no se agitaban por vida marina de ningún tipo.

Consciente de su escasa experiencia y de sus grandes deficiencias como remero, Tanar no tenía esperanzas de ser capaz de alcanzar a la canoa manejada por el experto Jude. Lo mejor que podía esperar era mantenerla a la vista para poder determinar el lugar de Hime en el que desembarcara. Una vez en tierra firme, aunque fuera en una isla poblada de enemigos, el sari se sentía capaz de afrontar cualquier peligro que pudiera surgir.

Gradualmente el perfil de Hime tomó una forma definida ante él, mientras que las líneas de Amiocap se hacían correlativamente más vagas a su espalda.

Mientras tanto, entre la isla de Hime y él, el pequeño punto sobre la superficie del mar le decía que su presa todavía no había llegado a tierra. La persecución se hacía interminable. Hime parecía retroceder casi tan rápidamente como él se aproximaba. Se sentía hambriento y sediento, pero no disponía ni de agua ni de comida. No podía hacer otra cosa más que manejar constantemente su remo y continuar la monótona persecución. Pero finalmente los detalles de la línea costera comenzaron a hacerse más nítidos. Divisó calas, ensenadas, boscosas colinas... y entonces vio a la canoa que estaba siguiendo desaparecer más allá de la entrada a una cala. Tanar marcó el lugar en su mente y redobló sus esfuerzos por alcanzar la costa. Pero entonces, el destino, en su inexorable perversidad, surgió para echar abajo todos sus planes y esperanzas.

Una repentina agitación en la superficie del agua, lejos, por estribor, fue el primer aviso. A continuación, como si de la mano de un gigante se tratase, el viento atrapó su frágil embarcación y la hizo dar tumbos de un lado a otro desviándola del rumbo que quería seguir. Las olas se agitaban y el viento rugía. La tormenta estaba encima de él en toda su furia y no había otra cosa que hacer salvo virar e intentar escapar de ella.

Navegaba a una velocidad espeluznante hacia el sur de Hime, en paralelo a su costa, alejándose cada vez más del lugar donde Jude había desembarcado con Stellara, y, sin embargo, Tanar seguía intentando conducir su canoa lo más cerca posible de las boscosas laderas de Hime.

Enfrente de él, un poco a su derecha, se apreciaba lo que parecía ser el fin de la isla. Si pasaba de aquel punto era consciente de que todo se habría perdido, pues, sin duda, la tormenta le arrastraría fuera de la vista de tierra firme, y si eso ocurría sabía perfectamente que no podría ni llegar a Hime ni regresar a Amiocap, ya que no disponía de medios para saber la dirección a seguir una vez que la tierra hubiera desaparecido de su vista en la bruma del ascendente horizonte.

Esforzando cada músculo de su cuerpo, arriesgándose continuamente a zozobrar, Tanar intentó dirigirse hacia la costa, y aunque se daba cuenta de que lo estaba consiguiendo, también se apercibió de que era demasiado tarde, pues ya estaba prácticamente encima del extremo final de la isla. Pero, incluso a pesar de tal contingencia, no desesperó, o si lo hizo no dejó de luchar por la salvación.

Vio como la isla se iba quedando atrás pero todavía tenía una última oportunidad porque a sotavento las aguas estaban más calmadas y si conseguía llegar a ellas estaría salvado.

Forzando al máximo todos sus músculos, el sari se inclinó sobre su tosco remo hasta que por fin cesó el viento y consiguió entrar en las tranquilas aguas situadas a sotavento de la isla, pero no cejó en su tenaz esfuerzo hasta que la proa de la canoa tocó la arena de Hime.

Tanar saltó de la embarcación y la arrastró a tierra. Dudaba que volviera a necesitarla de nuevo, pero a pesar de todo la escondió bajo el follaje de unos arbustos cercanos y, solo y desarmado, avanzó dispuesto a afrontar los peligros de un territorio desconocido en lo que incluso al mismo Tanar le parecía una búsqueda casi desesperada de Stellara.

El sari creyó lo más acertado seguir la línea costera hasta encontrar el lugar en el que había desembarcado Jude para luego seguir su rastro tierra adentro y éste fue el plan que procedió a seguir.

Al estar en una tierra extraña, y, además, en un país enemigo y desarmado, Tanar se movió con gran cautela, aunque siempre sacrificando la cautela a la velocidad. Los obstáculos naturales retrasaban su avance. Un enorme risco que se pronunciaba sobre el mar cortó su camino y no fue sino con grandes dificultades como consiguió encontrar un sendero para ascender el escarpado peñasco y ello sólo después de viajar tierra adentro durante una distancia considerable.

Más allá de la cumbre discurría una amplia meseta moteada de árboles. Una manada de thags pastaban tranquilamente bajo el sol o se recostaban bajo la sombra del follaje de los árboles.

Al ver pasar al hombre entre ellas, las enormes reses se agitaron inquietas. Un viejo thag mugió y pateó el suelo y Tanar midió la distancia hasta el árbol más cercano, aunque sin dejar de avanzar, eludiendo a las bestias lo mejor que podía y confiando desesperadamente en poder cruzar al otro lado sin despertar su fiero

temperamento. Pero la actitud del viejo toro empezó a ser imitada por otros machos, hasta que por fin una veintena de las pesadas montañas de carne comenzaron a converger lentamente hacia el solitario hombre, deteniéndose ocasionalmente a patear o a golpear el suelo con sus cuernos y sin dejar de mugir su descontento.

Todavía existían posibilidades de que consiguiera pasar a salvo entre ellas. Había un hueco enfrente de él y Tanar aceleró su paso; pero, justo en ese instante, uno de los thags decidió embestir contra él y entonces los otros veinte arremetieron contra el sari como una manada de locomotoras de acero repentinamente azuzadas por el veneno de otras tantas avispas.

Lo único que se podía hacer en aquel momento era buscar la seguridad del árbol más cercano, y hacia éste se dirigió Tanar a toda la velocidad que le era posible, mientras que desde todos los lados los enfurecidos thags se dirigían a la carrera hacia él.

Con apenas unas pulgadas de margen, Tanar consiguió colgarse de las ramas del árbol, justo cuando el primero de los thags pasaba por debajo de donde él se encontraba. Un momento más tarde la bramante manada se congregaba bajo su santuario y mientras que algunos de sus miembros se contentaban con escarbar el suelo y mugir, otros arrojaban sus pesadas cornamentas contra el tronco del árbol intentando derribarlo, si bien, afortunadamente para Tanar, se trataba de un joven roble y resistió sus más firmes esfuerzos.

Pero ahora, habiéndole obligado a subirse a un árbol, los thags no mostraban ninguna disposición a dejarle marchar. Al cabo de un rato se desperdigaron alrededor del árbol, y algunos parecieron tenderse deliberadamente debajo de él como si pretendieran evitar su huida.

Para alguien acostumbrado al periódico recurso de la oscuridad de la noche, escapar de un dilema como aquel en el que se encontraba Tanar habría parecido una simple cuestión de esperar a que oscureciera. Pero allí donde el sol nunca se pone y no existe la noche, el tiempo es algo intangible que no puede ser medido, y cuando uno no puede saber si durante el transcurso de una situación semejante ha transcurrido un segundo o una vida entera, la obligada inactividad y la desesperación son enloquecedoras.

Sin embargo, a pesar de aquellas condiciones, o quizá a causa de ellas, el sari poseía una cierta perspectiva filosófica de la vida que le permitía aceptar su destino con marcado estoicismo, y aprovechó la forzada inactividad para fabricarse un arco, varias flechas y una lanza gracias al material que le proporcionaba el árbol en el que se hallaba confinado.

El árbol le aportó todo lo que necesitaba salvo la cuerda del arco, y ésta la obtuvo del cinturón de cuero que sostenía su taparrabos, una curtida banda larga y fina que introdujo en su boca y masticó concienzudamente hasta que estuvo completamente

impregnada de saliva. Luego curvó su arco y extendió la humedecida tira de cuero de un extremo a otro. Mientras se secaba, afiló las flechas con sus dientes.

Al secarse, la tira de cuero encogió, curvando todavía más el arco y tensando la cuerda, que ahora vibraba con el más ligero toque.

Había terminado ya sus armas, pero los thags todavía permanecían en el mismo sitio. Y mientras Tanar permanecía impotente en aquel árbol, Jude llevaba a Stellara hacia el interior de la isla.

Pero todo tiene un fin. Impaciente por el retraso, Tanar buscó algún plan con el que poder desembarazarse de las malhumoradas bestias que se encontraban debajo de él. Les gritó y les arrojó varias ramas, lo que tuvo el efecto de atraer a todas ellas a sus pies. Algunas se acabaron dispersando y se fueron a pastar con el resto de la manada, pero el resto continuó reteniendo a Tanar.

Un gran thag se hallaba directamente debajo de donde él se encontraba. Tanar saltó una y otra vez sobre una pequeña rama, haciendo que su extremo, cubierto de hojas, azotase el aire y al mismo tiempo arrojase trocitos de madera sobre los grandes toros. Y entonces, repentinamente, para sorpresa y consternación tanto del hombre como de la bestia, la rama se quebró y precipitó a Tanar sobre el amplio lomo del thag. Al instante, sus dedos se aferraron a su larga crin mientras, con un bramido de sorpresa y de terror, la bestia saltaba hacia delante.

El instinto condujo al asustado animal hacia el resto de la manada, y cuando ésta vio a un hombre subido a la espalda de uno de los suyos, también fue presa del pánico con el resultado de que se organizó una estampida generalizada, la manada intentando huir de su compañero y éste corriendo para permanecer a su lado.

Los más rezagados, los que se hallaban pastando a una distancia considerable del resto de la manada, se extendieron por la retaguardia y su presencia hizo imposible a Tanar deslizarse hasta el suelo e intentar escapar. Sabiendo que sería pisoteado por los que iban a la zaga si abandonaba la espalda del thag, no le quedó más alternativa que sostenerse donde estaba durante tanto tiempo como pudiera.

El thag, ahora verdaderamente aterrorizado debido a su incapacidad para deshacerse de aquella cosa-hombre que iba sobre su lomo, corría ciegamente hacia delante y, en breve, Tanar se encontró en medio de la enloquecida manada que cruzaba con un estruendo atronador la altiplanicie en dirección a una lejana selva.

El sari sabía que una vez llegasen a aquella selva, sin duda sería inmediatamente arrancado de la espalda del thag por alguna rama baja, y si no moría o quedaba herido por el choque, sería aplastado por las bestias que venían detrás. Pero ya que la huida parecía imposible, sólo podía aguardar el resultado final de aquella extraña aventura.

A medida que los líderes de la manada se fueron aproximando a la selva, la esperanza brotó en el corazón de Tanar cuando vio que la maleza era tan espesa, y los árboles se encontraban tan próximos unos a otros, que iba a ser imposible para las

bestias entrar en la foresta a un paso tan rápido.

Una vez que los líderes alcanzaron el borde de la selva su paso se hizo más lento, y los que los seguían, al empujar hacia delante, se vieron detenidos por los primeros. Algunos intentaron subirse, o tuvieron que hacerlo, sobre la espalda de los que abrían camino, pero en su mayoría la manada se fue deteniendo lentamente, conformándose con empujar a los primeros contra la foresta, con el resultado de que la bestia sobre la que iba montado Tanar, al llegar a la sombra de los árboles, redujo su paso a un simple trote, y al pasar bajo el primer árbol Tanar se colgó ágilmente de sus ramas.

Había perdido su lanza, pero el arco y las flechas, que llevaba sujetas a su espalda, permanecían con él. Cuando la manada terminó de pasar y vio al último de los thags desaparecer en las oscuras sendas de la selva, lanzó un suspiro de alivio y se giró una vez más hacia el lejano extremo de la isla.

Los thags lo habían llevado tierra adentro hasta recorrer una distancia considerable, de modo que avanzó en diagonal hacia la costa para recuperar el mayor terreno posible.

No había salido todavía de la selva cuando escuchó los excitados gruñidos de alguna bestia salvaje, justo enfrente de donde se encontraba.

Creyó reconocer el aullido de un codon; preparando una flecha en su arco, avanzó con cautela. La brisa que se había levantado venía de la dirección en la que se hallaba la bestia y enseguida trajo hasta su olfato la prueba de lo acertado de su suposición, junto con otro olor familiar: el del hombre.

Sabiendo que la bestia no podía percibir su olor contra el viento, Tanar sólo tenía que preocuparse de avanzar en silencio. Hay pocos animales sobre la Tierra que puedan moverse con más sigilo que un hombre primitivo cuando éste elige hacerlo así y Tanar llegó hasta la fiera sin llegar a ser percibido por ella.

Era, como había supuesto, un lobo enorme, la prehistórica y gigantesca contrapartida de nuestro lobo de los bosques.

El codon no tenía ninguna necesidad de moverse en manadas ya que en tamaño, fuerza, ferocidad y coraje era un peligroso enemigo para cualquier criatura que pretendiera acabar con él, con la posible excepción del mamut, y ésta gran bestia sólo se movía en manadas.

El codon permanecía gruñendo ante un gran árbol, saltando de vez en cuando hacia lo alto, como si intentase alcanzar algo que se escondía arriba, entre el follaje.

Tanar se arrastró más cerca y enseguida distinguió la figura de un joven agachado entre las ramas más altas, encima del codon. Era evidente que el muchacho se hallaba atenazado por el terror, pero lo que más intrigó a Tanar fue que el chico lanzaba atemorizadas miradas hacia lo alto del árbol con más frecuencia que hacia el suelo, donde se encontraba el codon. Aquella circunstancia convenció al sari de que el joven también se veía amenazado por algo que había encima de él.

Tanar vio el apuro en que se encontraba el muchacho, y luego consideró lo lastimosamente inadecuados que resultaban su propio arco y flechas, que sólo conseguirían enfurecer a la fiera y volverla contra él mismo. Dudaba que sus flechas fueran lo suficientemente pesadas o lo suficientemente fuertes para atravesar su salvaje corazón, y sólo de esta forma podía esperar abatir al codon.

De nuevo se volvió a arrastrar hasta una nueva posición sin llamar la atención ni del joven ni del codon y desde esta nueva perspectiva pudo observar la parte superior del árbol en el que se encontraba agazapado el muchacho. Entonces comprendió la desesperada situación de éste, ya que a tan sólo unos cuantos pies por encima de él, y acercándose cada vez más, vio la cabeza de una serpiente enorme, cuyas abiertas y distendidas fauces revelaban unos formidables colmillos.

La preocupación de Tanar por el apuro en que se encontraba el muchacho, estaba influida por el deseo de salvarle de las dos criaturas que le amenazaban, pero también por la esperanza de que si lo conseguía podía esperar obtener la suficiente gratitud como para alistar los servicios del joven como guía y, especialmente, como intermediario para el caso de que llegase a toparse con nativos de la isla.

Tanar se había arrastrado a apenas siete pasos del codon, de cuya vista lo ocultaba un elevado arbusto detrás del que se había escondido. Si el muchacho no hubiera estado tan pendiente del lobo y de la serpiente habría visto al sari, pero hasta el momento no lo había hecho.

Preparando una flecha en su toscos arco e insertando otras cuatro entre los dedos de su mano izquierda, Tanar se levantó silenciosamente y disparó el primer dardo a la espalda del codon, justo entre sus hombros.

La bestia se giró con un aullido de dolor y de rabia sólo para volver a recibir otra flecha en pleno pecho. Entonces su penetrante mirada se posó en el sari y, con un espantoso rugido, cargó contra él.

Los eventos de esta naturaleza se desarrollan con tal rapidez que se realizan en mucho menos tiempo del que lleva narrarlos, pues el herido lobo, al cargar contra su antagonista, pudo cubrir siete pasos en un increíblemente corto espacio de tiempo, y, sin embargo, en ese breve lapso, tres nuevas flechas se clavaron en el blanco pecho del codon. El impulso de su última zancada lo llevó hasta los pies del sari, pero ya muerto.

El joven, liberado de la amenaza del codon, saltó al suelo y habría huido sin una palabra de agradecimiento si Tanar no lo hubiera apuntado con otra flecha y ordenado que se detuviera.

La serpiente, al ver a otro humano y pensando, tal vez, que la ventaja de la superioridad estaba ahora en su contra, vaciló durante un momento y luego se retiró escondiéndose entre el follaje del árbol. Tanar avanzó hacia el tembloroso joven.

—¿Quién eres? —preguntó el sari.

—Me llamo Balal —respondió el muchacho—. Soy el hijo del jefe Scurv.

—¿Dónde está tu poblado? —preguntó Tanar.

—No muy lejos de aquí —contestó Balal.

—¿Me puedes guiar hasta él? —preguntó Tanar.

—Sí —respondió Balal.

—¿Crees que tu padre me recibirá como amigo?—continuó el sari.

—Me has salvado la vida —dijo Balal—. Por ello serás bien recibido, aunque lo normal es que matemos a los extranjeros que llegan a Garb.

—Llévame entonces hasta allí —dijo el sari.



Capítulo XI

Gura

Balal condujo a Tanar a través de la selva hasta que por fin llegaron al borde de un escarpado risco que el sari juzgó como la cara opuesta del promontorio que había impedido su avance por la playa.

No lejos del borde del risco se hallaban los restos del tronco de un gran árbol que parecía haber sido alcanzado por un rayo. Alzaba su copa unos diez pies por encima del suelo y de su superficie carbonizada sobresalían los muñones de varias ramas retorcidas y rotas.

—Sígueme —dijo Balal, saltando hasta una de las ramas y trepando hasta la cima del retorcido tronco para luego descender a su interior.

Tanar le siguió y se encontró ante una abertura de unos tres pies de diámetro que descendía por el tronco del árbol muerto. Fijadas a ambos lados de su eje natural había una serie de clavijas, firmemente sujetas, que servían a modo de peldaños de una escalerilla por los que ya descendía Balal. El sol de mediodía iluminaba el interior del árbol durante un corto tramo; luego, su propia sombra oscurecía todo lo que se hallaba a una profundidad mayor de seis u ocho pies.

Sin estar demasiado seguro de que no lo estuvieran conduciendo a una trampa y, por consiguiente, reacio a permitir que su guía se alejara demasiado de su alcance, Tanar se introdujo rápidamente en la cavidad y descendió siguiendo a Balal.

El sari se dio cuenta de que el interior del árbol conducía a un túnel excavado en el suelo y un momento después sintió como sus pies tocaban el piso de un oscuro pasadizo.

Balal le guió por aquel túnel y, en breve, salieron a una cueva tenuemente iluminada por una pequeña abertura situada en el lado opuesto al que se encontraban y cercana al suelo.

A través de aquella abertura, que tendría unos dos pies de diámetro y más allá de la cual Tanar podía ver la luz del día, se introdujo Balal seguido de cerca por el sari, que se encontró sobre la estrecha cornisa de la pared de un risco casi vertical.

—Aquí está el poblado de Garb —dijo Balal.

—No veo ningún poblado ni ninguna gente —dijo Tanar.

—Pues aquí está. Sígueme —dijo Balal, que continuó avanzando por la cornisa descendiendo hacia abajo. En algunos puntos era tan estrecha y tan inclinada que los dos hombres se veían obligados a aplastarse contra la pared del risco y a bordear lentamente, pulgada a pulgada, cada tramo.

De repente finalizó la cornisa y llegaron a un paso más amplio en el que Balal pudo tenderse. Descendiendo su cuerpo por el borde, se quedó durante un momento

colgando de sus manos y luego saltó.

Tanar miró por encima del borde y vio que Balal había descendido a otra cornisa más estrecha situada a unos diez pies más abajo. Incluso para un montañés como el sari, aquella acción parecía difícil y no exenta de peligro, pero no había otra alternativa, así que, tendiéndose, se colgó lentamente del borde de la cornisa y, sujetándose durante un instante con sus dedos, saltó.

Cuando llegó al lado del joven estuvo a punto de comentarle lo peligroso que resultaba llegar hasta la aldea de Garb, pero era evidente que Balal lo veía como un simple camino que había que seguir, así que Tanar desistió de hacerlo al comprender en ese instante que entre los habitantes de los riscos, como debían ser aquellos, la pequeña hazaña que acababan de lograr era una rutina tan ordinaria como para él lo era caminar por el suelo.

Cuando Tanar tuvo la oportunidad de mirar a su alrededor desde el nuevo nivel en que se hallaba, vio, y no sin alivio, que aquella cornisa era mucho más amplia y que sobre ella había muchas cavernas. En algunos puntos, especialmente frente a las entradas de las cuevas, la cornisa se extendía más de seis u ocho pies. Además, por primera vez, Tanar vio a un número considerable de himeos.

—¿No es un poblado maravilloso? —preguntó Balal, que sin darle tiempo a responder le indicó que mirase hacia un punto situado bajo el risco.

Siguiendo la dirección señalada por el muchacho, Tanar descubrió como descendiendo del elevado risco, desde su cumbre hasta su base, se situaban varias cornisas, y sobre cada una de ellas se divisaban hombres, mujeres y niños.

—Ven —le dijo Balal—. Te llevaré hasta mi padre.

Y después de decir esto, comenzó a avanzar sin más demora por la cornisa.

Cuando los primeros hombres con los que se encontraron vieron a Tanar, se levantaron de un salto y tomaron sus armas.

—Le llevo ante mi padre, el jefe —dijo Balal—. No lo ataquéis.

Tras decir esto los guerreros les dejaron pasar, pero dirigiéndoles torvas miradas. Unas escalas en las que se insertaban unos peldaños de madera, servían como medio para descender de cada cornisa a la siguiente. Después de bajar durante una distancia considerable, aproximadamente a medio camino entre la cumbre y el suelo, Balal se detuvo ante la entrada de una caverna en la que se hallaban sentados un hombre, una mujer y dos niños: una muchacha de la edad de Balal y un muchacho mucho más joven.

Al igual que los otros hombres con los que se habían encontrado, éstos también se levantaron con rapidez y cogieron sus armas en cuanto vieron a Tanar.

—No lo ataquéis—repitió Balal—. Lo traigo conmigo ante Scurv, mi padre, porque salvó mi vida cuando estaba amenazada al mismo tiempo por un codon y una serpiente, y le prometí que sería bien recibido y no se le atacaría.

Scurv, sin suavizar los rasgos de su ceñudo semblante, miró con recelo a Tanar, incluso después de haber oído que aquel extranjero había salvado la vida de su hijo.

—¿Quién eres y qué estás haciendo en nuestra tierra? —preguntó.

—Busco a alguien llamado Jude —contestó Tanar.

—¿Qué quieres de Jude? —preguntó Scurv— ¿Es amigo tuyo?

Había algo en el tono del hombre que hizo dudar a Tanar sobre la conveniencia de proclamarse amigo de Jude.

—Lo conozco —respondió Tanar—. Ambos fuimos prisioneros de los coripis en la isla de Amiocap.

—¿Eres de Amiocap? —preguntó Scurv.

—No —repuso Tanar—. Soy de Sari, un país del lejano continente.

—¿Qué estabas haciendo entonces en Amiocap? —preguntó Scurv.

—Fui capturado por los korsars y el navío en el que me llevaban hasta su país naufragó en Amiocap. Todo lo que os pido es que me deis algo de comer y me mostréis dónde puedo encontrar a Jude.

—No sé dónde puedes encontrar a Jude —repuso Scurv—. Su pueblo y el mío siempre están en guerra.

—¿No sabes dónde se halla su pueblo o su país? —preguntó Tanar.

—Sí, claro que lo sé, pero no sé si Jude se encuentra allí.

—¿Vas a darle comida y un trato amistoso, como le prometí? —preguntó Balal.

—Sí —contestó Scurv, pero su tono fue hosco y sus furtivos ojos no miraron ni a Tanar ni a Balal al responder.

En el centro de la cornisa, enfrente de la entrada de la caverna, un pequeño fuego ardía bajo un caldero de barro que se sostenía sobre tres o cuatro pequeños trozos de piedra. Cerca de él, en cuclillas, se encontraba la mujer, que en su juventud debía haber sido una muchacha bien parecida; pero ahora en su rostro se reflejaba la amargura y el odio mientras miraba ceñudamente el interior del caldero, cuyo contenido removía con la costilla de algún animal grande.

—Tanar está hambriento, Sloo —dijo Balal, dirigiéndose a la mujer—. ¿Cuándo estará preparada la comida?

—¿Acaso no tengo bastante con curtir pieles y preparar la comida para todos vosotros, que además también tengo que preparar la comida para cualquier enemigo que tengas a bien traer a la cueva de tu padre?

—Es la primera vez que traigo a alguien, madre —dijo Balal.

—¡Ojalá sea también la última!—soltó la mujer.

—¡Cállate, mujer!—estalló Scurv—. ¡Y apresúrate con la comida!

La mujer se levantó de un salto blandiendo la costilla por encima de su cabeza.

—¡No me digas lo que tengo que hacer, Scurv!—chilló—. ¡Ya tengo que aguantar bastante!

—¡Golpéale, madre! —gritó un mozalbete de unos siete años, dando saltos y bailoteando por la estancia preso de una evidente alegría y de una gran excitación.

Balal cruzó de un salto la hoguera y golpeó fuertemente con su mano la cara del jovenzuelo, enviándole dando tumbos contra la pared de la cueva.

—¡Cállate, Dhung —exclamó—, o te tiro por el borde del risco!

El otro miembro de la familia, una muchacha que recientemente habría alcanzado la plenitud de la femineidad, permanecía en silencio en el lugar donde se hallaba sentada, apoyada contra la pared del risco. Sus ojos, grandes y oscuros, observaban la escena que se desarrollaba ante ella.

De repente, la mujer se volvió hacia ella.

—¿Por qué no haces nada, Gura? —preguntó—. Te sientas ahí y les dejas que me ataquen sin ni tan siquiera levantar una mano en mi defensa.

—Nadie te ha atacado, madre —respondió la muchacha con un suspiro.

—Yo sí lo haré —gritó Scurv, agarrando un corto garrote que había a su lado—. Le arrancaré la cabeza si no cierra la boca y se da prisa con la comida.

En ese momento, un fuerte grito atrajo la atención de todos hacia otra familia que habitaba otra caverna cercana situada un poco más allá de la misma cornisa. Un hombre agarraba a una mujer por el cabello y la golpeaba con un garrote, mientras que varios niños arrojaban piedras, primero a sus padres y luego entre ellos.

—¡Vuélvele a pegar! —gritó Scurv.

—¡Arráncale los ojos! —gritó Sloo.

Y durante un momento, la familia del jefe olvidó sus propias diferencias ante el divertido espectáculo que les ofrecía otra pelea familiar.

Tanar miraba todo aquello con sorpresa y consternación. Jamás había sido testigo de semejante trifulca y escándalo en los poblados de los saris y viniendo, como recientemente lo había hecho, de Amiocap, la isla del amor, el contraste era de lo más abrumador.

—No lo tengas en cuenta—comentó Balal, que al observar al sari se había dado cuenta de la expresión de disgusto y sorpresa que había en su rostro—. Si permaneces junto a nosotros algún tiempo te acostumbrarás. Siempre es así. Venga, vamos a comer; la comida ya está lista.

Y cogiendo su cuchillo de piedra, lo introdujo en el caldero y cogió un trozo de carne.

Tanar, al no tener cuchillo, tuvo que recurrir a una de sus flechas, que le sirvió bastante bien a aquel propósito. Después, uno a uno, todos los miembros de la familia se reunieron alrededor del caldero como si nada hubiera ocurrido, cayendo sobre el humeante estofado con avidez.

Durante la comida nadie se dirigió a los demás, salvo para insultarse si dos coincidían al mismo tiempo sobre el recipiente y uno de ellos interfería al otro.

Una vez que quedó vacío el caldero, Scurv y Sloo se dirigieron al oscuro interior de la caverna para dormir, y al rato fueron seguidos por Balal.

Gura, la hija, recogió el caldero y comenzó a descender el risco para dirigirse al arroyo a lavar la vasija y regresar con ella llena de agua.

Mientras recorría el difícil camino a través de las rocosas laderas y las estrechas cornisas, el pequeño Dhung, su hermano, se divertía arrojándole piedras.

—Basta ya —le ordenó Tanar—. Puedes darle.

—Eso es lo que quiero hacer —dijo el pequeño diablillo—. ¿Para qué sino iba a arrojarle piedras? ¿Para fallar?

Le arrojó otro proyectil y entonces Tanar le agarró por el cogote. Al instante, Dhung soltó un grito que debió oírse en Amiocap, un grito que hizo que Sloo saliese corriendo de la cueva.

—¡Quiere matarme!—gimió Dhung, lo que hizo que la cavernícola se volviese hacia Tanar con los ojos relampagueantes y el rostro desfigurado por la rabia.

—Espera —dijo Tanar con voz reposada—. No le estoy haciendo daño al chico. Estaba tirándole piedras a su hermana y le detuve.

—¿Y tú por qué tienes que detenerle? —le preguntó Sloo—. Ella es su hermana, y tiene todo el derecho de tirarle las piedras que quiera.

—Pero podría haberla dado, y si lo hubiera hecho la muchacha podría haberse caído y haberse matado.

—¿Y qué si hubiera ocurrido? Eso a ti no te importa —contestó Sloo que, agarrando a Dhung de su largo cabello, le dio un sopapo en el cogote y se lo llevó a rastras al interior de la cueva, donde durante un largo rato Tanar pudo escuchar ruido de gritos y golpes acompañando a la afilada lengua de Sloo y a las maldiciones de Scurv.

Finalmente se hizo el silencio, dejando que el ruido de otras disputas domesticas, procedentes de diversas partes del poblado, llegase a los oídos del incomodado sari.

Un poco más lejos, por debajo de donde él se encontraba, Tanar divisó a la muchacha, Gura, lavando la vasija de barro en el pequeño arroyo, después de lo cual la llenó de agua fresca y se llevó la pesada carga a la cabeza para transportarla. El sari se maravilló de la facilidad con la que llevaba un peso tan grande, y se preguntó como haría para subir al escarpado risco por la destartalada escala con su incomoda carga. Observando sus progresos con considerable interés, la vio ascender por la escala más alta, aparentemente, con tanta facilidad y agilidad como si no llevase nada encima. Al fin llegó hasta arriba, manteniendo el equilibrio del recipiente sin ningún esfuerzo aparente.

Mientras la observaba también vio ascender a un hombre, aunque varias cornisas más arriba de donde se hallaba la muchacha. El individuo llegó rápidamente y sin hacer ruido hasta la misma cornisa en la que se hallaba Tanar. Sin prestar atención al

sari, se deslizó cautelosamente desde la cornisa hasta la entrada de la cueva que estaba al lado de la de Scurv. Extrayendo su cuchillo de piedra del taparrabo, se arrastró hacia el interior. Un momento más tarde, Tanar escuchó gritos y maldiciones, y, a continuación, dos hombres salieron rodando de la cueva envueltos en un mortal abrazo. Uno de ellos era un hombre más joven y más pequeño, y también menos fuerte, que su antagonista. Intentaban desesperadamente acuchillarse el uno al otro, pero el duelo parecía estar resultando en más ruido que daño efectivo.

Entonces, una mujer salió corriendo de la cueva. Iba armada con el hueso de la pata de un thag, con el que comenzó a apalear al hombre mayor, propinándole malintencionados golpes en la cabeza y el cuerpo.

Aquel ataque pareció enfurecer al individuo hasta el punto de la locura y, más que incapacitarlo, le hizo redoblar sus esfuerzos. Finalmente consiguió agarrar la mano con la que su oponente sostenía el cuchillo y un instante después dirigió su propia arma al corazón de su adversario.

Con un grito de angustia, la mujer volvió a golpear la cabeza del hombre más viejo, pero no consiguió acertarle y su arma se destrozó contra el suelo de la cornisa. El vencedor se puso en pie de un salto y agarrando el cuerpo de su contrincante lo lanzó por encima del borde del risco. A continuación, agarró a la mujer del cabello y la arrastró por las inmediaciones, buscando algún objeto con el que golpearla.

Mientras Tanar observaba el desagradable espectáculo, se dio cuenta de que había alguien a su lado y, volviéndose, descubrió que era Gura que ya había regresado. Estaba tan tensa como una flecha, manteniendo el equilibrio de la vasija que llevaba sobre su cabeza.

—Es terrible —dijo Tanar indicando con la cabeza en dirección a la malavenida pareja.

Gura encogió los hombros con indiferencia.

—No pasa nada —dijo—. Su compañero regresó inesperadamente. Eso es todo.

—¿Quieres decir que ese individuo es su compañero y que el otro no lo era? —preguntó Tanar.

—Claro —contestó Gura—. Todos son iguales. ¿Qué puedes esperar donde sólo existe el odio?

Luego caminó hasta la entrada de la cueva de su padre, donde dejó la vasija de agua entre las sombras, al lado de la misma entrada. Después se sentó, apoyando su espalda contra el risco, sin prestar más atención a la disputa matrimonial de sus vecinos.

Tanar se fijó por primera vez en la muchacha de un modo especial. Observó que no tenía la ceñuda expresión que caracterizaba a Jude y a los demás himeos que había visto, ni tampoco poseía en su rostro los habituales rasgos de irritación y malicia. En vez de ello, su semblante reflejaba una innata tristeza, y Tanar supuso que se debía

parecer mucho a su madre cuando ésta tenía la edad de Gura.

Tanar cruzó la cornisa y se sentó a su lado.

—¿Tu pueblo siempre discute así? —preguntó.

—Siempre —contestó Gura.

—¿Por qué?—volvió a preguntar.

—No lo sé —repuso ella—. Se unen como esposos para toda la vida y aunque tanto hombres como mujeres tienen plena libertad para hacer su elección, nunca parecen estar satisfechos el uno con el otro y siempre están discutiendo, normalmente porque ninguno le es fiel al otro. ¿No discuten así los hombres y las mujeres en el país del que vienes?

—No —contestó Tanar—. No lo hacen. Si lo hicieran serían expulsados de la tribu.

—¿Y si descubren que no se gustan el uno al otro? —insistió la muchacha.

—Entonces no siguen viviendo juntos —contestó Tanar—. Se separan y si lo desean pueden buscarse otra pareja.

—Eso es inmoral —dijo Gura—. Nosotros mataríamos a cualquiera de los nuestros que hiciera algo semejante.

Tanar se encogió de hombros y se echó a reír.

—Al menos somos un pueblo feliz —dijo—, que es más de lo que podéis decir de vosotros mismos y, al fin y al cabo, la felicidad me parece que lo es todo.

La muchacha se quedó pensativa durante un rato, evidentemente estudiando aquella idea que era nueva para ella.

—Tal vez tengas razón —dijo—. Nada puede ser peor que la vida que llevamos. Mi madre me decía que no ocurría así en su tierra natal, aunque ahora ella sea tan odiosa como todos los demás.

—¿Tu madre no es de Hime? —preguntó Tanar.

—No, es de Amiocap. Mi padre la capturó cuando era muy joven.

—Eso lo explica todo—musitó Tanar.

—¿Qué es lo que explica? —preguntó ella—. ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que no eres como los otros, Gura —contestó Tanar—. Ni te pareces a ellos ni actúas como ellos; ni tu hermano, Balal, tampoco.

—Nuestra madre es amiocapia —dijo ella—. Tal vez hayamos heredado algo de ella, y además, y quizá sea lo más importante, también somos jóvenes y todavía no tenemos pareja. Cuando llegue el momento creceremos para ser como los demás, igual que nuestra madre creció y se hizo como ellos.

—¿Hay muchos hombres que tomen sus esposas de Amiocap? —preguntó Tanar.

—Muchos lo intentan, pero pocos lo consiguen. Por lo general, son muertos o expulsados por los guerreros amiocapios. Tienen un embarcadero en la costa de Amiocap, en una oscura cueva situada bajo un elevado risco, y de cada diez guerreros

himeos que desembarcan allí apenas uno consigue regresar y no siempre con una esposa de Amiocap. Hay una tribu que habita en nuestras costas, que se ha hecho rica navegando hasta Amiocap y trayendo consigo las canoas de los guerreros que han ido hasta allí a buscar esposa, muriendo a manos de los amiocapios.

Durante un momento permaneció en silencio, absorta en sus propios pensamientos.

—Me gustaría ir a Amiocap—musitó al rato.

—¿Por qué? —preguntó Tanar.

—Porque tal vez allí encontrase un hombre con el que pudiera ser feliz —respondió ella.

Tanar movió su cabeza con tristeza.

—Es imposible, Gura —dijo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Acaso no soy lo suficientemente hermosa para los guerreros amiocapios?

—No es eso —repuso él—. Eres muy hermosa, pero si fueras a Amiocap te matarían.

—¿Por qué?—volvió a preguntar.

—Porque aunque tu madre sea de Amiocap, tu padre no lo es —le explicó Tanar.

—¿Es esa su ley? —preguntó Gura con tristeza.

—Sí —contestó Tanar.

—Entonces —repuso ella con un suspiro—, supongo que tendré que quedarme aquí a buscar un esposo al que aprenderé a odiar y a traer hijos al mundo que nos odien a ambos.

—No es una perspectiva agradable —señaló Tanar.

—No —contestó ella—, a menos...

—¿A menos qué? —preguntó el sari.

—Nada —dijo Gura.

Durante un rato ambos permanecieron en silencio, cada uno de ellos ocupado en sus propios pensamientos. Los de Tanar excluidos de todo aquello que no fuera el rostro y la figura de Stellara.

De repente la muchacha se volvió hacia él.

—¿Para qué quieres encontrar a Jude? —preguntó.

—Para matarlo —contestó Tanar.

—¿Y después?—inquirió.

—No lo sé —repuso el sari—. Si encuentro a quien creo que está con él, intentaremos regresar a Amiocap.

—¿Por qué no te quedas aquí? —preguntó Gura—. Me gustaría que te quedases.

Tanar se encogió de hombros.

—Antes preferiría morir —dijo.

—No puedo culparte por pensar así —dijo Gura—, pero creo que hay una forma en la que podrías ser feliz, incluso en Hime.

—¿Cuál? —preguntó Tanar.

Gura no le respondió y Tanar percibió que había lágrimas en sus ojos. Entonces la muchacha se levantó apresuradamente y entró en la cueva.

Tanar empezó a pensar que Scurv nunca iba a despertar de su sueño. Quería hablar con él y solicitarle un guía para que le mostrase el camino hasta el poblado de Jude. Pero fue Sloo la primera en salir de la cueva, dirigiéndole una torva mirada.

—¿Todavía estás aquí? —le preguntó.

—Estoy esperando a que Scurv me preste un guía para dirigirme al poblado de Jude —contestó el sari—. No me quedará aquí un instante más de lo que sea necesario.

—Incluso eso será demasiado tiempo—gruñó Sloo, que dándose media vuelta volvió a entrar en la cueva.

Al rato salió Balal, restregándose los ojos.

—¿Cuándo me va a indicar Scurv el camino que quiero seguir? —preguntó Tanar.

—No lo sé —contestó el joven—. Se acaba de despertar. Pregúntale cuando salga. Me acaba de enviar a por la piel del codon que mataste. Está bastante enfadado por habérmela dejado en la selva.

Después de que Balal se hubiera marchado, Tanar se sentó a solas durante un rato con sus propios pensamientos.

De repente Gura salió de la cueva. Parecía nerviosa y asustada. Se acercó a Tanar y, arrodillándose a su lado, puso sus labios cerca del oído del sari.

—Tienes que irte enseguida —le dijo en susurros—. Scurv va a matarte. Por eso ha enviado lejos a Balal.

—¿Pero por qué quiere matarme? —preguntó Tanar—. Salvé la vida de su hijo, y sólo le pedí que me guiase al poblado de Jude.

—Cree que Sloo está enamorada de ti —le explicó Gura—, porque cuando se despertó no se encontraba en la cueva. Estaba aquí, en la cornisa, junto a ti.

Tanar se echó a reír.

—Sloo ha dejado bastante claro que no le gusto —dijo—, y que quiere que me vaya.

—Te creo —dijo Gura—, pero Scurv está lleno de odios y de sospechas y su conciencia le hace sentirse culpable. Está ansioso por creer cualquier cosa de Sloo que no sea buena, y como no quiere convencerse de que está equivocado, nada puede hacerle creer lo contrario; así que tu única esperanza es huir.

—Gracias, Gura —dijo Tanar—. Partiré inmediatamente.

—No, no hagas eso —dijo la muchacha—. Scurv está a punto de salir. Si no te ve aquí, posiblemente antes de que te hayas alejado lo suficiente habrá reunido cien

guerreros para perseguirte. Además, no tienes armas adecuadas para comenzar a buscar a Jude.

—¿Tienes algún plan mejor? —preguntó Tanar.

—Sí lo tengo —dijo la muchacha—. Presta atención.

Entonces le indicó un claro al pie del risco, situado cerca del borde de la oscura selva.

—¿Ves donde el arroyo se introduce en la jungla? —señaló Gura.

—Sí —contestó Tanar—. Lo veo.

—Yo descenderé ahora y me esconderé junto a aquel árbol grande que hay al lado del arroyo. Cuando salga Scurv, dile que has visto allí un ciervo y pídele que te deje alguna arma para cazarlo. La carne siempre es bienvenida, y pospondrá su ataque contra ti hasta que regreses con el ciervo. Pero no regresarás. Cuando entres en la selva, yo estaré allí para guiarte hasta el poblado de Jude.

—¿Por qué haces esto, Gura? —preguntó Tanar.

—No te preocupes por eso —respondió la muchacha—. Haz sólo lo que te digo. No hay tiempo que perder. Scurv puede salir de la cueva en cualquier momento.

Y sin más palabras, la muchacha comenzó a descender por la pared del risco.

Tanar la observó mientras lo hacía. La muchacha descendía con la gracia y la agilidad de una gacela, menospreciando en ocasiones las escalas y saltando despreocupadamente de una cornisa a otra. Prácticamente antes de que Tanar pudiera darse cuenta, ya había llegado al pie del risco y se dirigía velozmente hacia la cercana selva. El follaje apenas había acabado de cerrarse sobre ella cuando Scurv salió de la caverna. Detrás de él venían Sloo y Dhung, y Tanar se dio cuenta de que cada uno de ellos portaba un garrote.

—Me alegro de que hayas salido —dijo Tanar sin pérdida de tiempo al presentir que los tres podían saltar sobre él en cualquier momento.

—¿Por qué?—gruñó Scurv.

—Acabo de ver un ciervo al borde de la selva. Si me dejas algunas armas, quizá pueda pagar tu hospitalidad trayéndote su carne.

Scurv vaciló. Su estúpida mente necesitaba algún tiempo para reajustarse y cambiar de una línea de actuación a otra. Pero Sloo fue más rápida en ver las ventajas de utilizar a su indeseado invitado y se mostró gustosa de retrasar su muerte hasta que éste trajera la pieza.

—Trae armas —le dijo a Dhung—. Dejemos que el extranjero cace el ciervo.

Scurv todavía estaba indeciso. Sin embargo, antes de que su mente se decantara en un sentido o en otro, reapareció Dhung con una lanza y un cuchillo de piedra. En lugar de dárselos a Tanar se los arrojó a Scurv, pero el sari cogió las armas al vuelo y, sin esperar más permisos, comenzó a descender por la escala hasta la siguiente cornisa, y desde ésta continuó hasta el suelo. Varios de los habitantes del poblado,

reconociéndole como un extraño, intentaron impedirselo, pero Scurv, que permanecía sobre la cornisa observando su descenso, les ordenó que lo dejaran en paz y unos momentos más tarde el sari ya estaba cruzando el claro en dirección a la jungla.

Una vez a salvo, oculto por el verdor de la selva, fue abordado por Gura, que lo esperaba encaramada a la rama de un árbol.

—Me advertiste justo a tiempo —dijo Tanar—. Scurv, Sloo y Dhung llegaron inmediatamente, armados y dispuestos a acabar conmigo.

—Sabía que lo harían —dijo ella—. Me alegro de que no lo consiguieran, especialmente por Dhung. ¡Pequeña bestia! No dejaba de suplicar que le dejaran torturarte.

—Me parece increíble que seáis hermanos —dijo Tanar.

—Es igual que la madre de Scurv—comentó la muchacha—. La conocí antes de que la mataran. Era una vieja espantosa. Dhung ha heredado todo su veneno y nada de la benévola sangre amiocapia que fluye por las venas de nuestra madre, a pesar de que su horrible vida la haya hecho cambiar tanto.

—Ahora indícame el camino hasta el poblado de Jude y me iré —dijo Tanar—. Nunca podré pagarte lo que tu bondad ha hecho por mí, Gura, bondad que sólo puedo explicarme por la fuerza con que la sangre de los amiocapios corre en tu interior. Aunque nunca vuelva a verte, siempre llevaré en mi corazón el recuerdo de tu imagen y tu amistad.

—Voy a ir contigo —dijo Gura.

—Eso es imposible —dijo Tanar.

—¿Cómo sino puedo guiarte hasta el poblado de Jude? —preguntó ella.

—No es necesario que me guíes hasta allí; dime sólo la dirección en que se encuentra y yo daré con él —repuso Tanar.

—Iré contigo —insistió la muchacha con determinación—. En la cueva de mi padre sólo existe la miseria y el odio. Prefiero acompañarte.

—Pero eso no puede ser, Gura —respondió Tanar.

—Si regreso ahora a la cueva, Scurv sospechará que te he ayudado a escapar y me dará una paliza. Vámonos ya; no podemos entretenernos más aquí. Si no regresas rápidamente, Scurv recelará y comenzará a seguir tu rastro.

Y mientras decía esto, la muchacha saltó al suelo y comenzó a introducirse en la selva.

—Sea como quieras, Gura —dijo Tanar siguiéndola—, pero me temo que lamentarás haber hecho esto; ambos lo vamos a lamentar.

—Al menos habré tenido un poco de felicidad en mi vida —respondió la muchacha—, algo por lo que merece la pena morir.

—Espera —dijo Tanar—. ¿En qué dirección se encuentra el poblado de Jude?

La muchacha señaló un punto.

—Bien —dijo Tanar—. Entonces, en vez de ir por tierra y dejar un rastro claro que Scurv pueda seguir, subiremos a los árboles, porque, después de verte descender el risco, creo que eres capaz de viajar tan rápidamente por los árboles como por el suelo.

—No lo he hecho nunca —repuso la muchacha—, pero a dondequiera que tú vayas yo te seguiré.

Y así, aunque había sido reacio a permitir que la muchacha lo acompañara, Tanar descubrió que, a pesar de todo, lo que iba a ser una solitaria aventura, su compañía hizo que estuviera lejos de ser desagradable.



Capítulo XII

¡Te odio!

Los compañeros de Bohar el Sanguinario no le esperaron durante mucho tiempo después de que partiera en persecución de Stellara y no regresara. Se apresuraron a terminar las tareas que restaban por finalizar en la barcaza, y, cargando el agua y las provisiones, se hicieron a la mar en la cala frente a cuya costa habían construido su navío, partiendo hacia Korsar sin echar mucho de menos a Bohar, a quien todos odiaban cordialmente.

La misma tormenta que había estado a punto de alejar a Tanar de las costas de Hime, arrastró a los korsars hacia el extremo opuesto de la isla, llevándose con ella su tosca vela y, finalmente, haciéndoles zozobrar y destrozando su nave contra las rocas de la parte superior de Hime.

La pérdida de su embarcación, de sus provisiones y de uno de los suyos, que tras ser aplastado contra un escollo se había ahogado, dejó al resto de los korsars con un talante más salvaje del que solían acostumbrar. Además, el hecho de que la parte de la isla en la que habían naufragado no les ofreciera el tipo de madera adecuado para construir una nueva embarcación, les obligó a atravesar la isla hasta el extremo opuesto.

Tuvieron que afrontar la necesidad de adentrarse en un territorio plagado de enemigos en busca de comida y de material para construir un nuevo navío y, para colmo de sus desgracias, se encontraron con que su pólvora estaba mojada y se veían obligados a defenderse, cuando las circunstancias así lo requerían, tan sólo con sus cuchillos y sus alfanjes.

La mayoría de ellos, al ser marineros experimentados, eran conscientes de dónde se hallaban, e incluso poseían un elevado conocimiento tanto de la geografía de Hime como de las costumbres y comportamientos de sus moradores, ya que casi todos habían formado parte de diversas expediciones de saqueo a su interior en las ocasiones en que los navíos korsars habían caído sobre la isla para hacerse con pieles y cueros, en cuyo preparado y curtido las mujeres himeas eran tan diestras que llegaban a alcanzar elevados precios en los mercados de Korsar.

Así, un consejo formado por los marineros más expertos decidió entonces partir hacia una bahía situada en el extremo opuesto de la isla, donde la madera de un bosque cercano les podía proporcionar el material necesario para la construcción de otra nave, existiendo además la posibilidad añadida de que en esa zona arribaran otros navíos korsars.

Mientras aquellos hombres descontentos y cansados se afanaban en atravesar la isla de Hime, Jude llevaba a la reacia Stellara hacia su poblado y Gura guiaba a Tanar

en la misma dirección.

Jude se había visto forzado a dar amplios rodeos para evitar a las tribus hostiles. Stellara, además, no había contribuido a acelerar su paso, puesto que continuamente se quedaba rezagada, y aunque Jude no se había visto obligado a cargarla de nuevo sobre sus hombros, encontró necesario atarle una correa de cuero al cuello y llevarla de esta forma para evitar los continuos intentos que había hecho por liberarse antes de que a él se le ocurriera este sistema.

Stellara a menudo tiraba hacia atrás de la correa, negándose a avanzar más, alegando que estaba cansada e insistiendo en descansar, pues en su corazón sabía que adondequiera que Jude o cualquier otro la llevara, Tanar la buscaría.

En su mente podía verlo siguiendo su rastro tras ellos e intentaba retrasar la marcha de Jude lo suficiente como para que el sari pudiera alcanzarlos antes de que llegasen al poblado del himeo y éste se acogiera a la protección de su tribu.

Gura, por su parte, era feliz. Nunca en su vida había sido tan feliz y veía en la conclusión de su viaje un posible fin a su felicidad. Por ese motivo no guiaba a Tanar en línea recta hacia Carn, el poblado de Jude, sino que lo llevaba de un lado a otro, bajo diversas excusas, para poder tenerlo a su lado durante tanto tiempo como le fuera posible. En su compañía encontraba una amabilidad y comprensión que jamás había disfrutado en toda su vida.

No era amor lo que Gura sentía por Tanar, sino algo que fácilmente se podría haber convertido en amor si los sentimientos del sari se hubieran dirigido hacia la muchacha. Pero su amor por Stellara excluía tal posibilidad y, aunque encontraba placer en la compañía de Gura, estaba loco de impaciencia por continuar tras el rastro de Jude y poder rescatar a Stellara para tenerla de nuevo a su lado.

El poblado de Carn no se encontraba sobre los riscos como Garb, el poblado de Scurv. Consistía en varias construcciones de piedra y de barro completamente rodeadas por una alta empalizada y se hallaba situado en la cumbre de una elevada mesa, protegida por todos sus frentes por escarpados riscos y que se alzaba por un lado sobre las selvas y colinas de Hime, y por otro sobre la amplia extensión del Korsar Az, o mar de Korsar.

Ascendiendo los elevados riscos en dirección a Carn, Jude subía arrastrando a Stellara tras él. Se trataba de una ascensión ardua y larga, y cuando por fin alcanzaron su cima, Jude agradeció el poder detenerse y descansar. Tenía que hacer algunos planes antes de continuar, ya que en el poblado situado sobre la mesa había dejado una esposa, y ahora tenía que pensar en alguna forma de deshacerse de ella. Pero el único plan que se le ocurría era arrastrarse hasta el poblado y matarla. ¿Pero qué hacer con Stellara mientras tanto? Entonces se le ocurrió una buena idea.

Conocía una cueva situada justo bajo la cumbre del risco, no muy lejos de donde se encontraba, y hasta allí llevó a Stellara. Cuando llegaron a ella la ató de pies y

manos.

—No estarás aquí mucho tiempo—la dijo—. Dentro de poco regresaré y te llevaré a Carn como mi compañera. No temas, no hay muchas bestias salvajes en esta mesa y volveré antes de que cualquiera de ellas pueda encontrarte.

—No tengas prisa —respondió Stellara—. Acogeré con gusto a cualquier bestia salvaje que se presente antes de que vuelvas.

—Pensarás de otra manera después de ser la compañera de Jude durante algún tiempo —dijo el hombre.

Luego la dejó y se dirigió apresuradamente al vallado poblado de Carn.

Forcejeando hasta conseguir colocarse en una postura sentada, Stellara pudo observar mejor el terreno que se encontraba al pie del risco. En breve distinguió a un hombre y una mujer surgiendo de la selva, por debajo de donde ella se encontraba.

Durante un momento su corazón se detuvo, pues en el momento en que su vista se posó en el hombre, lo reconoció: era Tanar. Un grito de bienvenida estuvo a punto de surgir de sus labios, cuando, de pronto, una nueva idea paralizó sus cuerdas vocales.

¿Quién era la muchacha que acompañaba a Tanar? Stellara se fijó en lo juntos que caminaban y en como ella miraba su rostro. Además, aunque estaba demasiado lejos para ver la expresión de los ojos de la joven, había algo en la postura de su esbelto cuerpo que denotaba veneración. Entonces Stellara volvió su rostro y lo escondió en la fría pared de la cueva, rompiendo a llorar.

Mientras tanto, Gura señalaba hacia lo alto, en dirección a la elevada mesa.

—Allí —dijo—, al otro lado de la cumbre de ese risco, se encuentra Carn, el poblado en el que vive Jude; pero si penetramos en él, a ti te matarán y a mí puede que también, si las mujeres son las primeras en atraparme.

Tanar que examinaba el terreno que había a sus pies, no parecía oír las palabras de la joven.

—Alguien acaba de pasar por aquí —dijo—; un hombre y una mujer. Puedo ver el rastro de sus pisadas. La hierba que han aplastado con sus sandalias todavía está levantándose; un hombre y una mujer, y uno de ellos era Stellara y el otro Jude.

—¿Quién es Stellara? —preguntó la joven.

—Mi compañera —contestó Tanar.

La habitual expresión de tristeza que había marcado el rostro de Gura desde su niñez, y que había sido sustituida por una radiante felicidad desde que había abandonado el poblado de Garb junto a Tanar, regresó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y reprimía un sollozo que pasó desapercibido al sari, que en ese momento examinaba ansiosamente el suelo que se extendía por delante de ellos. Arriba, en la cueva, lagrimas de furia bañaban las mejillas de Stellara. Pero la urgencia del amor enseguida volvió sus ojos hacia Tanar, justo en el momento en que éste se giraba y llamaba la atención de Gura hacia el claro rastro que estaban siguiendo.

Los ojos del sari se fijaron entonces en la desesperación que se reflejaba en el rostro de su amiga y en las lágrimas que surcaban su rostro.

—¡Gura! —exclamó—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás llorando?

Instintivamente se acercó a ella y posó su brazo amistosamente sobre sus hombros. Entonces, Gura, confusa por su amabilidad, escondió su rostro en el pecho de Tanar y se echó a llorar.

Aquella escena fue presenciada por Stellara, y su amor y sus celos se encargaron de interpretarla. Los ojos de la doncella amiocapia relampaguearon de herido orgullo y de rabia.

—¿Por qué lloras, Gura? —preguntó Tanar.

—No preguntes—sollozó la muchacha—. No pasa nada. Tal vez sea que estoy cansada o tal vez tengo miedo; no lo sé. Pero ahora no tenemos tiempo para preocuparnos del miedo o la fatiga, porque si Jude está dirigiéndose hacia Carn con tu compañera tenemos que darnos prisa en rescatarla antes de que sea demasiado tarde.

—Tienes razón —dijo Tanar—. No podemos retrasarnos.

Seguido de cerca por Gura, echó a correr velozmente hacia la base del peñasco siguiendo el rastro de Jude y Stellara que conducía hasta el difícil ascenso a la cara del risco. Y mientras lo hacía, unos ojos brutales les observaban desde la misma parte de la jungla de la que recientemente habían salido.

Cuando la escarpada subida culminó en la cumbre del risco, la roca desnuda no les pudo dar ninguna pista de la dirección que había tomado Jude. Sin embargo, veinte yardas más lejos, al llegar a un terreno más suave, Tanar descubrió de nuevo las huellas del himeo y llamó la atención de Gura hacia ellas.

—Aquí sólo se ven las pisadas de Jude —dijo.

—Quizá la mujer no quiso seguirle y tuvo que cargar con ella—sugirió Gura.

—Sin duda ha debido ocurrir algo parecido —dijo Tanar, que avanzó con rapidez siguiendo el claro rastro dejado por el hombre.

El camino los llevaba ahora por un sendero bien delimitado que discurría a través de una amplia zona rodeada de arbustos considerablemente más altos que un hombre, por lo que no se veía nada a ninguno de los lados, y sólo a unos pasos por delante y por detrás de donde avanzaban era distinguible el tortuoso sendero. Pero esta circunstancia no disminuyó la velocidad de Tanar: su único objetivo era alcanzar al himeo antes de que llegase al poblado.

Mientras Tanar y Gura coronaban la cara del risco y desaparecían de vista, dieciocho hombres velludos y desarrapados surgían de la selva y seguían su rastro hacia la base del risco.

Se trataba de individuos de enmarañadas barbas que llevaban coloridos fajines alrededor de sus cinturas y pañuelos igualmente llamativos sobre sus cabezas. Portaban enormes cuchillos y pistolas en sus cintos y a sus costados pendían afilados

alfanjes. El destino había llevado a los supervivientes del navío del Cid hasta el pie de los riscos sobre los que se alzaba el poblado de Carn, prácticamente al mismo tiempo que lo había hecho con Tanar. Con una sensación de asombro, no exenta de temor, habían reconocido al sari que había sido su prisionero a bordo del navío y al que creían muerto por el fuego de sus arcabuces en el fondo de un pozo natural de la isla de Amiocap.

Los korsars, impulsados por la tozudez de su ignorancia, se movían por el afán de volver a capturar a Tanar. Y con este fin a la vista, aguardaron hasta que Tanar y Gura desaparecieron al otro lado del risco para comenzar su persecución.

La empalizada de Carn no se encontraba a gran distancia del extremo de la mesa sobre la que se alzaba. En la noción sin tiempo de Pellucidar, eventos que en realidad están bastante lejanos el uno del otro, parecen encontrarse más cerca, y por este motivo nadie puede saber cuánto tiempo permaneció Jude en Carn o si tuvo el tiempo suficiente para llevar a cabo el horrendo plan que le llevó hasta allí. El hecho es que Tanar y Gura apenas acababan de llegar al final de la zona poblada por aquellos gigantescos arbustos y se asomaban al claro desde el que se divisaba la empalizada de Carn, cuando vieron a Jude salir a hurtadillas del poblado. Si hubieran podido distinguir su rostro, hubieran descubierto un malvado gesto de triunfo por el que habrían adivinado el propósito que le había llevado de forma tan furtiva hasta su pueblo nativo y hubieran podido reconstruir el sangriento episodio que se acababa de desarrollar en la casa del himeo. Pero Tanar sólo veía a Jude, al que durante tanto tiempo había perseguido, y sólo sabía que Stellara no se encontraba a su lado.

El sari arrastró a Gura detrás de los arbustos que se alineaban a ambos lados del sendero por el que se aproximaba Jude.

Mientras se acercaba el himeo y mientras Tanar aguardaba su llegada, los korsars realizaban su penoso ascenso al risco y Stellara, loca de celos y de infelicidad, se recostaba desconsolada contra el muro de piedra de su prisión.

Jude, inconsciente del peligro que se le avecinaba, se apresuraba hacia el lugar en el que había dejado a Stellara, y al llegar a la altura de donde se encontraba Tanar, éste saltó sobre él.

El himeo trató de alcanzar su cuchillo, pero se encontró indefenso ante la presa del sari, cuyos férreos dedos se cerraron sobre sus muñecas con tal fuerza que Jude dejó caer el arma con un grito de dolor, mientras sentía como sus brazos se doblaban bajo la presión ejercida por la garra de su adversario.

—¿Qué quieres?—gimió—. ¿Por qué me atacas?

—¿Dónde está Stellara?—rugió Tanar.

—No lo sé —contestó Jude—. No la he visto.

—Mientes —repuso Tanar—. He seguido sus huellas y las tuyas hasta la cima del risco.

Entonces el sari desenvainó su cuchillo y lo aproximó a Jude.

—Por última vez ¿dónde está? Dímelo o te mato aquí mismo.

—La dejé en del risco mientras me acercaba a Carn para tratar de conseguir que la recibieran de una manera amistosa. Lo hice todo por protegerla, Tanar. Ella quería regresar a Korsar y yo sólo quería ayudarla.

—Vuelves a mentir —contestó el sari—. Llévame ante ella y oigamos su versión de la historia.

El himeo sintió presionar la punta del cuchillo de Tanar en su garganta y por fin se dio por vencido.

—¿Si te llevo hasta ella, juras no matarme?—inquirió Jude—. ¿Me dejarás regresar en paz con mi gente?

—No juraré nada hasta que oiga de sus labios como la has tratado —repuso el sari.

—No le he hecho daño alguno—gimió Jude—. Lo juro.

—Entonces llévame hasta ella —insistió Tanar.

Hoscamente el himeo les guió de vuelta por el sendero hacia la cueva en la que había dejado a Stellara, mientras que en el otro extremo de los arbustos, dieciocho korsars, advertidos de su aproximación por el sonido de sus pisadas, se ocultaron rápidamente de la vista tras los matorrales circundantes.

Vieron a Jude, Tanar y Gura aparecer entre los arbustos, pero no los atacaron sino que esperaron a descubrir por qué regresaban. Observaron como desaparecían por el borde del risco, a escasa distancia de la cima, por el sendero que descendía al valle. Después salieron de sus escondites y los siguieron con gran cautela.

Jude condujo a Tanar y a Gura hasta la cueva en que se hallaba Stellara. Cuando Tanar la vio, con sus preciosas muñecas y sus tobillos atados y sus mejillas todavía húmedas por las lágrimas, se precipitó hacia ella y, después de cortar sus correas con el cuchillo, la abrazó.

—¡Stellara, amor mío! —exclamó.

Pero la muchacha apartó su rostro.

—No me toques —dijo fríamente—. Te odio.

—¡Stellara! —exclamó desconcertado—. ¿Qué ocurre?

Pero antes de que ella pudiera responder, fueron interrumpidos por una brusca orden a sus espaldas. Al darse la vuelta se vieron encañonados por las pistolas de dieciocho korsars.

—¡Ríndete, sari! —gritó el cabecilla de los korsars.

Al ver los cañones de treinta y seis enormes pistolas amenazando las vidas tanto de Stellara como de Gura, Tanar no percibió más alternativa que la rendición.

—¿Qué haréis con nosotros si nos rendimos? —preguntó.

—Eso lo decidiremos más tarde—gruñó el portavoz de los korsars.

—¿Es que acaso esperáis volver a Korsar? —preguntó Tanar.

—¿Y a ti eso que te importa, sari? —preguntó a su vez el korsar.

—Tiene gran importancia para saber si nos rendimos o no —replicó Tanar—. Habéis intentado matarme otras veces y ya habéis descubierto que es difícil acabar conmigo. Conozco bien vuestras armas y vuestra pólvora, y sé que incluso a tan corta distancia soy capaz de acabar con varios de vosotros antes de que consigáis abatirme. Pero si respondes a mi pregunta clara y honestamente, y si la respuesta es satisfactoria, me rendiré.

Al mencionar Tanar lo referente a la pólvora, los korsars asumieron que era consciente de que la suya estaba mojada, ya que en caso contrario únicamente habría aludido a su defectuosa calidad. Por tanto, el cabecilla korsar decidió que lo mejor era contemperizar.

—Tan pronto como podamos construir una embarcación regresaremos a Korsar —dijo—, a no ser que algún navío korsar ancle antes en la bahía de Carn.

—De acuerdo —dijo entonces el sari—. Si juráis devolver a la hija del Cid sana y salva con su gente en Korsar, me rendiré. También juraréis que no se le causará ningún daño a esta otra muchacha, y que le será permitido acompañaros hasta Korsar o bien quedarse aquí con los suyos, según cuales sean sus deseos.

—¿Y el otro hombre? —preguntó el korsar.

—Podéis matarle cuando me matéis a mí —respondió Tanar.

Los ojos de Stellara se abrieron desmesuradamente ante el temor que le causaron las palabras del sari, descubriendo que los celos sucumbían ante el amor verdadero.

—Muy bien —dijo el korsar—. Aceptamos todas tus condiciones. Las mujeres regresarán a Korsar con nosotros y vosotros moriréis.

—¡No!—suplicó Jude—. ¡No quiero morir! Soy himeo; Carn es mi hogar. Vosotros, los korsars habéis ido allí a menudo a negociar. ¡Si perdonáis mi vida, os entregaré más pieles que las que podáis cargar en vuestra canoa cuando la hayáis construido!

El jefe de los korsars se echó a reír en su cara.

—Dieciocho de nosotros podemos conseguir lo que queramos del poblado de Carn —señaló—. No somos tan estúpidos como para perdonar tu vida y que tú puedas ir a prevenir a tu gente.

—¡Entonces llevadme como prisionero!—gimió Jude.

—¿Y tener que alimentarte y que vigilarte? No; vales más para nosotros muerto que vivo.

Mientras hablaba, Jude había ido deslizándose hacia la boca de la caverna, situándose detrás de Stellara, como si pretendiera ocultarse detrás de la muchacha.

Con un gesto de desprecio, Tanar se volvió hacia los korsars.

—Está bien —dijo con impaciencia—. Si el trato es satisfactorio no hay

necesidad de discutir más. Acabad con nosotros y llevad a las mujeres a salvo hasta Korsar. Habéis dado vuestra palabra.

En el instante en que Tanar acabó su parlamento con los korsars, Jude se dio media vuelta y, antes de que nadie pudiera impedirlo, desapareció en el interior de la caverna que se encontraba a sus espaldas. Varios korsars se precipitaron inmediatamente en su persecución, mientras los otros aguardaban impacientemente su regreso con el fugado. Pero cuando volvieron, lo hicieron con las manos vacías.

—Se nos ha escapado —dijo uno de los que había salido en persecución del himeo—. Esta cueva va a dar a un túnel largo y oscuro, y tiene muchas ramificaciones. No se veía nada y tuvimos miedo de acabar perdiéndonos, así que no hemos tenido más remedio que regresar. Es inútil intentar encontrar a un hombre en su interior si no se está familiarizado con el túnel: es como si una colmena se extendiera por todo el risco desde esta cueva. Lo mejor que podemos hacer es acabar de inmediato con este otro, antes de que también tenga una oportunidad de escapar.

Y mientras decía esto, alzó su pistola apuntando con ella a Tanar, posiblemente confiando en que su pólvora se hubiera secado lo suficiente desde que habían desembarcado en el extremo opuesto de la isla

—¡Alto! —gritó Stellara, situándose de un salto frente al hombre—. Todos sabéis quién soy: la hija del Cid. Si me devolvéis a salvo a Korsar seréis recompensados. Yo me preocuparé de que así sea. Pues bien, todos sabéis que el Cid llevaba a este hombre hacia Korsar, pero seguramente no sabéis por qué.

—No —respondió uno de los korsars, ya que al ser marineros comunes no tenían conocimiento de los planes de su capitán.

—Sabe como fabricar armas de fuego y pólvora mucho mejores que las que usamos nosotros. El Cid lo llevaba hasta Korsar para que nos enseñara los secretos de la fabricación de ambas. Si acabáis con él el Cid se encolerizará, y todos conocéis lo que supone la ira del Cid. Por el contrario, si también lo lleváis con vosotros hasta Korsar vuestra recompensa será mucho mayor.

—¿Y cómo sabemos que el Cid está todavía vivo? —preguntó otro de los korsars—. Si no lo está, ¿quién pagará por tu regreso o por el de este hombre?

—El Cid es mucho mejor navegante de lo que lo era Bohar el Sanguinario, a quien todos conocíais, y si Bohar llevó su bote a salvo hasta Amiocap con toda seguridad que el Cid llevó el suyo hasta Korsar. Pero aunque no lo hubiera conseguido, aunque hubiera fallecido, recibiréis igualmente vuestra recompensa si me lleváis a Korsar.

—¿Quién la pagará? —preguntó otro de los marineros.

—Bulf —contestó Stellara.

—¿Y por qué iba a pagar Bulf una recompensa por tu regreso? —preguntó el korsar.

—Porque voy a ser su esposa. El Cid quería que así fuera.

Ningún cambio en la expresión del rostro del sari reveló el dolor que aquellas palabras le causaron, el mismo que si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón. Simplemente permaneció con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando fijamente a los korsars. Los ojos de Gura se hallaban tremendamente abiertos, mirando primero a Stellara y luego a Tanar, puesto que recordaba como éste le había contado que aquella era su compañera, y además sabía, por la intuición que toda mujer posee, lo mucho que él la quería. Gura estaba desconcertada y también entristecida, pues era consciente del dolor que aquellas palabras le habían causado a Tanar. Su bondadoso corazón le empujó a acercarse al sari y poner su mano sobre su hombro en un mudo gesto de simpatía.

Durante un rato los korsars discutieron en voz baja la proposición de Stellara. Finalmente su jefe se dirigió a ella.

—Si el Cid ha muerto no habrá ninguna recompensa por el regreso del sari; además, puede que de todas formas haya que matarle, pues habrá bastantes bocas que alimentar durante el largo viaje hasta Korsar.

—No tenéis ninguna seguridad de que el Cid haya muerto —insistió Stellara—, pero aunque lo estuviera, ¿quién creéis que será ascendido al cargo del Cid sino Bulf? Y si él es el líder, os aseguro que se os recompensará por regresar con este hombre, cuando yo le explique el motivo por el que se le llevaba a Korsar.

—Está bien —dijo el korsar algo confuso—, tal vez tengas razón. Puede que valga más para nosotros vivo que muerto. Si se compromete a ayudarnos a construir la embarcación y no intenta escapar, vendrá con nosotros. ¿Pero qué pasa con la chica?

—Nos la quedaremos hasta que estemos listos para zarpar—gruñó uno de los korsars—, y luego la dejamos que se vaya.

—Si deseáis recibir alguna recompensa por mi regreso, os cuidaréis de no hacer nada de eso —señaló Stellara con determinación.

Entonces se dirigió a Gura.

—¿Qué es lo que quieres hacer?—la preguntó con voz fría y distante.

—Adonde Tanar vaya yo le seguiré —contestó Gura.

Los ojos de Stellara se estrecharon y durante un instante desprendieron fuego; pero inmediatamente recobraron su bondad natural, aunque teñidos de cierta tristeza.

—De acuerdo entonces —dijo dándose la vuelta con cierta amargura—. La chica viene con nosotros a Korsar.

Los marineros discutieron durante largo rato la cuestión y la mayoría de ellos se opusieron, pero al insistir Stellara y prometerles una recompensa todavía mayor acabaron aceptando, aunque con bastantes reticencias.

Los korsars cruzaron arrogantemente la mesa por delante de la mismísima

empalizada de Carn, cuidándose de mostrar bien sus arcabuces al conocer el temor a éstos que sus anteriores incursiones habían despertado en el corazón de los himeos. Pero esta vez no buscaron saqueo de ninguna clase ni exigieron ningún tributo, pues todavía temían que su pólvora estuviera inutilizada.

Cuando llegaron al otro extremo de la mesa y divisaron la bahía de Carn, un fuerte rugido de triunfo se elevó de sus gargantas, porque allí, anclado en la bahía, había un barco korsar. Sabiendo que el bajel podía levar anclas y partir en cualquier momento, se precipitaron a la carrera por el escarpado sendero hacia la playa, mientras, a sus espaldas, los asombrados habitantes de Carn los vigilaron desde la empalizada hasta que el último de ellos por fin desapareció tras la cumbre del risco.

Abalanzándose hasta el borde del agua, los korsars intentaron disparar sus arcabuces para llamar la atención del navío. Algunas de las cargas ya se habían secado, y los disparos despertaron signos de vida en el anclado navío. Entonces se despojaron de sus fajines y sus pañuelos e hicieron frenéticas señales de aviso y, en breve, se vieron recompensados con el descenso de un bote desde el bajel.

A mitad de distancia de la costa el bote se detuvo y el oficial al mando se dirigió a los hombres que se encontraban en la playa.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —preguntó.

—Formábamos parte de la tripulación del Cid —replicó el portavoz de los marineros—. Nuestro barco naufragó en medio del océano y conseguimos llegar primero hasta Amiocap y luego hasta Hime, pero aquí volvimos a perder la embarcación que construimos en Amiocap.

Al comprobar que aquellos hombres eran korsars, el oficial ordenó que el bote se acercara a la costa y finalmente desembarcó en la playa, cerca de donde la partida aguardaba su llegada.

Una vez que acabaron los breves saludos y las explicaciones, el oficial los llevó a todos a bordo y poco después Tanar de Pellucidar se volvió a encontrar en un navío de guerra korsar.

El capitán del barco conocía a Stellara y, tras interrogarlos cuidadosamente, aprobó su plan y estuvo de acuerdo en llevar a Tanar y a Gura con ellos de vuelta a Korsar.

Después de su entrevista con el oficial, Tanar se encontró momentáneamente a solas con Stellara.

—¡Stellara! —dijo—. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar tanto?

Ella se volvió y le miró fríamente.

—En Amiocap te defendiste bastante bien —le respondió—, pero en Korsar sólo serías un bárbaro desnudo.

Y dándose media vuelta se marchó sin más palabras.



Capítulo XIII

Prisioneros

El viaje hasta Korsar transcurrió sin incidentes y durante toda su extensión Tanar no volvió a ver ni a Stellara ni a Gura puesto que, si bien no se le confinó en la oscura bodega, tampoco se le permitió subir a la cubierta superior. Aunque a menudo miraba en dirección a la cubierta de popa nunca consiguió ver a las muchachas, por lo que supuso que Gura se hallaba encerrada en alguno de los camarotes y que Stellara lo evitaba deliberadamente.

A medida que se fueron aproximando a las costas de Korsar, Tanar distinguió un territorio llano que se curvaba hacia lo alto en la bruma de la distancia. Creyó percibir en la lejanía el contorno de unas colinas, pero no estuvo demasiado seguro. Vio algunos campos cultivados, zonas boscosas y un río que discurría hacia el mar, un caudaloso y serpenteante río a cuyas orillas se encontraba una ciudad que se extendía en dirección al océano.

No se veía ningún puerto en ese punto de la costa, pero el barco se encaminó directamente hacia la desembocadura del río, navegando luego por él en dirección a la ciudad, la cual, a medida que se aproximaron a ella, vio que sobrepasaba, tanto en tamaño como en la pretenciosidad de sus edificaciones, a cualquier construcción del hombre que él hubiera visto sobre la superficie de Pellucidar, incluyendo la nueva capital de los reinos confederados de Pellucidar que el emperador David estaba construyendo.

La mayoría de las edificaciones eran de color blanco con tejados de rojas tejas, aunque también había algunas que poseían elevados minaretes y cúpulas de diversos colores, fundamentalmente azul, rojo y oro, este último tan resplandeciente a la luz del sol como las joyas de la emperatriz Dian.

La ciudad se había levantado en la parte donde se ensanchaba el río. Allí también se hallaba anclada una gran flota de navíos de guerra y otras embarcaciones más pequeñas: botes de pesca, barcazas de río y diversos esquifes. La calle que discurría a lo largo del río estaba plagada de tenderetes y atestada de gente.

Al aproximarse el barco, los cañones de los navíos anclados emitieron varios disparos, siendo devuelto el saludo desde la cubierta de la nave korsar que finalmente ancló en medio del río, frente a la ciudad.

Varios botes de pequeño tamaño partieron de la orilla del río y remarón velozmente en dirección al navío de guerra, del que también fueron descendidos algunos de sus propios botes, en uno de los cuales fue introducido Tanar bajo la custodia de un oficial y una pareja de marineros. Una vez que fue llevado a tierra y conducido a través de la calle, el sari llamó considerablemente la atención de las

multitudes con las que se cruzaba, pues de inmediato fue reconocido como un cautivo bárbaro de alguno de los incivilizados rincones de Pellucidar.

Durante el desembarco Tanar no había visto ni rastro de Stellara o de Gura y se preguntó si las volvería a ver de nuevo. Su cabeza estaba llena de los sombríos pensamientos que le habían hecho compañía durante el largo viaje desde Hime a Korsar, y que finalmente le habían convencido de que nunca había llegado a conocer a la verdadera Stellara, salvo en aquella última manifestación sobre la cubierta del navío korsar en la bahía de Carn. Sí, en Amiocap él lo era todo, pero en Korsar sólo era un salvaje desnudo, como lo evidenciaba el arrogante desprecio con que lo miraban los habitantes de Korsar, o la forma en que intercambiaban rudas bromas a sus expensas.

El orgullo del sari sufría al pensar que había sido engañado por la mujer a la que había entregado todo su amor. Habría apostado su vida en la creencia de que era la más dulce, pura y leal de todas las mujeres que había conocido y descubrir que era hipócrita y superficial le partía el corazón. Su sufrimiento sólo era aliviado por una cosa: su inquebrantable confianza en la gentil y eterna amistad de Gura.

Su mente se hallaba ocupada en tales pensamientos cuando fue conducido hasta un edificio de la ribera del río que parecía ser una especie de prisión militar. Allí fue entregado al oficial que estaba al mando, y, tras unas cuantas preguntas, dos soldados le llevaron a otra estancia, alzaron una pesada trampilla del suelo y lo obligaron a descender por una tosca escalerilla, por debajo de la cual todo era oscuridad.

Apenas había pasado su cabeza al lado de las vigas que reforzaban el suelo, cuando la trampilla se cerró pesadamente sobre él. Escuchó como chirriaba un cerrojo que los soldados habían debido correr y oyó resonar sus pisadas al abandonar éstos la habitación superior.

Descendiendo lentamente casi unos diez pies, Tanar llegó por fin hasta la fría superficie de un suelo de piedra. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad se dio cuenta de que el lugar en el que lo habían introducido no se hallaba completamente a oscuras, sino que la luz del día se filtraba a través de una pequeña ventana cerrada con barrotes que estaba situada cerca del techo. Al mirar a su alrededor vio que era el único ocupante de la habitación.

En el muro opuesto al de la ventana distinguió una puerta, y al cruzarla descubrió que daba a un estrecho pasillo que corría en paralelo a la habitación. Mirando a un lado y a otro del pasillo percibió débiles parches de luz, como si otras puertas se abrieran a ambos lados del corredor.

Estaba a punto de entrar a investigar, cuando el ruido de algo que se deslizaba por el suelo del pasillo atrajo su atención. Al mirar a su izquierda vio una forma oscura arrastrándose hacia él. Tendría un pie de alto y quizá tres de largo, pero en la penumbra del corredor no pudo distinguir con claridad más detalles. Sin embargo,

enseguida observó un par de ojos brillantes que parecían estarle mirando fijamente.

Al acercarse la criatura osadamente hacia Tanar, éste retrocedió hasta la habitación que había estado a punto de abandonar, prefiriendo encontrarse con aquella cosa en una estancia más iluminada que en aquel oscuro corredor, si es que la criatura intentaba atacarle.

Cuando la cosa se acercó y se giró hacia la puerta, se detuvo y permaneció mirando fijamente al sari. En su país natal Tanar se había familiarizado con diversas especies de ratas de bosque, a las que el sari consideraba grandes, pero jamás en toda su vida hubiera soñado que una rata pudiera crecer hasta unas proporciones tan enormes como las de aquella cosa espantosa que ahora le encaraba con ojos osados y resplandecientes.

Aunque Tanar había sido desarmado en el navío korsar, no le tenía ningún miedo al roedor, incluso en el caso de que la criatura hubiera optado por atacarle, cosa que dudaba que ocurriera. No obstante, la feroz apariencia de la rata le hizo pensar en lo que podría ocurrir si varias de ellas atacaran simultáneamente a un hombre.

De repente, la rata, sin dejar de encararle, emitió un prolongado chillido. Durante un momento se hizo el silencio pero a continuación el enorme roedor volvió a chillar, y entonces, desde una gran distancia, Tanar escuchó un nuevo chillido en respuesta al primero, y luego otro, y otro, y en breve empezaron a aumentar en número y en volumen, con lo que Tanar comprendió que aquella rata con la que se había topado en la mazmorra korsar estaba llamando a sus compañeras a la matanza y al festín.

Miró a su alrededor buscando algún arma con la que defenderse, pero allí no había otra cosa más que la desnuda piedra del suelo y de las paredes. Escuchó como se acercaba la manada de ratas mientras el solitario explorador que lo había descubierto continuaba aguardando frente a la puerta.

¿Pero por qué él, un hombre, iba a esperar? Si tenía que morir, moriría luchando, y si podía enfrentarse con ellas una a una, según fueran llegando, les haría pagar por aquella comida, y la pagarían muy cara. Así, con la agilidad de un tigre, el hombre saltó sobre el roedor, y lo hizo tan repentina e inesperadamente que agarró con su mano a la repulsiva criatura antes de que ésta pudiera intentar escapar. Con agudos chillidos intentó clavarle los colmillos en su carne, pero el sari era demasiado rápido y demasiado fuerte. Sus dedos se cerraron de inmediato sobre el cuello de la criatura. El cuerpo de la rata se balanceó durante un rato hasta que por fin crujió su cuello, y, entonces, Tanar lanzó el cadáver hacia la manada, a la que ya podía ver en la distancia a través de la tenue luz del corredor, en cuyo centro ahora se encontraba Tanar, avanzando hacia su inevitable destino, aunque dispuesto a luchar hasta que fuese arrollado por aquellas asquerosas criaturas.

Mientras aguardaba, percibió un ruido detrás de él y pensó que otra nueva manada se acercaba por su retaguardia; pero al mirar por encima de su hombro,

distinguió la figura de un hombre que se hallaba de pie frente a una de las puertas más alejadas del pasillo.

—¡Ven aquí! —le gritó el desconocido—. ¡Aquí estarás a salvo!

Tanar no perdió ni un segundo en correr a través del corredor en dirección hacia donde se encontraba el hombre, con las ratas pisándole los talones.

—¡Aquí, rápido! —gritó su salvador, que agarrando a Tanar de un brazo lo arrastró hasta el interior de una amplia habitación en la que habría más de una docena de hombres.

La manada de ratas se detuvo ante la puerta mirándolos fijamente, pero ninguna de ellas se atrevió a cruzar el umbral.

La estancia en la que ahora se hallaba estaba iluminada por dos ventanas bastante más grandes que la que había en la habitación que acababa de abandonar. Con la mayor luz tuvo oportunidad de examinar al hombre que le había rescatado. Se trataba de un gigante cobrizo de finos rasgos, y cuando el hombre volvió un poco más su rostro hacia la luz de las ventanas, Tanar lanzó una exclamación de alegría y sorpresa.

—¡Ja! —exclamó.

Pero antes de que Ja pudiera devolverle el saludo, otro hombre se precipitó hasta él desde el otro extremo de la habitación.

—¡Tanar! —exclamó el otro hombre—. ¡Tanar, el hijo de Ghak!

Cuando el sari se volvió hacia él, se encontró cara a cara con David Innes, el emperador de Pellucidar.

—¡Ja de Anoroc y el emperador! —exclamó el sorprendido Tanar—. ¿Pero qué ha ocurrido? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Has tenido suerte de que estuviéramos aquí y de que oyera los aullidos de la manada de ratas en el momento en que lo hice. Estos otros —señaló el mezop, indicando a los demás prisioneros—, no tienen la suficiente inteligencia como para ayudar a los recién llegados que encarcelan aquí. David y yo hemos intentado meter en sus estúpidas cabezas que cuantos más seamos, más seguros nos veremos del ataque de las ratas; pero lo único que son capaces de pensar es que ahora están a salvo, y no les preocupa lo que ocurra con los demás pobres diablos que arrojen aquí abajo. No tienen la inteligencia necesaria como para mirar al futuro y darse cuenta de que cuando nos saquen a unos cuantos de aquí, o cuando muramos, no habrá un número suficiente para repeler el ataque de esas bestias hambrientas. Pero ahora cuéntanos dónde has estado y cómo has llegado hasta aquí.

—Es una larga historia —repuso el sari—, y primero me gustaría oír la vuestra.

—No hay mucho de interés en lo que nos ha acontecido —contestó David—, aunque puede que haya algunos puntos de gran valor para nosotros en lo que hemos averiguado de los korsars sobre ciertas cuestiones que me han llenado de asombro. Cuando vimos partir a la flota korsar contigo y con varios más de los nuestros

abordo, nos quedamos anonadados ante la orilla de aquel gran mar que bañaba las costas de la Tierra de la Horrible Sombra. Estábamos desesperados ante la imposibilidad de conseguir volver a rescataros algún día. Entonces decidí arriesgarme y nos embarcamos en la aventura que ahora es responsable de que estemos aquí, en las mazmorras de la capital de Korsar. De entre todos los que se ofrecieron a acompañarme elegí a Ja, y también a un prisionero korsar llamado Fitt al que llevamos como piloto. Nuestro bote era uno de los que los korsars habían abandonado en su huida, y en él los seguimos hacia Korsar, sin ningún incidente hasta que nos vimos atrapados en la tormenta más terrible de la que jamás he sido testigo.

—Debió ser la misma tormenta que hizo naufragar a la flota korsar que nos llevaba a nosotros —dijo Tanar.

—Seguramente —dijo David—. La tormenta nos despojó de nuestro aparejo, desarboló nuestro mástil y nos dejó sin nada, excepto un par de remos. Como ya debes saber, esos remos son demasiado pesados y, por lo general, se necesitan al menos dos o tres hombres para manejar cada uno de ellos; nosotros éramos sólo tres, así que poco más podíamos hacer salvo ponernos a remar lentamente uno a cada lado de la embarcación, mientras el tercero relevaba unas veces a uno y luego al otro, e incluso esto sólo lo pudimos hacer después de recortar un poco los remos hasta dejarlos en un tamaño que pudiera manejar un solo hombre sin fatigarse demasiado. Fitt había trazado un rumbo con mi brújula, indicándome lo que prácticamente constituía el norte exacto, así que continuamos en esa dirección, intentando desviarnos de ella lo menos posible, una vez que hubo pasado la tormenta. Dormimos y comimos muchas veces antes de que Fitt anunciara que no nos encontrábamos muy lejos de una isla llamada Amiocap, que se halla, según dijo, a mitad de camino entre el punto en que nos embarcamos y las tierras de Korsar. Todavía teníamos suficiente agua y provisiones para concluir nuestro viaje si conseguíamos proveernos de una vela, pues el lento avance de los remos nos obligaba a enfrentarnos con el hambre, o con la lenta agonía de la sed, antes de que pudiéramos llegar a Korsar. Con aquel destino en perspectiva, decidimos desembarcar en Amiocap y reparar nuestra embarcación, pero antes de que lo lográsemos fuimos divisados por un barco korsar y, al ser incapaces de defendernos o de escapar, nos vimos capturados. El navío había formado parte de la armada del Cid, y, por lo que ellos sabían, era el único que había resistido la tormenta. Poco antes de encontrarnos habían recogido un bote con los supervivientes del navío del Cid, y en el que se hallaba el mismo Cid. Por él nos enteramos de que tú y los demás prisioneros debíais haber perecido con su nave, pues señaló que estaba a punto de irse a pique cuando él la abandonó. Para mi sorpresa descubrí que el Cid había abandonado a su destino a su propia hija, aunque creo que semejante acto de cobardía pesaba enormemente sobre su conciencia, pues siempre se encontraba taciturno y pensativo, evitando incluso la compañía de sus propios

oficiales.

—Ella no murió —dijo Tanar con voz inexpresiva—. Ambos conseguimos escapar. Creímos ser los únicos supervivientes, pero más tarde nos vimos apresados por los tripulantes de otro bote que también había conseguido llegar hasta Amiocap, y fueron ellos los que nos trajeron hasta Korsar.

—En mis conversaciones con el Cid y con otros oficiales y tripulantes del navío korsar, intenté sondearles sobre sus conocimientos acerca de la extensión de este mar al que ellos llaman Korsar Az. Entre otras cosas descubrí que poseen brújulas, y al charlar sobre su uso me comentaron que nunca habían navegado en dirección oeste, hasta los confines del Korsar Az, que por lo que manifiestan cubre una vastísima extensión de agua a través de incontables leguas que son desconocidas para el hombre. Pero por el este han seguido la línea costera desde Korsar hacia el sur, prácticamente hasta las costas en las que desembarcaron para atacar al Imperio de Pellucidar. Esto sugiere, si no prueba, que Korsar se encuentra en el mismo continente que el Imperio, aunque mucho más al norte. Por tanto, si conseguimos escapar de esta prisión, podríamos ser capaces de regresar por tierra hasta nuestro propio país.

—"Si conseguimos escapar"—recalcó Ja—. Hemos comido y dormido varias veces desde que nos arrojaron a este oscuro agujero y, a pesar de ello, no estamos más cerca de escapar de lo que lo estábamos en el momento en que nos encerraron aquí, ni tampoco sabemos cuál es el destino que nos tienen reservado.

—Los otros prisioneros—concluyó David—, dicen que el hecho de que no hayan acabado inmediatamente con nosotros, que es el destino al que los korsars destinan normalmente a sus prisioneros de guerra, significa que nos están reservando para algún propósito. Pero cuál es ese propósito, todavía no lo sabemos.

—Yo sí lo sé —repuso Tanar—. Creo estar bastante seguro de saberlo.

—¿Cuál es? —preguntó Ja.

—Quieren que les enseñemos a fabricar armas y pólvora como las nuestras —contestó el sari—. Lo que me gustaría saber es cómo consiguieron ellos por primera vez la pólvora y las armas de fuego de las que disponen.

—O los grandes navíos en los que navegan—apuntó Ja—, que son incluso mayores que los construidos por nosotros. Tales ingenios no se conocían en Pellucidar antes de que llegaran David y Perry, y, sin embargo, los korsars parecen conocerlos y haberlos usado desde siempre.

—Tengo una teoría —señaló David—, pero la idea es tan descabellada que casi no me atrevo a considerarla, y mucho menos a expresarla.

—¿Y cuál es? —preguntó Tanar.

—Me la han sugerido mis conversaciones con los mismos korsars —contestó el emperador—. Sin ninguna excepción, todos ellos me han asegurado que sus

antepasados vinieron de otro mundo, un mundo en el que el sol no cuelga eternamente en su cenit sino que surca los cielos con cierta regularidad, dejando al mundo envuelto en tinieblas durante la mitad del tiempo. Dicen que una parte de ese mundo es extremadamente fría, y que sus antepasados, que eran hombres de mar, se vieron atrapados con sus naves en unas aguas heladas; sus brújulas enloquecieron y empezaron a girar en todas direcciones, y cuando finalmente consiguieron atravesar el hielo y navegaron en la dirección que ellos creyeron que era el sur, llegaron a Pellucidar, al que encontraron habitado únicamente por salvajes desnudos y bestias más salvajes todavía. Aquí asentaron su ciudad y construyeron nuevas naves, y su número fue aumentado posteriormente por otros hombres de mar que vinieron de ese mundo del que originalmente procedían. Luego se emparejaron con los nativos, que en esta parte de Pellucidar no debían ser de un orden muy superior.

—Bien —dijo Tanar—. ¿Y todo eso qué quiere decir?

—Quiere decir —contestó David—, que si esa leyenda es cierta, o si se basa en alguna parte de verdad, sus antepasados procedían del mismo mundo exterior del que vinimos Perry y yo. ¿Pero por dónde entraron ellos? Eso constituye un enigma insondable.

Durante su encarcelamiento los tres hombres discutieron muchas veces aquella cuestión, pero no fueron capaces de dar con ninguna solución definitiva al misterio. La comida les fue llevada en varias ocasiones, tantas como durmieron, hasta que por fin los soldados korsars vinieron y los sacaron de la mazmorra.

Fueron conducidos al palacio del Cid, cuya arquitectura vino a incrementar el misterio del origen de aquella extraña raza en la mente de David Innes, pues el edificio parecía mostrar indiscutibles señales de influencias moriscas.

Ya dentro del palacio fueron llevados a una amplia sala repleta de barbudos korsars ataviados con llamativas vestimentas, que sobrepasaban con mucho, por la brillantez de sus colores y su ornamentación, a las, comparativamente hablando, modestas ropas que vestían a bordo de sus naves. Sobre una tarima, en un extremo de la sala, un hombre se sentaba en un gran trono hermosamente tallado. Era el Cid, y cuando los ojos de David se posaron en él, por primera vez se fijó en el significativo detalle del título que ostentaba el gobernante de los korsars.

Anteriormente, el nombre sólo había sido eso para David: un nombre. No lo había considerado un título, ni tampoco había despertado ninguna otra idea en particular. Pero ahora, asociado a aquel palacio de estilo morisco y al tallado trono, sí lo hizo.

¡El Cid! Rodrigo Díaz de Vivar, el Campeador, el héroe nacional español del siglo XI. ¿Qué podía significar aquello? Sus pensamientos volvieron a los navíos de los korsars, a sus extravagantes tripulaciones con sus alfanjes y arcabuces y entonces recordó las emocionantes historias que de niño había leído sobre los piratas de las costas españolas. ¿Sería todo una simple coincidencia? ¿Podía haber surgido por sí

sola en el mundo interior una raza que se asemejara tanto a los bucaneros del siglo XVI, o habrían, en efecto, sus antepasados descubierto una manera de llegar hasta allí desde el mundo exterior? David Innes no tenía ninguna respuesta para todas aquellas cuestiones. Se hallaba verdaderamente desconcertado. Pero en ese momento lo llevaban ante el trono del Cid y no había más tiempo para las sabrosas especulaciones que habían absorbido su mente hasta entonces.

Los crueles y astutos ojos del Cid miraban desde su brutal rostro a los tres prisioneros.

—¡El emperador de Pellucidar! —exclamó en tono de burla—. ¡El rey de Anoroc! ¡El hijo del rey de Sari!

Entonces se echó a reír estrepitosamente. A continuación extendió su mano e hizo un gesto con sus dedos, como si estuviera agarrando una presa.

—¡Emperador! ¡Rey! ¡Príncipe! Aquí estáis los tres, en las garras del Cid. Emperador... ¡bah! ¡Yo, el Cid, sí que soy el verdadero emperador de todo Pellucidar! —rugió, dirigiéndose a David—. ¡Tú y tus desnudos salvajes! ¿Quién eres tú para tomar el título de emperador? Si quisiera, podría aplastaros a todos vosotros. Pero no lo voy a hacer. El Cid es un hombre generoso y también agradecido: podréis obtener vuestra libertad a cambio de un pequeño precio que podéis pagar fácilmente.

Tras decir esto se detuvo, como si esperara que le preguntasen, pero ninguno de los tres prisioneros se dirigió a él. Entonces se volvió hacia David.

—¿Dónde habéis conseguido vuestras armas de fuego y vuestra pólvora? ¿Quién os las hace?

—Nos las fabricamos nosotros mismos —contestó David.

—¿Quién os ha enseñado a fabricarlas? —insistió el Cid, pero nadie le respondió—. Está bien, no importa; es suficiente con que sepáis como hacerlas y nosotros queramos saberlo. Obtendréis vuestra libertad si nos enseñáis a fabricarlas.

David era capaz de conseguir pólvora, pero no sabía si podría mejorar la de los korsars, ya que solía dejar esa tarea a Perry y sus aprendices. Además, era perfectamente consciente de que jamás conseguiría construir un moderno rifle, similar a los que se fabricaban en los arsenales de Sari, toda vez que no disponía de los diseños para construir los rifles, ni tampoco la maquinaria, ni los diseños para construir esa maquinaria, ni los talleres precisos para obtener el acero necesario para su fabricación. Pero en cualquier caso, allí estaba la oportunidad de conseguir la libertad abriendo camino a una posible huida de Korsar, y no podía desperdiciarla, ni por él ni por sus compañeros, admitiendo su incapacidad para fabricar modernas armas de fuego o para mejorar la pólvora de los korsars.

—¿Y bien? —exigió el Cid con impaciencia— ¿Cuál es vuestra respuesta?

—No podemos construir rifles ni fabricar pólvora así como así —repuso David—. No podemos obtenerlos del aire o de las palabras. Necesitamos materiales

adecuados, factorías, hombres cualificados. Tendrás que dormir muchas veces antes de que podamos conseguir todo eso. ¿Estás dispuesto a esperar?

—¿Cuántas veces tendremos que dormir hasta que nos hayáis enseñado a hacerlo? —preguntó el Cid.

David se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Primero tengo que conseguir los materiales adecuados.

—Nosotros tenemos esos materiales —dijo el Cid—. Tenemos hierro y los componentes necesarios para obtener la pólvora. Todo lo que tenéis que hacer es mezclarlos de una manera distinta a la que lo hacemos nosotros.

—Tenéis los materiales, pero es posible que no sean de la calidad necesaria para conseguir lo que sólo pueden realizar los súbditos del emperador de Pellucidar. Quizá vuestro nitrato sea de baja graduación, o quizá existan impurezas en vuestro azufre, o incluso puede que la mezcla de carbón no esté preparada de la forma adecuada. Además, puede haber asuntos más importantes a considerar en la extracción del material y en su transformación en acero para poder obtener unas armas de fuego similares a las de los pellucidaros.

—No tenemos prisa —dijo finalmente el Cid.

A continuación se volvió hacia uno de los hombres que se encontraba a su lado.

—Haz que un oficial acompañe a estos hombres —dijo—. Dejadles que vayan a donde quieran y que hagan lo que sea necesario para cumplir mis ordenes. Suministrarles trabajadores si los necesitan, pero no les dejéis que se demoren ni los dejéis escapar bajo pena de muerte para el responsable.

Y de esa forma finalizó su entrevista con el Cid de Korsar. El azar quiso que el hombre encargado de vigilarles fuera Fitt, el marinero que David había elegido para acompañarles a él y a Ja en su persecución de la flota korsar. Fitt, al haber conocido bien a David y a Ja con anterioridad, y al no haber recibido de ellos otra cosa más que un tratamiento correcto, estuvo lejos de serles hostil, aunque, al igual que la mayoría de los demás korsars, tendía a ser salvaje y cruel.

Mientras abandonaban el palacio, tuvieron una fugaz visión de una muchacha que se encontraba en una de las cámaras que daban al corredor en el que se hallaban. Fitt, engrandecido por la importancia de su nuevo cargo y considerándose una especie de guía, iba revelando y explicando las maravillas del palacio a aquellos ignorantes no iniciados, describiendo los objetos de interés con los que se cruzaban o señalándoles quienes eran personajes de importancia. Al indicar en dirección a la habitación en la que habían visto a la muchacha, aunque ya habían pasado de largo el corredor en el que se encontraba la cámara y no podían verla, dijo:

—Aquella era la hija del Cid.

Tanar se detuvo sobre sus pasos y se dirigió a Fitt.

—¿Puedo hablar con ella? —le preguntó.

—¿Qué? —exclamó Fitt—. ¡Hablar tú con la hija del Cid!

—La conozco —respondió Tanar—. Ambos estuvimos solos a bordo del navío del Cid cuando lo abandonaron sus oficiales y su tripulación. Ve hasta ella y pregúntale si quiere hablar conmigo.

—El Cid no lo aprobaría —dijo Fitt inseguro.

—Sólo te dio órdenes de acompañarnos —dijo David—. ¿Cómo se supone que vamos a llevar a cabo nuestra tarea si se nos impide hablar con quien deseemos? Tú no corres ningún riesgo por llevarnos hasta la hija del Cid. Si luego es ella la que quiere hablar con Tanar, la responsabilidad no será tuya sino de ella.

—Supongo que tienes razón —dijo Fitt—. Se lo preguntaré.

Fitt se dirigió hacia la estancia en la que se hallaban Stellara y Gura. Entonces, por primera vez, se dieron cuenta de que había un hombre con ellas. Se trataba de Bulf, y los tres ocupantes miraron a Fitt cuando éste entró en la habitación.

—Aquí hay alguien que desea hablar con la hija del Cid —dijo dirigiéndose a Stellara.

—¿Quién? —preguntó Bulf.

—Tanar, un prisionero de guerra de Sari.

—Dile —contestó Stellara—, que la hija del Cid no se acuerda de él y que no le puede conceder ninguna audiencia.

Mientras Fitt se daba la vuelta y abandonaba la estancia, los ojos habitualmente tristes de Gura relampaguearon de asombro y de cólera al mirar a Stellara.



Capítulo XIV

Dos soles

David, Ja y Tanar fueron acuartelados en unos barracones en el interior de los muros del palacio del Cid, e inmediatamente se pusieron a trabajar en el plan que David había sugerido, y que incluía una inspección, no sólo de las factorías de pólvora y de los arsenales en los que se fabricaban las armas de los korsars, sino también de los almacenes de nitrato, los depósitos de azufre y las minas de carbón y de hierro.

Aquellas visitas realizadas bajo el pretexto de inspeccionar sus fuentes de recursos y los métodos de su obtención no despertaron ninguna sospecha en la mente de los korsars, aunque su verdadero propósito era totalmente distinto de lo que aparentaban ser.

Ante todo, David no tenía la más mínima intención de enseñar a los korsars como mejorar su pólvora, ya que eso los hubiera transformado en una amenaza todavía mayor para la paz del Imperio que la que podían significar mientras estuvieran en desventaja por la peor calidad de su pólvora, que fallaba tan a menudo como explotaba. Aquellas visitas de inspección, que con frecuencia los llevaban a una distancia considerable de la ciudad de Korsar, constituían, por el contrario, una excusa para retrasar todo lo posible el propósito perseguido por los korsars, mientras, al mismo tiempo, David y sus compañeros intentaban fraguar algún plan de huida que pudiera revestir posibilidades de éxito. También proporcionaban a los tres hombres un mayor conocimiento del territorio circundante, familiarizándolos con las diversas rutas e informándoles de las costumbres y el comportamiento de las primitivas tribus que se encargaban de las labores agrícolas de Korsar y de las tareas en las minas y en los depósitos de nitrato y carbón.

No pasó mucho tiempo antes de que se enterasen de que todos los korsars vivían en la ciudad de Korsar y que su población rozaba las quinientas mil almas. Mientras que todas las tareas las realizaban los esclavos, todo varón korsar mayor de quince años era considerado apto para el servicio militar, al tiempo que los que se encontraban entre los diez y los quince años iniciaban su periodo de entrenamiento durante el cual aprendían todo lo necesario sobre el arte de la navegación, la piratería y el saqueo. David se dio cuenta enseguida que era la ferocidad de los korsars, más que su número, lo que les convertía en una amenaza para la paz de Pellucidar; pero también estaba seguro de que con igual número de hombres y de navíos podía derrotarles, y se alegraba de haber sido él mismo el que emprendiera aquella peligrosa misión. Además, cuanto más reconocían los tres los alrededores de Korsar, más se convencían de la posibilidad de la huida.

Los primitivos salvajes a los que los korsars habían arrancado de sus tierras y forzado a una virtual esclavitud, poseían un nivel de inteligencia tan bajo que David estaba seguro de que jamás podrían ser utilizados con éxito como soldados por los korsars, a los que sobrepasaban en una proporción de diez a uno. Sus poblados, según su guía korsar, se internaban tierra adentro, en dirección a los confines más alejados en los que ningún hombre había penetrado.

Los mismos nativos hablaban de un territorio helado situado al norte, en cuyos yermos y desolados desiertos no podía vivir ningún hombre, y de unas cadenas montañosas, selvas y llanuras que se extendían más al este y al sudeste, "hasta las mismas costas del Molop Az", como denominaban al mar flamígero en el que según la leyenda flotaba la tierra de Pellucidar.

La creencia de los nativos sobre una ininterrumpida extensión de tierra al este y al sudeste, corroboraba la suposición de David de que Korsar se encontraba en el mismo continente que Sari. Aquella suposición se veía además incrementada por el inequívoco sentido de la orientación que los tres hombres experimentaron desde el momento en que posaron sus pies en las costas de Korsar, o mejor dicho, que experimentaron los nacidos en Pellucidar, Tanar y Ja, ya que David no poseía aquel innato sentido del hogar. Si hubiera existido un océano de una extensión considerable separándoles de su tierra de nacimiento, los dos pellucidaros, con toda certeza, no habrían estado tan seguros como se encontraban de la dirección en que se hallaba Sari.

A medida que se incrementaban en número las excursiones a diversos puntos situados fuera de la ciudad de Korsar, la vigilancia de Fitt se iba relajando, de modo que de vez en cuando los tres hombres solían encontrarse solos en alguna zona remota de la parte más alejada del país.

Tanar, herido por los continuos rechazos de Stellara, intentaba convencerse a sí mismo de que no la amaba. Intentaba convencerse de que era cruel y desleal, pero lo único que conseguía era sentirse más desgraciado, aunque escondía este sentimiento a sus compañeros y se dedicaba tan arduamente como ellos a planear la huida. Su corazón se llenaba de agonía al pensar que se iba a alejar para siempre de la proximidad de la mujer que amaba, incluso aun cuando hubiera poca o ninguna esperanza de que pudiera volver a verla si se quedaba allí, ya que los rumores de las inminentes nupcias de Stellara con Bulf habían llegado hasta los barracones en los que residían.

La ventana de la estancia a la que habían sido asignados daba a una parte de los jardines del Cid, un lugar de gran belleza natural en el que los árboles, los arbustos y las flores bordeaban los senderos de gravilla y un lago en miniatura y un arroyuelo relucían bajo la luz del sol.

Tanar rara vez se encontraba en su habitación y cuando lo estaba normalmente no

prestaba más que una atención casual al jardín que se hallaba al otro lado del muro. Sin embargo, en una ocasión, después de regresar de una visita a una mina de hierro, se había quedado a solas con sus tristes pensamientos y, sentado sobre la repisa de la ventana, observaba la preciosa vista que había ante él cuando, de repente, su atención fue atraída por la figura de una muchacha que había aparecido prácticamente debajo de él, caminando por uno de los senderos de gravilla. Ella iba mirando hacia la ventana en la que él se hallaba, y sus miradas se encontraron de forma simultánea. Era Gura.

Situando uno de sus dedos sobre sus labios para advertirle que guardara silencio, avanzó rápidamente hasta llegar a un punto lo más cerca posible de la ventana.

—Hay una puerta en la pared del jardín a la altura del extremo más alejado de vuestros barracones —dijo en un susurro lo suficientemente alto para que lo oyera—. Acércate allí enseguida.

Tanar no se detuvo a preguntarle nada más. El tono de la muchacha había sido perentorio. Su mismo comportamiento denotaba urgencia. Bajando por la escalera hasta el piso inferior, Tanar abandonó el edificio y caminó lentamente hacia la parte más alejada del mismo. Había varios korsars cerca de él, pero estaban acostumbrados a verlo, y, además, mantuvo un paso lento y despreocupado que no levantó sospechas. Justo al final de los barracones dio con una pequeña puerta reforzada situada en la pared del jardín. Cuando llegó ante ella la puerta se abrió y Tanar se introdujo rápidamente en el interior. Al instante, Gura cerró la puerta a sus espaldas.

—Por fin lo conseguí, aunque pensé que nunca lo haría —exclamó la muchacha—. He intentado hablar contigo desde que Fitt te sacó del palacio del Cid. Averigüé por uno de los esclavos donde se encontraban los barracones en los que residíais y en cualquier momento en que me veía libre me hallaba ante tu ventana. Te conseguí ver dos veces, pero no pude llamar tu atención, y ahora puede que sea demasiado tarde.

—¡Demasiado tarde! ¿Qué quieres decir? ¿Demasiado tarde para qué? —preguntó Tanar.

—Demasiado tarde para salvar a Stellara —respondió la muchacha.

—¿Está en peligro?—inquirió Tanar.

—Los preparativos para su casamiento con Bulf ya han concluido. No puede retrasarlo más tiempo.

—¿Por qué quiere retrasarlo? —preguntó el sari—. ¿Acaso no está contenta con el hombre que ha elegido?

—Como todos los hombres, pareces estúpido en lo que concierne al corazón de una mujer —exclamó Gura.

—Sé lo que ella me dijo —respondió Tanar.

—Después de todo lo que habéis pasado juntos, después de lo que ella ha significado para ti, ¿cómo has podido pensar que amaba a otro? —preguntó Gura.

—¿Me estás diciendo que no ama a Bulf? —preguntó Tanar.

—Por supuesto que no lo ama. Es una bestia horrible.

—¿Y todavía me quiere a mí?

—Jamás ha amado a ningún otro —contestó la muchacha.

—¿Entonces por qué me ha tratado como lo ha hecho? ¿Por qué me dijo todas aquellas cosas?

—Porque estaba celosa.

—¡Celosa! ¿Celosa de quién?

—De mí —dijo Gura bajando la mirada.

El sari se quedó mirando sin decir nada a la muchacha himea de oscuros cabellos que se encontraba ante él. Notó en su esbelto cuerpo, en sus hundidos hombros, una actitud de desfallecimiento.

—Gura, ¿acaso te he dicho alguna vez palabras de amor? —le preguntó—. ¿Acaso le di a Stellara o a nadie el derecho a pensar que yo te amaba a ti?

Ella denegó con la cabeza.

—No —respondió—, y así se lo dije a Stellara cuando me enteré de lo que pasaba por su cabeza. Le dije que no me amabas, y finalmente conseguí convencerla. Entonces me pidió que te encontrara y te dijera que todavía te quiere. Pero yo, por mi parte, tengo además otro mensaje para ti. Te conozco, sari. Sé que no piensas permanecer indefinidamente aquí como prisionero de los korsars. Sé que intentarás escapar y he venido a suplicarte que te llesves a Stellara contigo, porque ella se matará antes que convertirse en la esposa de Bulf.

—Escapar—musitó Tanar—. ¿Cómo se puede escapar del mismísimo corazón del palacio del Cid?

—Eso es tarea de un hombre —dijo Gura—. Te corresponde a ti encontrar la forma de hacerlo.

—¿Y tú?—apuntó Tanar—. ¿Deseas venir con nosotros?

—No te preocupes por mí —respondió Gura—. Si Stellara y tú lográis escapar, lo demás no me importa.

—Pero tú sí me importas a mí —dijo el hombre—, y estoy convencido de que no deseas quedarte en Korsar.

—No —repuso tras un momento la muchacha—, no me gustaría quedarme en Korsar, y menos ahora que el Cid parece haberse encaprichado conmigo.

—¿Quieres volver a Hime? —preguntó Tanar.

—Después de haber probado el sabor de la felicidad —señaló la muchacha—, no podría regresar a las disputas, al odio y a la constante amargura que constituían la vida en la cueva de Scurv y que no haría sino mantener en cualquier otra cueva de Hime a la que me llevaran como esposa.

—Entonces vendrás con nosotros —dijo el sari.

—¡Ojalá fuera posible! —exclamó Gura.

—Entonces está decidido —contestó Tanar—. Vendrás con nosotros y, si conseguimos llegar a Sari, estoy seguro de que podrás encontrar la paz y la felicidad que te mereces.

—Suena como un sueño del que me despertaré en la cueva de Scurv—indicó Gura con cierta tristeza.

—Haremos que el sueño se haga realidad —repuso el sari—, y ahora vamos a buscar la mejor manera de sacaros a Stellara y a ti del palacio del Cid.

—Eso no va a ser fácil —dijo Gura.

—No, será la parte más difícil de nuestra huida—convino el sari—, pero hay que hacerlo y creo que cuánto más osado sea el plan mayores posibilidades de éxito tendrá.

—Y hay que hacerlo enseguida—recalcó Gura—. Los preparativos para el enlace ya han concluido y Bulf está impaciente porque sea su esposa.

Durante un momento Tanar permaneció pensativo, buscando algún plan que pudiera contener alguna posibilidad de ser factible.

—¿Puedes traer ahora mismo a Stellara hasta esta puerta? —preguntó a Gura.

—Si está sola, sí —respondió la muchacha.

—Entonces tráela y esperad las dos aquí hasta que vuelva. Mi señal de aviso será un leve silbido. Cuando lo oigáis, abrid la puerta.

—Estaremos aquí tan rápidamente como nos sea posible —dijo Gura mientras Tanar atravesaba el umbral en dirección a los barracones del patio, cerrando la puerta tras él.

El sari miró a su alrededor, comprobando con satisfacción que aparentemente nadie lo había visto salir del jardín. En lugar de regresar por el camino por el que había venido, se giró en dirección opuesta y cruzó a través de una de las puertas principales del palacio. Aquella estrategia obedecía a un claro motivo: quería averiguar si podía pasar por delante de la puerta principal sin que le dieran el alto.

Tanar no había adoptado las vestimentas de sus captores y todavía llamaba la atención por su escaso atavío y los ornamentos propios de un guerrero salvaje. Sus idas y venidas le habían hecho una figura familiar en los alrededores de palacio y en las calles de Korsar. Pero nunca antes había pasado delante de la puerta principal sin el siempre presente Fitt.

Al acercarse a la puerta principal ni se apresuró ni se detuvo, sino que mantuvo un paso firme y una actitud indiferente. Otros caminantes entraban y salían de él, y toda vez que los primeros, lógicamente, recibían un mayor escrutinio por parte de los guardias que los segundos, Tanar pronto se encontró en las calles de Korsar, fuera de la vista del palacio del Cid.

Ante él se hallaban las panorámicas que ahora le eran familiares: las estrechas y

polvorientas calles, las pequeñas tiendas y bazares, los fanfarrones korsars con sus coloridos pañuelos y fajines y los esclavos llevando de un lado a otro grandes cajas con legumbres y piezas de caza procedentes de la parte más alejada del país mientras que fardos con pieles curtidas, sal y otras mercancías, apreciadas por los sencillos paladares de los aborígenes, eran exportadas desde la ciudad hacia el interior. Algunos de los fardos eran de un tamaño y peso considerable, requiriendo los servicios de cuatro porteadores que los llevaban mediante dos largas pértigas cuyos extremos descansaban sobre los hombros de los hombres.

Había varias hileras de esclavos transportando municiones y provisiones hasta una flota de navíos que se estaba equipando para realizar una próxima expedición de saqueo. Otra hilera de esclavos descargaba el botín de la bodega de otra nave que había anclado recientemente en el río, frente a la ciudad.

Toda aquella actividad producía una escena de evidente confusión que se incrementaba por las voces de los mercaderes pregonando sus géneros y la estridente cháchara de los presuntos compradores.

El sari se abrió paso a codazos por entre aquella variopinta multitud y se dirigió hacia otra de las puertas que daba entrada al palacio, la más cercana a los grandes y discordantes barracones. Por aquella puerta era por la que más a menudo cruzaba y no recibió más que un vistazo mientras pasaba. Una vez en el interior se dirigió inmediatamente hacia los aposentos asignados a David. Allí encontró a David y a Ja, y les informó con rapidez del plan que había estado perfeccionando desde el momento en que había abandonado el jardín del Cid.

—Ahora —dijo—, antes de que os pronunciéis sobre mi plan, tengo que dejar claro que no espero que me acompañéis si creéis que las posibilidades de éxito son escasas. Mi deber, y también mi deseo, es salvar a Stellara y a Gura, pero no puedo pedirlos que arriesguéis vuestros propios planes de fuga.

—Tu plan es bueno —repuso David—, y aunque no lo fuera, es el mejor que se nos ha ocurrido. Y en lo referente a abandonaros a ti, a Stellara o a Gura, es algo que está fuera de toda discusión. Iremos contigo, y sé que hablo tanto por mí mismo como por Ja.

—Sabía que diríais eso —dijo el sari—. Ahora vamos a ponerlo en práctica inmediatamente.

—De acuerdo —contestó David—. Haz las compras precisas y regresa al jardín. Ja y yo comenzaremos enseguida a realizar nuestra parte.

Los tres se dirigieron rápidamente hacia la puerta del palacio más cercana a los barracones. Cuando llegaron a ella, los guardias korsars les dieron el alto.

—¿Adónde vais? —preguntó uno de ellos.

—Vamos a la ciudad a realizar las compras necesarias para una expedición que estamos a punto de emprender en busca de un nuevo depósito de hierro situado en la

parte más alejada del país.

—¿Dónde está Fitt? —preguntó el capitán de la guardia.

El Cid ha mandado a buscarle. Mientras viene haremos los preparativos necesarios.

—De acuerdo —dijo el hombre, aparentemente satisfecho—. Podéis pasar.

—Regresaremos enseguida con varios porteadores —dijo David—, para recoger algunas de nuestras pertenencias, y más tarde volveremos a por el resto del equipo necesario. ¿Puedes dar órdenes de que nos dejen pasar en el caso de que no estés aquí?

—Estaré aquí —respondió el hombre—. ¿Pero qué es lo que tenéis que transportar?

—Tendremos que viajar más allá de las fronteras de Korsar, y allí los nativos poco o nada saben del Cid y de su poder. Por eso es necesario que llevemos provisiones y artículos de comercio con los que podamos negociar con ellos lo que necesitemos, pues no seremos los suficientes como para conseguirlos por la fuerza.

—Ya veo —dijo el hombre—; pero me parece raro que el Cid no envíe unos cuantos korsars con buenos arcabuces y pistolas para obtener lo que quiera de esos salvajes en lugar de negociar con ellos.

—Sí, parece extraño —repuso David, mientras los tres salían a las calles de Korsar.

Tras atravesar la puerta, David y Ja torcieron a la derecha, en dirección a la plaza del mercado, y Tanar se dirigió inmediatamente hacia una de las tiendas del lado opuesto de la calle. Allí adquirió dos grandes sacos de piel curtida, con los que enseguida regresó a los terrenos de palacio. Al poco tiempo, se encontró ante la puerta del jardín y lanzó el silbido que había convenido como señal para que las muchachas supieran que había llegado.

Al instante se abrió la puerta y Tanar se introdujo en el interior. Mientras Gura cerraba la puerta a su espalda, el sari se encontró frente a Stellara. Sus ojos se hallaban llenos de lágrimas y sus labios temblaban de emoción contenida. Tanar no la dejó decir nada; simplemente abrió sus brazos y la estrechó fuertemente contra su pecho.

La plaza del mercado de la ciudad de Korsar consistía en una amplia glorieta en la que los nativos del interior intercambiaban sus productos agrícolas, las pieles y la carne de los animales que habían cazado por las sencillas cosas que deseaban llevarse con ellos a sus hogares.

Los granjeros traían sus hortalizas en grandes cestos hechos de cañas entrelazadas con hierbas. Estos cestos solían medir unos cuatro pies por cada uno de sus lados y se transportaban gracias a una pértiga sostenida por dos hombres si la carga era ligera o mediante dos pértigas y cuatro porteadores si era más pesada.

David y Ja se aproximaron a un grupo de hombres cuyos cestos ya se hallaban vacíos y, evidentemente, se disponían a marcharse del mercado. Después de preguntar a varios del grupo, descubrieron que algunos de ellos se dirigían a la misma aldea, situada a una considerable distancia al norte de Korsar.

Por orden del Cid, Fitt había proporcionado a los tres prisioneros una buena cantidad de la moneda korsar, a fin de que pudieran realizar las compras necesarias para llevar a cabo sus investigaciones y experimentos.

Las monedas, que consistían en piezas de oro de diferentes pesos y tamaños, estaban toscamente acuñadas por uno de sus lados con lo que parecía ser una imagen del Cid y por el otro con un navío korsar. Durante tanto tiempo habían sido aquellas piezas de oro el medio normal de cambio en Korsar y en sus alrededores, que eran incluso aceptadas por los nativos de muy alejadas tribus y aldeas. De este modo, David tuvo muy pocas dificultades para conseguir los servicios de ocho porteadores y dos de sus cestos con los que transportar lo necesario al menos hasta sus aldeas, aunque en realidad era hasta mucho más lejos hasta donde David pretendía utilizar los servicios de los nativos.

Una vez hechos los arreglos pertinentes con los hombres, David y Ja los condujeron hasta la puerta del palacio, donde al pasar junto al oficial éste les saludó con un movimiento de cabeza.

Mientras marchaban frente a la fachada de los barracones en dirección a su extremo opuesto, su único temor era que Fitt hubiera regresado de su entrevista con el Cid. Si lo había hecho y los veía, preguntándoles lo que estaban haciendo, todo estaba perdido. Apenas respiraban a medida que se acercaban a la entrada de sus aposentos, que también eran los de Fitt. Pero no vieron ningún rastro de él al atravesar su puerta y dirigirse hasta el muro del jardín. Allí se detuvieron, indicando a los porteadores que situaran los cestos cerca de la entrada. Entonces David Innes emitió un leve silbido. La puerta se abrió y a una orden de Tanar entraron los ocho porteadores, recogiendo dos fardos situados en el interior y depositándolos en cada uno de los cestos que les esperaban al otro lado del muro. Luego cubrieron los cestos con sus tapas y una vez más cargaron con ellos, volviendo a continuación toda la partida sobre sus pasos en dirección a la puerta del palacio por la que acababan de entrar con sus cestos vacíos.

De nuevo la aprensión encogió el corazón de David Innes ante el temor de que hubiera regresado Fitt, pero atravesaron los barracones y llegaron ante la puerta del palacio sin verle. Allí les detuvo el korsar al mando.

—No habéis tardado mucho. ¿Qué lleváis en los cestos? —preguntó alzando la tapa de uno de ellos.

—Nuestros enseres personales —respondió David—. Cuando volvamos dentro de un rato recogeremos el resto de nuestro equipo. ¿No prefieres inspeccionarlo todo al

mismo tiempo?

El korsar, mirando el fardo de piel que había dentro del cesto, vaciló un momento antes de contestar.

—De acuerdo —dijo, volviendo a dejar caer la tapa en su sitio—. Lo haré todo a la vez.

Los corazones de los tres hombres se habían paralizado, pero la voz de David Innes no traicionó la emoción que sentía mientras se dirigía al capitán de la guardia.

—Cuando regrese Fitt —le dijo—, dile que necesito verlo. Pídele que me espere en nuestros aposentos hasta que volvamos.

El korsar hizo un hosco gesto de asentimiento y les indicó con una seña que cruzasen la puerta.

Girando hacia la derecha, David condujo al grupo calle abajo hasta llegar a la plaza del mercado. Allí torcieron bruscamente a la izquierda a través de una retorcida callejuela y volvieron atrás, en dirección al norte, por otra calle paralela a la que discurría frente al palacio. Por aquella zona las tiendas eran más pobres y había menos tráfico. Los porteadores pudieron moverse con más rapidez, y en breve la partida salió de la ciudad de Korsar a terreno abierto. Entonces, por medio de amenazas y promesas de más piezas de oro, los tres hombres urgieron a los porteadores a acelerar el paso, convirtiéndolo en un veloz trote que mantuvieron hasta que se vieron obligados a detenerse por el cansancio. Tras un breve descanso y una comida, volvieron a ponerse en camino. No disminuyeron la velocidad de su avance hasta que alcanzaron el quebrado y arbolado terreno situado al pie de las montañas, ya bastante lejos y al norte de Korsar.

Allí, al refugio de los árboles, los porteadores dejaron su carga en el suelo y se tendieron en la hierba a descansar. Tanar y David quitaron las tapas que cubrían los cestos y desataron las firmes cuerdas que aseguraban las aberturas de los fardos, revelando su contenido. Medio ahogadas y prácticamente incapaces de mover sus entumecidos miembros, Stellara y Gura salieron de los cestos, quedando a la vista de los asombrados nativos.

Tanar se volvió hacia los hombres.

—¿Sabéis quién es esta mujer? —preguntó.

—No—respondieron varios de ellos.

—Es Stellara, la hija del Cid —dijo el sari—. Habéis ayudado a secuestrarla del palacio de su padre. ¿Sabéis lo que eso significa si os cogen?

Los hombres temblaban de terror.

—No sabíamos que ella se encontraba en uno de los cestos —dijo uno de ellos—. No hemos tenido nada que ver en su secuestro. Habéis sido vosotros los que lo habéis llevado a cabo.

—¿Piensas que si los korsars nos capturan, os van a creer cuando nosotros les

digamos que os pagamos una gran cantidad de oro? —preguntó Tanar—. No, no os creerán, y no tengo que deciros cuál será vuestro destino. Sin embargo, no os ocurrirá nada si hacéis lo que yo os diga.

—¿Qué? —preguntó uno de los nativos.

—Coged vuestros cestos, marchaos a vuestras aldeas y no digáis nunca a nadie mientras viváis lo que habéis hecho hoy, ni siquiera a vuestras mujeres. Si no lo contáis nadie sabrá nunca nada, porque nosotros tampoco lo divulgaremos.

—Jamás se lo contaremos a nadie—dijeron los hombres a coro.

—No habléis de ello ni siquiera entre vosotros mismos —les advirtió David—, porque hasta los árboles tienen oídos. Si los korsars llegan a vuestras aldeas y os preguntan algo, sólo les diréis que visteis a tres hombres y dos mujeres viajando hacia el este, más allá de los límites de la ciudad de Korsar. Decidles que estabais demasiado lejos para reconocerlos, aunque es posible que fueran la hija del Cid, su compañera y los tres hombres que las secuestraron.

—Haremos lo que dices—contestaron los porteadores.

—Entonces idos —exigió David, y los ocho hombres recogieron apresuradamente los cestos y desaparecieron en la selva, en dirección al norte.

Cuando las dos muchachas descansaron lo suficiente y estuvieron dispuestas para continuar el viaje, la partida volvió a ponerse en marcha, dirigiéndose durante algún tiempo hacia el este, y más tarde volviendo a enfilar al norte, ya que el plan de Tanar era que los korsars siguieran su rastro hacia el norte, en vez de hacia el este o el sur. Después girarían hacia el este, mucho más al norte de la zona que los korsars peinarían en su búsqueda y luego, una vez más, después de muchas marchas, volverían a cambiar su dirección, esta vez hacia el sur. Era una ruta con muchos rodeos, pero parecía la más segura.

Las selvas fueron convirtiéndose en bosques de pinos y cedros y en estepas barridas por el viento pobladas por árboles raquíuticos y nudosos. El aire era más frío del que estaban acostumbrados en sus tierras nativas, y cuando el viento soplaba del norte temblaban estremecidos ante el fuego de su campamento. Los animales con los que se encontraban eran cada vez más escasos y poseían pieles más gruesas. Por ninguna parte se veían señales del hombre.

En una ocasión, mientras se hallaban acampados, Tanar indicó al suelo bajo sus pies.

—¡Mira! —le dijo a David—. Mi sombra se alarga ante mí.

Sorprendido, a continuación miró al cielo.

—¡El sol ya no está encima de nosotros! —exclamó.

—Ya me he dado cuenta —repuso David—. Estoy intentando comprender el porqué, y puede que lo consiga con ayuda de las leyendas korsars.

A medida que avanzaban sus sombras se hacían más y más alargadas. La luz y el

calor del sol disminuían cada vez más, hasta que comenzaron a vagar en un continuo semicrepúsculo. Y siempre hacia frío.

Hacía ya tiempo que se habían visto obligados a confeccionarse ropas de abrigo con la piel de las escasas bestias que habían conseguido cazar. Tanar y Ja querían girar ya hacia el sudeste, pues su extraño instinto del hogar les indicaba que aquella era la dirección en la que se encontraban sus países, pero David les pidió que avanzasen todavía un poco más. Su mente estaba sopesando una extraña y maravillosa teoría y deseaba continuar más hacia el norte para obtener pruebas irrefutables de su certeza.

Cuando dormían descansaban junto al cálido fuego y en una ocasión, al despertar, se encontraron cubiertos por un ligero manto de una sustancia blanca y fría que atemorizó a los pellucidaros pero que David identificó como nieve. El aire estaba lleno de blancas partículas que giraban al caer, y el viento azotaba toda aquella parte de su rostro que no quedaba cubierta, pues ahora llevaban capas y capuchas de piel y sus manos se hallaban protegidas por cálidos guantes.

—No podremos seguir avanzando mucho más en esta dirección —dijo Ja—. Si lo hacemos, pereceremos.

—Tal vez tengas razón —repuso David—. Vosotros cuatro debéis girar ya hacia el sudeste. Yo continuaré un poco más hacia el norte. Os alcanzaré más tarde, cuando haya satisfecho mi curiosidad comprobando algo que creo que es verdad.

—¡No! —gritó Tanar por encima del viento—. Permaneceremos juntos. Adonde tú vayas, iremos todos.

—Sí —dijo Ja—. No te pensamos abandonar.

—Entonces continuaremos todavía un poco más hacia el norte, y luego estaré dispuesto a dar la vuelta como deseáis —dijo David.

Y de ese modo continuaron avanzando lentamente sobre un terreno cubierto de nieve y bajo una cada vez más intensa oscuridad que llenó de terror las almas de los pellucidaros. Pero por fin cambió el viento y empezó a soplar desde el sur. La nieve comenzó a fundirse lentamente y el aire se volvió un poco más cálido y, un poco más adelante, empezó a levantarse el crepúsculo incrementándose la luz, aunque el sol de mediodía de Pellucidar ahora apenas era visible a sus espaldas.

—No lo puedo entender —dijo Ja—. ¿Cómo es posible que haya más luz si el sol cada vez está más lejos detrás de nosotros?

—No lo sé —repuso Tanar—. Pregúntaselo a David.

—Sólo puedo suponerlo —contestó David—, y mi suposición es tan descabellada que no me atrevo a expresarla en voz alta.

—¡Mirad! —exclamó entonces Stellara señalando hacia delante—. ¡El mar!

—Pero es un mar gris; casi no parece agua —señaló Gura.

—¿Y qué es aquello? —exclamó Tanar—. Es como un gran fuego sobre el mar.

—Además este mar no se curva hacia arriba en la distancia —señaló Stellara—. Estoy asustada; en este país todo es muy extraño.

David se había detenido sobre sus pasos y miraba fijamente al intenso color rojo que se alzaba ante ellos. Los otros se habían reunido a su alrededor y lo observaban también.

—¿Qué es? —preguntó Ja.

—Como que hay un Dios en los cielos, sólo puede ser una cosa —contestó David sin poder apartar la vista—, aunque sé que tiene que ser imposible. La misma idea es ridícula. Es imposible. No puede ser cierto.

—¿Pero qué es? —preguntó Stellara.

—El sol —contestó David.

—Pero el sol está fuera de nuestra vista, a nuestras espaldas—indicó Gura.

—No me refiero al sol de Pellucidar —repuso David absorto—, sino al sol del mundo exterior, el mundo del que yo vine.

Los otros guardaron un temeroso silencio, mientras observaban el borde de un disco de color rojo sangriento que parecía flotar sobre un océano de color gris, a través de cuya superficie teñida de rojo un brillante sendero de color carmesí y oro conducía desde la línea de la costa hasta el resplandeciente orbe, en el que el cielo y el mar parecían encontrarse.



Capítulo XV

Locura

Es imposible avanzar más —dijo Stellara. En efecto, así era. Al norte, al este y al oeste un inmenso y adusto mar les cortaba el paso y, a lo largo de toda la costa en la que se encontraban, enormes trozos de hielo se alzaban con sombríos rugidos para luego dejar caer su masa con estrepitoso estruendo sobre el batiente mar.

Durante un largo rato David Innes, emperador de Pellucidar, permaneció mirando la vasta y desolada extensión de agua.

—¿Qué habrá al otro lado?—murmuró para sí mismo.

Luego, moviendo la cabeza, se volvió hacia los demás.

—Vámonos —dijo—. Regresemos a Sari.

Sus compañeros recibieron aquellas palabras con gritos de alegría. Las sonrisas reemplazaron las preocupadas expresiones que habían surcado sus semblantes desde el momento en que habían visto como su amado sol de mediodía quedaba a sus espaldas. Con pasos ligeros, risas y bromas se dispusieron a afrontar el largo y arduo viaje que tenían por delante.

Durante la segunda marcha, tras abandonar el extraño mar del norte, Gura descubrió un extraño objeto a la izquierda de la zona por la que avanzaban en aquel momento.

—Parece una especie de choza indígena —dijo.

—Vayamos a investigar—propuso David, y los cinco se pusieron en marcha hacia el extraño objeto.

Era un cesto de mimbre grande y pesado que se encontraba boca abajo sobre el quebrado terreno. A su alrededor se hallaban los restos de un cordaje ya podrido.

A sugerencia de David los hombres dieron la vuelta al cesto. Debajo de él hallaron restos bien conservados de seda lubricada y una malla de fina cuerda.

—¿Qué es esto? —preguntó Stellara.

—Es la cesta y todo lo que queda de la bolsa de gas de un globo —respondió David.

—¿Qué es un globo? —preguntó la muchacha—. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

—Puedo explicarte lo que es un globo —contestó David—, pero si pudiera estar seguro de mi teoría de cómo llegó hasta aquí, tendría la respuesta a miles de preguntas que durante siglos se han hecho los hombres de la corteza exterior.

Durante un largo rato permaneció en silencio contemplando los restos deteriorados por la intemperie. Su mente se hallaba sumergida en conjeturas, ajeno a todo lo que había a su alrededor.

—Si estuviera seguro —musitó—, si pudiera estar seguro; ¿pero de qué otro

modo sino podía haber llegado hasta aquí? ¿Qué otra cosa podía ser aquel disco rojo sobre el horizonte del mar, más que el sol de medianoche de las regiones árticas?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Gura.

—Pobres diablos—musitó David—. Hicieron el mayor descubrimiento que jamás pudieron haber soñado o imaginado en sus más locos sueños. Me pregunto si llegarían a darse cuenta de ello.

Lentamente se quitó la capucha de piel y permaneció frente a los restos del globo con la cabeza agachada en respetuoso silencio y, por alguna extraña razón que no se pudieron explicar, sus compañeros descubrieron sus cabezas y siguieron su ejemplo. Después de esto continuaron su viaje, aunque pasó mucho tiempo antes de que David pudiera quitarse de la cabeza el desolador recuerdo de una de las más patéticas tragedias de la historia de la humanidad.

Tan ansiosos se encontraban los miembros de la partida por alcanzar el alegre calor del amado Pellucidar que conocían, que avanzaron continuamente hacia el sur haciendo los menos descansos posibles. De hecho, no recuperaron por completo el buen humor hasta que comprobaron que una vez más sus sombras volvían a situarse de nuevo debajo de ellos.

Al quedar Sari ligeramente hacia el sudeste, su regreso desde el norte les llevó por una ruta diferente de la que habían seguido al subir desde Korsar. Por supuesto, los pellucidaros no tenían ninguna noción sobre los puntos cardinales norte o sur, e incluso el mismo David Innes los tenía más en mente de acuerdo con los criterios pellucidaros que con los que había estado familiarizado en la corteza exterior.

Naturalmente, debido a que el sol permanece eternamente en su cénit, y al no existir ni luna ni estrellas ni planetas, los pellucidaros se han visto obligados a desarrollar un sistema de indicar la dirección, distinto de aquel al que nosotros estamos acostumbrados. Por instinto saben la dirección en que se encuentra su propio país, y cada pellucidaro reconoce todas las direcciones posibles desde este punto base e indica esas direcciones a los demás de una manera simple e ingeniosa.

Supongamos, por ejemplo, que vosotros sois de Sari y estáis viajando desde el mar cubierto de hielo que se encuentra por encima de Korsar hasta cualquier punto de Pellucidar. Pues bien, viajaríais manteniendo siempre vuestro rumbo de este modo: extendéis los dedos de vuestra mano derecha y la ponéis en posición horizontal frente a vuestro cuerpo, con la palma hacia abajo y vuestro dedo meñique señalando la dirección en que se encuentra Sari —dirección que vosotros conocéis por instinto—, mientras que vuestro pulgar indica a la izquierda en ángulo recto con la dirección en la que está señalando vuestro meñique. A continuación, extendéis vuestra mano izquierda en la misma forma y la colocáis por debajo de la derecha, de manera que el meñique de vuestra mano izquierda quede perfectamente cubierto por el meñique de la mano derecha. Veréis entonces que con los pulgares y los meñiques de las dos

manos abarcáis un arco de ciento ochenta grados.

Sari se encuentra al sudeste de Korsar, mientras que la Tierra de la Horrible Sombra se halla justo al sur. Por tanto, un sari que indique la dirección en la que se encuentra la Tierra de la Horrible Sombra dirá que está viajando dos dedos izquierdos de Sari, ya que el dedo corazón de la mano izquierda estaría señalando casi al sur, en dirección a la Tierra de la Horrible Sombra. Si estuviera viajando en sentido contrario, o hacia el norte, simplemente añadiría la palabra "atrás", diciendo que está viajando dos dedos izquierdos hacia atrás de Sari. De este modo, su sistema cubre aproximadamente todos los puntos cardinales, y, además, con bastante seguridad para las primitivas necesidades de los pellucidaros. El hecho de que cuando alguien esté dirigiéndose a la derecha de ese punto base determinado, lo indique mencionando los dedos de su mano izquierda, puede parecer confuso al principio, pero al haberse seguido este sistema durante eras es perfectamente inteligible para todos los pellucidaros.

Así, cuando alcanzaron un punto en el que la ciudad de Korsar se encontraba a tres dedos izquierdos hacia atrás de Sari, estaban, en realidad, al este exacto de Korsar. Ahora se hallaban en una región fértil y de clima semitropical en la que abundaba la vida animal. Los hombres iban armados con pistolas, lanzas, arcos y flechas, mientras que Stellara y Gura portaban cuchillos y unas lanzas más ligeras. Rara era la vez en la que no se topaban con alguna de las salvajes bestias de las selvas primigenias, de las colinas cubiertas de verdor o de las onduladas llanuras por las que les conducía su viaje.

Hacía ya bastante tiempo que habían abandonado cualquier temor de persecución o captura por parte de los korsars ya que habían bordeado los territorios más alejados de las tierras reclamadas por Korsar. Aunque se habían encontrado con algunos nativos en un par de ocasiones, no habían visto a ningún miembro de la raza dominante, lo que hacía que, por primera vez desde que habían caído en manos del enemigo, sintieran una sensación de indiscutible libertad. A pesar de que los peligros que constantemente les acosaban hubieran sido aterradores para cualquier habitante del mundo exterior, en ellos no producían tal efecto, pues sus experiencias vitales les habían dotado de una gran confianza en sí mismos. Además, una vigilancia y una alerta constantes les evitaban la posibilidad de futuras calamidades. Cuando se encontraban con algún peligro repentino estaban preparados para hacerle frente, y, después de que hubiera pasado, su espíritu no se deprimía esperando averiguar cuál sería el siguiente encuentro.

David y Ja estaban ansiosos por regresar junto a sus compañeras, pero Tanar y Stellara eran completamente felices al encontrarse juntos, mientras que Gura estaba contenta simplemente con estar al lado de Tanar. A veces recordaba a su hermano Balal por lo bueno que había sido con ella, pero a Scurv, a Sloo y a Dhung prefería

olvidarles.

De esta forma marchaban hacia Sari, como una alegre y feliz partida, cuando, repentina e inesperadamente, el desastre se abatió sobre ellos como un rayo.

Acababan de atravesar una cordillera de bajas y rocosas colinas, y descendían por un estrecho desfiladero, cuando, al girar un saliente de un alto cerro, se encontraron cara a cara con un numeroso destacamento de korsars formado por más de cien hombres. Sus jefes les vieron y les reconocieron de inmediato, y un grito de salvaje triunfo brotó de sus gargantas siendo coreado por el resto del grupo.

David, que marchaba al frente, comprendió rápidamente que toda resistencia sería inútil y al instante elaboró un plan.

—¡Tenemos que separarnos! —dijo—. Tanar, Stellara y tú iréis juntos. Ja, llévate a Gura contigo. Yo tomaré otra dirección distinta a la que toméis vosotros. No podemos dejar que nos capturen a todos; al menos uno tiene que conseguir escapar y regresar a Sari. Si no soy yo, quien lo consiga tiene que llevar este mensaje a Ghak y a Perry: tenéis que decirle a Perry que estoy seguro de haber descubierto una abertura polar que conduce desde la corteza exterior hasta Pellucidar y que trate de comunicarse por radio con el mundo exterior para informar de ello. Y a Ghak, decirle que es posible enviar fuerzas por tierra y por mar contra Korsar. Ahora adiós y que cada cual cuide de sí mismo.

Volviendo sobre sus pasos, los cinco empezaron a huir ascendiendo por el desfiladero. Al ser más ágiles y ligeros que los fornidos korsars les consiguieron distanciar y aunque los arcabuces abrieron fuego contra ellos, lanzando trozos de hierro y piedras a su alrededor, ninguno fue alcanzado.

Tanar y Stellara se encontraron siguiendo una escarpada hondonada que ascendía hacia su derecha. Prácticamente al mismo tiempo, Ja y Gura torcían a la izquierda siguiendo el curso de un cauce seco, mientras que David retrocedía por el desfiladero principal.

Casi en la misma cumbre y a punto de hallarse a salvo, Tanar y Stellara vieron su camino bloqueado por un rocoso peñasco, que, aunque no mediría más de quince pies, resultaba imposible de escalar. No existía ningún paso en la escarpada hondonada ni a su derecha ni a su izquierda, y mientras se encontraban en aquel callejón sin salida, con sus espaldas contra la pared, un grupo de veinte o treinta korsars, ascendiendo trabajosamente por la hondonada, les cortaba la retirada. No había ningún lugar donde esconderse; por el contrario, se veían obligados a quedar a la vista del enemigo, que cada vez se hallaba más cerca. Así, con la libertad prácticamente a su alcance, se encontraron de nuevo en manos de los korsars, viéndose Tanar forzado a rendirse sin oponer resistencia por temor a arriesgar la vida de Stellara ante las armas de fuego del enemigo.

La mayoría de los korsars estaban dispuestos a acabar inmediatamente con Tanar,

pero el oficial al mando se lo impidió señalando que las órdenes del Cid, en caso de volver a capturar a alguno de los prisioneros, eran de llevarle con vida a Korsar.

—Además —añadió—, Bulf está particularmente ansioso de que el sari regrese con vida.

Durante la larga marcha hasta Korsar, Tanar y Stellara descubrieron que aquella era una de las muchas partidas que el Cid había mandado en su busca, con órdenes de no regresar hasta que hubieran rescatado a su hija y apresado a sus captores. También había insistido en que la única razón por la que quería vivos a los prisioneros, era porque él y Bulf deseaban proporcionarles una muerte adecuada a su crimen.

Durante el camino de vuelta a Korsar, Tanar y Stellara estuvieron separados, aunque en alguna ocasión consiguieron intercambiar unas breves palabras.

—Mi pobre sari —le dijo Stellara en una de esas ocasiones—. Ojalá nunca hubiera permitido Dios que tú y yo nos hubiéramos encontrado porque sólo dolor, pesar y muerte van a resultar de ello.

—No me importa si muero mañana o me torturan eternamente —contestó Tanar—, porque será un pequeño precio a pagar por la felicidad que conocí a tu lado, Stellara.

—Te torturarán, Tanar, y eso es lo que más oprime mi corazón —repuso la muchacha—. Quítate la vida. No dejes que ellos te la arrebaten. Les conozco tanto a ellos como a sus métodos y preferiría matarte con mis propias manos a dejarte en sus garras. El Cid es una bestia, y Bulf es mucho peor que Bohar el Sanguinario. Jamás seré su esposa; de eso puedes estar seguro. Si mueres por tu mano, yo te seguiré poco después y si hay otra vida después de ésta, como decían los antepasados de los korsars, entonces nos volveremos a encontrar en un lugar en el que todo sea paz, belleza y amor.

El sari denegó con la cabeza.

—Sé lo que hay en esta vida y no sé lo que habrá en la otra —contestó Tanar—. Prefiero aferrarme a ella, y tú debes hacer lo mismo hasta que otras manos que no sean las nuestras nos la arrebaten.

—Pero te van a torturar horriblemente —dijo Stellara con un sollozo.

—Ninguna tortura puede acabar con la felicidad que nos da nuestro amor, Stellara —respondió el hombre.

Entonces se vieron separados por los guardias y continuaron avanzando lenta y trabajosamente a través de interminables y fatigosas millas. Qué diferentes parecían ahora los territorios que atravesaban, a los ojos de la desesperación y el pesar, de los luminosos paraísos por los que antes habían viajado a la luz del amor y la libertad.

Pero por fin acabó el largo y cruel viaje, digno preludio de su despiadada conclusión, pues en las puertas del palacio Tanar y Stellara fueron bruscamente separados. Ella fue escoltada por unas mujeres, a las que reconoció como sus

guardianas y carceleras, mientras que Tanar era llevado directamente a presencia del Cid.

Al entrar en la estancia vio el hosco semblante del caudillo korsar, y de pie bajo la tarima, justo enfrente de él, se encontraba Bulf, al que sólo había visto en una ocasión, pero cuyo rostro jamás podría olvidar. Pero además había otra persona cuya presencia horrorizó más a Tanar que los brutales semblantes del Cid y de Bulf, ya que de pie, ante la tarima hacia la que le llevaban, el sari descubrió a David I, el emperador de Pellucidar. De todas las calamidades que podían haber acontecido, aquella era la peor de todas.

Cuando el sari fue conducido hasta el lado de David, intentó hablar con él, pero fue bruscamente obligado a guardar silencio por los guardias korsars. Ni siquiera les iba a ser permitido volver a hablar entre ellos.

Los ojos del Cid, al igual que los de Bulf, les miraron con salvajismo.

—Para vosotros que traicionasteis mi confianza y secuestrasteis a mi hija, no hay castigo que pueda compensar vuestro crimen, ni muerte tan horrible que con ella podáis expiar vuestro pecado. No puedo concebir ninguna forma de tortura que el infligíroslo me dé el suficiente placer. Tendré que dejar que alguien me sugiera algo adecuado.

Al decir esto dejó que su mirada discurriera inquisitivamente entre los oficiales que le rodeaban.

—Entrégame a éste —rugió Bulf señalando a Tanar—, y te prometo que serás testigo de torturas tales como ningún hombre ha visto jamás ni el cuerpo de un hombre ha soportado antes.

—¿Acabará muriendo? —preguntó un korsar alto y de rostro cadavérico.

—Por supuesto —contestó Bulf—; pero no antes de tiempo.

—La muerte no sólo es bienvenida, sino que es largamente deseada como liberación de la tortura —continuó el otro—. ¿Les daríais a cualquiera de los dos el placer y la satisfacción de disfrutar de la muerte?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Cid.

—Que una muerte en vida es peor que la misma muerte —respondió el Cadavérico.

—Si puedes nombrar una tortura peor que la que yo tengo en mente, gustosamente renunciaré a todas mis pretensiones sobre el sari —dijo Bulf.

—Habla—ordenó el Cid.

—Es sencillo —dijo el Cadavérico—. Estos hombres están acostumbrados a la luz del sol, a la libertad, a la limpieza, al aire puro, a la compañía de otros hombres. Bajo este palacio existen oscuras y húmedas mazmorras en las que no se filtra el más mínimo rayo de luz, en cuyos gruesos muros no penetra el menor sonido. Los moradores de estos horribles lugares, como sabéis, producen un efecto opuesto al de

la compañía humana y el único inconveniente, el único lunar en mi plan, radica en la circunstancia de que su constante presencia pueda privar de razón a estos criminales, lo que abortaría el propósito por el que es necesaria su presencia. ¡Una vida entera de espantosa soledad y tortura, en total silencio y en completa oscuridad! ¿Qué muerte, qué castigo, qué tortura podéis infligir a estos hombres que pueda ser más espantosa que lo que yo sugiero?

Cuando acabó de hablar, los demás korsars permanecieron en silencio considerando su proposición durante un momento. Fue el Cid el primero en romper el silencio.

—Creo que tiene razón, Bulf —dijo—. Yo amo la vida, pero preferiría morir antes que pudrirme en alguna de las mazmorras de palacio.

Bulf asintió lentamente con la cabeza.

—Odio renunciar a mis planes, porque me gustaría dar tormento a este sari con mis propias manos —dijo, volviéndose a continuación hacia el Cadavérico—, pero creo que tienes razón. Has nombrado una tortura infinitamente peor que cualquiera que yo pueda concebir.

—Entonces ordeno que se les separe y se les conduzca a las mazmorras de palacio de por vida —dijo el Cid.

En un completo silencio, no interrumpido por la asamblea korsar, a David y a Tanar les fueron vendados los ojos. Tanar sintió como lo despojaban de todos sus ornamentos y de las escasas vestimentas que llevaba, con excepción del taparrabo. Luego fue bruscamente empujado y sacado a rastras de la estancia. Supo que pasaban a través de estrechos corredores por los ecos más amortiguados; del mismo modo, también percibió una reverberación distinta en las pisadas de los guardias cuando éstos atravesaban habitaciones más amplias. Lo obligaron a bajar a empujones por unos escalones de piedra y luego le llevaron por otros corredores, hasta que por fin sintió como era descendido por un pozo, sujetándolo uno de los guardias de cada brazo. El aire estaba viciado; olía a moho, a orín y a otra cosa desagradable que su olfato no fue capaz de reconocer. Entonces lo soltaron y durante unos instantes cayó hasta chocar con un enlosado de piedra que notó sucio y resbaladizo bajo sus pies desnudos. Escuchó un ruido por encima de su cabeza, un sonido chirriante, como si una losa de piedra estuviera siendo empujada sobre otra para sellar la trampa en la que lo habían encerrado. Entonces Tanar se quitó la venda de los ojos; pero igual podía haber permanecido con ella puesta, pues se hallaba rodeado de una oscuridad absoluta. Aguzó su oído, pero no pudo percibir ningún sonido; ni siquiera las pisadas de los guardias al marcharse. Silencio y oscuridad. Habían elegido la más horrible tortura que le podían infligir a un sari: el silencio, la oscuridad y la soledad.

Durante largo tiempo permaneció inmóvil y luego, lentamente, comenzó a palpar su camino a medida que avanzaba. Caminó cuatro pasos antes de tocar el final del

muro. Allí se giró y dio otros seis pasos antes de tocar el muro del lado opuesto. De esta forma abarcó el recinto de su prisión y descubrió que tenía seis pasos de largo por cuatro de ancho. Quizá no era muy pequeña para ser una mazmorra, pero sí más reducida que una tumba para Tanar de Pellucidar.

Intentó pensar; pensar en cómo podía ocupar el tiempo hasta que le llegase la muerte. ¡La muerte! ¿Cómo podía acelerarla? Seis pasos era la longitud de su celda. ¿Podría arremeter a toda velocidad desde un extremo al otro, rompiéndose la cabeza con el impacto? Entonces recordó su promesa a Stellara cuando ésta le instó a tomar su propia vida: "no moriré por mi propia mano."

De nuevo volvió a rodear el recinto de su mazmorra. Se preguntó cómo le iban a dar de comer, puesto que era consciente de que le iban a alimentar, ya que si querían mantenerlo con vida el mayor tiempo posible, sólo así podían llevar a cabo su tortura. Pensó en el brillante sol resplandeciendo sobre las montañas de Sari. Pensó en los jóvenes y en las muchachas que allí vivían libres y felices. Pensó en Stellara, tan cerca, en algún sitio por encima de donde él se encontraba, y, sin embargo, tan infinitamente lejos.

—Por mi propia mano, no —musitó.

Intentó hacer planes para el futuro —el oscuro, silencioso y solitario futuro—, la eterna soledad que tendría que afrontar y descubrió que, a pesar de lo desesperado de su situación, su indomable espíritu todavía podía discernir la esperanza; que cualesquiera que fueran los planes que hiciese, todos miraban al día de su liberación, comprendiendo entonces que ninguna clase de muerte podría arrebatarse jamás aquel consuelo. Finalmente desarrolló un plan.

De algún modo tenía que lograr evitar que su mente pensase en su situación actual. Debía apartarla de toda consideración sobre la oscuridad, el silencio y la soledad que le rodeaba, y debía mantenerse sano física y mentalmente hasta el momento en que consiguiera huir o ser liberado. Se propuso caminar y ejercitar sus brazos, así como todos los demás músculos de su cuerpo, de manera sistemática, para así mantenerse en una buena forma física y al mismo tiempo cansarse lo suficiente como para poder dormir todo el tiempo posible. Igualmente, cuando descansara antes de echarse a dormir, concentraría su mente únicamente en sus recuerdos más agradables. Al poner sus planes en práctica comprobó que todo resultaba tal y como había esperado que resultase. Se ejercitó hasta quedar totalmente exhausto y luego se tendió a dormir recordando los momentos más felices de su existencia hasta que le venció el sueño. Toda vez que estaba acostumbrado desde su niñez a dormir en el duro suelo, las losas de piedra no le causaron ninguna molestia especial y al poco tiempo se quedó dormido rememorando las felices horas pasadas junto a Stellara.

Pero al despertar, su consciencia regresó lentamente acompañada de un sentimiento de horror, cuyo motivo se fue filtrando poco a poco a sus adormecidos

sentidos. Un frío y viscoso cuerpo se estaba arrastrando por su pecho. Instintivamente lo cogió con su mano y lo arrojó lejos de él. Sus dedos se habían cerrado sobre un cuerpo escamoso que se ondulaba, retorció y forcejeaba.

Tanar se levantó de un salto con un sudor frío surgiendo de todos los poros de su cuerpo. Sentía como se le erizaban los pelos de su nuca ante el horror. Al retroceder, su pie tocó otra de aquellas asquerosas cosas. Resbaló y, al caer, su cuerpo se encontró con más de ellas, frías, viscosas, ondulantes. Arrastrándose, retrocedió rápidamente hasta el extremo opuesto de la mazmorra, pero, por todas partes, el suelo se hallaba cubierto de cuerpos escamosos y ondulados. Entonces el silencio se transformó en un pandemónium en ebullición, en un negro pozo de venenosos siseos.

Alargados cuerpos se enroscaban en sus piernas, reptando y retorciéndose para subir hasta su rostro. Tan pronto como agarraba a uno y lo arrojaba a un lado, otro ocupaba su lugar.

Aquel no era el sueño que se había imaginado al principio, sino una cruda y horrible realidad. Aquellas espantosas serpientes que plagaban su celda no eran sino una parte de su tortura, pero podían derrotar a su fuerza de voluntad. Podían conducirlo a la locura. Ya sentía como empezaba a tambalearse su mente, y si eso ocurría, caería en la astuta trampa tendida por un sádico. Tenía que conseguir frustrar sus propósitos con sus propias armas. Los arrebataría el poder de seguir torturándole más. Y así, lanzando una aguda y triste carcajada, arrancó una de las serpientes que se aferraban a su cuerpo y la sostuvo ante él.

El reptil se retorció y forcejeaba mientras Tanar de Pellucidar deslizaba lentamente su mano hacia su cuello. No se trataba de una de las grandes serpientes de Pellucidar sino que mediría unos cinco pies de largo y su cuerpo tendría unas seis pulgadas de diámetro.

Sosteniendo al reptil con una de sus manos, a escasa distancia de su cabeza, Tanar le golpeó varias veces con la que le quedaba libre. Luego lo acercó a su pecho. Riendo y gritando le golpeó una y otra vez hasta que por fin atacó, clavando sus colmillos en el pecho del sari.

Con un grito de triunfo Tanar arrojó a aquella cosa lejos de él y luego, lentamente, se dejó caer hasta el suelo, encima de las retorcidas y onduladas formas que lo cubrían.

—Con vuestras propias armas os he robado vuestra venganza —musitó, cayendo a continuación en una piadosa inconsciencia.

Quién puede saber cuánto tiempo permaneció de aquella manera, envuelto en la oscuridad y el silencio de aquella mazmorra subterránea, en un mundo en el que el tiempo es eterno. Sin embargo, finalmente empezó a recobrar el sentido. Lentamente abrió los ojos y la consciencia regresó a él. Las losas de piedra se hallaban vacías. Se sentó. No estaba muerto y, para su sorpresa, descubrió que no sentía ningún dolor ni

tenía ninguna hinchazón allí donde le había mordido el reptil.

Se levantó y se movió cautelosamente alrededor de la mazmorra. Las serpientes ya no estaban allí. El sueño había restaurado su equilibrio mental, pero se estremeció al comprender lo cerca que había estado de la locura y sonrió tímidamente mientras reflexionaba sobre la futilidad de su innecesario terror. Por primera vez en su vida, Tanar de Pellucidar había comprendido el significado de la palabra miedo.

Al caminar lentamente por su prisión, uno de sus pies tropezó con algo que había en el suelo de una de las esquinas, algo que no se encontraba allí antes de que llegaran las serpientes. Se detuvo y lo palpó cuidadosamente con una de sus manos, descubriendo que se trataba de un tazón de hierro tapado con una pesada cubierta. Levantando la cubierta, vio que era comida. Sin preguntarse ni qué era ni de dónde venía, se la comió.



Capítulo XVI

Más allá de la oscuridad

La letal monotonía de su encarcelamiento continuó. Se ejercitaba, comía y dormía. Nunca sabía cómo le traían la comida a la celda, ni tampoco cuándo. Después de algún tiempo, dejó de preocuparle.

Normalmente las serpientes llegaban cuando estaba durmiendo pero tras su primera experiencia no se volvió a dejar llevar por el horror; incluso, después de una docena de repetidas visitas, no sólo dejaron de molestarle, sino que veía su aparición como algo que rompía la mortal monotonía de la soledad en que se hallaba. Descubrió que acariciándolas y hablándolas con voz suave podía apaciguar sus constantes movimientos. Después de repetidas apariciones, estaba convencido de que una de ellas prácticamente se había convertido en su mascota.

Por supuesto que en la oscuridad no podía distinguir una de otra, pero siempre era despertado por una de ellas que lo golpeaba suavemente con su hocico en el pecho y, luego, cuando la tomaba en sus manos y la acariciaba, no hacía ningún esfuerzo por escapar. Tampoco le volvió a atacar ninguna de ellas con sus colmillos después de aquella primera orgía de locura, en la que pensaba y confiaba en que los reptiles fueran venenosos.

Le llevó bastante tiempo encontrar la abertura por la que los reptiles se introducían en la celda, pero finalmente, tras una minuciosa búsqueda, descubrió un orificio de unas ocho pulgadas de diámetro a una altura de unos tres pies del suelo. Sus lados estaban pulidos por las incontables veces que habían pasado a su través los escamosos cuerpos. Introdujo su mano por el orificio y, al palpar a su alrededor, descubrió que en ese punto el muro apenas tenía un pie de espesor. Luego, cuando introdujo todo el brazo hasta el hombro, no notó nada en cualquier dirección al otro lado del muro. Tal vez hubiera otra estancia —otra prisión como aquella en la que se encontraba— o, probablemente, el orificio daría a algún profundo pozo lleno de serpientes. Pensó en muchas explicaciones posibles, y cuanto más pensaba en ellas, más ansioso estaba por resolver el acertijo que suponía aquel misterioso espacio tras su celda. De este modo su mente se ocupaba en cosas triviales, aunque luego la oscuridad y el silencio exageraban su importancia hasta más allá de lo razonable y acababan obsesionándole. Durante varias horas de su vigilia pensaba en aquel orificio del muro y en lo que habría más allá de aquella oscuridad estigia en la que no podían penetrar sus ojos. Se lo preguntó a la serpiente que reptaba por su pecho, pero no le respondió, así que se fue hasta el orificio del muro y se lo preguntó al orificio. Entonces se enfureció al ver que no le respondía; pero finalmente se impuso su razón y, con un encogimiento de hombros, se dio media vuelta comprendiendo que aquel

camino conducía a la locura y que por encima de todo debía de continuar siendo dueño de su mente.

A pesar de ello no abandonó sus especulaciones, sólo que esta vez controlando su cordura y su razón y, al poco rato, concibió un astuto plan.

En la siguiente ocasión en que le trajeron la comida, después de devorarla, apartó la cubierta de hierro que tapaba el tazón y la arrojó con fuerza contra el suelo de piedra de su prisión, rompiéndose en varios pedazos. Uno de aquellos pedazos, como había esperado encontrar entre los restos de la destrozada cubierta, era fino y alargado y tenía una afilada punta. Se guardó la pieza y puso las demás dentro del tazón. Luego se dirigió hacia el orificio y comenzó a raspar, lenta, muy lentamente, el duro mortero en el que estaban incrustadas las piedras que había al lado del orificio.

Comió y durmió varias veces antes de que su labor se viera recompensada por el desprendimiento de una de las piedras próximas a la pequeña abertura y volvió a comer y a dormir más veces antes de que se desprendiera la segunda.

No supo durante cuánto tiempo realizó aquella tarea, pero el tiempo transcurría más rápidamente a medida de que su mente se concentraba en aquella labor. Casi se sentía feliz. Durante todo ese tiempo no abandonó sus ejercicios aunque dormía menos. Cuando venían las serpientes tenía que detener su trabajo, ya que continuamente entraban y salían del agujero.

Hubiera deseado saber cuándo le llevaban la comida a la celda para advertir cuándo había peligro de que le oyeran raspar el mortero del muro los que se la traían, pero como nunca era capaz de oírles confió en que tampoco le pudieran oír a él, ya que de lo que sí estaba seguro era de que no podían verle.

Trabajó incesantemente hasta que por fin ensanchó el agujero lo suficiente como para que pasase su cuerpo. Luego, durante un rato, se sentó ante él intentando asegurarse de que tenía el control de su mente, ya que aquella eterna y solitaria noche había durado tanto que era incapaz de calcular cuánto y veía como aquella aventura que iba a emprender empezaba a asumir tales proporciones en su mente, que una vez más temió que pudiera hallarse bajo el delirio de la locura. Ahora quería asegurarse de que cualquier cosa que fuese lo que había al otro lado del muro, lo afrontaría con los nervios calmados y la mente despejada. No sabía cuál podría ser su reacción en caso de llevarse un serio revés, pues era consciente de que, durante los interminables periodos de tiempo que había permanecido escarbando y ensanchando aquel agujero por el que las serpientes entraban a su celda, la esperanza de lograr huir era la razón del ansia que le había impulsado a seguir trabajando.

Con un toque que casi fue una caricia, dejó que sus dedos se deslizaran sobre los ásperos extremos del ensanchado orificio. Introdujo la cabeza y los hombros y se impulsó hacia el otro lado, tanteando con una mano que no encontró nada y escudriñando con unos ojos que tampoco descubrieron nada. Entonces se deslizó de

nuevo hacia su mazmorra y caminó hacia el otro extremo. Sentándose en el suelo y apoyándose contra la pared, esperó. Esperó porque no se atrevía a traspasar la abertura y enfrentarse a un fracaso. Le llevó bastante tiempo el conseguir dominarse y luego volvió a esperar. Pero en esta ocasión después de una razonada consideración del asunto que ocupaba su mente.

Iba a esperar hasta que de nuevo le trajeran la comida y luego se llevaran el recipiente vacío, para que así pudiera transcurrir el mayor tiempo posible hasta que descubrieran su ausencia, en el caso de que no regresase a su celda. Tan a menudo iba a la esquina en que normalmente le depositaban la comida, que le dio la sensación de haber transcurrido una eternidad hasta que finalmente la encontró allí. Después de comérsela, pasó otra eternidad hasta que se llevaron el recipiente, pero al fin lo hicieron. Entonces, una vez más, atravesó la celda y permaneció de pie ante la abertura que conducía a quién sabía dónde.

Esta vez no vaciló. Era dueño de su mente y de sus nervios. Primero pasó un pie a través de la abertura y luego el otro, hasta que asentó los dos sobre el extremo más alejado de la pared que había al otro lado. Luego, girándose sobre su estómago, comenzó a descender a pulso, pues no sabía a qué altura se encontraría el suelo. Pero lo encontró inmediatamente, casi al mismo nivel que el de su celda. Un instante después se hallaba erguido y, si bien no estaba libre, al menos ya no estaba dentro de la mazmorra.

Cautelosamente empezó a palpar a través de la oscuridad, avanzando poco a poco. Descubrió que aquella celda era bastante más estrecha que la suya aunque más larga. Extendió los brazos a ambos lados, de modo que pudo tocar las dos paredes, y empezó a caminar de esa forma, cuidadosamente, paso a paso.

Llevaba con él la astilla de acero que había obtenido al romper la cubierta del tazón y con la que había ensanchado el agujero por el que había logrado huir de su celda. La posesión de aquel trozo de hierro le daba una cierta sensación de seguridad puesto que significaba que no se hallaba completamente desarmado.

A medida que avanzaba se convencía cada vez más de que aquello era un largo pasadizo. De repente su pie tropezó con algo áspero que se encontraba en medio del túnel. Apartó sus manos de las paredes y comenzó a tantear enfrente de él. Era una especie de cilindro envuelto en algo rugoso que se levantaba hacia lo alto, exactamente en el centro del pasadizo. Sus dedos le dijeron inmediatamente que aquello era el tronco de un árbol, todavía con su corteza, aunque le habían arrancado algunos trozos.

Después de dejar atrás aquella columna, que supuso sería el soporte de alguna de las secciones del techo del túnel, continuó adelante; pero apenas había dado un par de pasos cuando le detuvo una pared. El túnel terminaba abruptamente allí.

El corazón se le encogió en el pecho. Sus esperanzas, que habían ido aumentando

a cada paso que daba, de repente se desvanecieron. Una y otra vez sus dedos recorrieron la fría pared que frenaba su avance hacia la esperada libertad, pero no halló ninguna hendidura ni ningún signo de fractura. Lentamente emprendió el regreso a su mazmorra, pasando junto a la columna y volviendo sobre sus pasos sumido en el descorazonamiento más absoluto. Mientras caminaba envuelto en la tristeza, hizo acopio de toda su fuerza espiritual y decidió no dejar que aquel contratiempo le hundiese. Regresaría a su celda, pero continuaría recorriendo aquel túnel. Constituiría un respiro para la monotonía de sus cuatro paredes. Ampliaría la distancia que venía caminando todos los días. Al fin y al cabo, había hecho todos los esfuerzos posibles para acceder a él.

De vuelta en su propia celda se tendió a dormir, pues durante mucho tiempo se había denegado el descanso para poder proseguir la tarea a la que se había entregado. Cuando despertó, las serpientes se encontraban una vez más junto a él y su amiga le subía suavemente por el pecho. De nuevo volvió a la insulsa monotonía de su existencia, alterada sólo por las excursiones a sus nuevos dominios, cuyo oscuro interior llegó a conocer tan bien como su mazmorra. Caminaba por ellos con toda seguridad, desde el agujero que había ensanchado hasta la columna de madera y luego hasta el final del túnel, dando la vuelta y regresando a un paso tan vivo, con tanta confianza en el terreno, como si pudiera ver normalmente. Había contado los pasos de un extremo a otro tantas veces, que en todo instante sabía cuando había cubierto la distancia de una parte a otra.

Comió, durmió, hizo ejercicio, jugó con su viscoso amigo reptilesco y recorrió el estrecho túnel que había descubierto. A menudo, cuando pasaba junto a la columna de madera, especulaba sobre cuál sería su verdadero propósito.

Una vez se fue a dormir pensando en ello. Cuando despertó, debido al suave contacto del hocico de la serpiente sobre su pecho, se sentó tan bruscamente que el reptil cayó siseando al suelo. En la plena lucidez y claridad del umbral de su mente recién despertada ahora existía una idea. Una idea maravillosa. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Excitado, se precipitó hasta la abertura que conducía al túnel. Las serpientes pasaban en ese momento a través de ella, pero pugnó por avanzar entre la horda reptiliana cayendo de cabeza sobre un confuso montón de serpientes siseantes. Levantándose de un salto, prácticamente voló a través del pasadizo hasta tocar con sus manos el áspero tronco del árbol. Permaneció allí un rato, temblando como una hoja. Luego, rodeando la columna con brazos y piernas, empezó a trepar lenta y deliberadamente hacia lo alto. Aquella era la idea que apremiaba su mente desde que había despertado.

Ascendió a través de la oscuridad, deteniéndose de vez en cuando para tantear a su alrededor con las manos, y descubrió que el tronco del árbol discurría por el centro

de una estrecha chimenea.

Continuó escalando lentamente hacia arriba hasta una distancia de unos treinta pies sobre el suelo del túnel y entonces su cabeza sintió el duro tacto de la piedra. Tentando hacia lo alto con una de sus manos, descubrió que el árbol estaba envuelto en mortero alrededor del techo que había encima de él.

¡Aquello no podía ser el fin! ¿Qué razón tenían un túnel y una chimenea que no llevaban a ninguna parte? Palpó con su mano en todas direcciones a través de la intensa oscuridad y se vio recompensado al descubrir una abertura en uno de los lados de la chimenea, a unos seis pies por debajo del techo. Abandonando el tronco del árbol se encaramó hasta la abertura de la pared de la chimenea. Allí se encontró en otro túnel más largo y estrecho que el que se encontraba al pie de la chimenea. También estaba oscuro por lo que se vio obligado a avanzar lentamente y con gran precaución, igual que había hecho en la primera ocasión con el túnel de abajo.

Apenas había cubierto una corta distancia cuando el túnel se giró bruscamente hacia la derecha. Enfrente de él, más allá de la curva... ¡divisó un rayo de luz!

Un condenado que hubiera sido arrancado de las mismísimas fauces de la muerte no habría saludado a la salvación con más alegría que con la que Tanar de Pellucidar saludó a aquel primer tenue rayo de luz que veía desde lo que le parecía una eternidad. Brillaba débilmente a través de una hendidura diminuta, pero era luz, la luz del cielo que jamás había esperado volver a ver.

Extasiado, caminó lentamente hacia él. Cuando llegó a su lado su mano tomó contacto con unos ásperos tablones que bloqueaban su camino.

A través de una pequeña grieta entre dos de aquellos tablones era por donde se filtraba la luz.

A pesar de lo débil que era, la tenue luz le hacía daño en los ojos debido al tiempo que hacía que estaba desacostumbrado a ella. Alejándose un poco, de modo que la luz no incidiese directamente en ellos, finalmente consiguió volverse a habituar a ella. Cuando lo hizo, observó que a pesar de lo pequeña que era la abertura por la que se filtraba la luz, era suficiente para disipar levemente la absoluta oscuridad del interior del túnel y para discernir algunos objetos. Podía ver los muros de piedra del otro lado del corredor y, al mirar más detenidamente, pudo distinguir los tablones del obstáculo que le impedía seguir avanzando. Al examinarlos de cerca observó que a uno de sus lados se encontraba algo que parecía un cerrojo, una invención de la que era completamente ignorante antes de subir a bordo del navío korsar en el que había estado apresado, pues en Sari no existían cerraduras ni cerrojos.

El saber lo que era aquel objeto le dijo de qué se trataba lo que había ante él: era una puerta que conducía a la luz y a la libertad. ¿Pero qué hallaría al otro lado?

Pegó su oído a la puerta y escuchó; pero no consiguió oír nada. A continuación examinó cuidadosamente el cerrojo, experimentando con él hasta averiguar como

funcionaba. Aguantando los nervios, empujó suavemente los ásperos tablones. Al abrirse, lentamente se fue agolpando un tropel de luz por la rendija de la puerta. Tanar se cubrió los ojos con las manos y se dio la vuelta, pues era consciente de que tendría que irse acostumbrando gradualmente a la luz o se quedaría permanentemente ciego.

Con los ojos cerrados escuchó por la rendija, pero no se oía nada. Luego, con el máximo cuidado, comenzó a acostumbrar sus ojos a la luz, pero pasó bastante tiempo hasta que pudo sostener con la mirada el resplandor que entraba por la rendija de la puerta.

Cuando pudo soportar la luz sin que le dolieran los ojos, abrió un poco más la puerta y miró al otro lado. Más allá de la puerta había una amplia habitación en la que varios cestos de mimbre, recipientes de hierro y de barro y varios fardos de pieles cosidas se hallaban dispersos por el suelo y apilados contra las paredes. Todo estaba cubierto de polvo y de telarañas y no se veía por ningún lado señales de seres humanos.

Empujando la puerta un poco más, Tanar salió del túnel y entró en la habitación, observando todo lo que había a su alrededor. La estancia estaba llena de fardos y bultos de ropa desparramados por todas partes, además de diversas herramientas para construir navíos, balas de pieles y numerosas armas.

La gruesa capa de polvo que lo cubría todo sugirió al sari que aquella habitación no había sido visitada recientemente.

Durante un momento aguardó con su mano todavía sujetando la puerta semiabierta. Luego, al comenzar a introducirse en la habitación, algo le embadurnó la mano con la que sujetaba los ásperos tablones de la puerta. Al mirarse los dedos vio que estaban cubiertos por una especie de pegajosa resina. Se trataba de su mano izquierda y cuando intentó quitarse la resina de ella, descubrió que era prácticamente imposible lograrlo.

Mientras se movía por la habitación examinando su contenido, todo lo que iba tocando con su mano se quedaba pegado a ella. Era algo molesto, pero lo aceptó como inevitable.

La inspección de la habitación le reveló varias ventanas a uno de sus lados y otra puerta en uno de sus extremos. La puerta tenía un cerrojo similar al de la que acababa de cruzar y se abría desde el exterior con una llave, pero también se podía abrir manualmente desde el interior. Era bastante tosco y sencillo y de haber sabido Tanar lo intrincadas y complicadas que podían llegar a ser tales cerraduras, sin duda hubiera estado agradecido.

Al descorrer el cerrojo, Tanar empujó la puerta dejándola ligeramente entornada y vio ante él un largo pasillo iluminado por las ventanas que había a uno de sus lados y con varias puertas abiertas al otro. Mientras observaba todo aquello vio a un korsar salir de una de las puertas y, girándose, alejarse por el pasillo en dirección opuesta a

la que él se encontraba. Un momento después una mujer salió de otra de las puertas, y, a continuación, vio a más gente en el otro extremo del corredor. Rápidamente Tanar de Pellucidar cerró la puerta y corrió el cerrojo.

Por allí no había manera de escapar. Si hubiera estado otra vez en su celda, no habría estado más alejado del mundo exterior de lo que ahora se encontraba en aquella habitación, en el extremo de un pasillo constantemente frecuentado por korsars. Con su rostro barbilampiño y su cuerpo desnudo sería reconocido y apresado en el mismo instante en que pusiera sus pies fuera de la habitación. Sin embargo, Tanar estaba lejos de sentirse desalentado. Ya había llegado muy lejos en su camino hacia la libertad, más allá de lo que podía haberse imaginado, y no sólo era aquel pensamiento el que le daba fuerzas, sino, además y sobre todo, lo hacía el efecto de la luz del día que durante tanto tiempo le había sido negada. Notaba como su espíritu y su coraje se fortalecían bajo la benéfica influencia de la luz del sol de mediodía, hasta tal punto que se sentía preparado para hacer frente a cualquier contingencia.

Volviéndose de nuevo hacia el interior de la habitación, buscó detenidamente otra vía de escape. Se dirigió hacia las ventanas y descubrió que daban a los jardines del Cid; sin embargo, aquella parte de los jardines estaba demasiado próxima al palacio y había demasiada gente. Los árboles no le permitían divisar la parte del jardín en la que había ayudado a Stellara y a Gura a escaparse, pero supuso que sin duda estaría menos concurrida, si es que incluso había alguien. No obstante, llegar hasta ella desde las ventanas del almacén en el que se encontraba iba a ser muy complicado.

A su izquierda, cerca del muro opuesto del jardín, los árboles crecían muy juntos y, aparentemente, se extendían por toda la longitud del recinto. Si aquellos árboles se hubieran hallado más cerca de donde él se encontraba podría haber conseguido huir, al menos hasta la puerta del jardín que daba a los barracones; pero no era así, de modo que tendría que dejar de pensar en ellos.

Por lo tanto, no parecía haber otra forma de escapar más que por el pasillo que había visto antes. Además, tampoco podía quedarse indefinidamente en aquella estancia sin comida ni agua y con el peligro, cada vez mayor, de que descubrieran su ausencia de la mazmorra al ver que no consumía la comida que le llevaban.

Sentándose sobre un fardo de pieles, Tanar se dedicó a pensar en el dilema en el que se encontraba. Mientras meditaba, sus ojos se posaron en las ropas que había desperdigadas por toda la habitación. Vio varias camisas y pantalones similares a los que llevaban los korsars, coloridos fajines y pañuelos, las altas botas; entonces, con una leve sonrisa, empezó a recoger lo que le hacía falta y, quitándoles el polvo, se vistió a la manera de los korsars. Sin embargo, no necesitaba mirarse a ningún espejo para saber que su barbilampiño rostro le traicionaría en cualquier momento.

Seleccionó algunas pistolas, un alfanje y un puñal. Pero no encontró ni pólvora ni balas para sus armas de fuego.

Ataviado y armado de esta forma, se contempló a sí mismo lo mejor que pudo sin nada que reflejara su imagen.

—Si pudiera ir dando la espalda a todo Korsar conseguiría escapar fácilmente —musitó Tanar—, porque apostaría cualquier cosa a que de espaldas soy igual a cualquier otro korsar; pero a menos que me crezca rápidamente una enmarañada barba, no conseguiré engañar a nadie.

Mientras pronunciaba estos pensamientos en voz alta, fue repentinamente consciente de unas voces que discutían al otro lado de la puerta del almacén. Una de ellas era de un hombre; la otra de una mujer.

—Si no te entregas voluntariamente a mí, te obligaré a hacerlo —gruñó el hombre.

Tanar no alcanzó a escuchar la contestación de la mujer, aunque la oyó hablar y reconoció su voz como la de una mujer.

—¿A mí qué me importa el Cid? —exclamó el hombre—. En Korsar tengo tanto poder como él. Si quisiera, podría tomar el trono y proclamarme Cid.

De nuevo volvió a oír hablar a la mujer.

—Si lo haces te estrangulo —amenazó el hombre—. Entra aquí para que podamos hablar con más comodidad. Aquí podrás gritar a tu gusto y nadie podrá oírte.

Tanar escuchó como el hombre introducía una llave en la cerradura. El pellucidaro se escondió con rapidez tras una pila de cestos de mimbre.

—Después de que salgas de esta habitación —continuó el hombre—, no habrá ninguna razón por la que quieras protestar.

—Te lo he dicho con bastante claridad —dijo la mujer—. Antes me mataré que casarme contigo. Si te atreves a tomarme por la fuerza también me mataré, pero antes te mataré a ti.

El corazón de Tanar casi se le salió del pecho al oír aquella voz. Sus dedos se cerraron sobre la empuñadura del alfanje que ahora llevaba a su costado, mientras Bulf lanzaba una carcajada burlona en respuesta a la amenaza de la muchacha. Entonces el sari salió de su escondite con un desnudo acero brillando en su mano derecha.

Al oír un ruido a su espalda, Bulf se giró. Por un instante, no reconoció al sari bajo aquellas vestimentas de korsar. Pero Stellara sí lo hizo, lanzando una exclamación de alegría y sorpresa.

—¡Tanar! —exclamó—. ¡Dios mío, Tanar!

Cuando el sari avanzó hacia él, Bulf dio un paso atrás desenvainando su alfanje mientras retrocedía. Tanar se dio cuenta de que lo hacía en dirección a la puerta que daba al pasillo y se abalanzó sobre el hombre antes de que pudiera escapar, por lo que el korsar se vio obligado a detenerse e intentar defenderse.

—¡Retrocede o morirás por esto! —exclamó Bulf, pero Tanar de Pellucidar se echó a reír en su cara mientras le lanzaba un tajo a la cabeza que Bulf consiguió detener con apuros. Entonces los dos hombres se enzarzaron como fieras salvajes.

Tanar consiguió derramar la primera sangre con una ligera herida en el hombro de Bulf, que comenzó a gritar pidiendo ayuda.

—Dijiste que nadie podría oír los gritos de Stellara desde esta habitación —se burló Tanar—. ¿Por qué piensas que oirán los tuyos?

—¡Déjame salir de aquí!—chilló Bulf—. ¡Déjame salir y te daré tu libertad!

Pero Tanar le arrinconó en una esquina y con el afilado borde de su alfanje le cortó una de sus orejas.

—¡Ayudadme! —gritó Bulf—. ¡Ayudadme! ¡Soy Bulf! ¡El sari está intentando matarme!

Ante el temor de que los fuertes gritos del korsar pudieran llegar hasta el pasillo y llamar la atención de alguien, Tanar incrementó la furia de su ataque. Abrió la guardia del korsar y lanzó su alfanje en un terrible círculo que partió el feo cráneo de Bulf hasta la nariz. Con un estertor entrecortado la bestia cayó de bruces al suelo. Luego, Tanar de Pellucidar se volvió y tomó a Stellara en sus brazos.

—Gracias a Dios que llegué a tiempo —dijo.

—Debe de haber sido el mismo Dios el que te ha traído hasta esta habitación —respondió la muchacha—. Creí que habías muerto; eso es lo que me dijeron.

—No —dijo Tanar—. Me encerraron en una oscura mazmorra en las entrañas del palacio y me condenaron a permanecer allí de por vida.

—Estabas tan cerca de mí durante todo este tiempo —dijo Stellara—, y sin embargo yo te creía muerto.

—Durante mucho tiempo pensé que aquello era peor que la muerte —repuso el hombre—. Oscuridad, soledad, silencio... ¡Dios! ¡Era peor que la muerte!

—¡Y a pesar de todo has conseguido escapar! —dijo la muchacha con incredulidad.

—Fuiste tú la que me dio fuerzas para ello —contestó Tanar—. Pensar en ti evitó que me volviera loco. Los recuerdos y las esperanzas me urgieron a buscar algún modo de huir. Después de lo que acabo de pasar, nunca jamás en mi vida volveré a pensar que una situación es completamente desesperada.

Stellara movió la cabeza en signo negativo.

—Tu confianza tendrá que ser muy fuerte, amor mío, para combatir el desaliento al que habrás de enfrentarte cuando busques una manera de huir del palacio del Cid y de la ciudad de Korsar.

—He llegado hasta aquí —repuso Tanar—. Ya he conseguido lo imposible. ¿Por qué voy a dudar de mi habilidad para conseguir nuestra libertad frente a cualquier obstáculo que el destino nos tenga reservado?

—No podrás pasar entre ellos con esa cara barbilampiña, Tanar —dijo tristemente la muchacha—. ¡Ojalá tuvieras las barbas de Bulf!

Stellara dijo aquello mirando de reojo el cadáver caído en el suelo. Tanar se dio la vuelta lentamente y también miró a Bulf, que yacía en el suelo, envuelto en un charco de sangre. Entonces se volvió rápidamente hacia Stellara.

—¿Y por qué no? —exclamó—. ¿Y por qué no?



Capítulo XVII

Hacia el mar

Qué quieres decir? —preguntó Stellara.

—Espera y verás —contestó Tanar, que desenvainando su cuchillo se agachó y dio la vuelta al cuerpo de Bulf. Luego, con el filo del arma comenzó a cortar la negra y enmarañada barba del fallecido korsar, mientras Stellara le observaba intrigada.

Extendiendo el pañuelo que cubría la cabeza de Bulf sobre el suelo, Tanar empezó a depositar en él el pelo que iba cortando de la cara del hombre. Cuando hubo concluido la desagradable tarea, recogió todo el pelo en el pañuelo y, levantándose, indicó a Stellara que le siguiera.

Acercándose hasta la puerta que llevaba al túnel por el que había escapado de la mazmorra, Tanar la abrió y, restregando sus dedos en la resina exudada por los tablones de la puerta, empezó a frotarse ambos lados de la cara. Luego se volvió a Stellara.

—Cubre mi cara con el pelo de la forma más natural que puedas. Has vivido entre ellos toda tu vida, así que tienes que saber bien como son las barbas de los korsars.

El plan le parecía macabro y aunque se estremeció al tocar el pelo del cadáver, Stellara se sobrepuso a la repulsión que sentía e hizo lo que Tanar le pedía. Poco a poco, parte a parte, Tanar aplicaba resina en su rostro y Stellara lo iba cubriendo de pelo, hasta que, al cabo de un rato, tan sólo su nariz y sus ojos quedaron al descubierto. La expresión del sari también fue alterada incrementando el tamaño y el espesor de sus cejas con trozos de la barba de Bulf que habían sobrado. Además, Tanar frotó su nariz con un poco de la sangre de Bulf, ya que la mayoría de los korsars poseían unas narices grandes y enrojecidas. Finalmente, Stellara retrocedió y le examinó detenidamente.

—No te reconocería ni tu propia madre —dijo.

—¿Crees que podré pasar por un korsar? —preguntó él.

—No creo que nadie sospeche, salvo que te interroguen de cerca al abandonar el palacio.

—Saldremos los dos juntos —repuso Tanar.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Stellara.

—Se me ha ocurrido otra idea —respondió él—. Cuando vivía en los barracones me di cuenta de que los marineros que se dirigían al río no tenían dificultades para atravesar las puertas al salir del palacio. De hecho, siempre era más fácil abandonar el palacio que entrar en él. En la mayoría de las ocasiones, simplemente les oía decir que se dirigían a sus barcos. Pues bien, nosotros haremos lo mismo.

—¿Acaso te parezco yo un marinero korsar? —preguntó Stellara.

—Lo parecerás después de que acabe contigo —dijo Tanar con una sonrisa.

—¿Qué pretendes?

—Aquí hay suficiente ropa de marinero como para vestir a una docena de korsars, y, además, todavía queda bastante pelo en la cabeza de Bulf —respondió Tanar.

La muchacha retrocedió con un estremecimiento.

—¡Tanar, no! No estarás queriendo decir que...

—¿De qué otra manera podemos hacerlo? —señaló él—. Si queremos huir juntos, es un precio pequeño el que pagamos por conseguirlo.

—Tienes razón —suspiró Stellara—. Lo haremos así.

Cuando Tanar finalizó su tarea, Stellara quedó transformada en un barbudo korsar, o al menos en algo parecido, ya que el disfraz fracasaba por completo al intentar ocultar sus pechos y caderas.

—Me temo que se van a dar cuenta —dijo Tanar—. Tu figura es demasiado femenina para que la oculten unos pantalones y una camisa.

—¡Espera! —exclamó Stellara—. Algunas veces, los marineros, cuando van a emprender un viaje largo, llevan largas capas que usan para dormir si hace demasiado frío. Busquemos por aquí; tal vez haya alguna.

—Sí; antes vi una —repuso Tanar, que cruzando la habitación regresó con una amplia tela de las que se solían usar para cubrir las mercancías.

Pero después de echársela por encima, descubrieron que sus caderas todavía eran demasiado evidentes.

—Busca algo para aumentar mis hombros —sugirió Stellara.

Finalmente, con ayuda de varios pañuelos, el sari hizo unas hombreras para la muchacha, de forma que la capa colgó un poco más recta. Stellara ahora parecía más un hombre bajo y rechoncho que una joven esbelta y bien formada.

—Ahora sí que estamos preparados —dijo el sari.

Stellara señaló hacia el cadáver de Bulf.

—No podemos dejarle ahí —dijo—. Si alguien entra en esta habitación y lo descubre, todos los hombres de palacio, incluso los de toda la ciudad, serán arrestados e interrogados.

Tanar miró a su alrededor. Entonces cogió el cuerpo de Bulf y lo arrastró hasta una esquina, apilando cestos y fardos de pieles sobre él hasta que quedó completamente oculto. Igualmente, también arrastró varios cestos y fardos encima de las manchas de sangre del suelo, hasta que todas las señales del duelo quedaron ocultas o borradas.

—Bueno —dijo—, éste es un momento tan bueno como cualquier otro para poner a prueba nuestros disfraces.

Juntos se aproximaron a la puerta.

—Vamos a intentar salir del palacio a través del jardín, por la misma puerta por la que ya huimos anteriormente —dijo Tanar—. Tú conoces mejor cuáles son las zonas menos transitadas para llegar hasta allí.

—Entonces sígueme —repuso Stellara.

Tanar abrió la puerta y los dos salieron al pasillo, que en ese momento se encontraba vacío. Cerró la puerta tras él y siguió a Stellara, que avanzaba delante.

Apenas habían recorrido una corta distancia cuando les llegó la voz de un hombre desde una de las estancias contiguas.

—¿Dónde está? —preguntó.

—No lo sé —contestó una voz de mujer—. Estaba aquí con Bulf hace un momento.

—Encuéntrales sin pérdida de tiempo —ordenó el hombre ásperamente mientras salía de la habitación hacia la que Tanar y Stellara se aproximaban en ese momento.

Era el Cid, y el corazón de Stellara cesó de latir cuando el líder korsar se detuvo ante ellos.

—¿Quiénes sois vosotros? —demandó el Cid.

—Somos marineros —contestó Tanar con rapidez antes de que Stellara pudiera abrir la boca.

—¿Y qué estáis haciendo en mi palacio? —preguntó el líder korsar.

—Nos han mandado aquí a traer unos sacos al almacén —contestó Tanar—, y ahora nos dirigimos a nuestro barco.

—Bien, pues hacedlo rápido. No me gusta vuestro aspecto —gruñó el Cid mientras se alejaba por el corredor.

Tanar vio que Stellara apenas se sostenía en pie. Rápidamente se situó a su lado y la sujetó, pero la muchacha se recuperó al instante, y un momento más tarde giraba a la derecha y conducía a Tanar a través de una puerta hasta el jardín.

—¡Dios! —susurró el hombre, mientras caminaban el uno al otro del otro tras abandonar el edificio—. Si el Cid no te ha reconocido, es que tu disfraz es perfecto.

Stellara asintió con la cabeza ya que todavía no podía controlar su propia voz debido al terror que la había producido su encuentro con el Cid.

Varios hombres y mujeres se encontraban en aquella parte del jardín que daba a los muros del palacio. Algunos les dedicaron una mirada casual, pero consiguieron pasar sin ningún contratiempo, y un instante después abandonaban el sendero de gravilla que iban siguiendo e introduciéndose a través de la densa arboleda que les ocultaba de la vista, llegaron hasta la puerta del jardín.

De nuevo les favoreció la fortuna y salieron a la zona de los barracones sin ser descubiertos. Optando por intentar la salida por la puerta principal, debido a la gran cantidad de gente que en ese momento estaba pasando de un lado a otro, Tanar giró a la derecha, pasando de largo los barracones, y, por delante de una docena de hombres,

se aproximó a la puerta con Stellara a su lado.

Casi la habían cruzado cuando un soldado korsar de aspecto estúpido les dio el alto.

—¿Quiénes sois y por qué abandonáis el palacio? —preguntó.

—Somos marineros que regresamos a nuestro barco —contestó Tanar.

—¿Qué estabais haciendo en palacio? —preguntó el hombre.

—Hemos llevado unos sacos al almacén del Cid por orden de nuestro capitán —explicó el sari.

—No me gusta vuestro aspecto —dijo el hombre—. No os había visto antes.

—Hemos hecho una larga travesía y hemos pasado mucho tiempo fuera —repuso Tanar.

—Esperad aquí hasta que regrese el capitán de la guardia —dijo el hombre—. Seguro que querrá interrogaros.

El sari notó como el corazón se encogía en su pecho.

—Si tardamos en regresar al barco nos castigarán —dijo.

—Eso no es asunto mío —contestó el soldado.

Stellara metió la mano bajo su capa y rebuscó debajo de la ropa de hombre que la cubría hasta alcanzar una bolsa atada a su cintura. De ella sacó algo que deslizó a la mano de Tanar. El sari comprendió al instante y, acercándose al soldado, le introdujo dos piezas de oro en la palma de la mano.

—Nos lo harán pasar mal si llegamos tarde —dijo.

El hombre sopesó el frío oro en su mano.

—Está bien —dijo en tono brusco—. Id adónde sea y hacedlo rápido.

Sin esperar una nueva invitación, Tanar y Stellara se fundieron con el resto de la multitud que poblaba las calles de Korsar. Ninguno de los dos habló e incluso es posible que Stellara no volviera a respirar hasta que dejaron atrás las puertas de palacio.

—¿Y ahora adónde? —preguntó por fin.

—Nos dirigiremos al mar —respondió Tanar.

—¿En un navío korsar? —preguntó ella.

—En un bote korsar —contestó él—. Vamos a ir a pescar.

En ambas orillas del río se hallaban amarradas numerosas embarcaciones, pero cuando Tanar vio la cantidad de hombres que había a su alrededor, comprendió que el plan en que había estado pensando y que contemplaba el robo de algún bote de pesca, tenía serias posibilidades de acabar en desastre, así que le explicó sus dudas a Stellara.

—Nunca lo conseguiríamos —dijo ella—. Robar un bote es considerado uno de los crímenes más detestables que alguien puede cometer en Korsar. Si el dueño del bote no se encontrase a bordo, puedes estar seguro de que cualquiera de sus amigos lo

estará vigilando. Además es poco frecuente que alguien intente robar alguno porque está castigado con la muerte.

Tanar asintió con la cabeza.

—Entonces tendremos que arriesgarnos a atravesar toda la ciudad —dijo—, e intentar salir a campo abierto sin tener ninguna excusa convincente en el caso de que seamos interrogados.

—Podemos comprar una embarcación—sugirió Stellara.

—Yo no tengo dinero —dijo Tanar.

—Pero yo sí —repuso la muchacha—. El Cid siempre insiste en que lleve bastante dinero encima.

De nuevo alcanzó la bolsa y sacó una de sus manos llena de piezas de oro.

—Inténtalo con esto —dijo—. Si no hay bastante puedo darte más. Pero creo que podrás comprar una embarcación con la mitad de esta suma.

Preguntando al primer hombre con el que se toparon en la orilla del río, Tanar se enteró de que se vendía un pequeño bote de pesca un poco más debajo de donde se encontraban, y no pasó mucho tiempo antes de que hallasen a su propietario y cerrasen el trato.

Mientras introducían la embarcación en la corriente y ésta se empezaba a deslizar río abajo, Tanar tuvo la repentina sensación de que su huida de Korsar estaba siendo demasiado fácil, de que algo tenía que estar equivocado, de que quizá estuviese soñando, de que tal vez el desastre y el regreso a prisión le estuvieran esperando un poco más adelante.

Lentamente empujados hacia el mar por la corriente, Tanar impulsaba con un remo la embarcación desde popa para mantenerla dentro del canal y enfilarse su proa en la dirección correcta ya que prefería no navegar a vela ante los ojos de los pescadores y marineros korsars, al ser consciente de que, dada su inexperiencia, su torpeza llamaría demasiado la atención y levantaría demasiadas sospechas sobre ellos.

El bote se alejó lentamente de la ciudad y de los navíos korsars que se hallaban anclados en medio del río. Entonces, por fin, se sintió lo bastante confiado como para izar la vela y aprovechar la brisa que soplaba desde tierra.

Con ayuda de Stellara desplegó la vela, que enseguida se hinchó con el viento empujando la embarcación hacia delante cada vez a mayor velocidad. Entonces, a su espalda, comenzaron a oír fuertes gritos y, al volverse, divisaron tres embarcaciones dirigiéndose velozmente hacia ellos y ordenándoles que se detuvieran.

Las embarcaciones perseguidoras, que navegaban a toda vela y habían adquirido un impulso considerable, parecían poder alcanzar rápidamente a su nave, más pequeña. Pero, en breve, la velocidad de esta última se incrementó y la distancia entre ellas pareció no variar.

Los gritos de los perseguidores atrajeron la atención de las tripulaciones de los

navíos anclados, y, al poco tiempo, Tanar y Stellara escucharon el profundo estampido de un cañón. Un disparo alcanzó el agua el agua un poco más allá de su proa, a estribor.

—Eso ha pasado muy cerca —dijo Tanar, moviendo la cabeza—. Creo que haríamos mejor en regresar.

—¿Por qué? —preguntó Stellara.

—No me importa arriesgarme a que me capturen —dijo él—, porque si ocurriera a ti no te causarían ningún daño cuando descubrieran tu identidad. Pero no quiero arriesgarme a que nos alcance algún disparo de ese cañón y tú puedas morir.

—¡No vamos a regresar! —exclamó la muchacha—. Prefiero morir junto a ti que ser capturada, si la captura ha de significar tu muerte. Sigue adelante, Tanar; todavía podemos distanciarlos. Además, para sus cañones un pequeño bote en movimiento es un blanco difícil, y eso sin tener en cuenta que ninguno de sus artilleros parece demasiado bueno.

Una vez más volvió a disparar el cañón y esta vez el proyectil pasó por encima de ellos cayendo al agua cerca de donde se encontraban.

—Se están acercando más —dijo Tanar.

La muchacha se acercó a su lado y se sentó junto al timón.

—Rodéame con tu brazo, Tanar —dijo—. Si vamos a morir, muramos juntos.

El sari la rodeó con el brazo que tenía libre y la acercó hacia él. Un instante después una terrorífica explosión resonó en el navío que les había estado disparando. Volviéndose rápidamente hacia la nave, vieron lo que había ocurrido: un cañón sobrecargado había estallado.

—Están demasiado ansiosos por hundirnos —dijo Tanar.

Transcurrió algún tiempo antes de que realizasen el siguiente disparo, pero éste ya cayó bastante lejos por su popa. Sin embargo, las embarcaciones que habían iniciado la persecución seguían tenazmente a su estela.

—No parecen ganarnos terreno —dijo Stellara.

—No —respondió Tanar—. Pero nosotros a ellos tampoco.

—Pero creo que lo haremos cuando llegemos a mar abierto —repuso la muchacha—. Tenemos mejor viento, y esta embarcación es más ligera y veloz que las tuyas. El destino nos sonrió cuando nos condujo a este bote y no a otro mayor.

Al ver que se aproximaban a mar abierto, sus perseguidores, evidentemente temiendo lo que había sugerido Stellara, abrieron fuego con sus pistolas y arcabuces. Ocasionalmente algún proyectil pasaba peligrosamente cerca, pero la distancia resultaba excesiva para sus toscas armas y la deficiente calidad de su pólvora.

Ahora navegaban ya en pleno Korsar Az, que se extendía hacia arriba y hacia delante hasta perderse en la bruma de la distancia. A su izquierda el mar discurría hacia la costa formando una bahía, mientras que prácticamente enfrente de ellos,

aunque a una distancia tan grande que apenas era discernible, se alzaban los tenues contornos de una punta de tierra, y hacia ella dirigió su rumbo Tanar.

La caza se estaba convirtiendo en una prueba de resistencia. Era evidente que los korsars no tenían intención de renunciar a su presa aunque la persecución les llevara al otro extremo del Korsar Az y era igualmente evidente que Tanar no albergaba pensamiento alguno de rendición.

Perseguidores y perseguidos no cejaban en su empeño. Lentamente la punta de tierra comenzaba a tomar forma ante ellos y más tarde una gran selva se hizo visible a su izquierda, una selva que discurría casi hasta el mar.

—¿Vas a desembarcar? —preguntó Stellara.

—Sí —respondió el sari—. No tenemos ni agua ni comida y, aunque dispusiéramos de ella, no soy lo suficiente buen marinero como para arriesgarme a tripular esta embarcación a través del Korsar Az.

—Pero si desembarcamos, en tierra podrán seguir nuestro rastro —dijo la muchacha.

—Olvidas los árboles —le recordó Tanar.

—¡Sí! ¡Los árboles! —exclamó Stellara—. ¡Si logramos llegar hasta los árboles, estaremos a salvo!

A medida que se acercaban a la costa, veían como las encrespadas olas rompían contra las rocas. El adusto y enfurecido rugido del mar resonaba en sus oídos.

—Ninguna embarcación puede sobrevivir a esto —dijo Stellara.

Tanar, en lo que alcanzaba a vislumbrar, miró a un lado y a otro de la línea costera. Luego se volvió y dejó que sus ojos se posaran tristemente en su compañera.

—No parece haber esperanza —dijo—. Si tuviéramos tiempo suficiente buscaría un lugar seguro para desembarcar, pero en lo que se extiende ante nuestra vista, cualquier sitio parece tan bueno como cualquier otro.

—O tan malo —apuntó Stellara.

—No hay otra solución —dijo el sari—. Si rodeamos el promontorio e intentamos volver a salir a mar abierto, perderíamos tanto terreno que seríamos alcanzados y apresados. O nos arriesgamos con los arrecifes o damos media vuelta y nos rendimos.

Detrás de ellos, sus perseguidores habían cambiado de amura y les esperaban alzándose y volviendo a caer sobre las grandes olas.

—Están seguros de habernos atrapado —dijo Stellara—. Creen que vamos a virar y dirigirnos a mar abierto rodeando el promontorio. Entonces enfilarán su proa hacia nosotros.

Tanar mantuvo la proa de su embarcación hacia la línea costera. Más allá del arrecife distinguían una playa arenosa, pero en medio se encontraba la barrera de roca contra la que rompían las olas lanzando su espuma hacia lo alto.

—¡Mira! —exclamó Stellara, mientras se dirigían hacia aquel hervidero de aguas

espumantes—. ¡Mira allí! ¡A tu derecha! ¡Puede que todavía podamos conseguirlo!

—Ya lo había visto —dijo Tanar—. He estado intentando dirigir el bote hacia allí. Si es una brecha en el arrecife enseguida lo sabremos, y si no lo es...

El sari miró a su espalda en dirección a las embarcaciones de los korsars y vio como de nuevo emprendían la persecución, ya que, a esas alturas, para ellos debía ser evidente que su presa se estaba echando desesperadamente sobre la línea de arrecifes intentando ganar la costa en lugar de arriesgarse a ser capturados volviendo a mar abierto.

Cada pulgada de vela se hallaba desplegada en la pequeña embarcación. La tensa e hinchada tela tiraba del cordaje hasta hacer crujir a éste mientras el bote seguía navegando velozmente, directo a las mortíferas rocas que se encontraban frente a ellos.

Tanar y Stellara estaban agazapados en la popa, con el brazo del hombre estrechando protectoramente a la muchacha hacia sí. Con morbosa fascinación observaban como su proa se alzaba y caía mientras se precipitaban hacia lo que parecía un inevitable desastre.

¡Ya estaban encima! El mar les elevó por los aires y les arrojó sobre las rocas. A su derecha, una dentada punta de granito surgía entre la niebla formada por la espuma. A su izquierda, la cara lisa y desgastada por la erosión del agua de una enorme roca se les reveló durante apenas un instante mientras navegaban a toda velocidad. En ese momento el bote crujió al rozar contra una roca sumergida, pero consiguió deslizarse sobre ella y se dirigió velozmente en dirección a la arenosa playa.

Tanar desenvainó su cuchillo y cortó las drizas, haciendo caer la vela en el momento en que la quilla del bote tocó la arena. Luego, tomando a Stellara entre sus brazos, saltó al agua y se dirigió hacia la playa. Deteniéndose y mirando hacia los korsars que los perseguían, vieron con asombro como los tres botes navegaban velozmente hacia las rocas.

—No se atreven a volver sin nosotros —dijo Stellara—. De otro modo jamás se aventurarían a cruzar los arrecifes.

—El Cid debió adivinar nuestra identidad al no lograr encontrarte—comentó Tanar.

—Es posible que también descubrieran tu ausencia de las mazmorras y, asociándolo al hecho de que yo también había desaparecido, alguien adivinó la identidad de los dos marineros que cruzaron las puertas de palacio y compraron con oro un pequeño bote en el río —indicó Stellara.

—Uno de ellos se ha estrellado contra las rocas —exclamó Tanar, mientras el primero de los botes que avanzaba en su persecución desaparecía en las agitadas aguas.

El segundo bote siguió el mismo destino que su predecesor, pero el tercero pasó a través de la misma abertura que había conducido a Tanar y Stellara hasta la seguridad de la playa, lo que hizo que los dos fugitivos se volvieran y emprendieran una veloz carrera hacia la selva.

Tras ellos, una docena de korsars emprendió su persecución. Sin embargo, entre detonaciones de pistolas y arcabuces, Tanar y Stellara desaparecieron en el interior de las oscuras sombras de una selva primigenia.

La historia de su largo y arduo viaje a través de tierras desconocidas hasta el reino de Sari, aunque estuvo llena de interés, emoción y aventura, no forma parte de este relato.

Baste decir que consiguieron llegar a Sari poco antes de que Ja y Gura hicieran también su aparición. Los dos últimos también se habían visto retrasados por aventuras que casi les cuestan la vida.

Los habitantes de Sari han dado la bienvenida a la esposa amiocapia que el hijo de Ghak ha traído consigo a su país. También han aceptado a Gura al ser ésta la protegida de Tanar, si bien los jóvenes saris la han acabado aceptando por sí misma y muchos son los trofeos que se depositan ante la morada de la hermosa doncella himea. Sin embargo ella los rechaza todos, pues en su corazón alberga un secreto amor que nunca ha revelado a nadie, aunque, tal vez, Stellara sí sepa cuál es, a tenor de la tierna solicitud con que la doncella amiocapia trata a su hermana himea.



Conclusión

A medida que Perry llegaba al final de la historia de Tanar de Pellucidar la señal se iba haciendo más y más débil, hasta que finalmente se desvaneció por completo y Jason Gridley no pudo seguir escuchando nada más.

—Creo que Perry quería decir algo más —dijo Jason volviéndose hacia mí—. Estaba intentando decirnos algo. Intentaba pedirnos algo.

—Jason —le dije en tono de reproche—, ¿no decías que la historia del mundo interior era completamente ridícula? ¿Qué no podía existir ningún lugar poblado por extraños reptiles y hombres de la edad de piedra? ¿No insististe en que no había ningún emperador de Pellucidar?

—Sí, sí, ya lo sé —dijo—. Me equivoqué; lo siento. Pero eso ya es historia pasada. La cuestión ahora es qué podemos hacer.

—¿Hacer sobre qué? —le pregunté.

—¿No te das cuenta de que David Innes se encuentra prisionero en una oscura mazmorra bajo el palacio del Cid de Korsar? —preguntó con un apasionamiento que jamás le había visto exhibir a Jason.

—Bueno, ¿y qué?—contesté—. Por supuesto que lo lamento, ¿pero qué podemos hacer nosotros por ayudarlo?

—Podemos hacer muchísimo —respondió Jason Gridley con determinación.

Debo confesar que mientras le miraba me sentía bastante preocupado por el estado de su mente, que, evidentemente, se hallaba bajo una gran excitación.

—¡Piensa en ello! —exclamó—. Piensa en ese pobre diablo encerrado en una oscuridad absoluta, en completo silencio, solo... ¡Y con esas serpientes! ¡Dios! Me estremezco sólo de pensarlo. Serpientes reptando sobre él, enroscándose en sus brazos, en sus piernas y en su cuerpo; arrastrándose por su cara mientras duerme y sin nada que rompa esa monotonía. Ninguna voz humana, ni el canto de los pájaros, ni un rayo de luz. Hay que hacer algo. Hay que rescatarlo.

—¿Y quién va a hacerlo?—pregunté.

—Lo haré yo —contestó Jason Gridley.

Fin

Mapas

El segundo mapa de Pellucidar también fue dibujado por y cubre las nuevas zonas que aparecen en la tercera novela. Fue publicado por primera vez en el Blue Book Magazine de Marzo de 1929, acompañando a la primera entrega de Tanar de Pellucidar. El mismo mapa también apareció en las partes 2 y 3 (siguientes dos meses), pero no en los finales. Fue reimpresso en The Gridley Wave 10, en Junio de 1963. Este mapa tiene una errata: "Anoroc" aparece como "Anaroc". En la edición de Ediciones El Rastro aparecía en la página 4, junto a los créditos

Más información sobre mapas de Pellucidar en:
<http://www.bouncepage.com/Pellucidar/maps.html>



Cubiertas de la Ace Books Science Fiction Classics

Ace Books es la editorial especializada en Ciencia-Ficción en activo más antigua de Estados Unidos. En los años 50 y 60, bajo la batuta de Donald A. Wollheim publicó, entre otros, a Samuel R. Delany, Philip K. Dick, Ursula K. Le Guin, y Robert Silverberg. Fueron muy conocidos sus "Ace Doubles" o los Specials de Terry Carr. Entre sus colecciones también se incluían los "Classics", como los dedicados a la Serie de Pellucidar, cuyas portadas obras de Roy G. Krenkel y Frank Frazetta se muestran a continuación.

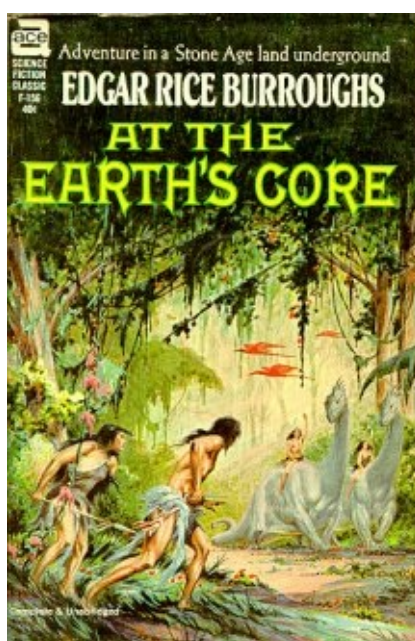


Ilustración de Roy G. Krenkel

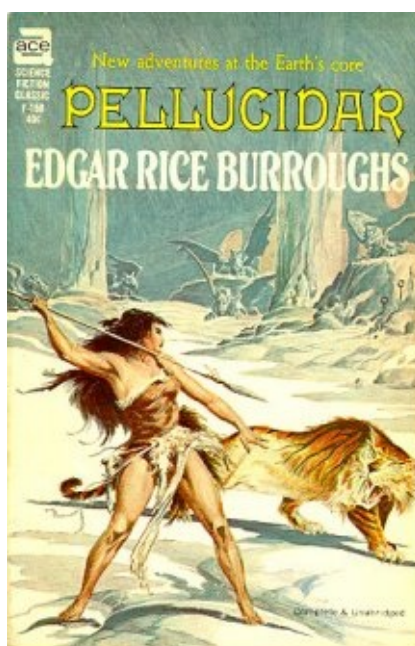


Ilustración de Roy G. Krenkel

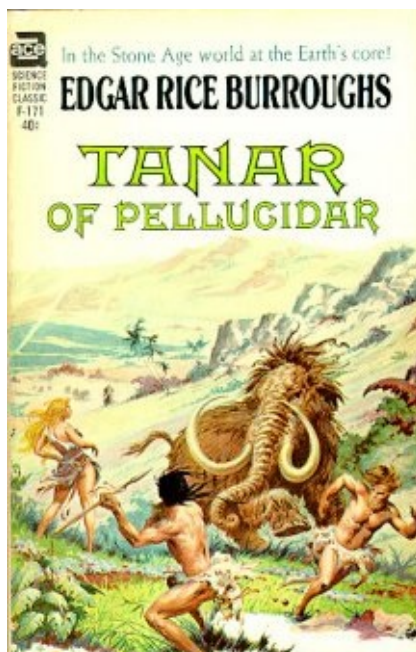


Ilustración de Roy G. Krenkel

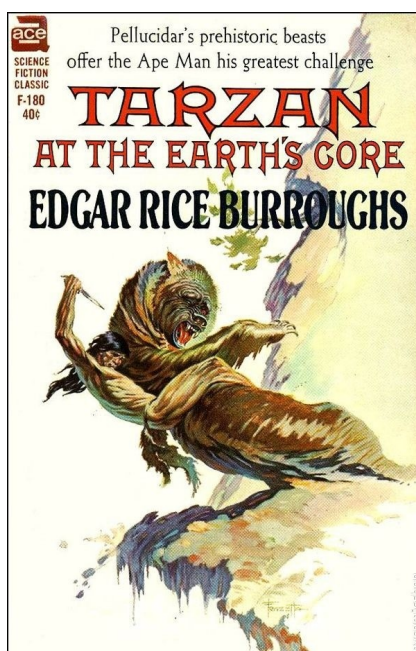


Ilustración de Frank Frazetta

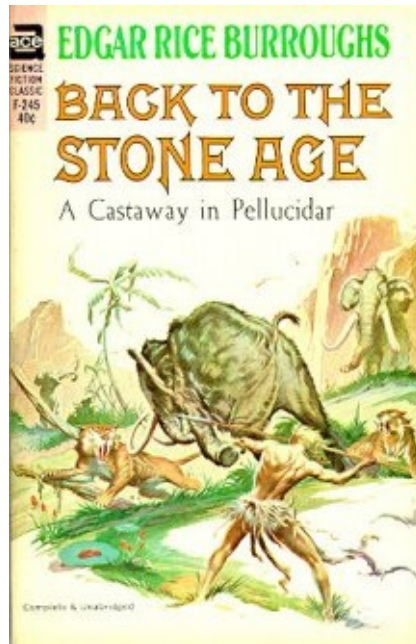


Ilustración de Roy G. Krenkel

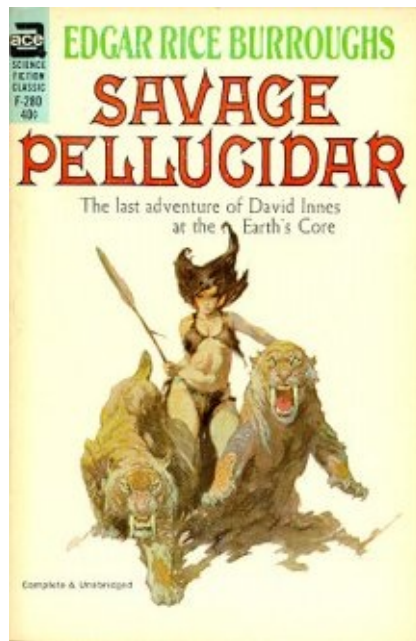


Ilustración de Frank Frazetta

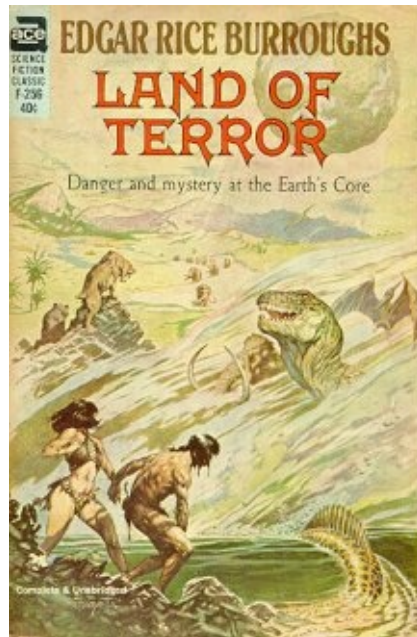


Ilustración de Frank Frazetta